TRACY WOLFF

Sucedió un Domingo





Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Advertencia de contenido

1. Sly

2. Sloane

3. Sloane

4. Sly

5. Sloane

6. Sly

7. Sloane

8. Sloane

9. Sly

10. Sloane

11. Sly

12. Sloane

13. Sloane

14. Sly

15. Sloane

16. Sloane

17. Sloane

18. Sly

19. Sloane

20. Sly

21. Sloane

22. Sloane

23. Sly

24. Sloane

25. Sly

26. Sloane

27. Sloane

28. Sly

29. Sloane

30. Sly

31. Sloane

32. Sloane

33. Sly

34. Sly

35. Sloane

36. Sly

37. Sloane

38. Sloane

39. Sloane

40. Sly

41. Sly

42. Sly

43. Sloane

44. Sly

45. Sloane

46. Sloane

47. Sloane

48. Sly

49. Sly

50. Sloane

51. Sloane

52. Sly

53. Sloane

54. Sly

55. Sloane

56. Sloane

57. Sloane

58. Sly

59. Sloane

60. Sly

61. Sly

62. Sly

63. Sly

64. Sly

65. Sly

66. Sly

67. Sloane

68. Sloane

69. Sloane

70. Sloane

71. Sly

Agradecimientos

Créditos

Sucedió un domingo

Tracy Wolff

Traducción de Pura Lisart

Planeta

Para la pareja que le recordó al mundo que el amor puede ser épico, atronador, divertido, mágico y, en ocasiones, captarse con una cámara.
Esta no es vuestra historia, pero muchas gracias por la chispa.

Sucedió un domingo es un romance contemporáneo que acaba con final feliz. Sin embargo, la historia presenta ciertos elementos que podrían no ser aptos para todos los públicos, entre ellos el acto sexual consensuado, lenguaje gráfico, muerte y hospitalización. En el libro se tratan el acoso, la estrangulación, la sobredosis accidental y el maltrato a una pareja. Se ruega a aquellas personas sensibles a dichos temas que tomen nota y se preparen para el primer acto...

1

Sly

Un estadio abarrotado de gente no es nada nuevo para mí.

Los gritos. Las luces. El suelo que tiembla bajo mis pies cuando los fans desenfrenados dan pisotones y gritan emocionados.

Y, desde luego, conozco de sobra este estadio en concreto. La mayoría de los meses, me paso casi todos los días en el centro de entrenamiento de al lado. Cinta kinesiológica, ejercicio, entrenamientos a todas horas, día tras día, año tras año.

No se consigue llegar a ser quarterback de la NFL sin esforzarse.

Y, por lo que parece, así tampoco se consigue ser una estrella del pop. O, por lo menos, una estrella del pop del calibre de Sloane Walker, pues la mismísima Viuda Negra está en Austin esta noche y lo está petando.

Este estadio, mi estadio, se ha convertido en un gran espectáculo de pop.

No queda ni rastro de las zonas de anotación, han atenuado las luces y, donde debería estar el césped del campo, se alza un impresionante escenario circular, como si lo hubieran transportado por aire desde otro mundo y lo hubieran dejado caer justo en el centro. A la cantante la rodean ocho pasarelas luminosas que refulgen y se abren paso entre la multitud.

Desde los asientos del gallinero debe de parecer que una araña robótica gigantesca nos ha invadido desde los cielos, toda cromo y

humo que late por los bajos de la música, como si de verdad tuviera corazón. Sin embargo, desde aquí, podría considerarse un caos organizado, en el mejor de los sentidos. Hay admiradores de Sloane por doquier, nos rodean y se vuelven locos cuando ella recorre una de las secciones como si fuera la dueña de todo el puto estadio.

Seguramente porque ahora mismo lo es.

Las luces parpadean y titilan. Los láseres recortan la oscuridad y unas llamas rugen a los costados del escenario. La cara de Sloane, que exhibe una mirada feroz, una sonrisa peligrosa y una confianza que emana de cada poro de su piel, llena las pantallas monumentales que hay al fondo mientras canta a viva voz el estribillo final de una canción que habla de acertar y, aun así, sentir que todo va mal.

Cuando termina la canción, el público no grita, sino que erupciona. Las luces de los móviles rebotan en la oscuridad mientras la gente se desgañita y agita pancartas, bastoncillos de neón o cualquier otra cosa que tengan en un intento de llamar su atención.

Es un caos. Es un espectáculo. No se trata de un simple concierto, es un fenómeno. Una conquista, una en la que la reina invita a sus devotos súbditos a acompañarla.

Y ellos aceptan la propuesta y disfrutan de cada segundo. Para mi sorpresa, yo también. He venido por mi abuela, fanática incondicional de Sloane Walker, pero, de momento, está siendo un espectáculo de la hostia. Y no creo que la cosa cambie pronto. Sobre todo ahora que las llamas que rodeaban el escenario se han apagado y la artista se agacha para tocar las manos de algunos de sus admiradores.

Los gritos suben de decibelios, la gente empieza a agolparse a nuestro alrededor y abandona sus asientos con frenesí para llegar al

borde de esta pasarela, por si a Sloane le apetece pasarse por aquí después.

Debajo de las pasarelas hay espacio, por lo que no es tan peligroso como parece. Aun así, me muevo un poco a la izquierda para colocarme justo detrás de la silla de mi abuela y que ninguna de las personas que se están apiñando a nuestro alrededor le dé un empujón.

Me da un toquecito en el brazo.

—No pasa nada, Mateo. Estoy bien —grita.

Sé que lo está, pues mi abuela es dura de pelar. Aun así, también tiene setenta y pico años y las rodillas fatal. No está de más tomar precauciones.

—¡Por aquí! —vociferan las chicas que tenemos al lado, chillan y agitan las pancartas con tanto vigor que temo que vayan a clavárselas en el ojo la una a la otra.

El desastre se evita cuando Sloane dirige la mirada hacia ellas y señala sus pancartas. Incluso mueve la boca para articular algo que juraría que es un «gracias», cosa que hace que una de las chicas se eche a llorar mientras su amiga grita con más ganas.

Sloane lo ve y, cuando la banda empieza a tocar el principio de otra canción, una más animada y con una percusión más rítmica que la anterior, cambia de dirección al instante y se mueve hacia nosotros como la tormenta que lleva su nombre: salvaje, destructiva y poderosa.

Hipnotizante.

Además de totalmente impresionante, pues lleva unas botas negras que le llegan a la altura de los muslos con unos tacones de infarto, aunque corre como si hubiera nacido con ellas puestas.

—¡Ayúdame a levantarme!

Mi abuela me agarra del brazo; los ojos castaños le brillan por el entusiasmo de pensar en estar tan cerca de su heroína.

Eso hago, dejo que use mi brazo como apoyo mientras recorre los pocos pasos que separan nuestros asientos del borde de la pasarela. No tiene pancarta con la que llamar la atención de la cantante, pero le he comprado un collar y un montón de pulseras que brillan en la oscuridad cuando hemos llegado. Además, lleva puesta una camiseta de la Viuda Negra llena de purpurina y agita las manos, con las uñas de punta rojiza y arañas pintadas en ellas.

Yo también, ya que estamos, aunque mi hermana me las ha pintado de un color diferente. «Es un modelito a conjunto para abuela y nieto», me ha dicho al enseñarme la camiseta centelleante esta tarde. Me gusta, aunque me da a mí que mis vaqueros favoritos van a estar adornados con purpurina roja durante siglos. Tampoco es que me importe, salvo porque el rojo y el azul son los colores del uniforme de los mayores rivales de mi equipo. Los chavales me van a echar una bronca monumental si me presento a revisar jugadas con los colores de los Grizzlies.

De repente, el ritmo se ralentiza, al igual que Sloane. Se detiene justo delante de las chicas, frente a nosotros, y se arrodilla ante lo que parece el fin del mundo. Su mundo. Alarga una mano hacia ellas, otra hacia nosotros, y mi abuela entrelaza los dedos con los suyos mientras la mirada de la cantante se encuentra con la mía. Y, en ese instante, ya no es la Viuda Negra. Ya no es la reina que gobierna el escenario, mi estadio, con puño de lentejuelas.

En lugar de eso, es una diosa despojada de todo artificio, con restos de purpurina, máscara de pestañas corrida y melena alborotada. Nos ofrece un trozo de su ser en un mundo que normalmente venera la ostentosidad y olvida el sacrificio.

—¡Te quiero, Sloane! —grita mi abuela a pleno pulmón.

Sloane parpadea y, así, sin más, se rompe el hechizo.

—¡Yo también te quiero! —le contesta la Viuda Negra mientras se pone en pie de un salto. Y, de pronto, se marcha, regresa corriendo al centro del escenario sin mirar atrás.

En cuanto llega, vuelve a cantar a los cuatro vientos las letras, que esta vez hablan del tiempo que corre entre los latidos del corazón. No conozco la canción, pero mi abuela sí. Canta junto a Sloane y yo bailo con ella, le doy la mano y la hago girar en el reducido espacio del que disponemos.

—¿Qué canción es? —le pregunto cuando completa el giro.

Me sonríe mientras se toma un segundo para recuperar el aliento.

—*Interbeat Interval*, significa «intervalo entre pulsaciones». ¿Te gusta?

—Sí, es una pasada.

Su sonrisa se ensancha.

—Gracias por traerme.

—Gracias a ti por traerme a mí —contesto—. Nunca había prestado mucha atención, solo a lo que subes a tu Instagram, pero la verdad es que está bastante bien.

—¡Está genial! —replica justo cuando Sloane termina la canción.

—Austin, he de decir que ya sabía que se os consideraba la capital del mundo de la música en directo —dice la cantante arrastrando las palabras, misteriosa a la par que entretenida—, pero tenía mis dudas de si esta noche me lo demostraríais. Me habéis sorprendido... para bien.

«¡Sloane! ¡Sloane! ¡Sloane!». El público empieza a corear su nombre.

Ante esto, ella sonríe y abre mucho los ojos a propósito.

—¿Todo eso es por mí? Creo que lo que intentáis es que os cante una canción más.

El público estalla, los cánticos que antes coreaban se han convertido en gritos que piden «rumores». Supongo que se refieren a *The Rumor Game*, «el juego de los rumores», una canción tan famosa que hasta yo la conozco. Es la que catapultó a Sloane Walker de estrella infantil a celebridad casi de un día para el otro.

La banda empieza a tocar, pero ella levanta una mano mientras se les acerca.

—Antes, tengo que presentaros a mi banda, que son la hostia.

Se toma unos minutos para hacer justo eso, nombra a todos los músicos que la acompañan en el escenario antes de darse la vuelta hacia la multitud con un brillo travieso en sus grandes ojos castaños.

—¿Estáis listos? —pregunta.

La respuesta consiste en gritos de emoción.

—Vale, pues muy bien. Entonces, vamos a hablar de unos cuantos rumores.

Cuando la banda de música hace una transición hacia el principio de la canción, Sloane esboza una sonrisa malévola hacia nosotros. Analiza la multitud, pasa la mirada de un grupo de admiradores a otro.

Es entonces cuando ocurre. En algún momento entre un latido y otro, ese intervalo entre pulsaciones sobre el que cantaba antes, se queda helada.

Al principio, pienso que estaba planeado. Una pausa para hacer que el frenesí se vaya acrecentando. Sin embargo, la guitarrista da un paso adelante con una expresión de preocupación en el rostro, mientras que el resto de la banda vuelve a ponerse con el principio de la canción en bucle.

Parece que no estaba planeado. Es un error.

Vuelvo a centrar la vista en Sloane para luego seguir su mirada unas cuantas filas más atrás entre el público. Es entonces cuando lo

veo. Una pancarta que reza: LAS VIUDAS NEGRAS SE COMEN A SUS PAREJAS. Bajo las palabras, se encuentra una foto que no distingo desde mi posición.

—Te apuesto...

La voz entrecortada de Sloane recorre el estadio con las primeras palabras de la canción. Me doy la vuelta justo para ver cómo se resquebraja todo. Cómo se resquebraja ella.

Porque, en ese momento, no parece una estrella. Parece las repercusiones de serlo, un agujero negro formado a partir de dolor y gravedad. No puedo apartar la vista. No porque sea preciosa, que lo es. Sino porque reconozco ese magnetismo, ese que surge cuando te rompes de tal forma que empiezas a arrastrarlo todo contigo solo para sobrevivir.

Lo conozco, porque yo también he vivido en esa oscuridad.

2

Sloane

Me tomo un instante y trato de ignorar el pánico que me trepa por la garganta, como espinas afiladas.

Sin embargo, la luz de los focos me abrasa la piel.

Los colores de las gradas se funden en un caleidoscopio a mi alrededor.

Y los láseres centellean como si fueran recuerdos que intentan volver a abrirse paso.

Los aparto, cierro mis muros con tanta fuerza como me es posible. Aun así, el griterío del público consigue atravesarlos. Los chillidos, saltos y llantos que no puedo ignorar por mucho que me esfuerce.

Y mira que me esfuerzo.

Joder, joder, joder.

«Recomponte, Sloane. Joder, recomponte de una vez. Solo te queda una canción. Puedes mantener el tipo durante cuatro minutos y veintisiete segundos».

No obstante, se me entrecorta el aliento, se me va cerrando la garganta a cada segundo que pasa. No estoy segura de que vaya a poder aguantar cuatro segundos, mucho menos cuatro minutos.

Pero debo hacerlo. Porque el trauma no importa. Yo no importo. Lo único que importa es acabar el espectáculo y salir del escenario antes de que alguien se dé cuenta de que ocurre algo.

Cierro los ojos, abro la boca y trato de cantar la primera frase. La pancarta está ahí, grabada a fuego detrás de mis párpados. LAS VIUDAS NEGRAS SE COMEN A SUS PAREJAS, junto a una imagen mía con Jarrod justo debajo.

Solo que las palabras no están hechas de tinta. Están hechas de cuchillos que, de alguna manera, están dando con todas las viejas heridas.

Sus dedos en la guitarra.

Su sangre en el suelo de baldosas.

La sensación de la seda rozándome la piel.

El azul de sus ojos.

La densa melaza de su voz.

La fuerza de sus dedos al cerrarse alrededor de mi gargan...

Un ramo de rosas se me estampa en el brazo. Las espinas se me clavan y el dolor me arrastra a un lugar más profundo, me hiela la piel a pesar de las brillantes luces y el intenso calor.

«Recomponte —me repito, aunque empiecen a castañetearme los dientes—. Recomponte de una puta vez».

La banda sigue tocando la introducción de la canción en bucle una y otra vez, hasta que la batería me retumba en el pecho como si fuera un segundo latido. La sensación se abre paso por la electricidad estática como ninguna otra, así que la utilizo para trepar con garras y dientes y salir del abismo, centímetro a centímetro, espina a puta espina.

Esta vez, cuando abro la boca, no dejo de cantar hasta que se termina la puñetera canción.

Llego a la última nota. Sin aliento, hueca, vacía.

Cuando lo hago, la plataforma que tengo a los pies se sacude y comienza a hundirse. Joder. No he conseguido centrarme lo bastante

rápido. Mi equipo se ha dado cuenta, si no, me habrían concedido unos cuantos segundos de más en el escenario para despedirme.

La plataforma llega a su lugar debajo del escenario y me bajo de un salto, como si tuviera todo el cuerpo en llamas.

La ayudante de mi representante, Olivia, me espera en la entrada del túnel para encontrarse conmigo, petaca en mano. La cojo y doy un largo sorbo con desesperación.

El té dulce me quema como si fuera bourbon mientras me desciende por la garganta dolorida. A pesar de eso, vacío la petaca. Al bajarla, me encuentro con Olivia y varios de los técnicos de sonido contemplándome con una mirada tan vacía que causa el efecto contrario y se vuelve juzgona.

Creen que se trata de bourbon, porque es lo que quiero que piensen. Que la Viuda Negra bebe como una cosaca. Yo, por otra parte, no le doy mucho a la bebida.

No me gusta el olor. No me gusta el sabor. No me gusta nada la sensación de descontrol. Ya ha habido demasiados aspectos de mi vida fuera de control últimamente. Lo de esta noche es otro caso que lo demuestra. Aun así, vivir de acuerdo con las expectativas de los demás, sobre todo cuando se trata de una mentira, me permite jugar con ventaja.

—¿Qué más necesitas? —indaga Olivia, pero yo niego con la cabeza mientras me dirijo hacia mi camerino.

Respirar. Solo necesito un puto momento para respirar.

Paso por delante del coordinador de la gira, Jace, de camino. Sus ojos, de un azul claro, encuentran los míos y me sostienen la mirada unos cuantos segundos hasta que yo la aparto.

—¿Estás dispuesta a hacer el bis? —me pregunta, con una voz más amable de lo normal. Esta es nuestra cuarta gira juntos y sé que puede leerme como un libro.

—Siempre —contesto con voz ronca—. Solo...

Me callo y hago un gesto en dirección al camerino.

Asiente, levanta una mano como si me la quisiera colocar en el hombro, pero la deja caer a la misma velocidad. Jace sabe mejor que nadie que no me gusta que me toquen. Aunque él sea lo más parecido a una figura paterna que he tenido en la vida.

—No tardes demasiado —advierte mientras recorro a trompicones los metros de pasillo que me quedan y abro la puerta de par en par.

En lugar de la paz que tanto anhelo, me encuentro con mi estilista con tres modelitos desparramados en el sofá que tiene delante.

—¿Con cuál quieres acabar esta noche? —me pregunta Lucinda con su pijísimo acento británico.

—Sorpréndeme —respondo de mala gana mientras lanzo la petaca a la mesita de café y me voy directa al baño. Directa a mis sesenta segundos de privacidad.

En cuanto la puerta se cierra a mi espalda, me arranco la ropa ajustada. Me tiro del vestido de tubo negro y el sujetador sin tirantes para quitármelos por encima de la cabeza y los lanzo a mis pies antes de rodearme con los brazos.

Solo entonces respiro hondo, de forma entrecortada. Una vez. Y otra.

Sabía que no debería haberles permitido hacer una parada en Austin en la gira. Les dije que no quería venir. Pero el sello insistió: es una ciudad muy importante para la música. Un mercado enorme y constante. Además, aquí hay mucha historia, es donde están las raíces de toda la leyenda de la Viuda Negra.

Razón por la cual no quería venir.

Por millonésima vez esta noche, la cara demasiado bonita de Jarrod destella ante mis ojos. Y, por millonésima vez, hago caso omiso. O, al menos, lo intento. No es tan fácil como parece, pues

sigo escuchando los gritos de los fans que exigen que vuelva a salir al escenario. Son como vampiros que exigen que se les presente una vena abierta y dolorida. Y, esta noche, no he sangrado lo suficiente para su gusto.

Respiro hondo de nuevo, agarro los bordes del lavabo con fuerza y la mujer en la que me he convertido me devuelve la mirada: esa que la prensa, los admiradores y el sello me han obligado a ser. En lo que yo me he convertido. En la Viuda Negra que matará a un hombre en cuanto se lo haya follado.

Antes intentaba explicar que la cosa no era así, pero nadie quería hacerme caso. Aunque también es cierto que haber matado a dos novios seguidos no suele proporcionarte demasiada credibilidad. Y es posible que así sea durante el resto de tu puta vida, o eso dice mi terapeuta.

Resulta que no se equivoca.

Llaman a la puerta.

—¿Sloane? ¿Todo bien por ahí?

La voz de Lucinda suena tan preocupada como urgente.

No necesita ponerlo en palabras, ya lo sé. Tengo que salir al escenario otra vez.

—Estoy... —Se me quiebra la voz, así que carraspeo y fuerzo las palabras—. Estoy bien. Tenía que hacer pis.

Tiro de la cadena para respaldar mi mentira; después abro el agua y me inclino hacia el espejo para analizar los daños.

No he llorado ahí fuera, nunca lloro, pero mi cara parece indicar lo contrario.

Llevo la purpurina de los pómulos a chorretones, como si el polvo de estrellas se hubiera visto arrastrado hacia la tierra, y la sombra de ojos ahumada se me ha corrido un poco por los bordes. Me mojo el

dedo e intento arreglarlo. Entonces decido mandarlo a tomar por culo.

Si quieren verme hecha un desastre, eso es lo que van a ver.

Me hundo los dedos en el pelo y me lo agito hasta que se me caen las últimas horquillas. Después, me arrastro la sombra de ojos gris y negra hacia la ojera y la mezclo con la purpurina hasta que parece un hematoma con chispas de oro.

Entonces, vuelvo a ponerme el sujetador, enderezo la espalda y me armo de valor antes de abrir la puerta de par en par para encontrarme con los ojos preocupados de Lucinda.

Aun así, no dice nada. Se limita a entregarme la petaca.

—Te la he rellenado.

Es una de las pocas personas en este planeta que sabe de mi bebida favorita.

—Gracias. —Doy otro largo sorbo al té y, después, señalo con la cabeza los vestidos que siguen extendidos sobre el sofá—. ¿Y bien? ¿Qué has decidido?

—En realidad, tengo un vestido blanco largo en el armario que me encantaría que te pusieras...

—Solo las chicas buenas se visten así —interrumpo con un resoplido mientras me dejo caer en uno de los sillones. Noto el cuero frío contra la espalda, pero sigue sin estar al nivel del frío que siento en mi interior.

—Por eso quiero que te lo pongas. —Me observa por encima de las gafas con forma de medialuna, y su mirada capta la mía y me la sostiene durante unos instantes que se me hacen demasiado largos —. Venga, Sloane. ¿Es que no te cansas nunca de actuar?

—Soy quien soy.

Me obligo a apartar la vista cuando llaman a la puerta.

—Quedan tres minutos —avisa Jace desde el pasillo.

Lucinda lo ignora.

—Eres quien crees que quieren que seas. Tus admiradores no te quemarán en la hoguera si decides mostrarles tu verdadero yo.

Ya he estado antes en esa situación, me he llevado magulladuras y un corazón roto que lo demuestra.

—No, pero tal vez sí que me estrangulen. Otra vez.

Me lanza una mirada, aunque no añade nada más. Porque sabe que es cierto.

Para demostrarle que no soy mala vencedora, le dedico un brindis con la petaca antes de dar el último sorbo al té.

—Vale. —Pone los ojos en blanco mientras escoge el vestido de Alexander McQueen que hay a la izquierda del todo del sofá y se acerca a mí—. Aunque, como mínimo, podrías dejar el rollo ese de la petaca.

—Pero los médicos me han dicho que tengo que mantenerme hidratada. —Bato las exageradas pestañas postizas y finjo que no está a punto de estallarme la cabeza—. Yo solo sigo órdenes.

—¿Y por qué no te bebes el té como una persona normal?

No quiero que sepa que ha marcado un tanto, así que me limito a encogerme de hombros.

—He intentado ser normal, pero resulta que no es lo que la gente quiere de mí.

—¿Y qué es lo que quieres tú para ti?

Buena música y una gira que no acabe siendo un escándalo explosivo. En ese orden. Haré lo que deba hacer y seré quien tenga que ser para conseguirlo.

No obstante, lo que digo es:

—Otra víctima predispuesta, por supuesto. Dicen que a la tercera va la vencida.

Lucinda no pica. Rara vez lo hace. Hay una razón por la que lleva conmigo tres giras. En lugar de eso, me entrega el vestido y me dice:

—¿Necesitas ayuda para arreglarte?

—Creo que me las apaño.

Cuanta menos gente me toque, mejor.

Alargo el brazo para coger el vestido, que es muy pero que muy negro y muy pero que muy corto, con un corpiño estilo corsé, las mangas de encaje y una falda enjoyada. Es el modelito perfecto para que la Viuda Negra siembre el caos.

—Eso dices ahora, pero ya hablaremos cuando intentes atarte la espalda tú solita.

Me dedica una sonrisa divertida antes de recoger el resto de la ropa y dirigirse a la puerta.

Empiezo a cambiar de idea y voy a pedirle que se quede, pero, sabiendo lo detallista que es y el sadismo que eso implica, me apretará demasiado el corsé y acabaré sin poder entonar ni una sola nota en el escenario. Con la suerte que tengo, me desmayaré por falta de oxígeno y mañana todos los titulares hablarán de mis problemas secretos de abuso de sustancias y de que sufrí una sobredosis en el escenario. Ahora que lo pienso, no es la peor de las ideas.

Me paso el minuto siguiente, más o menos, intentando meterme en el vestido (me da mucha rabia que Lucinda tenga razón) y, justo cuando acabo de atarme la puñetera prenda, vuelven a llamar a la puerta.

—¡Ya casi estoy! —grito, cosa que Olivia debe tomarse como una puta invitación a entrar, porque la puerta se abre.

—Genial. Te acompaño —contesta, y después se queda callada, como si estuviera a punto de darme malas noticias.

Se me cierra la boca del estómago. Por costumbre, busco la petaca mientras, por primera vez, deseo que de verdad contuviera bourbon y susurro:

—¿Y ahora qué?

3

Sloane

La ayudante de mi representante se mueve con incomodidad mientras me sostiene la puerta abierta y espera hasta que estoy a mitad del pasillo para darme las malas noticias.

En cuanto llego a ese punto, esboza una sonrisa radiante, como si de alguna forma eso fuera a mejorar las novedades que tiene que comunicarme.

—Solo quería recordarte el encuentro con tus admiradores después del concierto.

El cuerpo entero se me estremece por el rechazo que me causan sus palabras, mientras que mi mente viaja al último encuentro, cuando una de las autoproclamadas «mayores admiradoras» de Jarrod se abalanzó sobre mí y empezó a estrangularme en venganza por su muerte. Intenté quitármela de encima, pero era más fuerte de lo que parecía y sus manos eran como una tenaza alrededor de mi cuello. Me estremezco al recordarlo, y un dolor fantasma me palpita en la garganta.

Sí, los de seguridad solo tardaron unos seis segundos en atravesar la estancia y arrancármela de encima, pero eso no impidió que se me magullaran las cuerdas vocales una barbaridad. Aunque no sé cómo, el concierto y la gira siguieron adelante, siempre lo hacen, pero durante semanas me dolió cantar. Y eso por no hablar de que mi voz pasó de ser ronca de una manera artística a sonar como si de

verdad me pimplara una botella de whisky antes de cada concierto, con un paquete de tabaco o dos como guarnición.

Esta noche no puedo. Es imposible. No cuando siento que todo lo que queda de mí son fantasmas y purpurina.

—Los de seguridad estarán a tu lado. —Olivia sigue insistiendo—. Y estoy segura de que no habrá ningún problema. Juega para los Twisters de Austin y...

—Ni de broma —contesto, esta vez con más fuerza. Los hombres ricos acostumbrados a conseguir lo que quieran y a quien quieran no me interesan. Eso ya me lo conozco de sobra y no necesito ningún recuerdo.

De nuevo, me ignora.

—Parece ser que su abuela es una admiradora de lo más devota. Dice que en realidad nos lo pide por ella. Ha seguido tu carrera desde siempre e incluso aprendió a utilizar Instagram hace seis años para poder crearse una cuenta fan.

Eso me complica muchísimo más el decir que no. Hace seis años fue después de Hayden, pero antes de Jarrod. Antes de la Viuda Negra.

Hace seis años, todavía era Sloane a secas.

—¿Cómo se llama la mujer?

Olivia se encoge de hombros.

—No lo he preguntado, pero él es Mateo Sylvester. Es el quarterback titular...

—Vale —acepto, y la interrumpo porque el nieto no podría importarme menos—. Dame diez minutos después del concierto y tráela aquí detrás.

—Excelente. —Olivia se ilusiona de camino al túnel—. Eso me dará tiempo para que llegue Jess...

—No necesitas a Jess —ladro en cuanto menciona a la fotógrafa de la gira—. Esto es solo por la abuela.

—Pero es publicidad buena —protesta—. Sly, así es como lo llama todo el mundo, es el chico de oro del fútbol americano ahora mismo. Todo el mundo lo adora. Dicen que va a llevar a los Twisters a la Super Bowl este año. Además, está más bueno que el pan. Los titulares prácticamente se escriben solos.

Tiene razón. Y eso es lo que me aterroriza. Olivia vive bajo el lema de que no existe la mala publicidad. Sin embargo, no es ella quien tiene que sobrevivirla. Soy yo. Por eso mismo no pienso enviar a los medios ninguna foto mía con el tal Mateo/Sly Sylvester, con su apodo ridículo y su ego descomunal (pues la experiencia me ha enseñado que todos tienen un ego descomunal). Ni de broma, vamos.

—Nada de fotos —la reprendo con los ojos entornados, para que vea que voy en serio—. Me reuniré con ellos, pero no vas a utilizarlo como una artimaña publicitaria.

Quiere discutírmelo, lo veo en sus ojos, pero no pienso echarme atrás. En esto, no. La mera idea de lo que podrían decir los medios si llegan a imaginarse que hay una mínima posibilidad de que la Viuda Negra haya atrapado a otro chico de oro en su red basta para hacer que un escalofrío de pavor me recorra la espalda. No habría lugar en este planeta en el que pudiera esconderme.

—Vale, bien. —Ya estamos debajo del escenario, así que retrocede —. ¿Lista para el bis?

Ni de lejos.

Pero ¿qué voy a hacer si no? La música es lo único que sé que es mío de verdad, y si para tenerla tengo que ser la Viuda Negra, pues eso es lo que haré. Lo que seré.

En cuanto me dirijo hacia la plataforma, el pánico regresa, fragoso y familiar. Se me aloja en la garganta y me araña desde las entrañas. Lo fuerzo hacia abajo con un gran sorbo de té y dejo que mi mentira mantenga el terror a raya con su alta temperatura.

¿Quieren ver a la Viuda Negra? Pues muy bien. Que se preparen. Haré trizas todo el puto estadio.

Jace me espera en la plataforma.

—¿Todo bien? —insiste.

Asiento y, segundos después, se me encienden los auriculares *in-ear*.

—¿Me oyes? —me pregunta al oído Dani, una de las técnicas de sonido.

—Sí —contesto mientras le entrego la petaca a Jace.

—Excelente —declara—. Sal ahí y pétalo, ¿vale?

No contesto. En lugar de eso, miro a Jace al tiempo que coloco bien las piernas y espero la señal.

—Nos vemos al otro lado —me dice, con los ojos serios a pesar de la sonrisa que le adorna el rostro.

—Nos vemos al otro lado —repito, y me preparo cuando la plataforma comienza a alzarse y me lleva cada vez más arriba mientras el público se vuelve loco.

La belleza no vende tanto como el dolor, me recuerdo mientras salgo.

Así que me baño en los gritos. Dejo que rocen las piezas rotas de mi interior mientras mi banda comienza a tocar las primeras notas de *Uncharted Waters*, «aguas desconocidas».

Entonces estallo en el escenario, canto a pleno pulmón el primer verso de la canción con cada ápice de fuerza que tengo en mi interior. El miedo sigue floreciéndome en el pecho, espinoso y

envenenado. Pero ahora es algo que controlo. Algo con lo que alimento a las fieras, pétalo envenenado a pétalo envenenado.

Y ellas se lo comen sin rechistar. Joder, si es que me lo suplican. Así que les doy más, y más y más. Durante tres canciones, les entrego todo mi ser, hasta que no soy nada más que un cascarón vacío y desolado.

Solo entonces canto la nota final.

—Lo has petado —me asegura Jace en cuanto vuelvo bajo el escenario.

Asiento y miro a Olivia.

—¿Ya están aquí?

—Los de seguridad han ido a buscarlos hace unos minutos —responde.

—Vale, dame diez minutos.

Salgo corriendo por el túnel a mi camerino y dejo que la puerta se cierre de golpe al pasar. Me apoyo en ella y me dejo caer, desesperada por mudar a la Viuda Negra, como si fuera una segunda piel que ya no necesito.

«Solo unos minutos más», me recuerdo mientras cojo la sudadera que han dejado en el reposabrazos de mi sillón. Es agosto en Austin, así que en el escenario hace un calor infernal. No obstante, estoy helada.

Después de enfundarme la sudadera, voy directa hasta la nevera. Esta vez cojo una botella de agua y me la bebo de un trago mientras me recuerdo que puedo con esto.

Cinco minutos de charla banal, quizá una firma o dos. Un selfi rapidito. Y, entonces, seré libre.

Una mirada rápida al reloj me indica que todavía me quedan tres de los diez minutos que he solicitado, por lo que apoyo el pie en la

mesa y empiezo a bajarme la cremallera de las botas, que me llegan a los muslos.

Sin embargo, antes de que consiga quitármela, la puerta se abre. Han llegado pronto, joder.

Y ahí está él.

Lo reconozco de la pasarela de antes. Es el chico que estaba junto a la abuelita adorable con la camiseta y los pendientes de araña, a la que le he dado la mano.

Ahora ella está de pie a su lado, con una sonrisa amplia en el rostro. Pero, durante un instante, solo puedo verlo a él.

No porque esté bueno, que lo está: pelo negro, piel morena y una mandíbula cincelada. Y tampoco porque sea encantador, aunque también lo noto en la sonrisa que comienza con una pregunta y termina con un reto.

No, lo que me impacta son sus ojos castaño oscuro, la forma en la que parecen ver a través de todo: a través del maquillaje, del desastre y de las ruinas perfectamente estudiadas. Él ve la crudeza que hay debajo. Y no es solo que la vea, es que la reconoce.

El pensamiento hace que me congele desde el interior, me torna todo el cuerpo en hielo en lo que tardo en respirar dos veces. No porque odie la idea de que él me vea, sino porque quiero que lo haga.

Quiero que me vea. Quiero que él, que una sola persona en este mundo tan jodido, me mire y me entienda.

Que atisbe el caos y no se encoja de miedo.

Lo anhelo con tanta ansia que parece que la gravedad ha dejado de actuar. Como si cayera hacia arriba. Como si volara. Y por eso hago lo único que puedo hacer.

Me encojo de miedo yo primero.

4

Sly

Lo primero en lo que me fijo cuando entramos en el camerino de Sloane Walker es en una pierna increíblemente larga y tonificada. En una cremallera que baja poco a poco para liberarla del cuero que llega a la altura del muslo. Es una pierna preciosa, pegada a una mujer preciosa, pero, en lugar de quedarme mirando, subo la vista directamente a su cara y a los ojos castaños que parecen tan perplejos como me siento yo de repente.

—Lo siento —me disculpo—. Olivia nos ha dicho...

—¿Necesitas más tiempo? —me interrumpe la ayudante de la representante de Sloane, la que ha concertado nuestra reunión.

—No pasa nada. —Baja la pierna poco a poco—. Por aquí todo está bajo control, ¿verdad?

Es más un reto que una pregunta, y cuando sus ojos vuelven a posarse en los míos, tienen un aire devorador que hace que se me seque la boca, aunque me recorre una sensación de decepción. Porque la verdadera Sloane, la que he visto en esos momentos de frenesí en el escenario y en ese primer instante de sorpresa en el que Olivia ha abierto la puerta, ha desaparecido.

En su lugar, se encuentra la Viuda Negra, quien sin duda está a la ofensiva.

Se yergue, larga como un gato, antes de caminar a grandes zancadas hacia nosotros, más una depredadora que una estrella del

pop. Pero sus movimientos son demasiado limpios, demasiado precisos. Son sexis, pero como si se hubieran pensado solo para mirarlos y no para sentirlos.

Contonea las caderas, echa los hombros hacia atrás, lo justo para que se le deslice un tirante del vestido y eso contribuya a su imagen despreocupada. Una melena pelirroja, larga y despeinada, el maquillaje de los ojos corrido, una de las botas desabrochada y el vestido medio caído.

Pero es todo para aparentar. Es un puto espectáculo para la vista, sí, pero sigue siendo para aparentar. Parece que la estoy viendo desaparecer, a pesar de que esté en el centro de los focos. Y eso antes de que abra los labios, de un rojo rubí, y me enseñe los colmillos, saque la lengua como una flecha y se la pase lentamente por el carnoso labio superior.

Lo tomo por lo que es, tanto una advertencia como una invitación. Y, para ser totalmente sincero, cuando una mujer con más curvas que una carretera de campo me mira así, suelo estar dispuesto a ver qué ocurre después.

Sin embargo, no he venido aquí para eso. Y, aunque así fuera, esta Sloane, la Viuda Negra en busca de una nueva conquista, no es la que me ha llamado la atención. No, ha sido la mujer que ha alargado el brazo con tanta franqueza para darle la mano a mi abuela. La mujer que ha mirado al público, despojada de su máscara, y se ha abierto camino por el infierno para volver.

Con esa mujer sí que me gustaría charlar.

Así que, en lugar de aceptar su pase y salir corriendo a la zona de anotación, retrocedo un paso y digo:

—El concierto ha sido una pasada. Gracias.

Sloane parpadea. Se le pasa la bravuconería durante medio segundo, quizá menos. Pero basta para que me dé cuenta de que no

me equivocaba respecto a ella.

Es entonces cuando la abuela Ximena da un paso adelante y le da uno de esos abrazos fuertes y largos por los que se la conoce. Me sobresalto un poco por dentro, y le lanzo una mirada de disculpa al guardia de seguridad que ha entrado con nosotros.

—¡Uy! —Sloane jadea.

Durante un instante, juraría que va a oponerse al abrazo entusiasta de mi abuela. Y lo entiendo. Como alguien que se ha pasado una buena temporada en el ojo público, sé mejor que muchos lo que se siente cuando un desconocido te toca sin tu permiso. Aun así, espero que no sea muy cruel con ella.

No obstante, me sorprende. En vez de apartarse, se agacha (ahora que la veo de cerca, me saca unos centímetros con esas botas), e intenta rodear con los brazos la espalda ligeramente encorvada de mi abuela.

Y digo que lo intenta porque lo único que consigue es darle unas palmaditas incómodas en la espalda, como si intentara hacer eructar a un bebé. La escena me parecería desternillante, si no fuera porque no sabe qué hacer con las manos.

El pecho se me encoge de manera inexplicable al darme cuenta, porque nadie debería tener que aprender a recibir abrazos.

—Lo siento —se disculpa mi abuela cuando por fin se aparta; le tiembla un poquito la voz—. Debería haberte preguntado si te parecía bien antes, pero es que de verdad parecía que necesitabas un abrazo.

De nuevo, la sorpresa se abre paso por los ojos maquillados de Sloane. Y, de nuevo, desaparece tan rápido que no me habría percatado si no estuviese mirándola con tanto interés.

—No lo sientas —responde Sloane con amabilidad mientras esconde a la Viuda Negra, aunque también ha encerrado al resto de

su persona—. Puede que tuvieras razón.

—Uy, yo siempre tengo razón. Si no, pregúntale a mi nieto —contesta mi abuela mientras se gira para indicarme con un gesto que me acerque—. Este es Mateo, por cierto. Pero todo el mundo lo llama Sly, porque se le da muy bien escabullirse y cruzar la línea defensiva.

Sé que mi abuela solo estaba pensando en fútbol cuando lo ha dicho, pero la verdad es que su descripción no me hace quedar muy bien.

Antes de que pueda corregirla, Sloane enarca las cejas.

—Lo tendré en cuenta. —Sus palabras destilan desdén.

—Que quede claro —le digo mientras sacudo la cabeza con arrepentimiento— que esos avances no deseados se limitan al campo de fútbol.

La mirada que me lanza dice claramente: «Eso ya lo veremos».

No me ofende. El mundo es un lugar despiadado. Aun así, me da pena imaginarme por lo que habrá pasado Sloane para que la Viuda Negra sea una armadura que se tiene que poner para poder sentirse a salvo.

Nos quedamos ahí parados durante varios segundos, ella no está dispuesta a ceder ni un centímetro y a mí me han callado la boca pero bien. Detrás de esos ojos se está librando una guerra, y no hay nada que yo quiera más que entablar batalla.

Pero entonces mi abuela me clava un codo huesudo en las costillas. El dolor repentino hace que salga de mi ensimismamiento y añada:

—Muchas gracias por dejarnos venir al camerino a conocerte. Mi abuela Ximena es muy fan. Se ha aprendido de memoria todas tus canciones.

—¿Y tú no? —Me mira con una sonrisilla irónica mientras sus ojos se posan en mi camiseta de la Viuda Negra.

—Me sé un par —declaro. Es mentira, me sé muchas. ¿Quién no? Pero vacilarla es más fácil que mantener una conversación banal, seguramente porque así es como llevo toda la vida comunicándome con mis hermanas.

—¿Cómo era el dicho? «Abatida por tímidos elogios...».

—Mis elogios no tienen nada de tímido, cariño —digo arrastrando las palabras con el acento sureño que no me he molestado en esconder.

Sube las comisuras de la boca, solo un poquito, y se gira hacia mi abuela.

—¿Te importa que yo también te llame abuela Ximena?

—¡Hazlo, por favor! —Se ilumina como un fuego artificial—. Mi nombre a secas me suena raro.

Junta las manos y me percato de que han llamado la atención de Sloane.

—¡Me encantan tus uñas! —Vuelve a sonreír, esta vez de verdad, y alarga la mano para examinar de cerca las diminutas arañas que lleva dibujadas en ellas.

—¡Gracias! Me las ha hecho mi nieta. —Lo dice con orgullo, el mismo que yo siento por Mariana.

—Pues tiene mucho talento.

—¡Y tanto! Y además, es muy rápida, hemos dejado que practique con todos nosotros. Va a encargarse del maquillaje para la obra de otoño de su escuela, todos los zombis necesitan uñas de color verde cianuro.

Sloane sigue la mirada de mi abuela hacia la desconchada laca de uñas verde que decora mis dedos. Antes llevaba un balón de fútbol en el pulgar, pero resulta que juguetear con el pintauñas es una

manera estupenda de pasar el rato en los interminables días de revisión de vídeos de partidos.

—Has escogido un color muy atrevido —me dice—. Sobre todo porque el estadio está decorado con azul y dorado.

—¿Qué quieres que te diga? —Me encojo de hombros—. Mi hermanita quiere hacer el mejor maquillaje de la historia de su escuela. Si ayudarla significa que tengo que convertirme en zombi, ¿quién soy yo para negarme? La vida es demasiado corta para no ir a por lo que quieres.

Hablo por experiencia. Esta temporada, sé exactamente lo que quiero. Un anillo de la Super Bowl para compensar el que hice que perdiéramos el año pasado.

Sin embargo, Sloane no parece estar tan segura, cosa que me resulta extraña, pues ella ya se ha declarado campeona.

—Ir a por lo que quieres solo funciona hasta que te das cuenta de que te estás convirtiendo en algo peligroso.

Esta vez, cuando sonríe, vuelve a mostrar los dientes durante un instante, tan afilados como para hacer sangre y de una forma tan estudiada como antes. Como si creyera que necesito que me recuerde quién es.

O lo que hace.

No obstante, sus palabras esconden mucho más de lo que puedo descifrar ahora mismo, así que le lanzo otro pase.

—Pues menos mal que yo no muerdo.

—Menos mal que yo sí. —Su voz destila la mordacidad justa para asegurarme que lo dice en serio.

Antes de que pueda pensar cómo contestarle a lo que claramente es una advertencia, Olivia se mueve a mi espalda, como si estuviera preparándose para interrumpir. Pero, ante un mínimo gesto de la cabeza de Sloane, vuelve a quedarse quieta.

—Ay, no quiero entretenerte más —le dice mi abuela. Ella también debe de haber notado el movimiento—. Sé que estarás agotada.

—Tardo un poco en desconectar después de un concierto.

Sloane guía con amabilidad a mi abuela y a sus rodillas inestables al otro lado de la estancia. Cuando pasa de largo el sofá bajo y escoge la mesita y las sillas, de las que mi abuela se podrá levantar con más facilidad, me siento agradecido.

Pero no las sigo. Estamos aquí por mi abuela, no por mí.

Sloane le hace un montón de preguntas, aunque ninguna tiene nada que ver con música. Mi abuela, también conocida como @viuda_negra_ximena, está más que dispuesta a compartir hasta el más mínimo detalle de su vida y, por extensión, de la mía. En un abrir y cerrar de ojos, le ha contado a Sloane de todo.

Le habla de sus gallinas, de la vez que mi hermana se cayó por la ventana y se rompió sus vaqueros favoritos, y de que yo tengo que ir a arreglarle el wifi y organizarle los mensajes directos de las redes sociales al menos una vez al mes. Sloane permite que haga un par de selfis, pero, cuando mi abuela empieza a presumir de sus nietos, decido que es momento de intervenir.

Puede que la haya traído al concierto, pero sé de sobra que no me debe ninguna lealtad. Seguro que piensa sacrificarme a mí y a mis desventuras juveniles sin dudarlo si con ello entretiene a Sloane.

—Creo que ya va siendo hora de que dejemos que Sloane se marche —le comento a mi abuela—. Se ha pasado casi media hora con nosotros, estoy seguro de que querrá volver al hotel.

Yo, desde luego, siempre necesito tiempo a solas después de que se me pase la adrenalina del partido.

Sloane ayuda de forma gentil a que mi abuela se ponga de pie.

—Mateo tiene razón.

Casi me atraganto al oír mi verdadero nombre salir de su boca. Hace mucho que nadie que no sea mi abuela me llama Mateo. He sido Sly desde mi primer partido de fútbol en categoría infantil, cuando el entrenador hizo un juego de palabras con mi apellido, Sylvester, después de que me colara entre los chavales más corpulentos y vistosos hasta la zona de anotación. Veinte años más tarde, el apodo sigue conmigo, al igual que la emoción de marcar un touchdown.

Eso no quiere decir que no me guste la forma en que suena mi nombre en los labios de Sloane, claro.

—Ambos apreciamos que nos hayas dedicado tu tiempo —aseguro mientras le tiendo la mano para estrechar la suya.

Sus ojos no muestran emoción alguna y, durante un instante, creo que me va a dejar colgado. Pero, en cuanto su empleada se acerca a nosotros, Sloane estira el brazo y desliza su palma por la mía. Tiene la mano fría como el hielo y le tiembla un poco. Me dan ganas de darle un abrazo, de compartir mi calor con ella hasta que deje de estremecerse.

Tengo bastante claro en lo que está pensando ahora mismo, pues yo me he pasado un año machacándome por un error que le costó todo a mi equipo. Odio pensar que ella se esté haciendo lo mismo por un par de segundos en el escenario de los que casi nadie se habrá percatado.

Pero yo sí lo he visto. El momento en el que se ha desmoronado. Como si estuviera gritando por debajo de todas esas lentejuelas y a nadie le importara.

Como abrazarla sin permiso no es una posibilidad, me decanto por la siguiente mejor opción. La miro a esos preciosos ojos marrones y digo:

—Sé que crees que te has quedado paralizada esta noche. Pero lo único que he visto yo es cómo luchabas para quedarte.

5

Sloane

Olivia acompaña a la salida a Sly y a su abuela mientras Jaime, uno de mis guardias de seguridad, los sigue.

Así que me quedo a solas en cuanto la puerta se cierra a su espalda, sin nada más que el silencio y las palabras de Sly repitiéndose en mi cabeza.

«Sé que crees que te has quedado paralizada esta noche. Pero lo único que he visto yo es cómo luchabas para quedarte».

No sé qué hacer. Qué pensar, ni siquiera cómo sentirme. He visto la calidez en sus ojos cuando me lo decía. La compasión y la comprensión.

Quizá eso sea lo peor.

Porque sé que tenía la intención de reconfortarme con esas palabras, pero yo no las siento así. De hecho, me parecen un detonante. Como si hubiera lanzado una bomba directa a mi corazón y ahora todos los andamios que he erigido a lo largo de los años para seguir en pie amenazaran con venirse abajo.

Esa idea hace que me catapulte al suelo, que me quite el vestido, las botas, las medias. Si me los quito lo bastante rápido, quizá (y solo quizá) no me derrumbe.

Las prendas caen a mi alrededor una a una. Mi armadura resquebrajada todavía brilla tras una batalla que siempre he sabido que no podría ganar.

Me quito también los pendientes, los anillos (mis propios puños americanos) y los dejo en el tocador mientras tomo aire. Solo una respiración, para ver qué sensación me deja. Para ver si esta vez me rompo en mil pedazos para siempre.

Siento las grietas, noto la presión. Pero el andamio aguanta, así que respiro de nuevo. Y una vez más. El dolor disminuye, se vuelve soportable.

Y quizá sea lo único que necesito. Un momento de silencio. Un segundo sin el peso. Ese instante entre un latido de mi corazón y el siguiente. Porque en ese espacio de tiempo, ese espacio frágil y fugaz, la música se abre paso.

Como una pérdida que he olvidado llorar, el inicio de una melodía se cuela en el silencio, delicado pero innegable.

Es la primera vez que oigo algo nuevo en más de un año y me quedo helada, me aterra moverme por si desaparece con tanta facilidad como ha llegado.

Pero no lo hace. Se queda mientras hojeo mi diario, mientras busco mi guitarra o cualquier cosa que me ayude a aferrarme a ella.

Dos barras. Una línea. Es lo único que consigo antes de que vuelva a secarse. Pero, por ahora, me basta saber que la presa ha tenido una fuga. Me basta saber que algo en lo más profundo de mi ser sabe por qué sigo aquí. Por qué hago lo que hago a pesar de toda la mierda.

Es la música. Siempre ha sido la música. Puede que no esté orgullosa de todo lo que he hecho para sobrevivir, pero siempre estaré orgullosa de mi arte. Me salvó cuando pensaba que nada lo haría.

Me suena el móvil desde el bolso, donde lleva toda la noche. Bajo el cuaderno y lo busco.

Marco:
Solo para avisar. Hemos sacado el coche.
Avísame cuando estés lista para marcharte

Yo:
Salgo en diez.
Gracias

Ya se me ha hecho tarde, así que vuelvo a meter el diario en el bolso de un empujón y busco los pantalones de chándal y la sudadera que suelo llevar para el trayecto entre el hotel y el recinto. Entonces entro en el baño para desmaquillarme y, con ello, librarme de los últimos restos de la Viuda Negra.

Cojo una goma del pelo para recogerme la melena despeinada y me arranco las pestañas postizas. Me mojo un poco la cara y utilizo una toalla suave de muselina con desmaquillante para quitarme la máscara de pestañas, el perfilador y las sombras de ojos, y el pintalabios corrido. Con cada movimiento, siento que me estoy quitando otra capa.

Hasta que levanto la mirada.

El primer atisbo que cazo de mi reflejo hace que se me caiga el alma a los pies. Tengo las mejillas de color rosa intenso. Tengo buena cara. La mirada suave, de una forma en la que no la he visto hace meses o puede que incluso más.

Y, por un instante, no veo lo que los años y las tragedias me han hecho. Veo a la chica de dieciséis años que fui: blanda, ingenua y predestinada a pasar por todo esto.

Ella se enamoró hasta las trancas de un chico de oro, brillante: Hayden Jeffries, el extraordinario rompecorazones adolescente. Escuchó música la primera vez que lo vio. Y él la destrozó.

Me destrozó.

Así, sin más, el andamio se parte hasta que no soy más que astillas y trozos de madera y cristal que solo siguen unidos por el sudor y el instinto de supervivencia. El miedo me invade, hace que mi corazón lata más de la cuenta y que me falte el aire, como si acabara de interpretar la canción más exigente de mi repertorio.

No, no, no.

No voy a volver ahí. Ni ahora ni nunca.

Por eso necesito la armadura. Por eso necesito a la Viuda Negra.

Cierro los ojos y empujo los recuerdos para que vuelvan a la cámara acorazada de la que se hayan escapado. Porque esa chica murió hace mucho tiempo. Yo soy lo que se alzó de las cenizas.

Mi respiración se normaliza. Se me calma el corazón, incluso antes de que la llamada a la puerta haga que me cuadre de hombros y vuelva a colocarme la máscara.

—¡Pasa! —grito mientras regreso al camerino y busco los efectos personales sin los que no puedo vivir. Es nuestra última noche en Austin.

Olivia abre la puerta una rendija y cuela la cabeza por ella.

—Solo quería ver cómo estás. Cómo te ha parecido que ha ido el encuentro.

No hay nada que quiera contarle del encuentro. Así que me limito a encogerme de hombros.

—Bien. ¿Por?

—Por nada. —Niega con la cabeza—. Parecían simpáticos, eso es todo.

Durante un instante, los ojos castaños de Sly están ahí, delante de mí. Sus palabras son un reflejo de lo que nunca habría querido que viera nadie.

«Pero lo único que he visto yo es cómo luchabas para quedarte».

Parpadeo para apartar sus palabras de mi mente, pero su rostro se niega a irse. E, incluso antes de saber que voy a hacerlo, pregunto:

—¿Crees que podrías conseguirme el número de Sly?

6

Sly

Treinta minutos después de que abandonemos el camerino de Sloane, por fin consigo llevar a mi abuela hasta el coche a través del chaparrón. Las luces del estadio se alejan en el retrovisor y pongo rumbo a su acogedora casa, en las afueras de Burnet, una ciudad pequeñita que está más o menos a una hora de Austin, el lugar donde me crie.

Le lanzo una mirada rápida en un semáforo y veo que parece agotada, pero también más feliz de lo que la he visto en mucho tiempo.

—Ha sido incluso mejor de lo que me había imaginado. —Me da una palmadita en la mano que tengo en el volante—. Muchas gracias, mijo.

—Soy yo el que tendría que darte las gracias —indico—. El concierto ha estado genial.

—Sí que es verdad. Y aún no puedo creerme que hayas movido hilos para que la conozca. —Suspira de felicidad—. Siempre he sabido que Sloane era una persona excepcional, pero ha sido mucho más amable de lo que me habría esperado jamás. Y es incluso más impresionante en persona, ¿no te parece?

La verdad es que no sé qué pensar. A ver, mi abuela tiene razón. Sloane es tan guapa como amable y, aunque yo aprecie ambas

cosas, no son la razón por la que no he podido dejar de pensar en ella desde que he cerrado la puerta de su camerino.

No, lo que hace que ocupe el centro de mi mente no es su aspecto, ni su voz, ni siquiera lo dulce que ha sido con mi abuela. Es la manera en que lleva a la Viuda Negra como si fuera un escudo. La forma en que le temblaron los dedos cuando ha ido a estrecharme la mano. La vulnerabilidad que reflejaban sus ojos y la forma en que se ha esforzado al máximo por ocultarla.

No sé qué le ha hecho tanto daño para que tenga que esconderse del mundo. Pero lo que sí que sé es qué se siente al romperse. Y sé lo agotador que es tener que proteger las partes de ti que se han roto.

—¿Cuál ha sido tu canción favorita? —me pregunta mi abuela mientras nos incorporamos a la autopista.

—Me han gustado todas —contesto, mientras la imagen de Sloane se forma en mi cabeza. Un vestido azul ajustado, labios carmesí, el cabello rojo como una explosión a su alrededor. Los ojos abiertos y salvajes mientras cae al vacío... Y después se abre paso con las garras hacia la superficie, centímetro a centímetro—. Pero quizá sea la de *The Rumour Game*, la de los rumores. Sé que es lo que dice todo el mundo, pero es buena.

Y jamás podré volver a oírla sin pensar en la fuerza que ha necesitado Sloane para salir del abismo.

—Esa es muy buena —coincide mi abuela—. Pero mi preferida siempre será *Watch Me*.

—Ah, ¿sí?

Un par de órdenes verbales después, la canción suena a todo volumen por los altavoces mientras mi abuela la canta. La he oído hoy por primera vez, así que no me sé la letra tan bien como ella, pero me esfuerzo por seguirle el ritmo en el estribillo.

Por lo menos, hasta que aparece un mensaje en la pantalla del salpicadero y me dice que tengo un mensaje de mi agente. ¿Qué cojones querrá Vivian un domingo a medianoche?

—Lo siento, abuela.

Interrumpo el tercer verso para que el coche pueda leerme el mensaje.

Vivian:
¿Alguna razón por la que me acabe de llegar al buzón un mensaje de la publicista de Sloane Walker pidiendo tu número?

Antes de poder procesar siquiera lo que quiere decir, mi abuela empieza a vitorear a mi lado.

—Parece que no eres el único al que han encandilado.

—¿Encandilado? Yo no... —Me interrumpo cuando el coche me pregunta si quiero responder—. ¡Sí! ¡Sí!

Mi abuela suelta una risita, pero yo me esfuerzo por ignorar su alegría mientras respondo a Vivian.

—¿Se lo has dado?

Vivian:
Por eso pregunto.
¿Qué está pasando aquí?

Yo (y por yo quiero decir mi abuela respondiendo a lo que dice mi coche):
Se han quedado prendados el uno del otro.

Yo:
Era mi abuela Ximena. No estamos prendados ni nada de eso. Seguramente querrá entradas para algún partido.

Vivian:
Puedo conseguírselas
sin darle tu número.

Yo:
No, adelante, dáselo por si acaso
quiere algo que no sea eso.
Yo (y por yo, quiero decir
mi abuela otra vez):
¿Una cita quizá?

—¡No! —niego, al tiempo que le lanzo una mirada exasperada cuando el coche pregunta si quiero enviar ese mensaje.

Ella se limita a encogerse de hombros.

—Sé que soy vieja, pero en mis tiempos solo había una razón para que una chica pidiera el número de un chico.

—¿De verdad las chicas pedían números por aquel entonces? —inquiero.

Ella me lanza una mirada traviesa.

—Solo las espabiladas. ¿Cómo crees que cacé a tu abuelo?

—Pensaba que le hiciste un placaje y lo ataste —contesto con una sonrisilla burlona, porque en su día fue campeona de lazo y carreras de barriles.

—Bueno, eso también. —Me devuelve la sonrisa—. Pero, en serio, he visto cómo la mirabas.

—¿Como si estuviera impresionado con su talento? Porque lo estaba.

—Pues claro que lo estabas. —Hace un aspaviento para restar importancia a mi respuesta—. ¿Y quién no? Pero no es a eso a lo que me refiero. ¿Crees que, como necesito lentes bifocales, no me he dado cuenta de que has visto algo diferente en ella? Quizá algo que te resulta... familiar.

Se me encoge el pecho. No solo porque pensaba que se me daba mejor ocultar esto, sino porque no quiero que mi abuela sepa lo jodido que estoy con todo lo que pasó con Lucía.

No es que no sepa nada al respecto. Lucía no es solo mi hermana. Es su nieta. Pero eso no quiere decir que yo quiera que sepa cuánto me pesa mi fracaso. O lo mucho que me culpo por toda la mierda por la que ha pasado mi hermana.

—¿Y si ella también se ha fijado en ti? —Mi abuela alarga el brazo y vuelve a estrujarme la mano—. Y, por cierto, tú también eres bastante apuesto.

Me obligo a esbozar una sonrisa que no siento ni de lejos.

—Creo que no estás siendo objetiva.

Ella resopla.

—Ya, ni yo ni todas esas listas de «deportistas más atractivos» en las que sales veinticuatro-siete. Tengo recortes en mi álbum. Página cuarenta y siete, justo al lado de esa foto tuya con la tiara y las gafas de sol de corazón en el quinto cumpleaños de Camila.

—Esa tiara me quedaba de miedo, gracias.

Aun así, se me empieza a calentar la cara al recordar esas listas ridículas. No significan nada para mí, me interesa mucho más cómo rindo en el campo que lo que la gente escribe sobre mi persona.

—Y, una cosa, ¿ahora decimos *veinticuatro-siete*? ¿Eh? —la chincho para cambiar de tema, pues es más que capaz de recitar las últimas diez listas en orden cronológico. Mis hermanas y ella llevan burlándose de eso desde el primer año de universidad—. Estoy impresionado, pero ¿quién es esta señora?

—Una mujer que ha ido y ha vuelto tantas veces que sabe cuándo alguien está interesado. —Me lanza una mirada que quiere decir: «Voy muy en serio»—. Deberías mandarle flores.

—Eso ya va un paso más allá de pedir el número de alguien —le advierto—. Sobre todo, porque no sabemos por qué lo quiere.

—Pues mándale flores y averígualo.

—Es una superestrella, abuela Ximena. Dudo que le lleguen.

Y eso sin mencionar que solo porque sienta una extraña conexión con ella no quiere decir que ella sienta lo mismo. Lo último que quiero es incomodarla, sobre todo cuando ya lo está pasando mal.

—Pues claro que no —replica con un resoplido—. Pero, si por algún casual recuerdas que tú también eres famoso y cambias de idea, deberías mandarle calas. Son sus favoritas.

—¿Algún color en especial? —pregunto antes de poder morderme la lengua.

La sonrisa de mi abuela se ensancha y saca el diario de Sloane Walker/Viuda Negra del que nunca se separa y empieza a escribir a saber qué cosas.

—Moradas oscuras.

—¿Su color favorito es el morado?

No sé por qué me sorprende, pero lo hace.

—No, pero son las más bonitas —contesta con autoridad—. Su color favorito es el negro.

No lo tengo tan claro. Estoy seguro de que les dirá a sus fans que el color negro es su favorito. Sin duda, se viste como si lo fuera. Pero algo en mi interior sospecha que la mujer de manos temblorosas y ojos como vidrio tintado prefiere un color totalmente diferente.

Puede que Sloane Walker tenga pinta de ser una malota que pasa de todo y de todo el puto mundo, pero esa mujer va más allá de lo que muestra en público. Eso lo tengo claro.

Por eso mismo, lo último que debería hacer ahora es utilizar a mi abuela para sonsacarle información sobre ella. Está claro que a

Sloane le han hecho daño antes. No sé quién ni cómo, pero las cicatrices están justo ahí, en la superficie, y no se molesta en disimular su desconfianza. Lo último que necesita es que yo entre a la fuerza y de alguna forma lo empeore todo.

Además, es muy mal momento para ambos. Ella está centrada en su gira. Yo estoy centrado en la temporada, que está a punto de empezar. Entre el fútbol, la fundación y mi familia, no tengo tiempo para nada más. Y mucho menos para una estrella del pop famosa en el mundo entero, por muchas multitudes que contenga.

Y, aun así, todo eso no me impide tener la esperanza de que utilice ese número que ha pedido.

Mi abuela se queda sin pilas justo en el momento en el que enfilo el camino que lleva a la vieja granja en la que me crie. El hecho de que viva tan cerca de Austin es una de las razones por las que me alegré tanto cuando me ficharon los Twisters. Aunque significara jugar de reserva durante dos años mientras esperaba a que Sánchez se retirara, también significaba que estaba lo bastante cerca para ir a ver cómo estaban la abuela y las chicas cada semana, más o menos.

Mientras la acompaño a la puerta, ella arranca un trozo de papel del diario y me lo coloca en la mano al tiempo que un brillo juguetón le ilumina los ojos.

—¿Qué es esto? —pregunto.

Sonríe.

—Digamos que es una chuleta. Una lista de las cosas que le gustan y las que no, por si acaso decides enviarle algo más aparte de las flores.

Cierro la mano involuntariamente alrededor de la lista.

—No será verdad.

—Pues claro que sí. Los cinco tentempiés que más le gustan, su vela favorita y perfumes, y, entre un montón de cosas más, cómo le gustan las palomitas. —Mueve las cejas—. Dulces, con sirope de chocolate, por si te interesa.

—Me sorprende lo minuciosa que has sido. —Paso la mirada de ella a la lista y viceversa—. Es más, me da miedo lo específica que es.

Ella se encoge de hombros.

—Cuando eres una de las personas más fotografiadas del mundo, no hay secretos.

Y, de repente, lo entiendo. Y no solo con la cabeza, sino en lo más profundo de mi ser.

Por supuesto que Sloane siempre está alerta.

Por supuesto que lleva a la Viuda Negra como una segunda piel.

Cuando el mundo siempre está mirándote, siempre dispuesto a convertir tu dolor en titulares, ¿qué otra opción te queda que volverte intocable?

Los focos no solo la iluminan. La queman. Por eso saca filo a sus cantos, se convierte en alguien a quien adorar u odiar, pero jamás a quien abrazar. Jamás a quien ver. Jamás a quien comprender de verdad.

Porque, una vez que has sufrido lo suficiente, todo parece una trampa. El único lugar seguro es tras un muro que solo tú puedes atravesar.

La idea hace que sufra por ella de una forma nueva mientras miro a la cara esperanzada de mi abuela.

—Si le envío flores, solo será como agradecimiento por habernos recibido en su camerino. Nada más.

—Vale. —Se inclina hacia delante y me da un beso en la mejilla—. Pero si decides que quieres algo más...

—No lo haré.

Sloane ya tiene suficiente carga. Lo último que necesita es a mí y mi propio lastre.

—Pues claro que no. Pero, de hacerlo, debes saber que Sloane no lo ha tenido nada fácil. —Su mirada es tan directa como una carretera del desierto de Texas. Después añade—: Ha sufrido mucho más de lo que la gente se piensa. Es una persona real debajo de todo ese perfilador de ojos.

Me dispongo a asegurarle que ya lo sé. Pero me limito simplemente a responder:

—¿Me estás advirtiendo de que no le rompa el corazón?

—Te estoy advirtiendo de que los pedazos rotos tienen cantos afilados. No presiones hasta que lleguen a cortarle... o a ti.

La manera en que lo dice hace que tome nota. No suelo oír ese tono por su parte, pero, cuando lo hago, sé que va en serio.

—Me has criado bien —contesto con calma.

—Sé que sí. —Alarga el brazo y me da una palmadita en la mejilla —. Ve con cuidado, hagas lo que hagas. Y mándame un mensaje cuando llegues a casa para que sepa que estás de una pieza.

Espero hasta que oigo que se cierra el cerrojo antes de volver a mi coche. Lanzo la lista de los gustos de Sloane al asiento que tengo al lado, aunque me tienta echarle un vistazo por si me ayuda a entender mejor lo que he visto esta noche.

Pero la verdad es que no quiero una chuleta. Si voy a conocerla, quiero que sea porque ella me ha dejado entrar, no porque me he colado por una puerta trasera hecha de puntos que tener en cuenta.

Así que, en lugar de abrir la lista, saco el teléfono y busco en internet el orden de sus discos. Después, abro Spotify y pongo *Serendipity*, «serendipia», el primero.

Conduzco hasta casa con una versión menos precavida y más esperanzada de la mujer que he conocido esta noche. Para cuando termino de escuchar el desamor y la poesía del tercer álbum, he comprendido dos cosas.

Una: puede que Sloane se sienta rota, pero tiene más fuerza que toda mi línea ofensiva.

Y dos: las flores y los números de teléfono son solo la previa del partido. Lo que podríamos darnos el uno al otro empieza después de que suene el silbato.

7

Sloane

—¿Estás lista para la entrevista? —pregunta Bryan. Es el publicista que tengo asignado para acompañarme en la gira y que se asegure de que no haga nada para que el castillo de naipes que es mi carrera, y por consiguiente la suya, se desmorone sobre nosotros—. Es muy importante.

—Dices lo mismo de todas.

Intento no mover la cabeza, le echo un vistazo con el rabillo del ojo, pero ese leve movimiento hace que Mandy se queje. Aunque también es verdad que ahora mismo blande la máscara de pestañas como si fuera un arma.

—Ya, bueno, esta vez lo digo en serio.

—Siempre lo dices en serio.

Espero a que Mandy acabe con mi ojo derecho antes de buscar el café con hielo y dar un largo trago. Puede que no me guste el alcohol, pero lo de la cafeína es otro cantar. Sobre todo si tenemos en cuenta que anoche solo dormí unas tres horas.

Atribuyo la falta de sueño a la diferencia horaria y no a unos ojos castaño oscuro y una sonrisa burlona que aparecen en mi mente en los momentos más inoportunos. Alerta de *spoiler*: todos los momentos son inoportunos.

De repente, la melodía que se ha colado en mi cabeza varias veces desde que conocí a Sly empieza a sonar otra vez. Busco el

diario solo por si me llega más, pero se desvanece como el agua en un vaso roto. Aparece y desaparece antes de que pueda saborearla siquiera.

Joder.

Me trago la frustración y me digo que es mejor así.

Ahora mismo no tengo tiempo para que me llegue la inspiración.

—¿Quieres darle otro trago al café antes de...?

La voz de Mandy se acalla, pero cuesta no entender a qué se refiere, pues ahora mismo lleva en la mano un perfilador de labios del mismo rojo oscuro que mi pelo.

—Sí, por favor.

Cojo la taza y doy un portazo en las narices a la música. Ahí no hay más que problemas.

Ya tengo un nudo en el estómago. Mi último disco salió hace ocho semanas y, desde entonces, he estado haciendo malabares con entrevistas y apariciones en los medios, todo eso entre actuación y actuación. Considero un triunfo personal saber en qué ciudad nos encontramos ahora mismo. No quiero que se me malinterprete, me hace ilusión que el disco esté teniendo mejor acogida de lo que esperaba, pues tenemos portadas de revistas para elegir. Solo me gustaría que mi equipo dijera que no más a menudo.

Estoy segura de que la gente está empezando a aborrecer ver mi cara en la cola del supermercado. Tanto como yo mostrarla.

Aunque también es verdad que, si he aprendido algo de todos estos años, es que el deseo de controversia de la gente no tiene medida, sobre todo si no hay ninguna prueba para respaldarla.

—¿Quién tocaba hoy? —pregunto cuando Mandy termina con mis labios después de lo que parece una eternidad.

Llevo años poniéndome pintalabios, y todavía no comprendo cómo alguien, en especial una maquilladora profesional, puede convertir la

aplicación en un proceso de quince minutos. Aunque he de reconocer que a ella le queda mucho mejor.

—*Vanity Fair* —responde Bryan mientras se dirige a la puerta—. Es la historia de portada. Los traeré dentro de diez minutos, así que asegúrate de estar lista.

—Me muero de ganas —comento a su espalda.

Lucinda entra como una exhalación en la *suite* cuando Bryan se marcha.

—Acabo de terminar de plancharte la ropa, lo único que te voy a decir es que ni se te ocurra arrugar la chaqueta del traje antes de que llegue el fotógrafo.

—Solo es una entrevista. La sesión de fotos no será hasta que lleguemos a Los Ángeles.

Me dispongo a beber lo que me queda de café y me detengo cuando Mandy me bufa. Parece ser que por fin se le han acabado los nervios por ser la nueva.

Aun así, alzo la taza y bebo de todos modos, aunque tengo cuidado de no estropear su trabajo. Entrecierra los ojos, parece que está a punto de quejarse, pero, en cuanto enarco una ceja, coge el maletín del maquillaje y se escabulle hacia la salida.

Me alegra ver que todavía no he perdido mi toque.

—Van a traer un fotógrafo para el contenido de detrás de las cámaras que acompañará a la sesión de fotos de la semana que viene, así que desnúdate, ¿quieres? Esta camisa es un poco complicada de poner. —Lucinda me mira de arriba abajo—. Y deja de intentar asustar a las novatas.

—No tengo que intentarlo.

Me deslizo la bata por los hombros y dejo que caiga en el suelo a mi alrededor. Cuando era más joven, pensaba que jamás me acostumbraría a desnudarme delante de nadie. Pero, después de

años de cambios de vestuario de treinta segundos entre actuaciones y una década entera de que me traten como nada más que un producto, ya apenas me doy cuenta. Además, cuesta que te importe ser modesta cuando tantos de mis secretos se han propagado por internet solo para incitar a que la gente abra artículos y los cite.

—Esas bragas van a dejarte marca.

Lucinda analiza mi cuerpo casi desnudo con ojo crítico.

—Ya, bueno, es una entrevista a mediodía. Estoy casi segura de que voy a estar sentada todo el rato, así que da igual.

—¿Y si...?

—Lo siento, pero hoy no pienso dejar al aire ni el culo ni mis traumas —replico, poniendo los ojos en blanco—. Aunque sea *Vanity Fair*.

Lucinda murmura algo entre dientes, pero no me discute cuando me entrega un par de medias de rejilla.

—Ponte esto mientras preparo la falda.

Contemplo las medias dudosa, pensando en las decenas de intentos que suele llevarme ponérmelas.

—Estaba pensando en llevar vaqueros.

—¿Para *Vanity Fair*? ¿Cuando me van a citar como tu estilista? —Niega con la cabeza—. Muérdete la lengua.

—¿Y si me pongo vaqueros y una camiseta y me cito a mí misma como estilista? —pregunto, solo para hacerle rabiar.

Ahora le toca a ella poner los ojos en blanco a la par que me tiende una falda midi negra.

—Date prisa, anda.

Diez minutos después, sigue embutiéndome en una camisa con aspecto de telaraña, que es lo más complicado que he llevado en mi vida. Es incómoda de cojones, pero mentiría si dijera que no aprecio el guiño a mi *alter ego*.

Llaman a la puerta de la *suite* justo antes de que oiga a Bryan charlar con dos personas que supongo que serán el equipo de *Vanity Fair*.

Lucinda me abrocha el último botón y me entrega un blazer de Dolce & Gabbana para que me lo ponga encima. Se me asienta en los hombros como una armadura, una elegante y cara. Pero esta protección no está hecha para salvarte. Solo para que la sangre parezca parte del espectáculo.

—No te olvides de los zapatos —me ordena mientras me dirijo al salón.

Echo un ojo a los Louboutin de punta y me decanto por las enormes zapatillas de andar por casa de tarántula que me lanzó un fan al escenario durante la primera noche de la gira. Puede que sean las más cómodas que tengo.

—¡Ni se te ocurra! —sisea Lucinda, pero ya estoy saliendo a toda prisa por la puerta de la habitación y entrando en el salón.

—Sloane —dice Bryan, que se ilumina en cuanto me ve—, estás preciosa.

No me molesto en contestar. La Viuda Negra no responde a cumplidos vacíos.

Analizo a la reportera, quien, a su vez, analiza mis zapatillas de tarántula con las cejas ligeramente enarcadas. Pero, cuando nota mi escrutinio, sube corriendo la mirada hacia la mía y da un paso adelante con la mano tendida.

El pavor me recorre la columna mientras me acerco; mi equipo suele advertirlos de estas cosas. Antes de que pueda obligarme a estrecharle la mano, Bryan se coloca entre nosotras a propósito.

—Sloane, te presento a Vittoria Quasarano, de *Vanity Fair*. Vittoria, esta es la única e incomparable Sloane Walker.

Su sonrisa es tan amplia y falsa que me sorprende un poco que no se lo trague entero.

Me inunda el alivio y saludo con un gesto de la cabeza antes de poner rumbo a la mesa del rincón, donde ya han colocado el servicio de café.

Me muero por tomarme otra taza. Soy plenamente consciente de que soy una puta adicta al café, pero eso no quiere decir que tengan que saberlo los demás. Una cosa es tener una debilidad; otra muy distinta es dejar que lo vean otras personas, sobre todo una periodista.

Me lo enseñó Pauline.

Así que, en lugar de servirme una taza de café, agarro el decantador lleno de té aguado que hay al lado e intento que no me den arcadas.

—¿Bourbon? —sugiero con las cejas enarcadas a modo de pregunta mientras me sirvo un vaso.

Es un riesgo calculado: si dice que sí, tendré que volcar la botella y encontrar la forma de tirar el té por el suelo. Aun así, tengo bastante confianza en mi estrategia. Los reporteros siempre quieren estar en plenas facultades cuando se enfrentan a la Viuda Negra.

Puede que me haya ganado la reputación de ser difícil.

Vittoria no es diferente, pues apenas me he servido mi bebida cuando niega con la cabeza.

—Me temo que es un poco temprano para mí.

—En algún sitio ya es mediodía —contesto al tiempo que me encojo de hombros.

—Aquí es mediodía —me contesta Bryan con una sonrisa que se vuelve más forzada con cada segundo que pasa, como si no supiera perfectamente que así es como funcionan las cosas cuando he llegado a mi límite de entrevistas. Me sentiría peor si no pasara tanto

tiempo de su vida torturándome, y si no le pagara una buena cantidad por hacerlo—. Estamos en Las Vegas.

—Pues eso mismo.

Me dejo caer en la silla más cercana, dejo colgando un brazo por encima del respaldo y extiendo las piernas por delante de mí. Cuanto más a disgusto estoy, más espacio me aseguro de ocupar. Siento una cosa, pero proyecto lo contrario. Es todo parte de la telaraña de la Viuda Negra.

Mientras Vittoria se sirve una taza de café, los ojos de Bryan me suplican que me siente bien y que sea simpática. Como eso es lo que la antigua Sloane haría, me quedo justo donde estoy. Y no digo ni una palabra. El primero que hable siempre está destinado a perder. Algo que mi mentora me enseñó hace mucho tiempo.

Así que, en vez de iniciar una charla banal o, Dios no lo quiera, causar una buena impresión, saco el móvil y empiezo a ojearlo sin fijarme en nada en realidad.

No es más que una estrategia, una oportunidad para ponerla a la defensiva. Pero el hilo de mensajes con Olivia está ahí, justo en la parte de arriba. Y con solo bajar un poco en la conversación me encuentro con un número que todavía no he añadido a mi agenda de contactos.

Ahora mismo, solo son diez dígitos y un montón de posibilidades. Lo miro fijamente durante varios largos segundos, con el pulgar suspendido por encima del número, como si fuera a decidir por mí.

Pero entonces aparto la vista. Porque ¿qué iba a decirle?

Vittoria termina de servirse el café antes de sentarse en la silla que tengo delante. Espero que empiece a hacerme preguntas en cuanto pone su móvil a grabar, pero no lo hace. En cambio, se limita a quedarse ahí sentada mientras da sorbos a su café y me contempla por encima del borde de la taza.

Parece ser que no soy la única que utiliza la estrategia de Pauline. Bien jugado.

Bryan, que está de pie detrás de Vittoria, parece agitarse más a cada segundo que pasa. No esboza grandes gestos o expresiones faciales, es tan consciente como yo de que hay un fotógrafo en la estancia, pero desde luego está haciendo uso de los ojos y una sonrisa incómoda para instarme a decir algo. Lo que sea.

Lo ignoro, cosa que contribuye a su molestia.

El silencio continúa, hasta que Bryan alcanza su límite.

—¿Algo más que pueda ofrecerte? —le pregunta a la reportera.

Ella le sonríe con calma.

—No. Estoy perfectamente, gracias. El café está delicioso.

—Bueno, pues entonces empecemos, ¿no? —Solo le queda ponerse a dar palmadas como si fuera un elfo en el taller de Papá Noel y estuviera organizando las cosas justo como quiere—. Sloane tiene un día muy ajetreado por delante.

—Por supuesto. Es solo que no quería interrumpirla por si acaso era algo importante —le responde mientras señala mi teléfono, aunque ambas sabemos que eso es una mentira como una casa. Tampoco es que me importe, porque por fin se ve obligada a preguntar—: ¿Estás lista, Sloane?

Sloane uno, *Vanity Fair* cero.

No obstante, regodearse es de mala educación, por lo que me guardo mi triunfo para mí. En vez de eso, dejo el móvil en la mesa, cojo la bebida y contesto.

—Pues claro. Soy un libro abierto.

Uno con la mitad de las páginas arrancadas, pero nadie tiene que darse cuenta de eso.

—Me alegra mucho oírlo. —Vittoria se acomoda en su silla y no puedo evitar pensar que lo tengo todo más que controlado. Por lo

menos, hasta que pregunta—: Bueno, ¿cuánto tiempo llevas saliendo con Mateo Sylvester?

8

Sloane

Lo único que evita que me escupa la bebida por encima son los años de práctica para controlar mi cara y mis emociones.

Aunque sí que me atraganto con ella. Parece ser que no puedes jadear y tragar al mismo tiempo. ¿Quién lo habría dicho?

Debo hacer acopio de hasta el último ápice de fuerza de voluntad que tengo para aguantar la tos en lo más profundo de mi ser. No sé cómo, lo consigo, principalmente porque ni de coña pienso darle la satisfacción.

Por supuesto, el té en los pulmones hace que resulte un poquito más complicado respirar, y mucho más hablar. Cosa que no podría hacer aunque quisiera. Mi voz, al igual que el resto de mi cuerpo, se ha quedado de piedra mientras la cara demasiado atractiva de Sly aparece ante mis ojos.

Por suerte, Bryan toma cartas en el asunto. El hecho de que parezca totalmente perplejo solo ayuda a vender la historia.

—¿Mateo Sylvester? ¿El jugador de fútbol americano? Creo que Sloane ni lo conoce.

—¿En serio? —Vittoria vuelve a centrarse en mí, y en sus ojos se aprecia una mirada calculadora que me dice que tiene algo en mi contra. Espero que no sepa leer la mente, porque no hay mucho que pueda hacer para combatir el hecho de que Sly haya estado en mi cabeza mucho más de lo que debería—. ¿Es eso cierto, Sloane?

—En realidad, no. —Empiezo a dar un sorbo a mi bebida como si nada, para demostrar que estoy bien, pero todavía no me he recuperado del anterior y cuesta que baje. Aun así, persevero—. Lo vi durante unos minutos el otro día, cuando actué en Austin. Su abuela es muy fan.

—¿Es ella quien está en la foto con vosotros dos? —pregunta—. ¿Su abuela?

Abre algo en el móvil y después me lo tiende al tiempo que Bryan se acerca para mirar.

Es el selfi que dejé que la abuela Ximena hiciera de las dos en mi camerino para su cuenta de Instagram. La verdad es que no le di mucha importancia, mis fans suben fotos conmigo siempre que me pillan en algún lugar público. Lo que no había tenido en cuenta es que Sly también sale de lleno en la foto. Está apoyando un hombro en la pared de mi camerino como si fuera su sitio y sale guapo de cojones.

Es más, la expresión intensa de su rostro mientras me observa (no a su abuela, a mí) habla por sí sola. Tanto que hace que se me acelere el corazón y se me seque la boca por mucho que no quiera.

Clic. El fotógrafo escoge este momento para acercarse y tomar unos cuantos primeros planos de mi cara.

—Sí, es ella —aseguro con tanto desinterés como puedo, cosa que sé que no es ni de lejos tanto como debería. Pero me cayó muy bien Ximena, y me parece deshonesto fingir lo contrario—. Hablamos unos minutos y nos hicimos un par de fotos. Después se marcharon.

—¿Y eso fue todo? —pregunta, con la mirada fija en mi cara—. ¿Un encuentro rápido con su abuela?

—Eso fue todo —afirmo encogiéndome de hombros, porque es la verdad.

Lo que yo haya pensado de Sly desde entonces no importa. Tampoco el hecho de que haya estado contemplando su número de teléfono unas cinco veces al día desde que Olivia me lo mandó.

A la espalda de la reportera, Bryan parece medio aliviado y medio dispuesto a estrangularme; pero, como es su expresión normal, siento que he hecho un trabajo decente al esquivar la granada que me ha lanzado Vittoria.

Eso hasta que sigue con:

—Me he dado cuenta de que no sigues a Sly en ninguna red social. ¿Piensas hacerlo?

Es una respuesta fácil, tan fácil que no me pienso dos veces lo que voy a decir antes de espetar:

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Tú dirás. —Esa mirada confabuladora vuelve a sus ojos—. Pareces mostrar predilección por aquellos hombres que están en la cima de su carrera profesional, sobre todo aquellos a los que el mundo adora por ello. Sly encaja en ese molde.

Se me cae el alma a los pies, pero finjo no darme cuenta.

—Venga ya, Vittoria. —Bryan suena muy molesto y, por una vez, esa rabia va dirigida a una persona que no soy yo—. Sabes de sobra que Jarrod y Hayden están vetados. Es la primera regla en el paquete de las entrevistas...

—No he preguntado por Jarrod ni por Hayden. He preguntado por Sly Sylvester.

—Sí, como excusa para llegar a las historias trágicas de los exnovios de Sloane. —Bryan se mantiene firme—. Pero hoy no hemos venido a hablar de eso.

—El hecho de que pienses que mis preguntas sobre la nueva conexión romántica de tu cliente no son relevantes no tiene ningún sentido —declara Vitoria—. Sobre todo si tenemos en cuenta su

reputación, merecida o no, de relacionarse con hombres talentosos y dejarlos secos.

Y ahí está. La acusación de la que no puedo librarme. No importa cuántas canciones escriba ni cuantos escenarios prenda en llamas. Para la gente como ella, jamás seré una artista. Solo la chica que arruina a los hombres que el mundo protege. No debería importarme. No me importa. Aun así, ese viejo dolor aparece, prueba de que algunas heridas recuerdan la forma del cuchillo que las infligió.

Si no fuera por mis años de entrenamiento para los medios, me habría lanzado desde mi silla y le habría cruzado la cara yo solita. Pero, ahora mismo, me enfrento al dolor mientras un millón de respuestas me vienen a la punta de la lengua. Antes de poder dar con la indicada, Bryan responde por mí.

—Estos comentarios están fuera de lugar —espeta—. Y la entrevista se ha acabado.

Por primera vez, Vittoria parece sorprendida. Es más, parece nerviosa, como si se le acabara de ocurrir que tal vez ha ido demasiado lejos.

—¿En serio vas a acabar la entrevista al cabo de diez minutos? Son preguntas válidas.

—Pero la caracterización que has hecho de Sloane no lo es.

Bryan parece ofendido en mi nombre y aprecio su defensa, aunque literalmente le pago para ello.

Pero eso no significa que me pueda permitir quedarme ahí sentada sin más y dejar que él hable por mí. Mi reputación se basa en mi mordedura letal. Si dejo que esta reportera se marche sin un mínimo mordisquito, esa seguridad empezará a desmoronarse. Y ni de broma pienso dejar que las cosas vuelvan a ser como cuando estaba indefensa. No cuando estoy tan cerca de romperme.

Por eso mismo, cuando Bryan se acerca para acompañar a Vittoria a la puerta, levanto una mano para detenerlo.

Parece que quiere saltarse mis normas, pero, como ya he dicho antes, yo pago su sueldo. Así que se aparta, con aspecto de estar cediendo al pánico mientras espera a ver cuál es mi siguiente movimiento.

Lo que hago es girarme hacia Vittoria y asegurarme de que mis ojos tengan un aspecto tan burlón como desdeñoso.

—Con solo echar un vistazo rápido a mis redes sociales, te habrías dado cuenta de que no sigo a ni una sola persona. Así que sí, puedo asegurarte con toda la certeza del mundo que no tengo planes de seguir al tal Sly en ninguna plataforma. Nos vimos diez minutos, nueve de los cuales los pasé hablando con su encantadora abuela. Él se dedicó a deambular por el camerino. Después de aquello, ellos se fueron por su camino y yo por el mío. Y hasta ahí llega...

—Gracias, Sloane. —Dedica una sonrisa de satisfacción a Bryan—. Esa es la respuesta que estaba buscando. Ahora...

—No me interrumpas. —Blando mi tono de voz como si fuera una espada—. Y no me llames Sloane, no somos amigas.

Abre los ojos como platos y la boca se le desencaja mientras busca una respuesta, pero ahora yo tengo ventaja y no pienso cedérsela.

—Este truco que te traes entre manos, lo de intentar sacar a la luz historias que hace años que terminaron, no es original. Bryan lo ve veinte veces al día de reporteros con más habilidades y mucho mejor currículum que tú. Tus preguntas son tediosas y carecen de imaginación, así que, si crees que acorralarme va a conseguirte tus cinco minutos de fama, piénsatelo mejor. Además, no necesito caerte bien. Solo necesito que recuerdes que no hablo del pasado con nadie, y mucho menos contigo.

Cojo una galleta que no tengo ningunas ganas de comerme del plato que tengo delante, levanto los pies (con las pantuflas de tarántula y todo), los subo a la mesa que nos separa y continúo sin vacilar ni un instante:

—Si tienes alguna pregunta original, tienes la oportunidad de hacerla ahora mismo. Si no, puedes explicarle a tu editor por qué la señorita Walker te ha dicho que te metas tu mierda de entrevista y tu actitud pedante por el culo.

Doy un mordisco estudiado a la galleta a la par que ignoro cómo se convierte en serrín en mi boca. Entonces, añado:

—Están deliciosas. Deberías llevarte unas cuantas cuando salgas.

9

Sly

—Mateo, ¿qué quieres para cenar hoy, mijo? —me pregunta mi abuela desde donde está, cerca de la pila.

—Esta noche le toca elegir a Camila —contesto cuando mi hermana mediana, apoyada contra la encimera, suelta un graznido de indignación.

La objeción muere tan rápido como ha empezado. Vuelvo a mi labor de colocar nuevas bombillas en los plafones de la cocina, la cual es solo una de las tareas de la larga lista que durante los últimos meses he estado demasiado ocupado para realizar. Pero, como ahora mismo estoy intentando no pensar en el hecho de que han transcurrido tres días desde que Vivian le dio a Sloane mi número y todavía no se ha puesto en contacto conmigo, estoy decidido a pasar el menor tiempo posible descansando.

Además, hay que arreglarlas y, con la temporada a punto de empezar y ahora que el trabajo en la fundación vuelve a aumentar, es el único momento que tengo para ponerme a ello.

—Ya, pues ella te cede la elección —replica mi abuela.

—¡No, de eso nada! —protesta Camila mientras sacude su melena negra y corta—. Llevo soñando con la cena de esta noche toda la semana. Quiero...

—Pollo en chile colorado —acabamos los tres al unísono, porque es lo que pide siempre.

Ahora parece ofendida.

—Solo porque lo haya pedido el último par de veces que me ha tocado elegir...

—Las últimas diez veces —corrige mi abuela—. Y no me quedan pollos enteros frescos. Así que, a no ser que quieras retorcerle el pescuezo al señor Darcy, se te pasa el turno hasta el miércoles que viene.

—Podría elegir otra cosa, ¿sabes?

—¿Y después quejarte y lloriquear hasta que vuelva a ser tu turno porque has tenido que conformarte? —recrimina la abuela—. No, gracias.

Camila pone los ojos castaño oscuro en blanco antes de mirarme.

—No soy tan predecible, ¿verdad, Sly?

Y, como reconozco una trampa mortal cuando la veo, mantengo el pico cerrado mientras termino de cambiar la última bombilla. Solo añado:

—Si el pollo queda descartado, ¿qué os parece carne guisada?

El sabroso guiso de ternera mexicano es la segunda comida favorita de Camila.

—Eso sí que puedo hacerlo —responde mi abuela, aunque me lanza una mirada de exasperación con la que me asegura que sabe de sobra lo que estoy haciendo. Estos casi veinte años siendo el único chico de la familia me han enseñado aquello por lo que vale la pena luchar... y por lo que no. Mis enchiladas favoritas pueden esperar.

—¿Y ahora qué? —inquiero mientras bajo de la escalera.

—Hay que cambiar la alcachofa de la ducha de Mariana. La nueva está en el armarito, debajo del lavabo.

—Me pongo a ello —anuncio mientras cierro la escalera—. ¿A qué hora llega a casa, por cierto?

—Voy a recogerla de atletismo a las cinco. —Camila arranca una uva del bol que hay en la encimera y se la mete en la boca—. Aunque no sé por qué no aprende a conducir y punto, como cualquier persona de diecisiete años de por aquí.

—Ya conoces a Mariana —interviene la abuela Ximena mientras saca un montón de tomates de la nevera—. Lo hace todo a su debido tiempo. —Me lanza una mirada—. Igualita que otro que me conozco.

—Le he enviado las flores —comento—. No me ha respondido, aunque sé que tiene mi número. Tampoco voy a insistirle a la mujer.

—¿Mujer? —pregunta Camila con los ojos como platos—. ¿Flores? ¿Qué me he perdido?

—Nada —respondo.

—Mateo se ha pillado de una chica —afirma la abuela Ximena a la vez.

—Eran flores de agradecimiento —intervengo.

Camila, que está a punto de empezar su último curso en la Universidad de Texas, hace caso omiso de mi explicación con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Hay una mujer que no ha caído rendida a los pies de Sly a la primera? ¿Quién es esa criatura mística y mágica y cuándo puedo conocerla?

—¿No has oído la parte en la que he dicho que no me ha respondido a las flores? —insisto mientras agarro la caja de herramientas de mi abuela. Me esfuerzo por ignorar la pegatina gigante de una araña que decora la tapa.

—¿Cómo me iba a perder mi parte favorita de la historia? —contraataca—. ¿Y bien? ¿Piensa que hueles a calcetines de deporte o qué? Porque no se equivocaría.

—Sí, justo eso. —Me dirijo a las escaleras—. Soy demasiado apestoso para ella.

—No, en serio. ¿Por qué te ha rechazado?

—No ha dicho que lo haya rechazado. Ha dicho que no le ha respondido —interviene la abuela Ximena—. No es lo mismo.

—A mí me parece lo mismo —farfullo mientras subo al baño de la segunda planta. Tampoco es que importe. Las flores eran un agradecimiento de verdad. Nada más. Es la petición del número de teléfono lo que me hizo pensar que igual querría ponerse en contacto conmigo.

Aun así, seguramente sea mejor que no haya contactado conmigo. No tengo tiempo para nada parecido a una relación ahora mismo, y ella tampoco. La cantidad de grabaciones de partidos de los Lightning de San Diego que he visto esta semana es una prueba irrefutable de ello.

¿Qué más da que no pueda sacarme sus ojos avispados y su actitud indiferente de la cabeza? Es como un trueno: suficiente para sacudirme, pero imposible de alcanzar.

—No las habrá visto —grita mi abuela a mi espalda, repitiendo la excusa que le puse en el coche.

Lo último que oigo antes de encerrarme a propósito es a Camila preguntando:

—¿Cómo es posible que alguien no se dé cuenta de que ha recibido flores?

Ni de coña quiero oír la reacción de mi hermana cuando sepa a quién le he enviado flores. Dos veces.

Al principio, pensé igual que mi abuela. Quizá Sloane no las recibió, o quizá se perdieron entre el resto de las flores que es probable que reciba a diario. Pero me cuesta imaginar que los dos ramos que he mandado, uno a su hotel y otro al recinto del

concierto, hayan pasado desapercibidos. Sobre todo si tenemos en cuenta su tamaño.

Lo cual significa que Sloane no está interesada. Y no pasa nada. Una mujer tiene el derecho a pasar su tiempo con quien ella quiera y cuando ella quiera. Y un hombre tiene la responsabilidad de aceptar un no (o la falta de comentarios) como respuesta. Sobre todo cuando ese hombre sabe que el desinterés es lo mejor para ambos.

A pesar de todo, eso no impide que piense en ella. Que escuche su música, que ha sido una montaña rusa. Sus canciones más antiguas son desenfadadas y divertidas, pero los discos se van haciendo más oscuros e intensos con el tiempo.

Duele escuchar su transformación. Es imposible negar que ha ido apilando todos los traumas a los que ha sobrevivido y ha desbloqueado nuevas capas de arte, talento y poder gracias a su dolor. Aun así, me gustaría que no hubiera tenido que hacerlo. Me pregunto qué clase de música haría si volviera a sentirse segura.

Su último álbum es devastador, pero puede que sea lo mejor que he escuchado. No sé por qué he esperado tanto tiempo para hacerlo.

Lo reproduzco en aleatorio mientras me pongo manos a la obra y desenrosco la alcachofa calcificada de la ducha de mi hermana. Empieza a sonar *Firelight*, «luz de fuego». Fue la primera canción que cantó en el concierto del fin de semana pasado y no puedo evitar recordar su cara mientras la hacían descender al centro del escenario.

Parecía una diosa oscura, una hechicera preparada para conseguir que cualquiera que se atreviera a oponerse a ella se desvaneciera. Aun así, había una desconexión entre esas botas de infarto y ese vestido que parecía decir «inclínate ante mí». Un montón de

detallitos que no acababan de cuadrar con la imagen que tanto se estaba esforzando por proyectar.

Dos horas después, he instalado la alcachofa de la ducha, he cambiado más bombillas, he tapado un agujero en la pared del cuarto de la colada, he arreglado un cajón roto y, por fin, he llegado al último punto de la lista de mi abuela: reforzar la barra del armario de la habitación de Mariana, porque, según parece, no deja de caerse por el peso de toda su ropa.

Estoy poniendo el último tornillo cuando mi hermana pequeña entra a grandes zancadas con una sonrisa enorme que hace que me ponga a la defensiva de inmediato.

—Sloane Walker, ¿eh? —pregunta mientras se lanza a la cama.

—No empieces.

Apago la música.

—Oye, que me encanta esa canción —se queja.

—Pues entonces ponla en tu móvil.

En cuanto las palabras salen de mi boca, sé que no debería haberlas dicho.

Cómo no, unos diez segundos después, *Hopeless*, «desesperada», empieza a sonar a todo volumen una vez más.

—Tiene unas buenas cuerdas vocales, eso te lo compro —comenta mientras la voz rasgada de Sloane llega a la nota alta—. Y es guapísima. Pero ¿de verdad crees que vas a poder con todo?

—No me cabe duda de que las historias sobre ella se han exagerado demasiado. —Dejo el destornillador eléctrico en la caja de herramientas—. Y no voy a hablar del tema contigo.

—Estoy segura de que eso es lo que piensan todos los tíos.

—¿De hablar contigo? Estoy seguro de que sí.

Salgo a toda prisa de su cuarto, pero, como la malcriada que es, me sigue.

—Qué gracioso —me dice con alegría fingida—. Pero hablaba de Sloane, y lo sabes. No me puedo creer que le hayas mandado flores a la Viuda Negra. ¿De verdad pensabas que iba a funcionar?

No sé qué es lo que pensaba, solo que quería volver a hablar con ella. Que deba o no deba quererlo es algo que no pienso discutir con nadie, y mucho menos con mi hermana pequeña.

—¿Qué parte de «no voy a hablar de esto contigo» no has entendido?

—La de «no voy a hablar de esto», claramente. —Me sonríe antes de bajar las escaleras a la cocina de dos en dos—. No me puedo creer que estés pillado de Sloane Walker.

—Y yo no me puedo creer que tuvieras una cita con Vikram Chakravarti —respondo mientras la sigo de cerca—, el tío que suspendió Economía Doméstica.

—Ya te he dicho que lo hizo a propósito. Estaban utilizando mantequilla que no era vegana —resopla—. Me gusta que sea un hombre de principios. Y, para tu información, vamos a salir otra vez este finde.

—¿Qué? Pensaba que este finde tenías teatro todas las noches. —Le frunzo el ceño a Camila, quien ahora mismo está ayudando a preparar la ensalada para la cena—. ¿Cómo es que me acabo de enterar de esto?

—Seguramente por la misma razón por la que tú no nos cuentas que les pides salir a estrellas del pop internacionales —se burla Mariana—. Y no todas las citas tienen que ser de noche. Me va a llevar a desayunar, listillo.

—Lávate las manos y pon la mesa —me ordena la abuela—. Y tú saca bebidas para todos, Mariana. Lucía llegará en cualquier momento y dice que va a traer a alguien especial.

Me tenso al oír que la mayor de mis hermanas está volviendo a salir con alguien.

—¿A quién?

—Se llama Mason —contesta con calma mi abuela—. Y te vas a portar bien con él.

Yo no lo tengo tan claro. Me porté bien con Grant y... Corto el hilo de pensamientos antes de que pueda acabar de formarse. Volver a ese momento no es que sea muy bueno para mi salud mental.

—¿Nos cae bien? —pregunto mientras cruzo hacia la pila.

Mentiría si dijera que me parece bien que mis hermanas pequeñas empiecen a salir de repente con personas a las que no conozco y que no he tenido oportunidad de analizar. Aunque, bueno, ya me he equivocado al dar el visto bueno, así que ¿qué voy a saber yo?

El dolor que tanto me esfuerzo por enterrar empieza a burbujear en mi interior al pensar en lo que le pasó a Lucía la última vez.

—A mí me cae bien —afirma la abuela Ximena al tiempo que me lanza una mirada que quiere decir «no empieces».

—Ya, bueno, también te gusta Sloane Walker —rebate Mariana mientras parpadea con sus ojos marrón chocolate—. Así que tus gustos son cuestionables. Además, no entiendo por qué siempre tenemos que esperar a Lucía.

—A ti también te hemos estado esperando —reprocha mi abuela —. Acabas de llegar a casa de entrenar, por si no te acuerdas.

—Que sí... —Mariana me da una palmada en la espalda de camino a la nevera para las bebidas que hay en el garaje—. No me puedo creer que le hayas mandado flores. Una mujer como esa nunca picará con unas flores. Debe recibir media docena de ramos al día.

—Sigo sin hablar contigo del tema —insisto mientras me seco las manos y abro el armario de arriba para sacar los platos buenos. Mi

abuela ha insistido en que los usemos para las cenas de los miércoles desde que me ficharon los Twisters y volví a vivir cerca.

Por razones evidentes, no nos juntamos los fines de semana durante la temporada, pero las noches de los miércoles son sagradas. Y las ocasiones sagradas, sin importar la frecuencia con la que ocurran, se merecen los platos con florecitas rosas.

—¿Y si hablas del tema conmigo? —interviene la abuela, mientras empieza a cocinar las tortillas en su comal—. Si las flores no han funcionado, ¿te has planteado enviarle alguna otra cosa?

—No tengo muy claro qué es lo que quieres que haga —contesto, y le doy las gracias a Mariana con un gesto de la cabeza cuando me entrega un refresco del garaje—. No tengo por costumbre atosigar a las mujeres para que salgan conmigo.

—Pues claro —corrobora poniendo los ojos en blanco de forma tan exagerada que me recuerda de dónde lo han sacado mis hermanas —. Normalmente se te lanzan a los pies. Solo estás desconcertado porque ella no lo ha hecho.

—Eso no es cierto. —Estoy desconcertado, si es como quiere llamarlo, porque odio la idea de que ella lo esté pasando mal. Sé lo que es sentir que te ahogas, y no quiero ser una de las cosas que tire de ella hacia el fondo—. Pero tampoco voy a acosarla para que hable conmigo. Eso no está bien.

—La cosa no va de acosarla. —Me mira por encima del hombro mientras da la vuelta a la tortilla con los dedos—. Va de asegurarte de llamar la atención. Si te dice que no, entonces, vale, déjalo estar. Pero es que no te ha dicho que no.

Echo un vistazo a la puerta. Me muero de ganas de que lleguen Lucía y su chico.

—O podría aceptar que no está interesada, abuela. Eso es lo que haría un caballero.

Aunque me cueste aceptarlo, en parte, porque en realidad no sé si ha llegado a recibir las flores y, en parte, porque no puedo sacarme de la cabeza su energía indómita.

Si pudiese saber que ha recibido las flores, podría pasar página. Lo que me desvela por las noches es no saberlo; me quedo mirando el techo y me pregunto si ella también está despierta.

—No veo qué tiene de malo intentarlo una vez más —añade mi abuela mientras coloca la última tortilla en la sartén de hierro.

Me apoyo en la encimera, al lado de los fogones. Puede que haya renunciado a mis enchiladas, pero ni de coña pienso dejar que una de mis hermanas se quede con la tortilla pequeña.

—En realidad, yo tampoco. —Camila levanta la vista desde donde está, picando cilantro para la vinagreta estrella de la abuela Ximena —. Yo tardé un tiempo en darme cuenta de que Jessica quería pasar de ser amigas a algo más. Y no fueron flores lo que me conquistó.

—¿Y qué fue? —pregunto, aunque no sé si me va a gustar la respuesta. Hay cosas que un chico no debería saber de su hermana, al fin y al cabo.

—Tarta. —Sonríe con la vista perdida, como si estuviera sumida en un recuerdo.

—¿Tarta? —repito, dudoso—. ¿Es que hay un sabor para que se enamoren de ti del que no estoy enterado?

—No fue el sabor. Bueno, sí, pero no en ese plan. —Suspira con alegría—. Todos estábamos en clase hablando de esa pastelería que hay cerca de mi piso. Dije que quería probar su tarta de fresa, pero la tienda siempre estaba cerrada cuando volvía de estudiar.

—Y ella te la consiguió. —Bueno, eso es algo que puedo aprobar, sobre todo si se trata de la persona con la que está saliendo mi hermana—. Por desgracia, no creo que sea capaz de conseguir algo así con Sloane, tiene todo un equipo al que pedirle estas cosas.

—Entonces, tendrá que ser algo que no se le ocurriría pedir a ella —declara Camila, como si fuera lo más evidente del mundo.

Que lo sería, de no ser...

—Evidentemente, no formamos parte del mismo grupo de amigos.

—No, pero me tienes a mí —interviene mi abuela mientras me entrega la tortilla pequeña, de la que gotea mantequilla, porque sabe de sobra por qué me he plantado a su lado en los fogones.

Mariana intenta arrebatármela (es la favorita de todos, no solo la mía), pero me la como de un solo bocado antes de que consiga tocarla.

Mientras tanto, la abuela me dedica una sonrisa astuta que me aterra y me intriga al mismo tiempo.

—Si pensamos todos juntos, estoy segura de que conseguiremos descubrir algo con lo que sorprender a Sloane.

Eso espero. Porque este es mi último intento desesperado, y espero no pasarme de largo.

10

Sloane

El resto de la entrevista va bien, para mi sorpresa.

Después de pasarse un minuto entero mirándome con la boca desencajada, Vittoria logra levantar la mandíbula del suelo y disculparse. En cuanto todo vuelve a calmarse, incluso consigue hacerme algunas preguntas bastante interesantes. Incluida la que personalmente es mi favorita: «Siempre has mostrado apoyo a artistas incipientes, pero ¿cuáles son los músicos que te hicieron enamorarte de la música?». Nombro a Pauline, por supuesto, junto a unos cuantos más de mis favoritos.

Siempre es un gusto poder contestar preguntas sobre música. Lo que no soporto son las gilipolleces. Por desgracia, eso es lo que la mayoría de la gente quiere oír.

Así que, aunque hay ciertos momentos en los que el escarnio se cuela en las preguntas de Vittoria, no tengo problema en pasarme el resto de la hora y media siguiente hablando de la gira, del disco y de lo que viene después. Por supuesto, eso no es lo único que me pregunta, pero consigo esquivar todas las cuestiones sobre cualquier perspectiva romántica actual, si veo el fútbol (codazo, codazo) y cómo me hizo sentir volver a Austin la semana pasada.

Bryan se dispone a intervenir otra vez con esa última, pues está claro que se está refiriendo a la muerte de Jarrod, pero la esquivo con una larga y extensa respuesta sobre la increíble comida Tex-Mex

de Austin y lo mucho que la echo de menos cuando no estoy aquí. Hablo de tacos tanto tiempo que Vittoria por fin se rinde y termina con una pregunta sobre la única persona de la industria en la que confío de verdad.

—No he podido evitar percatarme de que tu itinerario dice que te quedas en Las Vegas un par de días más. —Parece sorprendentemente interesada en mi horario—. ¿Es para pasar un poco más de tiempo con Pau...?

Como si la hubieran invocado, una risa efervescente nos interrumpe desde el exterior de la *suite*, seguida por la voz grave y gruñona de mi jefe de seguridad. Segundos después, la puerta se abre y entra la única e inigualable Pauline Vargus.

Después de cincuenta años en el escenario, su elección del momento oportuno es impecable, al igual que su presencia. Se adueña de toda la estancia, es como una general con tacones de aguja en lugar de sables y una sonrisa que atraviesa los egos más rápido que los cuchicheos en un camerino.

Vestida con su distintivo estilo monocromático, Pauline parece la superestrella que es. El color de hoy: rosa chillón.

Lleva los labios y las pestañas de una tonalidad fucsia que resalta su piel morena, y el traje de vestir de Gucci de color sorbete de frambuesa va entallado a la perfección. Unos flamencos de un rosa potente le cuelgan de las orejas, y lleva unos zapatos rosas incluso más intensos, con tacones de aguja dorados. Porque, incluso a los setenta, «las plataformas son para vagas, Sloane, y nosotras no somos vagas».

Como siempre, su peluca es el mayor espectáculo del conjunto. Largas espirales de rosa empolvado que se rizan casi hasta su cintura y que lleva recogidas para apartárselas de la cara con un pañuelo con motivos florales, el cual combina perfectamente con el

estilo entre bohemio y disco por el que se la conoce. Y, encima, así presume de esos pómulos valorados en millones de dólares.

Porque así es Pauline: todo lo que tiene que ver con ella está medido al milímetro, calculado para funcionar a la perfección.

Su presencia tiene un efecto inmediato en la estancia. Todos nos vemos obligados a prestarle atención, incluida Vittoria, quien se pone en pie de un salto, tan deprisa que se le engancha el tacón en la parte trasera de la silla. Por un instante, parece que se va a caer de morros al suelo, y tengo la idea fugaz de salvarla. Pero entonces recuerdo que el karma es muy cabrón.

Y que no se puede salvar a todo el mundo.

Al final, se salva ella misma mientras suelta un «señora Vargus», como una admiradora obsesionada, aunque sigue aferrada al respaldo de su silla para mantenerse en pie. No se me pasa por alto que utilice el «señora» para referirse a mi mentora.

Pauline, por su parte, me observa durante un instante, advierte que no he movido ni un músculo para ayudar a Vittoria y clava esa mirada entrecerrada y eterna en la reportera. Después de tantos años bajo los focos, puede oler a una arpía en segundos.

—Vaya, vaya, mírate —anuncia con esa voz cálida y profunda que ha hechizado al menos a cuatro generaciones—. Pero si eres adorable.

Pauline no es una mujer sureña, nació y se crio en Detroit, Michigan, durante el apogeo del sello discográfico Motown. Sin embargo, se ha vuelto toda una experta en bajar los humos a las personas sin pronunciar siquiera una palabrota. Y *adorable* es uno de sus insultos más malévolos. «Ser adorable no sirve para nada, Sloane. No hace que las mujeres quieran ser tú o que los hombres quieran follarte. Y, sin esas dos cosas, no vas a llegar a ninguna parte en este mundillo». Es una pena que tenga razón.

Vittoria no capta el insulto, pues está deslumbrada por hallarse en presencia de Pauline, como debe ser. A su favor, diré que a mí todavía me deslumbra, y llevamos siendo amigas desde que compartimos camerino hace una década en un *late night* en la tele.

—¡Estás impresionante! —suelta de forma abrupta Vittoria, y el desdén cuidadosamente cultivado que sentía por mí ha desaparecido. De hecho, da la impresión de querer arrodillarse a los pies de mi mentora.

Por desgracia para ella, no estoy de humor para compartir.

—Supongo que esto contesta a tu pregunta de si voy a ver o no a Pauline en este viaje —añado con una risa tan falsa como mi reputación—. ¿Tienes alguna más?

—No, creo que eso es todo —contesta mientras recoge el móvil a toda prisa—. Gracias por tu tiempo.

—No hay de qué. Me lo he pasado bien —miento como una bellaca.

—Antes de que nos marchemos, ¿os importa si hago un par de fotos de las dos juntas?

—Adelante —indica Pauline, que se pasa los rizos espectaculares por encima del hombro antes de extenderme un brazo—. Ven aquí, cielo.

Ay, sí, se ha puesto en modo mamá osa. Jamás me llama «cielo», a no ser que se ponga sobreprotectora. Me dirijo hacia ella, pero me giro hacia Vittoria en el último momento.

—¿Te gustaría salir con nosotras?

Pauline no pone objeción, pero noto su mirada desdeñosa en los huesos. Vittoria se nos queda mirando.

—¿De verdad no os importa?

—Para nada. —Es evidente que Pauline es su heroína y, aunque haya sido una capulla integral conmigo, puedo entender ese

sentimiento—. Acércate.

Pauline me lanza otra mirada, pero hacen las fotos. Después, Bryan acompaña al equipo de *Vanity Fair* a la puerta mientras yo me acerco al carrito del café, pues me siento como si hubiera corrido una maratón. O cuatro.

—No puedes premiar el mal comportamiento —me advierte Pauline mientras se sienta con elegancia en el otro lado del sofá.

—Tal vez no, pero la amabilidad nunca está de más —replico—. Eso lo aprendí de ti.

—Cómo no, esa es la lección a la que has decidido aferrarte —se queja con un resoplido.

No obstante, advierto la aprobación en sus ojos. Levanto una taza.

—¿Quieres un café?

—Solo si tienes nata de verdad. Ese potingue semidesnatado me da urticaria.

—La semidesnatada está bien.

—Nada que se haga a medias está bien —espeta Pauline al tiempo que cruza esas piernas de mil millones de dólares—. O lo das todo o no das nada. Cualquier cosa a medio camino es para lloricas y para debiluchos. Y nosotras no somos nada de eso, Sloane.

Estaba claro que esperaba la oportunidad para compartir su sabiduría.

—¿Sabes? No todo tiene que ser una lección de vida —comento mientras vierto nata durante tres segundos en su taza, justo como le gusta—. Hay personas que tienen conversaciones normales.

—También hay personas que no tienen la gira número uno en Estados Unidos —remarca, enarcando una ceja perfecta tan alto como se lo permiten las décadas de las mejores inyecciones de bótox de Los Ángeles—. ¿Quieres ser una de esas personas?

—Por supuesto.

La miro batiendo las pestañas y cruzo la estancia para llevarle el café. Y no es más que una mentira a medias.

Pero eso solo hace que sus palabras escuezan más, porque ya llevo mucho tiempo metida a presión en ese lugar que hay a medio camino entre las dos cosas. Sin avanzar, pero sin rendirme. Atascada a la par que finjo que estoy bien. Y feliz.

—No le cuentes cuentos a una cuentacuentos —resopla cuando le doy la taza antes de acurrucarme en el otro lado del sofá con la mía.

—Eso nunca.

Por un instante, parece que esté a punto de echarme la bronca por mi indiferencia. Sin embargo, decide dejarlo pasar, porque, en cambio, da un largo y lento trago al café.

—¿A qué hora tenemos que salir para el recinto del concierto esta noche?

—He hecho la prueba de sonido esta mañana, así que hasta dentro de una hora y media o así, nada.

—Ah, qué bien. —Se le iluminan los ojos oscuros—. Eso te da tiempo de sobra para hablarme del chico.

Por segunda vez hoy, la bebida se me va por el lado que no es. Solo que en esta ocasión no me molesto en ocultarlo. Cuando por fin dejo de toser, me encuentro con Pauline en su lado del sofá con una expresión en el rostro que dice «escúpelo» y, desde luego, no se refiere al café.

—¿Qué chico? —pregunto, aunque sé que ya es demasiado tarde.

—Ah, venga ya. —Me lanza una advertencia con la mirada—. Está claro que esa reportera te ha tocado las narices y eso normalmente quiere decir que: uno, te han preguntado sobre amor. —Levanta una uña puntiaguda y adornada. Un segundo dedo elegante se une al primero cuando Pauline se inclina hacia delante con una chispa de

picardía en sus ojos de color ónix—. Y dos: que no andaba desencaminada.

—¡Eso no es verdad! —La voz me sale una octava más aguda, cosa que solo aviva las llamas de su alegría, antes de que yo suspire por la derrota—. ¿Bryan te ha mandado un mensaje?

—¿Bryan? Venga ya... —Esta vez, su risa es burlona—. ¿Crees que necesito que Bryan me cuente que te pasa algo para saberlo?

—No pasa nada. Lo juro. No hay nada que contar.

—Y, aun así, estabas molesta cuando he llegado —murmura.

—Para cuando has llegado, ya no estaba molesta, había manejado la situación.

—Conque admites que había una situación. —Pauline respira hondo y sé que me va a impartir consejos de madre—. Tú controlas la narrativa de tu vida, Sloane. No dejes que nadie más la controle por ti. Eso ya lo sabes. Si les das la mano, te cogerán el brazo entero. Y utilizarán ese brazo para lanzarte delante de un camión de la basura. Nadie quiere acabar cubierto de basura, Sloane. Nadie.

—Lo sé. De verdad que sí. Y es justo lo que he hecho.

Doy otro sorbo vigorizante al café antes de hacerle un resumen de la conversación y de cómo la he gestionado. Para cuando llego a la parte en la que le he dicho a Vittoria que se lleve galletas para el camino, Pauline vuelve a estar relajada, y esta vez de verdad.

—Esa es mi chica —dice con una sonrisa orgullosa—. Aunque todavía no me has contado a quién debemos tal alboroto.

Suspiro. Me lo va a sacar como sea.

—Hay un futbolista. El quarterback de los Twisters.

—¿Sly Sylvester? —Se echa hacia atrás al tiempo que coloca una mano en el respaldo del sofá y entrecierra los ojos pensativa—. Vaya, vaya, vaya. Es bien guapo. Qué interesante.

—¿Qué tiene de interesante? —pregunto. ¿Qué sabe ella de Sly que yo no sé?

Pero se limita a sonreír, un poco como un gato al que le han servido toda la nata y no solo un chorrito de tres segundos.

—Creo que eres la única que puede contestar esa pregunta, cielo.

—Nos vimos diez minutos, Pauline. —Me aseguro de que mi voz suene más aburrida de lo que me siento—. Quizá quince. Tiene una abuela increíble, eso es todo.

No menciono la forma en la que sus ojos castaños se me aparecen en los momentos más inoportunos, o la melodía que oí cuando nos tocamos por primera vez. Y, desde luego, ni de coña le cuento que pedí su número de teléfono y que luego me dio tal crisis existencial que nunca lo usé.

Empiezo a cambiar de tema, pero, antes de llegar a hacerlo, se oye un golpe en la puerta, seguido de Marco, mi jefe de seguridad, que cuela la cabeza por una rendija.

—Siento interrumpir, Sloane, pero tienes un envío.

Más flores. Fantástico. Por mucho que aprecie estar rodeada de flores hermosas, recibir regalos de gente que quiere algo de mí me fastidia un poco. Y tampoco es bueno para el medioambiente, pues nunca puedo llevármelas.

—Puedes ponerlas ahí, junto a las demás —le indico mientras señalo con la mano la pila de flores que me ha enviado el hotel, famosos de poca monta que intentan hacerse con entradas de última hora y a saber quién más.

Hace ocho años que dejé de leer las tarjetas, nunca dicen nada importante. Normalmente, Bryan las recoge en cada parada de la gira y después envía una tarjeta de agradecimiento sin molestarme.

Consciente de lo que siento acerca de los ramos de flores, Marco sonríe.

—En realidad, esta vez no son flores.

—Pues, si es una cesta de regalo, ya sabes cómo va la cosa. Coge lo que quieras y separa el resto para la despensa.

Ahora su sonrisa es casi tan grande como su complexión, y eso ya es decir. Solo falta que se ponga a bailar cuando añade:

—Tampoco es eso.

—Si estás tan emocionado, ya no estoy segura de querer saber lo que es.

—¡Pues yo sí! No te quedes ahí parado en la puerta. —Pauline lo obliga a entrar con un gesto de la mano—. Ven aquí para que podamos verlo.

—Será un placer —contesta mientras entra y deja una neverita portátil en la mesa de café que tenemos delante—. ¿Por qué no echas un vistazo a la tarjeta primero?

Me la entrega y, aunque se esfuerza por mantener una expresión neutra, la diversión de sus ojos hace que me salten todas las alarmas.

«¿Qué narices va a ser?».

El hecho de no saber la respuesta a la pregunta hace que me quede mirando la tarjeta con aprensión durante varios segundos antes de que Pauline tome cartas en el asunto.

—¡Por el amor de Dios! —exclama, y casi se la arranca a Marco de las manos.

Mi inquietud va en aumento cuando empieza a sonreír en cuanto ve lo que hay escrito en ella.

—Vaya, vaya, vaya.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué? —insto, y la curiosidad me embarga mientras me inclino hacia delante para leerla yo también. A pesar de todos mis esfuerzos, se me corta el aliento cuando veo las palabras que hay dentro.

Espero que no se derrita como yo el domingo...
Sly

Lo leo unas cuantas veces antes de poder detenerme y mi corazón pasa de latir a martillear, igual que lo hizo esa noche cuando se quedó apoyado junto al umbral de la puerta, calmado y en silencio, como un reto al que no sabía cómo enfrentarme.

Respiro hondo para poner los pies en el suelo y esa maldita melodía vuelve a embargarme de lleno, a mayor volumen que nunca. Solo que, esta vez, la acompaña una frase fugaz.

«Sucedió un domingo».

Busco mi libreta antes de que se me olvide y anoto la letra junto a esas dos mismas barras. Después, vuelvo a centrarme en hacer como que no me importa.

¿A qué viene este regalo de Sly? ¿Y qué quiero hacer al respecto, si puede saberse?

«Nada», contesta la parte responsable de mi cerebro. No quiero hacer nada al respecto. No puedo.

Una foto inocente con Sly de fondo ha vuelto loca a una reportera hoy. No me puedo ni imaginar lo que ocurriría si la gente se enterara de que me está enviando regalos absurdos.

Solo de pensarlo, un escalofrío me recorre la espalda. De forma instintiva, dejo caer la tarjeta y me siento tan lejos de la neverita como puedo.

—Sea lo que sea, para vosotros. Y llévate la tarjeta, también.

La sonrisa de Marco se desvanece.

—¿Estás segura? Aparece su número en la parte de atrás.

No le digo que ya lo tengo.

—Sí, estoy muy...

—¡Claro que no está segura! —exclama Pauline mientras coge la tarjeta de la mesa antes de que Marco pueda tocarla—. ¿A ti qué te

pasa? ¿Qué es eso de rechazar un regalo sin ver antes lo que hay dentro? —Chasquea la lengua, algo que le encanta—. Haya lo que haya dentro de esa neverita, nos lo vamos a comer.

«Y esas fueron sus últimas palabras», pienso, pero me muerdo la lengua y me acerco de todas formas. Entonces ella retira la tapa para revelar un recipiente grande y blanco.

Pauline suelta un gritito de alegría de lo más femenino mientras lo coge para ver mejor el logo en el interior.

—¡Sugar Factory!

—¿Sugar Factory? No sé ni lo que es eso —contesto, perpleja.

—Es una heladería que está justo en la avenida principal —explica mientras abre la tapa—. Bueno, no es una heladería cualquiera. Es LA heladería: un local a la antigua usanza, con batidos y helados famosos en el mundo entero.

—¿Helado? ¿Me ha enviado helado?

Incluso yo escucho el tono anhelante de mi voz. El helado es mi comida favorita en el mundo.

Parece ser que no soy la única. Por un instante, Pauline parece haber vuelto a ser una niña pequeña, se le han iluminado los ojos de una forma que nunca había visto antes.

—¿Por qué estás ahí plantada cuando deberíamos estar hincándole el diente antes de que se derrita? Me moría de ganas de probar uno de sus helados, y ahí fuera estamos a cuarenta y tres grados.

—Ábrelo.

Pauline me obedece y revela el helado más grande y fantástico que he visto en mi vida. Son veinte bolas, cada una de un sabor diferente, cubiertas de sirope de chocolate y caramelo y lo que debe ser un bote entero de nata montada.

Y, después, vienen los *toppings*. Cerezas, plátano, fresas, trocitos de brownie y de galletas con pepitas de chocolate. M&M's y chocolatinas diminutas con crema de cacahuete. Y eso sin mencionar que lleva más virutas de las que he visto en mi vida en cualquier otra comida.

No tengo ni idea de cuánta gente pensaba que iba a comer de aquí, pero he de admitir que es el regalo más original que he recibido.

—¡Y casi pasas de esto como si nada! —grita Pauline mientras coge el paquete de cucharas que venían con el helado—. Y del hombre que te lo ha mandado...

Me entrega una cuchara.

La miro fijamente un instante sin saber qué hacer. He pasado demasiado tiempo negándome todas las cosas y personas que me hacen feliz, la idea de disfrutar de este helado sin preocupaciones, de disfrutar del regalo de Sly, hace que mi interior se hiele y se encienda al mismo tiempo.

Por lo menos, hasta que Pauline interviene.

—Es helado, Sloane, no un anillo. Come un poco y punto.

No sé por qué esa frase hace que me empiecen a sudar las manos. Tiene razón. Solo es helado. No tiene que significar nada más. Alargo la mano y acepto la cuchara que me ofrece.

—Ya iba siendo hora —declara mientras nos ponemos manos a la obra.

Nos reímos como niñas mientras dividimos el helado en varios boles y nos comemos de buena gana todo el recipiente con la ayuda de Bryan, Marco y G, otro miembro de mi equipo de seguridad.

Cuando acabamos, los otros se marchan mientras Pauline desliza la tarjeta de Sly por la mesa hacia mí.

La contemplo como si fuera una serpiente venenosa a punto de atacar.

—¿Qué esperas que haga con ella?

—No sé, ¿agradecerle al chico este regalo tan considerado?

—La verdad es que no creo que sea buena idea.

Lanzo de vuelta la tarjeta.

Me observa durante un instante antes de acurrucarse en el sofá al tiempo que se encoge de hombros.

—¿Sabes? Que un caballero se interese por ti no es algo malo.

—Puede que no sea malo, pero que yo me interese por este caballero sí que sería un error. Para ambos.

Me contempla con una dulzura en los ojos que hace que me pique todo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Pensaba que era evidente. Un tercer chico superfamoso y que destaca en lo suyo... A la tercera no va la vencida, para mí no.

Sin importar lo que le dijera a Olivia hace unos días.

Odio estar reflejando las palabras de la reportera, pero... sí que tenía razón.

—Sloane, cielo, no eres la misma chiquilla que eras cuando estabas con Hayden. Y, desde luego, no eres la misma jovencita que eras con Jarrod. ¿Qué sentido tiene toda la terapia que has hecho si no puedes aprovecharla para pasar página?

Como ella es de las pocas personas en el mundo cuyo contacto me reconforta, no me aparto cuando me pasa una mano consoladora por el pelo.

—Te forjaron a fuego, Sloane, aunque Dios sabe que desearía que no hubiera sido así. Tienes fuerza más que suficiente para aceptar lo que quieres. Y lo que te mereces.

«¿Lo que quiero?». Su voz suave reverbera en mi cabeza y, durante un traicionero instante, lo único que veo es mi reflejo en las profundidades de los ojos de Sly.

Quiero discutir con Pauline. Quiero decirle que no lo entiende. Pero la verdad es que sí que lo entiende. Y creo que tal vez Sly también. Porque no me miró sin más. Me vio. No el espectáculo, el escándalo. Me vio solo... a mí.

Y no he dejado de pensar en él desde entonces.

—Yo no... —comienzo a decir, aunque no estoy segura de lo que quiero expresar.

Pero entonces vuelven a llamar a la puerta y Marco vuelve a colar la cabeza por la rendija.

—Me acaban de avisar de que el coche para llevarte al recinto del concierto está abajo.

Asiento.

—Estaré lista en dos minutos.

En cuanto la puerta se cierra de nuevo a su espalda, me giro hacia la mujer que ha sido mi mentora, mi amiga y, a todos los efectos, mi madre durante los últimos diez años.

—No es que crea que no me lo merezco. Es que no quiero nada de él.

Para demostrárselo (y a mí también), agarro la tarjeta y la rompo en cuatro pedazos antes de lanzar los restos en la taza de café vacía para que los tiren a la basura.

Aun así, incluso mientras lo hago, incluso mientras entro en la habitación para coger el bolso y los zapatos, soy consciente de que es la primera vez que le he mentido a Pauline. O, si no le he mentido, por lo menos no he sido del todo sincera. Porque la verdad es que no sé si quiero algo de Sly. Solo sé que no puedo tenerlo, y eso no es para nada lo mismo.

11

Sly

Sloane:
Gracias por el helado

Por probablemente centésima vez, miro el mensaje, muy formal, que me mandó Sloane el miércoles por la noche. Sin duda, no es el mejor uso que podría dar a mi tiempo la mañana de nuestro primer partido, pero en esas estamos.

Aunque, para ser sincero, no es su mensaje lo que me hace sentir como un tonto de remate. Son los dos mensajes que envié después los que lo consiguen.

Yo:
De nada.
Qué sabor te ha gustado más?

Y después... nada. Ni una mísera palabra por su parte desde entonces. Sin embargo, compruebo el puto móvil cada media hora, solo para asegurarme de que no me he perdido nada.

Resulta que no. Incluso me he asegurado de no haberla bloqueado por accidente. Dos veces.

«¿Es que no se te podría haber ocurrido una respuesta menos interesante, imbécil?».

Harto de mí, dejo caer el móvil en la bolsa de deporte con un suspiro de frustración antes de atravesar el aparcamiento de los

jugadores para ir al túnel que me llevará directo al vestuario.

Cuanto más me acerco al túnel, más se agitan en mi interior los nervios y la emoción. Es mi quinto año en la NFL, y el tercero como quarterback titular, pero la sensación en el estómago me hace sentir como si fuera mi primerísimo partido.

¿Y cómo no? La última vez que jugué en este campo, fracasé. Arrastré a todo el equipo conmigo y, joder, no ayuda nada que por sorteo nos haya tocado jugar con el mismo puto equipo. Los Lightning.

La parte positiva es que nosotros lo hemos estado petando en la pretemporada. Nuestra línea ofensiva es la mejor de la NFL, y nuestra defensa es casi igual de buena. No se puede pedir más.

Excepto, tal vez, un mensaje de cierta estrella del pop pelirroja. Pero, como parece que ese barco ya ha zarpado, tengo que sacármela de la cabeza y volver a centrarme en el juego, como debe ser.

Repaso nuestras jugadas mentalmente una vez más. Me aseguro de que no se me haya pasado nada por no poder quitarme a Sloane Walker de la cabeza. «Ay, Dios, no había pensado tanto en una chica desde María García, en el instituto».

Todo esto me hace sentir como un tonto del culo. Porque, a pesar de que la temporada, y este partido en particular, ocupan mi mente casi cada segundo que estoy despierto, Sloane ha conseguido hacerse un buen hueco en mis pensamientos. Y no solo porque la abuela Ximena no haya parado de alabarla y decir lo fabulosa que es.

Pero hoy no. Sacudo rápidamente el cuerpo para reiniciar mi cerebro. Mis próximas horas pertenecen al equipo.

No a ninguna estrella del pop ni a un mensaje mal planteado.

Ni a estadios llenos a reventar, a menos que sea por partidos de fútbol. Y no pienso estresarme por el hecho de que, una vez más, voy a enfrentarme al quarterback al que he idolatrado desde que tenía trece años. El puto Hunter Browning.

Aunque hoy Hunter no importa. Lo que importa son nuestras estrategias y yo. El partido y yo. La pelota y yo.

Entro en la sala de calentamiento y me apresuro a correr unos cuatro kilómetros en la cinta mientras me vienen a la mente las jugadas de la Super Bowl del año pasado. Repaso las formaciones defensivas más exitosas de los Lightning, una tras otra. Después me visualizo esquivándolas, incluida esa puta incursión en zona que tanto les gusta llevar a cabo en el tercer cuarto, cuando van perdiendo por un touchdown.

Estiro un poco solo para asegurarme de que ningún músculo está agarrotado mientras recorro el pasillo hasta el vestuario. Con una mirada rápida al reloj me doy cuenta de que me queda una media hora antes de que el resto empiece a aparecer. Sin embargo, cuando abro la puerta del vestuario, me encuentro con que Marquis ya está ahí.

Mi mejor amigo es el mejor placador izquierdo que hay y, a juzgar por la cara que trae, estaba esperándome.

—¿Qué pasa, tío? ¿Estás listo? —pregunto mientras dejo la bolsa en el banco acolchado que hay delante de mi taquilla.

—Eso iba a preguntarte yo —contesta—. Has estado raro estos últimos días. ¿Son solo nervios o hay algo más?

—¿Raro? —repito, más que un poco ofendido—. Mis lanzamientos han estado tan bien como...

—No estoy hablando de tu brazo. —Entrecierra los ojos al mirarme —. Somos amigos desde California, tío. ¿Te crees que no me doy cuenta cuando le estás dando vueltas a algo?

No sé qué contestarle, sobre todo porque tiene razón. No estoy a lo que tengo que estar. Por eso he llegado con más de tres horas de antelación y me he puesto a hacer todo ese rollo de la visualización que me enseñó la terapeuta del equipo. Para intentar concentrarme, joder.

Marquis me conoce lo suficiente para darse cuenta de que ese silencio equivale a una afirmación, por lo que, en lugar de dejarme estar, decide insistir.

—¿Y bien? ¿Estás preocupado por Hunter o algo? Porque te aseguro que eres mejor que él.

—Yo no diría eso, pero no. Me preocupa perder contra los Lightning.

Tendrán que romperme ambos brazos en el campo antes de que permita que eso ocurra.

—¿Familia? —indaga. Frunce el ceño y sé que está preocupado. Llevamos siendo amigos tanto tiempo que mi familia es su familia y viceversa—. ¿Está bien tu abuela? ¿Hay alguien molestando a tu hermanita?

Por «hermanita» se refiere a Lucía, y por «alguien» se refiere al desgraciado de su exnovio. Me ayudó a juntarlos durante tercer curso, y sé que se toma de forma casi tan personal como yo el desastre que acabó siendo su relación.

—Lucía está bien. Está saliendo con un chaval de su facultad de Derecho y parece muy feliz.

—Eso está bien. —Asiente—. Muy pero que muy bien. Bueno, ¿y quién es ella?

Ahora soy yo quien junta las cejas.

—¿Qué te hace pensar que hay una mujer?

Marquis parece sorprendido durante un instante, pero luego se encoge de hombros.

—Vale, entonces ¿quién es él?

—No me refería a eso. —Le lanzo una mirada.

Levanta las manos en señal de derrota.

—Oye, que yo no juzgo. Solo digo que, si fuera trabajo, me lo contarías. La familia está bien, y no pueden ser problemas de dinero, porque ahora eres asquerosamente rico. Eso nos deja solo con el romance. Bueno, ¿quién es?

A tomar por culo. Las cosas no me irán peor con su consejo de lo que ya me están yendo.

—Es una chica —admito al final, al tiempo que sacudo la cabeza con resignación—. Y estoy bastante seguro de que parte del problema es quién es.

Él pasa de mostrarse triunfante a confuso en el transcurso de un segundo.

—Vale, tío, soy bueno, pero no tan bueno. Vas a tener que darme un poquito más de información si quieres mi ayuda.

No estoy seguro de que pueda ayudarme en nada, pero lo pongo al día igualmente, porque es evidente que no me está yendo muy bien a mí solito.

—¿Sloane Walker? —exclama a mitad de la historia.

—Sí.

—¿ESA Sloane Walker? ¿La cantante?

—Sí, tío, la cantante.

Igual ha sido mala idea.

Parece dubitativo.

—¿La que tiene un montón de novios muertos? ¿Esa Sloane Walker?

—Dos —interrumpo—. Tiene dos novios muertos, no un montón.

—Ya, porque eso mejora las cosas. —Sacude la cabeza—. ¿Estás seguro de que no estás haciendo una audición para ser el Muerto

Número Tres?

—Estoy bastante seguro, Marquis.

Se ha pasado un huevo, y sé que sueno tan cabreado como me siento incluso antes de que alce las manos.

—¡Vale, vale! Perdón, tenía que preguntar.

No lo tengo tan claro, pero, como por fin parece dejarlo estar, no insisto.

—Así que ¿ni siquiera sabes si le están llegando las cosas que le has mandado? —pregunta un minuto después.

Niego con la cabeza.

—Sé que le ha llegado el helado. Me lo agradeció por mensaje.

—¡Oye, entonces has conseguido su número! —Me da una palmada en la espalda, sonriente—. Qué grande. Déjame ver. Igual hay que leer entre líneas o alguna mierda de esas.

—Han sido seis palabras, Marquis. No hay por dónde sacar entrelíneas.

Muerto de la vergüenza, saco el móvil y lo desbloqueo para mostrar mi escasa conversación con Sloane. Solo para encontrarme con que ha vuelto a hablarme después de cuatro putos días.

Sloane:
Espresso
Sloane:
Perdón, acabo de verlo

¿Qué cojones?

—Espera, ¿te está escribiendo ahora mismo?

Marquis se asoma por encima de mi hombro para contemplar los tres puntitos azules que rebotan en la pantalla mientras esperamos a que termine con lo que quiera que está escribiendo.

Solo que nunca lo hace. Los puntitos rebotan un momento y luego desaparecen. Luego rebotan un rato más y vuelven a desaparecer.

Yo sigo sin apartar la mirada, pero, en esta ocasión, ya no vuelven a salir.

—¿Y ya? —Marquis suena indignado en mi nombre—. ¿Espresso? ¿Es lo único que piensa decirte al cabo de cuatro días?

—Eso parece. —Joder. He esperado cuatro días para un poco de cafeína—. Desde luego, no la veo muy interesada.

—Ya, yo tampoco. —Me suelta. Pues genial. Ya que está, podría darme un puñetazo en todo el estómago—. Pero sí que ha contestado a tu mensaje aunque no tenía por qué —comenta para intentar animarme. Después lo arruina al añadir—: Supongo que no sirve de mucho consuelo.

—¿Quieres decir que a ti te consolaría? —inquiero.

—No, pero le preguntaría al respecto. A ver qué tiene que decir.

—No quiero asustarla. Lo último que necesita es a un tío enorme acosándola. Seguro que ya tiene tipos así de sobra entre sus fans.

—¿Es eso lo que tienes planeado? —Suena escéptico—. ¿Acosarla?

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta —espeto.

—Lo sé, pero ¿y tú qué? ELLA ha pedido TU número. Te ha mandado un mensaje y luego te ha contestado, aunque haya tardado un tiempo. Así que no sería acoso preguntarle si le apetece charlar en algún momento. Si te dice que no, pues mira, pasas página. Pero no hay nada de malo en probar a ver qué pasa, sobre todo ahora que ha vuelto a ponerse en contacto contigo, por muy lamentable que haya sido.

Me dispongo a discutírselo, pero me interrumpe.

—En fin, decide qué vas a hacer rapidito y espabila, o el entrenador te va a dar tanto por culo que lo vas a sentir el resto de la temporada.

—Sin ofender, Marquis, porque de verdad aprecio haber hablado contigo, pero ya sabía todo esto antes de que nos sentáramos.

Empiezo a levantarme de nuevo con la esperanza de que media hora rápida de pesas me ayude a centrarme, pero él alza una mano.

—Tranquilito, Sly —me pide negando con la cabeza—. Solo estoy exponiendo los hechos mientras le doy vueltas al asunto. Desde mi punto de vista, tienes dos opciones. O decides olvidarte de Sloane Walker y dentro de unos días volverás a la normalidad...

—Yo no lo tengo tan claro.

—Bueno, vale, igual tardas más que unos días. Pero no estás enamorado de ella, ¿verdad?

—Ni siquiera la conozco —le digo, aunque, después de lo que vi en sus ojos la noche del espectáculo, tampoco parece del todo cierto. Jamás lo reconoceré ante mi amigo, pero está claro que me gusta.

—Pues justo eso estaba diciendo, y si sigue con estos mensajes tan secos, tampoco vas a tener la oportunidad de hacerlo. Entonces, o te olvidas de ella o...

—¿O qué? —inquiero con cautela, porque mi amigo sonríe como el mismísimo demonio.

—O subes la apuesta.

—¿En qué sentido? ¿Echarme atrás e intentar que Vivian vuelva a ponerse en contacto con su representante?

—Podrías hacer eso —admite, pero de repente advierto un brillo en sus ojos que indica que tiene una idea mucho mejor... O una mucho peor, depende de la perspectiva—. O podrías ir a lo grande. Al fin y al cabo, es una verdad universalmente reconocida que a las mujeres hay que ganárselas. Así que cúrratelo.

—Le he enviado flores dos veces esta semana, seguidas de un helado que me ha costado cien pavos.

—A eso me refiero. —Simula una explosión con las manos—. Sloane está acostumbrada a lo grande. Tienes que ir a lo enorme.

—Habías dicho a lo grande —declaro, pues mi sospecha crece con cada segundo que pasa—. ¿Cuándo se ha convertido lo de grande en enorme?

—Cuando yo me he involucrado, por supuesto.

Le lanzo una mirada desconfiada.

—Me estás poniendo nervioso.

A Marquis no se lo conoce precisamente por su sutileza.

No obstante, él se limita a sonreír y se inclina hacia delante, como un vendedor ambulante que quiere promocionar sus productos.

—Deja que te cuente mi idea.

Antes de poder añadir nada más, la puerta del vestuario se abre de golpe y entra Jerry, uno de los entrenadores de ataque.

—Aquí estás, Sylvester. Mike quiere repasar unas cuantas cosas antes de que venga la prensa. Temas de discusión importantes del partido y todo ese rollo.

—Sí, claro. Voy para allá. —Me giro hacia Marquis un momento—. Gracias por ayudarme, ya estoy más concentrado. Luego hablamos, ¿vale?

Sonríe.

—No te preocupes, tío. Lo tengo todo controlado.

No estoy seguro de qué tiene controlado, pero lo que sí sé es que voy a tener que disuadirlo de algo. Aun así, con Jerry esperando, no tengo tiempo de preguntarle. Ya hablaremos más después del partido. Me meto el móvil en el bolsillo y sigo a Jerry al despacho del equipo.

Al cabo de una hora, me encuentro frente a la prensa, asegurando que mi brazo está en mejor forma que nunca y discutiendo todos los temas en los que el entrenador quería que ahondara. Una hora más tarde, vuelvo a estar en la cinta de correr con los auriculares puestos

y centrado a tope en el partido mientras, una vez más, repaso en mi cabeza jugada tras jugada, resultado tras resultado.

No es hasta que el partido está a punto de empezar cuando por fin vuelvo a verme cara a cara con Marquis.

—No te preocupes, Sly. Yo te guardo las espaldas —afirma mientras cruzamos a medio campo.

—Y yo a ti —digo antes de encabezar la marcha.

Ganamos el sorteo con el lanzamiento de la moneda y, dos minutos después, el partido comienza con nosotros atacando.

Es rápido e intenso. Los Lightning no han ganado cinco de las ocho últimas Super Bowls con una defensa de mierda, eso está claro, y ni siquiera tengo tiempo de pensar en Sloane de nuevo hasta justo antes del medio tiempo, cuando Marquis viene corriendo en mi busca.

—Confías en mí, ¿verdad? —comenta en un tono que sugiere que no debería hacerlo ni de coña.

—¿Por qué? —contesto, y me saltan todas las alarmas.

Hace un gesto hacia mi hombro mientras esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Date la vuelta para verlo con tus propios ojos.

Su mirada tiene ese brillo que, normalmente, me indica que estoy a dos segundos de que ocurra un desastre.

Me doy la vuelta poco a poco y me siento como si me acabaran de soltar en una película de miedo. Cuando lo veo... Cuando lo veo, se me queda la mente en blanco.

A juzgar por el silencio del público, y por la cantidad arrolladora de gritos, vítores y abucheos que le sigue, todo el estadio lo comprende al mismo tiempo que yo.

Me doy la vuelta hacia el chico que ha sido mi mejor amigo desde el verano de antes de nuestro primer año de universidad.

—¡Joder, Marquis! ¿Qué cojones has hecho?

—Pues subir la puta apuesta, tío. —Su sonrisa reluce a través del casco—. Te prometo que esto no va a poder ignorarlo.

12

Sloane

Una voz que se parece mucho a la de mi representante me llega de algún lugar muy lejano y me doy la vuelta para enterrar la cabeza bajo la almohada y pedir que pare. Que pare de una vez.

No lo hace. De hecho, vuelve, más fuerte y exigente que antes.

—Sloane, tienes que levantarte.

De nuevo, ignoro la voz. Por una parte, porque Bianca está en Los Ángeles y no me apetece hablar con quienquiera que la esté imitando y, por otra, porque parece que acababa de conseguir dormirme después de horas dando vueltas en la cama. Nunca duermo bien la primera noche en una ciudad nueva.

Me acurruco en las sábanas y me adormezco de nuevo. He empezado a soñar con que estoy en mi antiguo piso de Chicago y escojo el color del comedor, el mismo marrón café de los ojos de Sly, cuando la voz vuelve. Y, esta vez, no se esfuerza en parecer simpática.

—Cuanto antes te levantes, antes podremos lidiar con la puta tormenta mediática que se nos viene encima.

Las palabras «tormenta mediática» hacen que me levante de un salto. Aunque la parte de mí cansada, gruñona y que no puede dejar de pensar en Sly incluso cuando estoy dormida querría tirar de las sábanas y esconderse de lo que quiera que sea este desastre, la

experiencia me ha enseñado que esconderse solo empeora las cosas.

—¡Estoy despierta, estoy despierta! —exclamo, aunque estoy bastante segura de que no he sido nada coherente.

Un rápido vistazo al despertador me indica que han pasado poco más de cuatro horas desde la última vez que miré a ese cacharro asqueroso. Si tenemos en cuenta que el concierto de anoche fue bestial y agotador, la falta de sueño es la gota que colma el vaso.

Me froto los ojos y me aparto el pelo de la cara mientras intento identificar a la persona que ha entrado a hurtadillas en mi habitación. Imagino que sea Bryan, o incluso Olivia, si la crisis es lo bastante grave. Pero, cuando miro directamente a los ojos azules de Bianca, que no se andan con tonterías, de repente se me para el corazón en el pecho.

El terror me invade y en mi mente se dispara una alarma de incendios. Si mi representante está aquí, junto a Bryan y a Olivia, algo debe ir muy pero que muy mal. La última vez que Bianca apareció sin avisar fue porque todo mi mundo estaba en llamas. Sin avisos, sin alarmas, simplemente llamas que se abrían paso a mi alrededor antes del primer cambio de vestuario.

Durante un instante, me veo transportada a hace cinco años, cuando me enteré de que Jarrod había muerto. Traumatizada, devastada, horrorizada.

—¿Qué ha pasado?

Incluso mientras lo pregunto, me devano los sesos intentando averiguar qué podría haber ido mal desde que me he metido a trompicones en la cama a las nueve de la mañana.

Anoche tuvimos un montón de problemas con el equipo, cosa que no ocurre casi nunca, pero eso tampoco es un desastre del calibre de mi representante.

Que Bryan viera, los fans apenas se enteraron de los fallos, a excepción del que me dejó colgando cuatro pisos por encima del escenario durante varios minutos. Pero canté *Firelight*, «luz de fuego», desde ahí arriba, y pareció contentarlos más de lo habitual, por muy asustada que estuviera yo.

¿Qué cojones puede haber ocurrido desde que me he encerrado en la habitación con una película reconfortante y una bolsa de palomitas dulces para que Bianca haya tenido que pillarse un vuelo de última hora a Las Vegas? Solo han pasado seis horas.

Vale, me he tirado la mayor parte de la película pasando de historia a historia de Instagram de la superestrella del fútbol Sly Sylvester, y la hora de después dando vueltas por la habitación, decidida a encontrar la forma de quitarme de encima esta extraña fascinación que siento por él. Después de rendirme y tomarme un par de pastillas de melatonina para intentar conciliar el sueño, he decidido mandarle un mensaje a Pauline. Y ha sido en ese momento cuando me he percatado de que había una conversación muy rara y corta en mi bandeja de entrada. Una que estoy bastante segura de no haber iniciado.

Yo:
Gracias por el helado

Sly:
De nada
Qué sabor te ha gustado más?

La conversación es de hace cuatro días y, seguramente, debería haberlo dejado ahí. Pero verla por primera vez, y, sobre todo, ver su nombre en mi teléfono, me ha nublado un poco la mente, así que he escrito el mensaje sobre el helado de espresso y le he dado a enviar. Y entonces, por fin, me he quedado dormida como un tronco.

El pánico me recorre con fuerza ante el recuerdo borroso. ¿Qué cojones he enviado? ¿Y cómo narices podría haber causado todo esto?

Busco mi móvil en la mesita de noche justo cuando Bianca da un paso adelante y se sienta en el borde de la cama.

—No pasa nada, Sloane. Vamos a hablar; después podrás buscar lo que está pasando... si sigues queriendo verlo.

¿Si sigo queriendo?

—¿Qué ha pasado? —Me sale un hilo de voz por el horror—. ¿Qué he hecho?

—Tú no has hecho nada —me informa Bryan desde el lugar que ocupa en el rincón, donde está mirando por la ventana en vez de al pijama cortísimo que llevo—. Ha sido Mateo Sylvester.

—¿Sly? —Cojo la bata que me tiende Olivia y me la deslizo por los brazos para atármela a la cintura—. Nuestros mensajes...

—¿Hay mensajes? —Bryan da un paso adelante—. ¿Qué clase de mensajes? Necesitamos saber con qué estamos lidiando para estar preparados si salen a la luz.

—¿Por qué iban a salir a la luz? —Se me hiela la sangre mientras vuelvo a buscar el móvil. Esta vez nadie me detiene. Los mensajes de Jarrod salieron a la luz de forma póstuma, incluidos aquellos en los que me pedía que volviera con él... y yo le dije que no—. Madre mía. ¿Sly está herido? ¿Está mue...?

—Sly está bien —contesta Bianca, aunque lanza una mirada molesta en dirección a Bryan—. De hecho, según tengo entendido, ahora mismo está jugando la segunda parte de un partido de fútbol contra los Lightning de San Diego.

No suena impresionada.

Abro los mensajes, y lo último que le he enviado a Sly está ahí mismo. No es nada escandaloso, o por lo menos eso pensaba.

Yo:
Espresso
Yo:
Lo siento, acabo de verlo

Alargo el móvil para que lo vea todo el mundo.

—¿Ya está? —pregunta Bryan con dureza—. ¿Dónde están el resto de los mensajes?

—No hay más —informo.

A menos que Pauline le mandara algo y luego lo borrara, pero no me imagino un mundo en el que hiciera algo así. Pensó que empezar la conversación sería bueno para mí. Sin embargo, no haría nada más, eso es lo único de lo que estoy completamente segura en esa montaña rusa.

—Ahora que sabéis que no me he puesto a mandar mensajes sin parar a las ocho de la mañana cegada por la melatonina, ¿quiere explicarme alguien lo que está pasando?

Bianca y Olivia intercambian otra mirada, y mi representante me entrega un iPad con un vídeo preparado.

Esta vez, cuando me da un vuelco el corazón, no tiene nada que ver con mi pasado y todo con el hecho de que tengo a Sly justo delante. Que sí, está a miles de kilómetros de distancia, pero es que está ahí mismo.

Como si el cámara me leyera la mente, lo apunta directamente, pues se halla en medio del campo. Puede que lleve el casco y las protecciones, pero sigo sabiendo que es él por la facilidad y la despreocupación con la que se mueve.

Por lo menos hasta que se hace con la pelota. Entonces, es grácil, pura energía controlada mientras busca a alguien a quien pasársela. Cuando por fin lo encuentra, libera toda esa energía y la pelota sale por los aires, recorriendo casi setenta metros. Al final, la capta otro

jugador de los Twisters, que sale corriendo y cruza la línea de anotación.

«¡Touchdown!», brama el comentarista mientras el público enloquece.

La cámara apunta a la muchedumbre y, de repente, veo lo que Olivia quería que viera. Varios fans lucen pancartas que rezan SLY + SLOANE. O lo que es peor, SLOANEY.

—¿De dónde se han sacado eso? —pregunto, sobresaltada—. ¿Por esa foto de la abuela Ximena y yo en mi camerino?

—Eso creemos, sí —anuncia Bryan, que va de un lado a otro con nerviosismo.

—Bueno, solo son unos cuantos fans ilusionados, ¿no? —Paso la mirada de uno a otro al tiempo que intento averiguar cuál es el problema. A ver, ciertamente, que me hayan relacionado con el chico de oro del fútbol no es lo mejor que podría pasarme. Pero hemos lidiado con cosas mucho peores en los últimos ocho años—. Seguro que, si no le damos bombo a la historia, desaparecerá en un par de días —afirmo.

Aun así, me sigue latiendo el corazón a toda prisa, no sé si por la pancarta o porque estoy viendo un primer plano de Sly quitándose el casco cuando llegan al medio tiempo y un compañero de equipo le da una palmada en la espalda. A saber.

Lo que sí sé es que es guapo. Muy pero que muy guapo.

Se pasa los dedos por el pelo castaño, que casi le tapa la cara iluminada por la euforia. Tiene los ojos brillantes, las mejillas sonrojadas y una amplia sonrisa cuando se gira a analizar al público.

—No lo entiendo. —Sacudo la cabeza con confusión mientras fijo la mirada en la tableta—. Si no son los fans, entonces ¿cuál es el prob...? ¡Hostia PUTA!

Me quedo sin aire cuando por fin veo por qué mi equipo ha entrado en alerta máxima.

Todo en mi interior se detiene de golpe, como el sistema de cuerdas cuando se bloquea en pleno espectáculo. Un segundo, estoy colgando por encima del escenario, lejos de todo, pero sigo cantando. Al siguiente, estoy cayendo en picado sin red a la vista y ni idea de dónde voy a aterrizar.

—¡Hostia puta!

—Dilo otra vez si quieres —insta Bryan con ironía.

—¿Acaba de...? —Me esfuerzo por pronunciar las palabras, pues de repente parece que se me esté cerrando la garganta.

—Y tanto que sí —afirma Bianca. Y, no sé cómo, pero consigue sonar cabreada y llena de admiración a la vez.

Tengo los ojos pegados al iPad, donde la pantalla gigante cuelga por encima del estadio para que la vea todo el mundo. Aparece una foto de Sly con el uniforme, con aspecto desarreglado y un poco sudado por el partido.

Pero no es la foto lo que hace que el terror me hiele la sangre. Son las palabras, en enormes letras mayúsculas sobre la foto, lo que me hace querer arrastrarme hasta mi telaraña y no salir en la vida.

SLOANE WALKER, ¿QUIERES SALIR CONMIGO EN LOS ÁNGELES EL FIN DE SEMANA QUE VIENE?

13

Sloane

Cierro los ojos y me los froto con fuerza mientras espero y rezo para que lo que estoy viendo desaparezca si lo deseo lo suficiente.

No es la primera vez en mi vida que he deseado tal cosa. Tampoco es la primera vez que me he llevado una decepción, porque, cuando abro los ojos, la pantalla gigante sigue estando ahí. Solo que los decibelios de los asistentes han cambiado.

—¿En qué cojones estaba pensando? —susurro.

—Eso es lo que me pregunto yo —contesta Bianca mientras se instala en la cama, a mi lado.

—¿En qué cojones estaba pensando? —Esta vez lo grito al tiempo que la ansiedad burbujea en mi interior, se abre paso por mi torrente sanguíneo y crea una reacción en cadena que hace que el corazón me lata el doble de rápido y los pulmones me pidan aire—. ¿Cuándo ha pasado? —Como no me contestan de inmediato, repito la pregunta, más alto—. ¿Cuánto hace que ha pasado esto?

—Hace poco más de noventa minutos —responde Bryan con tono sombrío.

—Noventa minutos.

Las palabras me vibran por debajo de la piel, como si hubieran tirado de una cuerda demasiado fuerte: tensa, temblorosa, a punto de partirse.

Me giro hacia Bianca.

—Has llegado muy rápido.

Retuerce la boca en una sonrisilla.

—He cogido un helicóptero.

—Pues claro, cómo no.

Respiro con dificultad e intento empujar el pánico hacia abajo mientras me recuerdo que esto no es igual que hace cinco años. Vuelvo a tomar aire y lo dejo escapar poco a poco antes de girarme hacia los demás. «Joder, odio que los medios hablen de mí».

—¿Por qué en Los Ángeles?

Es una de los millones de preguntas que me vienen a la mente, pero es la que me resulta más fácil manejar por ahora.

—Parece ser que los Twisters van a jugar allí el fin de semana que viene. Y como es la siguiente parada de tu gira... —La voz de Bianca se apaga—. Ha hecho los deberes. Eso se lo tengo que reconocer.

Enarco una ceja.

—¿Se ha hecho viral?

Es una pregunta absurda, por supuesto que se ha vuelto viral, pero sus reacciones me revelarán mucho.

—Como una plaga —contesta Bryan.

—Como las enfermedades de transmisión sexual en un viaje de fin de curso —responde Olivia a la vez. Madre mía. Dos opciones terribles. Vuelvo a entrar en pánico—. Bueno, ¿y qué hacemos? —inquiero mientras investigo en mi móvil en un intento de averiguar la magnitud del daño.

#Sloaney está en los primeros puestos de TikTok y Twitter. Joder, con la suerte que tengo, es posible que a estas alturas hasta haya llegado a Facebook.

Bianca me lo arrebata de las manos antes de que pueda seguir investigando.

—Lo veremos dentro de un rato —anuncia con firmeza—. Olivia ha preparado una presentación.

—¿En noventa minutos?

—Ahora ya van cien —responde Olivia desde el lugar que ocupa en la mesa, al otro lado de la estancia. Tiene tres portátiles abiertos delante—. El asunto no deja de cobrar envergadura.

Pues claro que no. En mi mundo, el drama no crece, explota y se propaga.

Madre mía. La habitación empieza a dar vueltas.

—Sloane, ¿estás bien?

No, no lo estoy. Ni de lejos. Pero me obligo a tomar aire de forma lenta y prolongada para llenar mis pulmones. Lo hago otra vez. Y una más.

Ya me desmoroné en una ocasión, casi dejé que la prensa me destruyera.

Cuando Pauline me encontró y me ayudó a desenterrarme, me prometí que jamás volvería a permitir que me pasara algo así. Y estoy decidida a cumplir mi promesa.

—Bueno, ¿qué hacemos? —indago—. ¿Por dónde empezamos?

Intercambian una mirada antes de que Bryan hable, casi con demasiado cuidado.

—Creo que eso depende de ti.

—Y yo creo que para eso te pago —respondo con monotonía.

Bryan se sienta junto a Bianca y parece que quiera darme unas palmaditas en el hombro a modo de consuelo.

Entrecierro los ojos para mirarlo, pero, como es habitual, él se limita a devolverme el gesto. Aunque aparta la mano antes de continuar.

—Ya hemos empezado a elaborar varios planes. Pero, dependiendo de lo que quieras hacer con Sly, seguiremos uno u

otro.

—¿Aparte de asesinarlo, quieres decir?

Lo único que quería era llevar a cabo la gira sin liarla o dar pie a una revolución mediática. Gracias a Mateo Sylvester, he hecho ambas cosas.

—Ahora mismo hay demasiadas miradas puestas en ti para barajar la opción del asesinato —contesta Bianca con una voz que me asegura que ya se ha planteado y ha descartado la sugerencia.

Y dicen que este mundillo no tiene por qué ser tóxico. Vaya tela.

Entonces hace lo que lleva haciendo con cada problema que he tenido durante los últimos diez años: lo analiza a fondo y me da opciones. Hay una razón por la que es la mejor representante que podría pedir.

—Antes de que podamos hacer nada, tienes que tomar una decisión acerca de Sly —explica—. Si te interesa salir con él, haremos una cosa. Si no quieres saber nada de él, haremos otra. Y si estás en algún punto intermedio, actualmente cabreada, pero también algo intrigada, haremos una tercera. Pero, hasta que decidas, estamos atascados en modo espera.

Para una persona normal, incluso para una estrella del pop normal, seguramente no habría supuesto ningún problema, sin importar cómo termine la cosa. Pero, para la mujer a la que la mitad del planeta considera responsable de la muerte de dos de sus mejores y más brillantes hombres, es una historia completamente diferente.

Hayden era brillante y adorable, divertido y un poco tontorrón. Y un gilipollas de cuidado, aunque la mayoría de la gente no tiene ni idea de esa faceta. Lo único que recuerdan es al dulce chico que murió demasiado pronto.

En cuanto a Jarrod... Jarrod lo era todo y nada. Encantador, ingenioso, maravilloso durante un instante, cruel y desesperado al siguiente, como una corriente de esas que no ves venir hasta que te está arrastrando al fondo.

Igual que los de Hayden, ninguno de los fans de Jarrod vio ese lado suyo jamás. Nadie lo hizo. Se reservaba ese tormento especial para mí.

Durante un instante, vuelvo a estar en ese patio.

El cristal se rompe.

El agua salpica.

La cara retorcida de Jarrod gritando frente a la mía.

«No, no, no». Bloqueo los recuerdos. No voy a volver. Hoy no, no cuando tengo que decidir si soy lo bastante masoquista para plantearme abrirme de nuevo a alguien.

Pero ¿cómo voy a hacerlo cuando es demasiado guapo, demasiado encantador y, según la búsqueda de Google que me permití hacer anoche, demasiado adorado? No puede salir nada bueno de esto.

No, gracias. No cuando todavía tengo las cicatrices de las dos primeras veces. Y siempre las tendré.

—¿Qué hay del público? ¿Cómo está reaccionando?

—En realidad, a tus fans les está encantando. La mayoría parecen ilusionados de que por fin estés dejando atrás el sufrimiento por la desafortunada muerte de Jarrod. —La voz de Bryan suena tan seca como la tostada que se toma para desayunar—. Por supuesto, también están fascinados con el hombre que por fin te ha llamado la atención después de todos estos años.

—No me ha llamado la atención —protesto.

—Ya, bueno, eso no lo saben —me dice Bianca—. Incluso os han creado un nombre de pareja. Sloaney.

Recuerdo ver las pancartas en mi concierto, y otra vez en el partido de Sly.

—Lo sé de sobra —me quejo al tiempo que vuelvo a dejarme caer en la cama.

—Ya va siendo hora de dejarse de chorradas —dice Bianca mientras acerca una silla a mi lado y clava sus ojos azules en los míos—. Sé sincera con nosotros, Sloane. ¿Qué sientes por este chico? Porque Olivia lo ha estado investigando toda la mañana y todavía no ha encontrado nada malo. Se metió en una pelea con otro jugador hace varios años, pero desde entonces nada. Para ser un jugador de fútbol profesional de veintisiete años con su atractivo y talento, está tan limpio que casi da miedo.

Se calla para quitarse la americana con un movimiento de hombros y la coloca con cuidado en el respaldo de la silla antes de continuar.

—Por supuesto, continuaremos escarbando antes de tomar una decisión final, pero ha pasado el primer nivel de la revisión de antecedentes.

—¿Estáis haciendo una revisión de antecedentes? —exclamo, de nuevo horrorizada.

—Te ha pedido salir delante de todo el mundo sin previo aviso —declara Bianca con una voz suave a la par que firme—. Pues claro que lo estamos investigando. No investigué lo suficiente a tu última pareja, y todavía lo estás pagando años después, en lo personal y en lo profesional. No vamos a cometer el mismo error otra vez.

—Estamos de tu lado —asegura Bryan con seriedad, y es tan impropio de nuestra habitual relación antagonista que se me saltan las lágrimas.

—Gracias —susurro.

—Todos estamos de tu lado —enfatiza Olivia—. Y, decidas lo que decidas, todo va a estar bien.

Durante un instante, me permito pensar en Sly. No en los medios. No en mi pasado. No en su rostro demasiado atractivo o en su cuerpo demasiado perfecto. Solo en él. En él de verdad.

El chico que lleva a su abuela a un concierto, que deja que su hermana le pinte las uñas para practicar y que envía helado de lujo para llamar mi atención.

—¿Y al público no parece importarle? —pregunto, porque lo encuentro extraño.

—Uy, a algunos les importa muchísimo —indica Bryan con el ceño fruncido.

—Cómo no.

Me tiembla la mano por la necesidad de coger el móvil, pero me recuerdo que no debo mirar. Saber lo que dicen de mí, de Hayden y Jarrod y Sly y yo, no va a cambiar nada. Solo me hará sentir peor.

Si algo le llegara a pasar a Sly, si la Viuda Negra atacara de nuevo, no habría vuelta atrás. Ni para mi carrera, ni, desde luego, para mí misma.

Saberlo es lo único que necesito para tomar una decisión.

—No puedo —digo con dificultad. Los muros de mi interior se tambalean al pensar en todo lo que podría salir mal. Así que los refuerzo, los hago incluso más altos, aunque estén empezando a derrumbarse—. Es que no puedo hacerlo. Es demasiado famoso, lo adoran. Si le pasara algo, yo nunca... —Se me quiebra la voz, pero no necesito acabar la frase para que lo entiendan. Ni siquiera necesitaba empezarla.

—Vale, pues nada —anuncia Bianca mientras se pone de pie—. Ya la habéis oído. Vamos a intentar arreglar todo antes del concierto de esta noche.

Pero, antes de que nadie pueda moverse siquiera, me vibra el móvil con un mensaje de texto... de Sly.

Todos contemplamos su nombre en mi pantalla bloqueada cuando Bryan coge el móvil y me lo entrega.

Lo desbloqueo con las manos temblorosas y, mientras abro los mensajes, la furia, la emoción y la pena se arremolinan en mi interior.

Sly:
Lo siento muchísimo

Se me vuelve a encender el móvil. Y otra vez, cada mensaje me duele un poco más.

Sly:
Me gustaría explicarte lo que ha pasado
Sly:
Puedes hablar?

Y así, sin más, el muro que tanto me he esforzado por mantener en pie se desmorona. Me pregunto si yo también estaré a punto de desmoronarme.

14

Sly

Me quedo en el vestuario vacío durante horas tras el final del partido, preguntándome qué cojones debo hacer ahora.

Me suena el teléfono, pero no lo miro. Y no contesto. Estuve un buen rato sobresaltándome con cada notificación, esperando que fuese ella. Pero han pasado horas desde que le he mandado un mensaje y Sloane no me ha contestado.

Y tampoco la ayudante de su representante, ni su publicista.

Ha habido un silencio absoluto por parte de todo su equipo y me está dando mala espina.

Sobre todo porque el resto del puto planeta sí que ha llamado, empezando por mi abuela y acabando por casi cada amigo que tengo. Y todos quieren hablar de lo mismo:

«No sabía que te gustaban las chicas malas».

«¿Te ha dicho que sí?».

«Buen gusto, tío».

Sin mencionar mi favorito: «¿No te preocupa que te mate a ti ahora?».

Joder. Antes de hoy, no tenía ni idea de cuántos capullos superficiales tenían mi número de teléfono.

Incluso el jefazo del equipo se ha metido en el asunto. Me ha dado la enhorabuena por un gran partido y, de inmediato, me ha preguntado si debería guardar entradas para Sloane. Tres horas

después del Gran Incidente de la Pantalla Gigante, ya hemos agotado las entradas de cinco partidos que jugamos en casa.

Además, el teléfono de mi agente tampoco ha dejado de sonar. Lo mismo con el de mi publicista: periodistas, representantes de marcas, ofertas de promoción de empresas que ni sabía que existían...

Ya tengo unos cuantos contratos bastante buenos y he rechazado muchos que no me parecían bien. Pero ¿ahora? Todo el mundo, desde marcas de lujo hasta marcas de bebidas alcohólicas, quiere un pedacito del tío que ha pedido salir a Sloane Walker en la televisión nacional.

Incluso los representantes de la Fundación Jackson-Ware, con la que he estado trabajando los últimos años, están emocionados. Llevamos meses planeando el evento de recaudación de fondos de Los Ángeles, y ahora preguntan si creo que podría conseguir una actuación de Sloane Walker, ni más ni menos.

No me lo puedo creer.

Vivian está bailando de la emoción, pero yo estoy demasiado ocupado pensando en la mejor forma de torturar a Marquis para pensar en la parte buena. Cuando me dijo que fuera por todo lo alto, pensé que se refería a joyas. No se me pasó por la cabeza que el muy desgraciado planearía este desastre, y mucho menos que sobornaría a los técnicos de las pantallas para conseguirlo. Cuesta mucho cabrearme. Pero ¿ahora mismo? No me importaría hacerle sangre al muy cabrón.

¿En qué cojones estaba pensando? Le había pedido consejo sobre cómo llamar la atención de Sloane, no sobre cómo convertir nuestras vidas en un espectáculo más grande que el del medio tiempo de la Super Bowl.

Lo último que quería era complicarle más la vida y, según la respuesta que estoy recibiendo, no me puedo ni imaginar cómo estarán yéndole las cosas a ella. Solo de pensarlo me siento todavía peor.

Aun así, estoy harto de estar sentado en el vestuario, escondiéndome del infierno que me estará esperando al otro lado de las puertas del estadio. Sobre todo porque todo el mundo se ha marchado ya, incluido Marquis, que se ha escabullido antes de que pudiera acorralarlo para que me diera una explicación... y para propinarle una patada en el culo.

A la mierda. Si la prensa está ahí fuera, me marcaré un «sin comentarios», como llevo haciendo toda la tarde.

Recorro el túnel hasta la entrada de los jugadores y echo los hombros atrás. Sigo caminando, directo al calor asfixiante de septiembre.

La parte positiva es que los de seguridad habrán prohibido la entrada de la prensa a este aparcamiento, pues ahora mismo todos los reporteros se encuentran de pie fuera de la zona de los jugadores. La parte negativa es que hay cientos y están peligrosamente cerca de mi única vía de escape.

Ni siquiera sabía que hubiera un centenar de reporteros en Austin. Llevo viendo a los mismos diez o quince durante toda mi carrera profesional.

No quiero alimentar las llamas de la locura, por lo que ignoro a la muchedumbre mientras recorro el aparcamiento. Eso no les impide gritarme preguntas sobre si me ha dicho que sí o adónde quiero llevar a Sloane en nuestra cita.

Estoy a medio camino de mi camioneta cuando me suena el móvil, y una mirada rápida a la pantalla me indica que es Vivian. Otra vez. Decido que lo que tenga que contarme puede esperar, así que la

mando al buzón de voz, solo para que el móvil vuelva a sonar antes incluso de que pueda abrir la puerta.

Espero que esto signifique que tiene algo importante que contarme, como un plan para salir de este desastre, por ejemplo, así que contesto.

—Dame un minuto —le pido mientras lanzo la bolsa al asiento del acompañante antes de subir y arrancar la camioneta.

En cuanto la llamada pasa a mi sistema de audio, añado:

—¿Qué pasa?

Empiezo a dar marcha atrás en mi plaza de aparcamiento.

—¿Qué pasa? —Una voz grave y suave como el whisky sale del altavoz y mi interior se queda helado—. ¿De verdad tienes los huevos de preguntármelo después del numerito que has montado?

El asombro se apodera de todo mi cuerpo y doy un pisotón al freno. No he conseguido ni salir de mi plaza.

—¿Quién es? —pregunto cuando recupero la voz, aunque ya lo sé.

—¿En serio? —Sloane suena tan molesta como entretenida mientras continúa—. ¿A cuántas mujeres les has pedido salir hoy en la televisión nacional, si puede saberse?

—Solo a una.

Acabo de sacar el coche de la plaza de aparcamiento con lo que seguramente sea la sonrisa más tonta de la historia del mundo. Ha llamado. Por fin ha llamado.

—Ya, pues ha sido una más de lo que deberías —espeta—. ¿En qué estabas pensando, Sly?

Se me acelera el corazón cuando pronuncia mi nombre.

—En que podía confiar en mi mejor amigo. Y, créeme, es un error que no voy a volver a cometer.

Sloane se calla como si la hubiera sorprendido.

—Explícate —ordena por fin.

Y eso hago, echándole la culpa a Marquis sin ningún remordimiento mientras paso por delante del grupo de reporteros. Incluso los saludo mientras sigo conduciendo. Estoy seguro de que han tomado varias fotos en las que se ve claramente que estoy sonriendo como si me hubiera tocado la lotería..., que es justo como me siento.

—He de decir que me decepcionas un poco —dice cuando termino la historia—. ¿Cuántos años llevas en el foco mediático? Y todavía no has aprendido a tener cuidado al confiar en alguien.

Suena más relajada ahora, pero hay un deje de seriedad (u honestidad) en su voz que me lleva a preguntarme lo solitario que es estar en la cima. Y si yo podría ayudarla a sentirse menos sola. Aunque tampoco es que vaya a decirlo en voz alta. Teniendo en cuenta la tormenta de mierda que he levantado, dudo sinceramente que le impresione el sentimiento.

—Ah, no, le confiaría mi vida a Marquis —aseguro mientras por fin llego a la salida—. Es solo que no le confiaría...

—¿Tu vida sexual? —interrumpe.

Una gota de sudor que no tiene nada que ver con el calor de Austin me recorre el centro de la espalda.

—Iba a decir mi corazón —admito—, pero tampoco voy a descartar por completo tu respuesta.

Por fin se ríe, y es mejor de lo que me había imaginado. Me daba miedo que este desastre acabara con lo que quiera que haya entre nosotros, pero, al contrario, suena casi intrigada.

Aprovecho la oportunidad para decir lo que lleva dándome vueltas en la cabeza las últimas horas.

—Lo siento, Sloane. Siento muchísimo lo que ha pasado. Lo retiraría si fuera posible.

Hay un largo silencio por su parte y empiezo a pensar que la he perdido, pero añade:

—Lo que aún no entiendo es por qué Marquis no podría haberte aconsejado abordar el tema de una forma normal.

—Supongo que porque he intentado la forma normal y no ha funcionado. Claramente.

—La verdad es que yo no consideraría un helado gigante del todo normal —responde, escéptica.

—Consiguió que me mandaras un mensaje, ¿no? Aunque tardaras cuatro días en contestarme.

—En realidad, lo que consiguió es que Pauline me robara el móvil y te mandara un mensaje. No me había dado cuenta de lo que había hecho hasta esta mañana.

—¿Pauline? —inquiero mientras intento ubicar el nombre.

—Pauline Vargus. Le encantó la heladería que escogiste.

—¿Me estás diciendo que compartiste el helado con Pauline Vargus? ¿Y que después me mandó un mensaje? —El asombro me golpea—. ¿ESA Pauline Vargus?

—Te noto un poquito emocionado, Sly. —Su voz desprende un tono burlón al que no puedo evitar responder—. ¿Con cuántas cantantes quieres salir exactamente?

Eso me saca una carcajada.

—Solo contigo, Sloane. Pero tienes que admitir que Pauline sigue estando estupenda.

—Uy, eso nunca lo he dudado.

No dice nada más. Ahora que se me ha pasado el asombro por que fuera Pauline Vargus la que me envió el mensaje, tengo que aclarar algo.

—Entonces, aunque fuiste tú la que pidió mi número de teléfono, ¿no tenías ninguna intención de escribirme?

Giro a la derecha para entrar en la autopista y caigo en la cuenta de que varias furgonetas de las noticias vienen justo detrás de mí. Decido ignorarlas, principalmente porque no puedo hacer nada al respecto. Además, todo el mundo tiene que ganarse la vida.

—Eso fue un error por mi parte —contesta por fin.

—Te lo compro —respondo mientras cambio de carril, aunque me aseguro de mantener la velocidad al límite establecido. Lo último que necesito es un artículo en los periódicos de mañana anunciando que el «novio» de Sloane Walker es un conductor temerario—. Lo siento mucho, Sloane, de verdad. Si hay algo que creas que puedo hacer para solucionar las cosas, dímelo. Sea lo que sea, lo haré con mucho gusto, aunque signifique no volver a hablarte nunca.

Se me encoge el pecho al pensarlo.

—Yo no he dicho eso. —Por primera vez, suena nerviosa, un poquito—. Solo digo que podrías haberte decantado por un correo electrónico, una llamada o quizá un ramo de flores si de verdad querías esforzarte un poco.

—No me diste tu correo electrónico —rebato—. Y te envié cuatro ramos de flores la semana pasada, con mi número de teléfono en cada tarjeta, por si habías perdido el que te dio mi agente. Y ni siquiera recibí un «que te jodan». Con el helado, por lo menos recibí un mensaje de Pauline.

Se ríe.

—¿Vas a seguir presumiendo de eso durante el resto de tu vida?

—Estoy pensando en ponerlo en mi lápida —replico—. A ver, Pauline Vargus me ha mandado un mensaje. ¿Quién no presumiría de algo así?

—Yo... —Se calla un instante, y después, cuando vuelve a hablar, no puedo evitar percibir que su voz se ha vuelto más suave. Parece

que mi abuela tenía razón: a las mujeres sí les encantan las flores—. Un momento. ¿Me has mandado flores? ¿Adónde?

—Pedí que las enviaran al recinto del concierto y a tu hotel ambas veces, esperaba que las vieras en alguna parte.

—¿Me estás diciendo que las enviaste al hotel en el que estoy ahora mismo? —pregunta con escepticismo—. ¿Acaso sabes cuál es?

—Sé buscar en Google —contesto de forma seca mientras vuelvo a cambiar de carril—. La última vez que te las mandé fue ayer, al Venetian.

—Un momento —interviene, y, unos segundos más tarde, pregunta—: ¿Cómo eran las flores?

—Un ramo era de calas...

—¿Calas? —repite, un poco falta de aliento—. ¿Cómo has sabido...?

Se calla y después, a la vez, decimos:

—La abuela Ximena.

Siempre he sabido que mi abuela valía su peso en purpurina, pero resulta que también es una celestina excelente. Tendré que asegurarme de darle las gracias cuando vuelva a verla.

—El otro era un ramo surtido de colores negros y rojos —añado—. Por razones evidentes.

Se ríe, y se oye movimiento al otro lado de la línea seguido de:

—¡Ah! Los he encontrado. Estaban escondidos detrás de un ramo enorme de rosas.

No voy a mentir, eso me hiere un poco el orgullo. Nota mental: mandar un ramo colosal la próxima vez. Parece ser que cinco docenas de flores no son suficientes para llamar la atención en el mundo en el que vive Sloane Walker.

—Son bonitas —declara unos segundos después—. Gracias.

Vaya, eso pica bastante.

—Estoy seguro de que ahora me toca a mí decir lo de «abatido por tímidos elogios».

Se vuelve a reír.

—Son MUY bonitas. En serio.

—Bueno, no me dejes con las ganas. Tienes que leer aunque sea una de las tarjetas.

—¿Qué? Espera un momento.

Esta vez, me pone en espera. Y me deja ahí tanto tiempo que no paro de comprobar que la llamada no se haya cortado.

Cuando vuelve, ya estoy saliendo de la autopista en dirección a la colina que lleva a mi casa mientras un desfile de vehículos de noticias y paparazzis me sigue la pista.

—Lo siento. Mi publicista las recoge y escribe notas de agradecimiento. Por lo menos, deberías haber recibido una..., seguramente. —Se calla y oigo que se abre un sobre—. «¿Qué comerías en el Imperio romano?». ¿Ya está? —pregunta, suena perpleja—. ¿Eso es todo?

—Utilicé la artillería pesada en el primer ramo que mandé al recinto del concierto. La tarjeta que tienes ahora es, en teoría, la número cuatro. —Me detengo en la puerta principal de la urbanización y doy a un botón para abrirla—. Mira la parte de atrás.

Me quedo ahí sentado varios segundos, esperando para cruzar justo cuando las puertas estén a punto de cerrarse. Mentiría si dijera que no me he regodeado al ver cómo se deslizan y se cierran antes de que alguna de las furgonetas de las noticias consiga pasar detrás de mí.

Sé que no tardarán en colarse igualmente. Siempre lo hacen. Pero, por ahora, me conformo.

—«Si quieres saber la respuesta, llama al número que hay aquí abajo. Por cierto, mucha mierda esta noche, o como dicen en inglés:

rómpete una pierna. Y, si lo haces, llama también a este número. Conozco a un cirujano ortopédico maravilloso». —Suena divertida, cosa que para mí es una victoria. Espero a que diga algo más, pero solo hay silencio.

Empiezo a preguntarme si la tarjeta le ha molestado, cuando por fin dice:

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —pregunto, desconcertado.

—He llamado al número. Me da a mí que me debes el final del chiste.

—Ah, es verdad. —Sonrío. Parece que el intento número cuatro está yendo mejor de lo esperado—. Una ensalada César.

Más silencio; después, una risita disimulada que se convierte en una carcajada que es tan seductora como dulce. Es un sonido cálido e intenso que llena muchos de los huecos vacíos de mi interior.

—Es malísimo, Sly.

—Te estás riendo, ¿no? Y todavía no me has colgado.

Estoy sonriendo tanto que me duelen las mejillas mientras giro hacia la calle que me lleva a mi casa, pero me importa una mierda. Le he sacado una sonrisa a Sloane. Es más, la he hecho reír.

—Me lo anoto como un tanto.

—No me cabe duda.

Se queda callada y la oigo tomar aire, como si intentara oler las flores.

Cosa que me resulta extraña, porque...

—Sé que no huelen a nada —admite, un par de segundos después —. Pero nunca puedo resistirme a comprobarlo. Supongo que doy por sentado que algo tan bonito tiene que oler genial.

Ahora me toca a mí reírme y, aunque sea un poco cursi, no puedo resistirme a preguntarle:

—¿Es tu forma de decirme que hueles genial?

—¿Es tu forma de decirme que soy guapa? —contraataca.

—Tienes un espejo y unos mil millones de fans que te adoran y te lo dicen siempre que tienen la oportunidad. Creo que no me necesitas para que te lo recuerde.

Carraspea y, entonces, responde en voz baja:

—¿Y qué necesito que me digas?

Su tono es suave, pero hay un hilo de seriedad oculto que me indica que me está escuchando.

—Nada, seguramente. Pero ya que lo preguntas...

—Lo pregunto. —Toma aire y lo aguanta, casi como si le diera miedo estropear algo si vuelve a soltarlo.

Conozco la sensación. Pero si ser quarterback me ha enseñado algo a lo largo de los años, es que el mejor momento para arriesgarse es cuando te faltan un par de touchdowns para la victoria y se te acaba el tiempo.

—Eres preciosa —digo dulcemente—. Pero eres mucho más que eso.

—¿Cómo vas a saberlo? —Su voz es poco más que un susurro—. Solo me has visto una vez.

—A veces con una basta. —Todavía la veo de pie, en medio de ese escenario enorme, abriéndose paso por la oscuridad hacia la luz—. Creo que te veo tal y como eres, Sloane. Y creo que tú también me ves.

Llego a mi casa y me encuentro con otro montón de reporteros acampados al final del camino de entrada. Qué sorpresa. Aunque a ella no pienso decírselo, claro.

Por eso, en lugar de ponerme a maldecir, cosa que me apetece bastante, espero a que diga algo, lo que sea, mientras intento abrirme paso por el camino con cuidado de no atropellar a nadie.

Sin embargo, al final, lo único que consigo es:

—Gracias por las flores. Me encantan.

—No hay de qué, corazón. —Se me escapa el apodo, pero, extrañamente, siento que encaja.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo, Sly. —Su tono es casi una súplica—. Esto es solo el principio. Si digo que sí...

—Di que sí —le suplico en respuesta—. Te prometo que no te arrepentirás.

—Ya me arrepiento de haber hecho esta llamada. —Puedo oír que pone los ojos en blanco desde aquí.

—Solo porque tú estás allí y yo estoy aquí. —Entiendo su reticencia, así que ignoro el pinchazo que acompaña a sus palabras. En cambio, hago lo mismo que en el campo y me centro en la zona de anotación—. Cuando estemos juntos, en Los Ángeles, no te arrepentirás de nada. Te lo prometo.

—No prometas cosas que no puedes cumplir.

En esta ocasión, su voz suena más mordaz y puedo imaginármela perfectamente, de pie en medio de una habitación lujosa de hotel mientras se pasa las manos de arriba abajo por los brazos, como cuando está nerviosa.

Lo hizo en su camerino después de que mi abuela la abrazara y la he visto hacerlo varias veces en los vídeos que he estado viendo las últimas semanas. Justo antes de ganar su primer Grammy, por ejemplo.

—Uy, pienso cumplirlo —afirmo, descubriendo que su firmeza me gusta tanto como su dulzura—. Solo di una palabra y te lo demostraré. Puedo estar allí mañana a esta hora.

Entonces ella suelta una risa: larga, grave e increíblemente atractiva.

—Por primera vez en mucho tiempo, me encantaría poder decir que sí.

—Pues, adelante, dilo. —Sigo yendo a por todas—. Una cita. Si la odias, te prometo que no volveré a poner tu nombre en una pantalla gigante nunca más.

—No me da miedo odiarla —susurra con voz tan baja que tengo que esforzarme al máximo para oírla—. Me da miedo no hacerlo.

Elimino todo deje de burla en mi voz.

—Lo siento, Sloane. Por lo de la pantalla gigante, lo de los reporteros y toda la atención de más que estás recibiendo. Pero... —Intento infundir toda la sinceridad posible en mis palabras—. Te prometo que puedes confiar en mí. Si me das la oportunidad, te protegeré.

Es más que una promesa. Es un juramento, porque dejar que le pase algo por mi culpa no es una opción.

Suspira.

—Adiós, Sly. Ha sido un placer hablar contigo. Y buena suerte con la siguiente chica que saques en la pantalla gigante.

Mierda.

—Sloane, espera...

Pero ya no está.

Cosa que me jode por muchas razones. La principal, porque estoy bastante seguro de que se ha llevado un trocito de mi corazón con ella.

15

Sloane

Mi sonrisa, o lo que queda de ella, se desvanece en cuanto cuelgo el teléfono.

Estaba furiosa cuando he llamado a Sly. Enfadada por haberme puesto en un foco mediático que no puedo controlar. Asustada por todas las consecuencias que esto podría tener. Y, lo peor, devastada porque, en otro mundo, otro donde no hubiera tomado las malas decisiones que he tomado en este, igual sí que tendríamos una oportunidad.

No sé cómo, a pesar de todas las emociones que me recorrían, Mateo Sylvester ha conseguido cautivarme. Incluso me ha hecho sonreír, es más, me ha hecho reír. Y, por un instante, me ha hecho sentir segura... y me ha visto de verdad.

Pero ¿qué voy a hacer? Si doy el brazo a torcer y esto que hay entre nosotros estalla y acaba mal, no solo perderé la música, sino al equipo que la hace posible. La única familia que he conocido.

No, me he esforzado demasiado y he arriesgado demasiado mi paz mental para rendirme ahora.

«Corazón».

La palabra se me cuela en la mente, acompañada de la voz grave de Sly. Nadie me había llamado así antes.

Incluso mientras lo pienso, esa maldita melodía, la que me lleva acechando desde nuestro primer encuentro, flota en mi mente. Solo

que esta vez viene con tres compases más y unas frases que los complementan.

Empiezo a buscar mi diario para anotarlos. Que esté pensando en Sly ahora mismo no quiere decir que la canción en la que use esa frase tenga que ver con él.

«Por supuesto, Sloane, y también hay un conciertazo en Las Vegas del que puedes escabullirte así sin más... Ah, espera».

Al final, dejo el diario justo donde está. No importa lo mucho que ame la música, hay ciertas notas que no están hechas para ser escritas.

Llaman a la puerta con suavidad y, unos segundos después, Bianca asoma la cabeza.

—¿Estás lista? —tantea—. Ya va siendo hora de poner rumbo al concierto.

Se me cae el alma a los pies al escuchar sus palabras. El miedo escénico ha llegado inusualmente pronto hoy. Sé que es por todo lo que ha pasado: los cientos de llamadas, los miles de mensajes y las decenas de miles de publicaciones sobre Sly y yo que se abalanzan sobre mi equipo como si fueran Sly y los putos Twisters.

—Sí —contesto, con un hilo de voz que apenas llega a mis oídos —. Deja que coja los zapatos.

Hay una pregunta en los ojos de Bianca cuando se encuentran con los míos, pero me limito a negar con la cabeza. El espectáculo debe continuar.

Poco más de una hora después, estoy maquillada, peinada y vuelvo a lucir el vestido que llevaba la noche que conocí a Sly. No sé si mi estilista lo ha hecho a propósito, pero, mientras camino de un lado a otro de la estancia y me revuelvo dentro del corsé que se ha pasado apretando, solo puedo pensar en él.

En el timbre grave y reconfortante de su voz. La amabilidad de su sonrisa.

La atención en sus fascinantes ojos castaño oscuro.

La certeza de que voy a perder todo eso me llena de una tristeza profunda a la que estoy acostumbrada... y de una rabia más intensa todavía a la que no.

—Sabes que no tienes que decirle que no. —La voz de Pauline suena inusitadamente suave mientras, sentada en el sofá del camerino, mira cómo voy de un lado para otro—. Podrías salir con él y ver adónde os lleva la cosa.

—¿En serio? —Me giro—. Sabes mejor que nadie por qué no puedo. Va en contra de todo lo que me has enseñado. —Subo el tono de mi voz para imitar la suya—. «No eres un árbol de Navidad, Sloane. No dejes jamás que nadie te enchufe y te ilumine. Ese poder solo te pertenece a ti».

—Bueno, cuando lo dije no había visto su enchufe —responde mi mentora con una sonrisilla traviesa que me saca una risa, muy a mi pesar, sin importar todas las emociones que se revuelven en mi interior.

«Pero ¿qué me pasa hoy?».

—Ya, bueno, todavía no has visto su enchufe. —Sonrío—. Así que no te vengas arriba.

—Ay, ¿por qué siempre tienes que aguarme la fiesta? Soy vieja, pero no estoy muerta. —El color de hoy es un azul poderoso y vibrante. Mientras habla, se frota las largas uñas cobalto con un ritmo que me recuerda a esa maldita melodía de la que no he conseguido librarme. La verdad, sería un buen ritmo para la canción —. Además, si Sly Sylvester me estuviera cortejando a mí, te aseguro que yo sé de sobra lo que haría.

—Y yo te aseguro que iría detrás de ti si creyera que tiene una oportunidad. —Sonrío, aunque no me apetezca.

—Sigo estando estupenda. —Menea la melena corta de hoy, de color zafiro, antes de añadir—: No dejes que lo que pueda llegar a pasar te robe la alegría del presente, cielo. Solo porque la gente venga a pedirte explicaciones, no quiere decir que les debas nada. Lo que los demás piensen de ti es...

Hace un gesto elegante con la mano para apartar las hipotéticas críticas.

—Mi carrera depende de lo que la gente piense de mí. —Me paso la mano por el pelo con frustración, pues llegados a este punto me da igual destrozar el trabajo perfectamente imperfecto de Mandy—. Es muy fácil decir que no voy a darle ningún poder sobre mí. Pero ya dije lo mismo sobre los dos últimos.

El dolor me embarga, amenaza con arrastrarme hasta el fondo mientras los recuerdos de Jarrod aparecen de manera fugaz en mi cabeza.

Nuestras risas cuando me hace girar debajo de una bola de discoteca. Meditando cuando me coge la mano muy temprano en la playa. Llorando cuando se cae de rodillas al suelo ante mí y me suplica que me quede.

Las lágrimas me afloran a los ojos y empiezan a temblarme las rodillas, pero las mantengo firmes mientras parpadeo para deshacerme del dolor, del arrepentimiento. Entonces vuelvo a empujar los recuerdos hacia abajo, los meto a la fuerza en esa parte diminuta y visceral de mi alma que me paso casi todos los días fingiendo que no existe.

«Dios mío, estoy harta».

—Lo siento, Pauline. No puedo arriesgarme y punto —contesto con firmeza—. No pienso arriesgarme. No tengo ningún plan de

volver a salir con nadie, por lo menos en un futuro próximo. Y, si con el tiempo decido que quiero una relación, te puedo asegurar que no será con una persona casi tan famosa como yo.

Sin importar lo bien que me haga sentir.

Pauline levanta las manos en un gesto de derrota.

—Lo único que digo es que la vida es como uno de esos libros de «escoge tu propia aventura». Si dejas que otra persona decida por ti, jamás quedarás satisfecha.

—Casi todas las decisiones que surgen en mi vida las toma otra persona.

Todo, desde la ropa que me pongo hasta la comida que como en el catering, viene dictado por alguien de mi equipo.

—Descubre qué quieres, Sloane. Y después ve a por ello. Lo creas o no, te lo has ganado.

—Quiero paz —indico, decidida a no dar el brazo a torcer—. Es lo único que siempre he querido.

Pauline echa hacia atrás la cabeza y se ríe.

—Mi vida, no sé si me estás mintiendo a mí o a ti misma; lo que sí sé es que nadie se mete en esta industria buscando paz. De ser así, se dedicarían a otra cosa.

Antes de que pueda replicarle lo mucho que se equivoca, el coordinador de mi gira abre la puerta. Jace me mira de arriba abajo como si buscara algún signo de dolencia. Como no encuentra ninguno (me aseguro de mantenerlos bajo llave y a buen recaudo), no se corta un pelo y dice:

—¿Bis?

—*Blue, Wanting* y *So Nice to Greet You*.

Me decido por las canciones que hablan de tristeza, anhelo y alegrarse de ver a alguien. Me gusta cambiar el bis cada pocos días.

Bianca, que ha seguido a Jace al camerino, enarca una ceja.

—Una elección interesante, desde luego.

—¡No empieces! —exclamo con mordacidad, y, enseguida, me siento como el culo—. Perdona. Es solo que las tengo planeadas desde hace días.

Cosa que podría ser cierta... o no.

—Tranquila. —Su sonrisa es comprensiva, aunque revela un poco de preocupación—. Quería recordarte que la reportera de *Vanity Fair* está aquí esta noche. Junto a un par de ejecutivos del estudio que han venido en avión esta tarde.

—Qué puta maravilla.

Esbozo mi sonrisa más amplia y falsa al tiempo que cojo de la nevera una de las botellas de agua reutilizables que Jace ha rellenado para mí. No le confía mi agua a nadie más, ni mis decantadores llenos de «bourbon».

Jace se lo toma como su señal para marcharse.

—Voy a avisar a la banda —anuncia mientras retrocede—. Deberíamos estar listos en quince minutos.

En cuanto la puerta se cierra a su espalda, me giro hacia Bianca.

—¿Alguna novedad?

Se encoge de hombros.

—Se encargan los de redes sociales. Yo estoy respondiendo llamadas de todo el mundo, incluidas las de la agente de Sly. Bryan ha empezado a esparcir el rumor de que lo vuestro no va a pasar, pero...

—Pero ¿qué? —Se me revuelve el estómago.

Esboza una mueca.

—Que a tus fans les encanta la historia, están emocionadísimos.

No pregunto por los admiradores de Sly. Estoy segura de que quieren arrastrarme por todo un campo de fútbol. O tres.

Pauline se levanta y estira las largas piernas.

—Voy a irme a mi palco a verte actuar. Hace mucho que no disfruto de un concierto desde la zona del público.

Al pasar junto a Bianca, entrelaza un brazo con el suyo.

—Venga, cariño. Puedes sentarte conmigo.

Parece que mi representante quiere protestar, sé que tiene más que contarme, pero Pauline no da el brazo a torcer. Y, contra ella, ni siquiera Bianca tiene una oportunidad.

—Hablaremos después del concierto, Sloane —grita por encima del hombro—. Que vaya bien.

—Le va a ir genial —le asegura Pauline mientras agita su boa azul eléctrico—. Ahora vamos a pedirnos suficientes copas para olvidar el desastre de día que hemos tenido, ¿te parece?

Las veo alejarse antes de dejarme caer en el sofá más cercano. Pero tengo demasiada energía y nervios ahora mismo para quedarme sentada, así que termino por volver a recorrer la estancia de un lado a otro mientras espero que me den la advertencia de los cinco minutos.

En la vuelta número diecisiete, llaman de nuevo a la puerta. «No hay descanso para los malvados».

Esta vez entra Bryan, cargando con un jarrón enorme que debe de contener por lo menos trescientas flores: calas moradas y mitad peonías rosas.

—¿Las pongo con las demás? —pregunta, deliberadamente inexpresivo. Aunque no se molesta en esconder su satisfacción cuando añade—: He dejado la tarjeta.

—Puedes ponerlas donde sea. —Indico con un gesto despreocupado de la mano.

Sin embargo, en cuanto las deja en el tocador junto con una caja blanca de pastelería, me dirijo a toda prisa a verlas. Cojo la tarjeta antes de poder detenerme e ignoro el temblor de mi mano al abrirla.

Esta vez nada de juegos, solo la verdad. Las peonías añaden un poquito de magia extra, igual que tú.

La tarjeta no va firmada, pero no hace falta.

No quiero que me guste este gesto. No quiero emocionarme por Sly ni por sus regalos. Pero lo estoy, incluso antes de posar la mirada en la cajita de pastelería que Bryan ha traído con las flores.

Como estamos hablando de Sly y su atención al detalle (junto a la información privilegiada de su abuela) es increíble, consigo no quedarme del todo de piedra al encontrarme con media docena de mis *éclairs* gigantes favoritos esperándome.

Me da un vuelco el corazón y, antes de poder convencerme de lo contrario, busco el móvil.

Yo:
Gracias

Me planteo dejarlo ahí, pero no puedo evitar añadir un poco más, solo para no sonar grosera o desagradecida.

Yo:
Las flores son preciosas y huelen
de maravilla, igual que los *éclairs*

Sly:
Genial. ¿Y cómo saben?

Yo:
¿Las flores?

Sly:
Pues claro

Como tengo un demonio chiquitín apoyado en el hombro, me hago un selfi mordiendo uno de los pasteles. Incluso sabiendo que

no debo hacerlo, que es una mala idea, lo mando.

Sly:
Qué buena pinta

Yo:
Está buenísimo

Sly:
No estaba hablando del *éclair*

Mi estómago da volteretas. Hay un millón de razones por las que debería dejarlo aquí.

Le he dado las gracias. Él ha respondido.

Debo estar en el escenario dentro de unos pocos minutos.

La música de mi cabeza tiene que parar, y esta conexión extraña que siento por él NECESITA terminar.

Dejo el móvil en el tocador y me levanto. Incluso doy unos cuantos pasos hacia la puerta antes de girarme y volver a cogerlo de golpe mientras el consejo de Pauline se repite una y otra vez en mi cabeza.

Escribo dos palabras y le doy a enviar antes de poder detenerme.

Yo:
Yo tampoco

Y entonces hago lo único que se me ocurre para evitar entrar en pánico. Lanzo el teléfono dentro de un cajón y salgo corriendo.

16

Sloane

Es una noche de domingo en Las Vegas. La mayoría de las personas que hay aquí son de otro lugar y buscan pasárselo de miedo antes de volver a casa por la mañana, una energía que siempre es buena tener en el público. Además, el Sphere es un recinto alucinante, uno para el que nos hemos pasado meses diseñando gráficos interactivos. De hecho, es el más pequeño de la gira, por eso hemos reservado casi una semana entera de conciertos aquí, para que haya cierta intimidad en el espectáculo, algo que apenas consigo experimentar hoy en día.

Todo esto ha convertido esta semana en un gran éxito para nosotros, y esta noche (la última) no debería ser una excepción. Por lo menos eso es lo que me digo mientras me abrochan el arnés. Solo que, cuando me lo repito una y otra vez en la cabeza, sé que estoy mintiendo.

Si lo de Sly está corriendo como la pólvora, tal y como Bianca y Bryan han explicado, sería un puto milagro que el frenesí no se contagie a este concierto.

Y no soy la única que lo sabe. Hay una razón por la que Bianca y Pauline han decidido sentarse con el público en lugar de entre bambalinas esta noche. La misma razón por la que Daisy, la técnica del escenario que me ancla al arnés y suele estar más feliz y contenta que nadie, hoy parece de todo menos eso.

—Tú puedes —me dice. Sus ojos, que por norma brillan, están completamente serios cuando se centran en los míos—. Pase lo que pase ahí fuera, sea lo que sea lo que te tengan preparado... Tú puedes. ¿Me oyes?

El hecho de que me esté advirtiendo a mí, la Viuda Negra, con tal efusividad me revela todo lo que necesito saber sobre lo que está pasando en internet. El nudo de mi estómago se enreda aún más mientras me coloco los auriculares, y los nervios que me invaden al principio de cada espectáculo se vuelven eléctricos, de la peor manera posible.

«Piensa en la música, Sloane. Eso es lo que importa. El resto solo es purpurina y gasolina».

El último gráfico de antes del concierto termina y la muchedumbre pasa de cantar a gritar con tal rapidez que me deja aturdida durante un segundo.

Daisy también se sobresalta, pero su sonrisa decidida se queda fija en su sitio.

—Ve a darles un espectáculo inolvidable —declara.

Cuando asiento (porque qué cojones voy a hacer, si no), avisa a los de sonido de que estamos listas. Me pongo en posición detrás del telón de fondo mientras comprueban rápidamente que pueda oír todo lo que necesito por encima de los vítores revolucionados. En cuanto lo tienen, bajan las luces y empiezo a subir.

«Todo va a salir bien», me aseguro mientras respiro hondo e intento encontrar mi centro. Después otra vez y otra más, porque nada dice «zen» más que una turba cubierta de lentejuelas y un arnés que podría servir de torniquete.

«Superbién».

Se abre el telón y yo giro, giro y giro hacia abajo y sonrío para pasar la agonía hasta que mis pies por fin llegan al suelo y suenan

las primeras notas de la canción que abre el espectáculo.

—Hola, Las Vegas —empiezo con voz seductora mientras el foco me encuentra—. Tengo una pregunta para vosotros... ¿Os sentís con suerte esta noche?

Es el primer momento del concierto, y el último en el que siento que tengo algún tipo de control sobre lo que está pasando. Porque, en cuanto formulo la pregunta, el público empieza a gritar el nombre de Sly.

Una y otra y otra vez.

Durante la primera canción. Y la segunda.

Y la tercera.

Más que un concierto, parece una revolución con ritmo. Como si yo fuera la última voz de la razón en una sala en llamas y nadie me escuchara.

De vez en cuando, el público cesa en sus cánticos para cantar la letra de las canciones, pero, en cuanto empiezo a pensar que todo va bien, que vuelven a estar conmigo, se ponen a gritar y a agitar las pancartas de nuevo, la mayoría de las cuales tiene que ver con Sly.

Me lanzo a interpretar *Any Other Day*, «cualquier día de estos», una canción que escribí sobre dos personas que se encuentran en una relación inesperada en un momento inesperado, y al instante sé que estoy en un buen lío.

La multitud pasa de gritar el nombre de Sly a corear «¡Sloaney!» al unísono a todo pulmón. Porque, por lo menos para mis fans, parece ser que he pasado de ser la Viuda Negra a un juego de niños en lo que tarda en salir un anuncio en una pantalla gigante.

Juro por Dios que, si alguna vez conozco a Marquis, le voy a dar una patada en los huevos al muy capullo.

Esta situación es exasperante. Es más, resulta aterradora. Me he esforzado muchísimo para ganarme mi lugar como Viuda Negra y no voy a permitir que desaparezca solo porque el mundo ha decidido que les intereso más como la novia de alguien. Yo valgo más que eso, y voy a luchar por esa paz mental que he conseguido hacer mía.

Apenas sobreviví a Slayden y a Jarroane. No tengo fuerzas para volver a hacerlo, es imposible. Desde luego, a la tercera no va la vencida.

Seguramente debería haberme pensado mejor lo de esta canción, seguramente debería haberla eliminado por completo. Pero la mitad de mi repertorio se compone de canciones de amor (algunas malditas, otras no), ¿cómo iba a saber que esta era la que los incitaría?

Any Other Day no está basada en hechos reales, y tampoco es una canción nueva. Eso sí, no lo dirías por la forma en la que reacciona el público. Desde el instante en el que la banda toca los primeros acordes, se vuelven locos. Y ya es decir, porque han estado dándolo todo desde el momento que he salido esta noche. Pero ¿esto? Esto es pasarse de la raya.

Están gritando, dando pisotones, saltando y haciendo tanto ruido que hace temblar el recinto antes de que pueda cantar ni una sola palabra.

Me detengo unos segundos y hago una señal a la banda para que dejen que los fans se desfoguen un poco. Pero eso solo consigue que la anticipación los altere aún más.

En estos momentos, todo el recinto se tambalea. Me acuerdo de los artículos que he leído, los que dicen que los estadios y los recintos para conciertos se construyen para que hagan estas cosas. Me recuerdo que todo va bien y que nadie va a salir herido.

Aun así, me pongo nerviosa.

Una mirada a mi espalda me revela que la banda también está en tensión. Sus caras reflejan una combinación de mi propia sorpresa, sobrecogimiento y preocupación.

Bajo la vista al foso, justo delante de mí, en busca de Jace. Como el Sphere no tiene la típica zona de detrás del escenario, ha empezado el concierto ahí abajo. Pero ya no está, seguramente intente conducir a los de seguridad a alguna parte.

Justo cuando decido que estoy sola en esto, me llega su voz por el auricular.

—Cuanto más tiempo les des para que se calmen, más locos se van a volver. Tú tira para que podamos seguir adelante.

Asiento para que sepa que lo he oído, entonces hago lo único que puedo: me lanzo a cantar la letra y espero que todo vaya bien.

Cuando llego al estribillo, la gente empieza a lanzarme regalos. Los anillos de arañas de plástico me llegan de todos los lados, junto a flores, paquetes de gominolas, varios animales de peluche (arañas, por supuesto), pulseras de la amistad y todo tipo de *merchandising* de Halloween.

Normalmente, hay un par de canciones en mis conciertos en las que la gente tira cosas: hemos desistido de pedirles que paren y, en cambio, hemos creado una coreografía que me mantiene alejada de la parte delantera del escenario durante el aluvión. No obstante, *Any Other Day* no es una de esas canciones, así que estoy justo en el borde del escenario cuando la gente empieza a lanzarme cosas. Lo que es peor, han añadido un montón de objetos nuevos y más voluminosos al repertorio.

Pelotas de fútbol americano (la mayoría pequeñas y blanditas, pero algunas más grandes y duras) vuelan hacia mí, junto a camisetas deportivas azules y blancas con el número siete y un

montón de cosas más que supongo que serán productos de promoción de los Twisters de Austin.

Empiezo a retroceder, pero, para entonces, ya es demasiado tarde. La parte del escenario que tengo a mi espalda está repleta de obstáculos. Una pelota me golpea en el brazo con la fuerza suficiente para dejarme un moratón, y casi me tropiezo con una camiseta al intentar escapar, todo eso mientras canto a pleno pulmón.

Los guardias de seguridad apostados alrededor del escenario tratan de detener el bombardeo, pero, por cada proyectil que consiguen parar, otros cinco o seis logran eludirlos. En el Sphere, el escenario está justo en el centro del recinto, lo cual quiere decir que a mí y a la banda nos llueven las cosas desde casi todas las direcciones. No hay donde refugiarse, porque estamos en la parte más baja del recinto, con asientos rodeándonos por tres lados. Nuestra única salida sería abandonar el escenario todos juntos.

—Podemos ponerle punto final ahora mismo —ruge Jace en mi oído—. Bajo las luces y te saco del escenario.

Niego con la cabeza. Ni de coña la historia con la que se va a quedar la gente esta noche va a ser que he salido huyendo de esto. Yo no huyo de nada.

Necesito tener la situación bajo control. Todavía nos quedan una hora y cuarenta y cinco minutos por delante y, como esta histeria siga desenfrenada, alguien (o muchas personas) podría salir herido.

Una araña gigante y peludita me golpea en plena cara y una pelota con la sonrisa de Sly me da en un lado de la cabeza. No han transcurrido ni doce horas, y ya se está convirtiendo en la imagen de mi ruina.

Y no, esto no es culpa suya. Pero no importa, porque es lo que intentaba demostrarle. La razón por la que nunca funcionaría entre

nosotros.

Porque estar con él significa evaporarme. Ahogarme en su fama hasta que la mía se apague por completo.

Ya he hecho eso antes.

Una vez fue una tragedia.

La segunda fue una aniquilación.

No va a haber una tercera.

Levanto la vista a los palcos de la zona VIP. Mis ojos se encuentran con la mirada preocupada de Pauline y, aunque ya sé lo que tengo que hacer, verla me ayuda a encontrar las palabras para hacerlo.

Asiento, para asegurarle que puedo con esto. No me lo pienso dos veces mientras hago una seña a la banda para que detengan la música.

17

Sloane

Respiro hondo y exhalo poco a poco mientras examino a la multitud. Es curioso lo similares que resultan su amor y su odio. Sí, es cierto, cuando me odian lanzan otras cosas y me abuchean en lugar de corear, pero, desde aquí arriba, todo parece lo mismo.

Quizá por eso siento que se me va a salir el corazón del pecho y tengo el cuerpo entero en modo supervivencia: debo luchar o salir corriendo. Como salir corriendo es imposible, hago lo único que me queda: me adelanto todo lo que puedo para evitar el ataque a mi banda y que se centre en mí, pues los fans continúan lanzando regalos al escenario. Después, respiro hondo de nuevo y arrastro las palabras al micrófono.

—Vaya, vaya...

Me aseguro de que mi voz muestre tanta diversión como amenaza. Es una marca registrada de la Viuda Negra, una que me pasé meses perfeccionando antes de volver por fin a presentarme ante los medios y a dar conciertos en directo un año después de la muerte de Jarrod. Me ha salvado más de una vez a lo largo de los años, y de verdad espero que esta ocasión sea una más.

—¿Todos estos regalos son para mí?

El público ruge con más intensidad y, si cabe, la velocidad a la que lanzan cosas al escenario se incrementa. Joder, deben de estar pasando baratijas de la parte de atrás a la de delante.

Que les jodan a Sly y a su amigo, y a la mierda toda esta maldita situación.

Algo me golpea en la mejilla, y bajo la mirada para ver que no se trata de una pelota de fútbol ni de una araña. Es una muñeca que se parece mucho a mí..., solo que tiene el corazón atravesado por un cuchillo.

¿Ves? Amor y odio. La línea es muy fina.

Carraspeo e ignoro el dolor abrasador de mi mejilla mientras continúo.

—Muchas gracias a todos. —Esta vez no tengo que impostar el filo sádico de mi voz mientras los gritos y los cánticos empiezan a acallarse para poder oírme—. Aunque me parece que me habéis confundido con otra persona.

Me agacho y cojo con la punta del dedo índice y el pulgar una de las camisetas con el número siete. Después la extiendo para que el público la vea.

—Es a Sly a quien le gusta correr en zigzag. A mí me va más eso de morder.

Para demostrarlo, abro la boca solo un poco y paso la punta de la lengua sobre un afilado incisivo.

Cuando todos los guardias de seguridad que no estaban ya posicionados delante del escenario vienen corriendo hacia mí, entrecierro los ojos y observo de un lado del público al otro.

—Bueno, si alguno de vosotros quiere ofrecerse voluntario, no tengo ningún problema en hacer una demostración. Si no, ¿por qué no me dejáis que vuelva a lo mío y me ponga a cantar? Así todos podremos tomarnos un momento para imaginarnos qué pasará luego, cuando le dé un buen mordisco a Sly.

Abro mucho los ojos y frunzo los labios, me coloco un dedo en una comisura de la boca en un gesto que dice «ups, pero ¿he dicho

yo eso?», cosa que saca una enorme carcajada al público.

—Os prometo que os contaré si está rico —comento mientras cruzo el escenario para coger la guitarra acústica que suele tocar Jennie más adelante—. Aunque seguramente todos sabemos ya la respuesta.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta Bobbi, el batería. Tiene los ojos abiertos de par en par por la preocupación.

No tengo tiempo para explicarme, así que me limito a decir:

—Confía en mí.

—¿Estás segura? —Jennie, la guitarrista principal, interviene con aspecto perplejo.

—No os preocupéis.

Le dedico lo más parecido a una sonrisa que me sale en este momento; después hago lo mismo con Matt y David, quienes presentan diferentes grados de pánico.

No les culpo, pues no se me conoce precisamente por mi espontaneidad, sobre todo en los conciertos. Pero ya hace rato que he dejado de sentir que tengo la situación bajo control. Ahora me limito a agarrar el volante y a esperar que salgamos ilesos del accidente.

No hemos hecho el cambio de escena que suele marcar el inicio del repertorio acústico, tampoco hemos sacado el piano que suelo tocar, pero este juego se llama improvisación, así que ya veremos adónde nos lleva. La parte positiva es que el público podrá fardar de haber visto algo que nadie más en esta gira ha experimentado.

Lanzo otra mirada tranquilizadora a mi estresada banda y avanzo a grandes zancadas al centro del escenario. Por suerte, Isabella y Rajiv, que se ocupan de las luces, están a tope esta noche. Han detenido la secuencia programada que suele llevarse a cabo durante

el concierto y han colocado cada uno de los focos sobre mí mientras avanzo por el escenario, guitarra en mano.

—Bueno, ¿qué me decís si hacemos un trato? —grito en cuanto me detengo en el centro, delante del todo—. Os calláis para poder oír cómo os canto esta canción y yo prometo que os contaré mi cita con todo detalle.

El público ruge con aprobación, pero se calla enseguida cuando les lanzo una mirada que indica que no están cumpliendo su parte del trato. Para recompensarlos, y para calmar mi corazón, que todavía me martillea como un trueno en el pecho, me deslizo la correa de la guitarra por el hombro y comienzo a tocar *Love You Like You Want Me To*, «quererte como tú quieres», por primera vez en directo en toda mi vida.

Escribí esta canción cuando empezaba a enamorarme del extremadamente volátil y sentimental Jarrod Bowers. Apareció en mi tercer álbum y, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en una favorita entre los fans y estuvo en la cima de todas las listas del mundo. Sin embargo, para cuando llegó la gira, ya no quería saber nada de esta canción y, mucho menos, cantarla en público.

Pero esta noche hay que ceder en algo y, ahora mismo, creo que es esto.

En el recinto, los fans sueltan exclamaciones ahogadas de incredulidad cuando reconocen los acordes del principio. Los últimos gritos se desvanecen cuando todo el mundo se apresura a encender la linterna del móvil y a apuntarla hacia el escenario antes de que empiece a cantar.

El hecho de que sé casi a ciencia cierta que cada uno de esos móviles está grabando solo hace que la tensión en mi interior aumente. Han pasado años desde que me he permitido volver a escuchar esta canción, pero tengo cada palabra, cada nota, grabada

a fuego en mi corazón. Dejo los nervios a un lado y permito que la letra me lleve a hace siete largos años, antes de que todo se torciera y fuera muy pero que muy mal.

Cuando llego al estribillo, mi voz amenaza con temblar, pero sigo adelante y continúo cantando hasta el final. Nada de florituras ni de piruetas vocales, solo mi voz y la guitarra llenando lo que parece el mundo entero mientras canto el estribillo una vez más.

Quiero quererte como tú quieres, abrazarte como me pides,
besarte como si nunca nos fuéramos a separar.
Quiero echarte de menos como me advertiste que haría,
encontrarte como dijiste que podría y escribir
todas tus virtudes en mi corazón.

Cuando por fin termino, dejo escapar un largo y lento suspiro. Sobre todo, porque la cara que he visto mientras cantaba no era la de Jarrod. Era la de Sly. Pero, esta noche, estoy demasiado ocupada sustituyendo el trauma por el triunfo para preocuparme por algo que encaja tan a la perfección.

Ayuda que esta vez, cuando el público enloquece, parece menos febril, como si por fin hubiéramos salido de la zona de peligro. Acepto sus vítores antes de continuar con otra canción popular de la que no suelo hacer versiones acústicas.

Cuando termino con esa, estoy confiada, siento que las cosas han vuelto a la normalidad y me giro hacia la banda para que vuelvan a tocar. Respiro con calma por primera vez en lo que parecen siglos.

Para evitar que las cosas vuelvan a sumirse en el caos, descarto los cambios de vestuario durante el resto del concierto. En cambio, me quedo ahí plantada en medio del escenario y canto a viva voz durante la siguiente hora y media.

El público canta conmigo todas las canciones, sus voces casi tan fuertes como la mía.

Terminamos con un redoble de tambores y una nota que mantengo durante lo que parece una eternidad. Voy directa al bis antes de que la banda y yo hagamos una última reverencia.

Estallan más gritos, y los cánticos de «Sloaney, Sloaney, Sloaney» vuelven a llenar el recinto. Saludo al público mientras la plataforma que me lleva bajo el escenario empieza a descender. Entonces, y solo entonces, me permito relajarme.

Pauline, Bianca, Jace, Olivia y Bryan, mi familia, están esperando para recibirme.

—Has estado brillante, joder —me dice Jace, y los demás se hacen eco de sus sentimientos.

Pero no me importa una mierda lo brillante que crean que he estado. No cuando casi se abren las puertas del infierno ahí fuera.

Así que, en lugar de contestarle, clavo la mirada en Bianca y digo:

—Una puta cita.

—Vale. —Asiente.

—Esta vez seremos nosotros los que tengamos el control —afirmo, y el tono frío y tranquilo de mi voz contrasta de lleno con el fiero volumen que he utilizado durante el concierto—. Nosotros ponemos las reglas. Y dile a su agente que si él, o su amigo, o toda la puta línea ofensiva de los Twisters de Austin se atreve a respirar como no toca de ahora en adelante, los aniquilaré a todos y cada uno de ellos.

Me he pasado demasiados años quemándome por hombres. Esta vez, yo seré el fuego.

18

Sly

«Os calláis para poder oír cómo os canto esta canción y yo prometo que os contaré mi cita con todo detalle».

Las palabras de Sloane quedan ahogadas por los gritos en el vídeo que estoy viendo de su concierto de anoche, y lo único que puedo pensar es: ¿cómo es posible que algo tan simple como que me guste una mujer se haya convertido en este puto circo?

Vale, no es simple. Nada relacionado con Sloane Walker es simple.

La he conocido. Me ha gustado. Quería pedirle salir. Y eso podría haber funcionado, si no se hubiera metido de por medio todo lo demás, claro.

Ahora estoy sentado en la maldita sala de entrenamiento, mientras espero para ir a la rueda de prensa de hoy y contemplo cómo Sloane casi sale herida de uno de sus propios conciertos por una de las pelotas que vendemos en los partidos.

Me pone furioso, hace que quiera plantarme delante de ella en el próximo concierto y asegurarme de que nadie le haga daño.

Cabreado, con el corazón dolido y más preocupado de lo que me gustaría admitir, selecciono otro vídeo. Este se titula «Sloane Sujeta la Camiseta de Sly <3 <3 <3».

Ya aprendí la lección sobre lo mucho que grita el público en el concierto de aquí, de Austin, así que tengo el volumen al mínimo. Eso quiere decir que no me distraen los gritos mientras ella se

desliza la camiseta por la cabeza y se contonea por el escenario durante unos segundos. Le queda bien. No solo está sexi, aunque también; destila fuerza. Ferocidad. Como si no tuviera miedo a que la vieran.

A pesar del caos que nos rodea, una calidez florece en mi pecho y las mariposas empiezan a volar en mi estómago. No me importa si es cursi, hay algo en verla con mi camiseta que me hace sentir... que me ha proclamado como suyo. No en plan hombre de las cavernas, bueno, en este caso mujer de las cavernas. Es más como que me ha escogido. Y da igual si ha sido parte de su actuación o no, quiero convertirme en una persona digna de esa elección.

Vivian ha llamado esta mañana para decirme que Sloane ha aceptado tener una cita conmigo. Debería estar emocionado, pero no es una cita de verdad: es un dicho y hecho, solo para que nos vean los paparazzis.

No es exactamente lo que me imaginaba cuando sentí la conexión entre nosotros en el concierto.

Aunque es probable que ella tampoco se esperase que un montón de «nuestros» fans se hiciera con las riendas de su concierto. De modo que, si es así como quiere abordar este problema, le seguiré el juego. Le debo eso... y mucho más.

De todas maneras, no puedo evitar pensar en lo fácil que sería enamorarme de ella.

La forma en la que me toma el pelo. La forma en la que huele las calas, como si intentara encontrar un significado oculto en sus pétalos. La forma en la que me miró en su camerino, como si sintiera la conexión entre nosotros.

Me gusta mucho esta mujer. Más de lo que debería. Y creo que lo nuestro podría ser maravilloso... si el resto del mundo nos dejara en paz.

Pero, a juzgar por el número de vídeos que se han subido solo en las últimas veinticuatro horas, eso no va a pasar en ningún futuro cercano.

Me dispongo a seleccionar otro, en parte porque sigo furioso porque casi haya salido herida y, en parte, porque quiero verla y punto. Desde todos los ángulos. Todo el rato.

No es racional, pero se ha colado en lo más profundo de mí y se ha quedado a vivir en mi cabeza.

Sin embargo, antes de que pueda entrar al vídeo, recibo una notificación de Vivian. Han llegado las condiciones para la cita con Sloane. La lista es tan larga que me la ha mandado por correo electrónico.

Pero ¿qué narices está pasando?

Ya he aceptado salir con ella y actuar delante de los paparazzis. ¿Qué más puede querer?

Aunque sé cuál es la respuesta en cuanto formulo la pregunta. Quiere control. Seguridad. Límites. Y se merece todo eso y mucho más.

Así que cierro el pico. Abro el correo electrónico y lo leo por encima en busca de algo que no esté dispuesto a permitir. Sin embargo, antes de que pueda leer mucho, el tipo de las relaciones públicas del equipo entra. Lleva un traje con una corbata azul, igual que yo. Pero él consigue que no parezca un disfraz.

—¿Estás seguro de que estás listo? —pregunta. No habla del fútbol.

—Nací preparado —contesto.

—¿En serio? —Me lanza una mirada—. Acabas de aceptar salir con una de las estrellas del pop de las que más se habla en el mundo. ¿Qué vas a contar a la prensa cuando te pregunten?

—Había pensado en decantarme por el socorrido «sin comentarios».

Por lo menos, así no le haré más daño.

Se ríe, y se calla en cuanto ve que no es coña.

—Ah, espera. Que vas en serio.

Me encojo de hombros.

—Ya, pues no va a colar —afirma—. ¿Viste el concierto de anoche?

—He visto vídeos.

—Prometió a un estadio lleno de gente que te daría un mordisco. Y que después les contaría qué tal. —El hecho de que lo diga sin expresión alguna en el rostro hace que se me crispen los labios—. Si te crees que cualquier reportero con el que hables a partir de ahora te va a preguntar por otra cosa, es que eres más ingenuo de lo que pensaba.

—Sé que van a preguntar al respecto, pero eso no quiere decir que tenga que contestarles. Puedo mantener las cosas personales en lo personal.

—¿Personal? —La mirada que me lanza es de incredulidad pura—. ¿Después de airear tus asuntos privados en una pantalla gigante?

«Ahí me ha pillado...».

—Incluso aunque consiguieras salirte con la tuya con esa respuesta, la pregunta que va a seguir es: «¿Te molesta que Sloane claramente no muestre el mismo respeto por ti y por vuestra relación?».

—Estaba de coña, Moisés. Solo intentaba mantener al público a raya.

—Exacto. Lo cual quiere decir que, si tú no dices nada, van a asumir que ella lleva la voz cantante y que tú solo eres su perrito faldero.

—¿Y?

Tampoco estaría mintiendo a la gente.

—Pues que, si no controlas la narrativa, lo hará la prensa. Y no te va a gustar cómo lo retuercen todo, señorito «atrapado en la telaraña».

Tiene razón. Odio que tenga razón.

Ya he recibido atención mediática antes. Ha habido fans que se han presentado en mi puerta. Pero ¿Sloane? Ella está en otra liga y yo ni siquiera me sé las normas del juego.

—Entonces ¿qué debería decir? —Parece sorprendido, pero también tan aliviado por la pregunta que no me queda otra que reírme—. ¿De verdad pensabas que te iba a llevar la contraria en esto?

—No serías el primero —admite al tiempo que se deja caer en el banco acolchado junto a mí—. A veces se me olvida lo sensato que eres. Empieza con una broma. Algo autocrítico si sale el tema de la pantalla gigante. Después diles que tienes muchas ganas de la cita. Sé amable, positivo, apreciativo. No quieres que parezca que estás molesto, sobre todo no después de lo que pasó en el concierto.

—No estoy molesto. Estoy... preocupado.

—Muy bien. Pues demuéstralo. La parte del enfado mantenla bien escondida. Esa es la parte de la que me encargo yo.

Bromea. Creo.

—Si va a salir todo bien, ¿por qué estás tan nervioso? —pregunto cuando alarga el brazo para arreglarme la ya centrada corbata.

—Porque estamos hablando de la mismísima Viuda Negra. No tengo ni idea de lo que va a pasar cuando los periodistas vayan a por ti, pero sé que alguien va a querer ir a por ti..., y dudo mucho que se trate de Sloane. De hecho... —Se calla cuando nuestros dos móviles suenan al mismo tiempo—. Eso no puede ser bueno —murmura Moisés mientras saca el suyo.

Yo también saco el mío para ver que Marquis me ha enviado otro vídeo. Este se titula: «Sloane ya está loca por Sly y vamos a analizarlo».

Jamás he abierto nada más deprisa en toda mi vida.

Empieza como el resto: el público chillando y coreando «Sloaney» con tanta fuerza que ahogan la voz de la artista que han pagado a saber cuánto para ver. No obstante, este está grabado desde un ángulo diferente del resto de los que he visto. Quienquiera que esté grabando, claramente se encuentra a la izquierda de Sloane, por lo que vemos a la perfección cómo algo le golpea en la mejilla izquierda.

Me sobresalto. Igual que la mujer que está grabando.

«¡Joder! No pueden hacer eso», exclama. La cámara baja para apuntar al suelo del escenario y a lo que ha golpeado a Sloane.

Me lleva un par de segundos descifrar lo que estoy viendo. Es una muñeca que han vestido para que se parezca a la Viuda Negra, con un cuchillo clavado en el pecho.

Un cuchillo que muestra una vulgar representación del logo de los Twisters dibujado en el mango.

Se me hiela la sangre, y a continuación me hierve para después volverse a quedar fría como un témpano. Apenas oigo el resto del vídeo sobre el rugido que noto en los oídos.

Mientras intento comprender qué es lo que acabo de ver, el vídeo continúa hablando de las expresiones de Sloane y de lo diferentes que son de lo habitual, todo prueba de que «está loca por mí». Pero ya no estoy prestando atención. En lugar de eso, tengo la mirada fija en esa puta muñeca tirada en el escenario mientras me pregunto quién cojones la ha lanzado y por qué han pensado que tenían derecho a hacerlo.

—¿Lo has visto? —espeto.

—Han utilizado un arma con el logo de los Twisters para asesinar a una muñeca de Sloane Walker —dice Moisés, y su tono normalmente bien modulado está empezando a teñirse por el pánico.

—Una amenaza —respondo.

—A ella. Y a nosotros —conviene mientras se levanta sin molestarse en alisarse los pantalones del traje, la primera vez que lo veo en nuestro jefe de relaciones públicas—. Parece que los dos tenemos mucho trabajo por delante.

Se dirige a la puerta, pero se detiene justo antes de salir.

—Por favor, te lo ruego, acuérdate de lo que te he dicho.

Apenas registro la súplica. Estoy demasiado ocupado sacando el móvil.

Puedo soportar muchas cosas. Pero ¿esto? ¿Que la amenacen por mi culpa?

Ya he fracasado al proteger a alguien que me importaba antes. No pienso volver a hacerlo. Y ni de coña pienso hacerlo con Sloane.

Por eso mismo la llamo. No para advertirle, estoy segura de que ella y su equipo de seguridad ya lo tienen todo controlado. Sino para recordarle que no está sola en esto. Aunque no me conteste, se merece saber que hay alguien de su lado.

No por las cámaras.

No por publicidad.

Sino porque me importa. Y no tendría que enfrentarse a esto ella sola.

19

Sloane

Cuando mi teléfono suena por enésima vez, me planteo no contestar. Al menos hasta que veo el nombre de Sly en la pantalla.

El calor me recorre la columna vertebral y, antes de poder pensármelo mejor, contesto y digo:

—¿Puedo preguntar en qué lío nos has metido esta vez?

—De momento en ninguno —contesta con su acento de Texas, lento y arrastrando las palabras, con lo que convierte el calor en un incendio descontrolado entre una sílaba y la siguiente—. Pero ¿tratándose de nosotros? Eso podría cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

—Desde luego, eres impredecible. —Lo que es precisamente la razón número uno por la que no debería haber contestado al teléfono. Nada bueno puede venir de lo impredecible—. ¿Y bien? ¿Qué pasa? ¿Has recibido la propuesta de cita de mi agente?

—Uy, claro que sí —afirma, y esta vez no percibo ningún atisbo de sonrisa en su voz.

La decepción me recorre el estómago, pero la ignoro mientras me acurruco en la esquina del sofá de mi habitación del hotel. Si decide echarse atrás, seguramente sea lo mejor, aunque ahora mismo no lo sienta así.

—¿Qué ocurre? ¿No te gustan las condiciones?

—Lo que no me gusta es que algún capullo amenace con matarte en uno de tus conciertos —ruge.

La decepción se vuelve alarma cuando por fin asimilo sus palabras.

—¿Alguien ha amenazado con matarme? —Abro mis mensajes para ver si me he perdido alguna novedad por parte de Marco o Bryan. Pero no hay señales, cosa que no es nada típica de ellos. Si hubiera algún peligro, ellos serían los primeros en lanzarse de cabeza a lidiar con ello, sobre todo si tenemos en cuenta de que ahora mismo estamos en modo crisis total—. ¿Estás seguro?

Su voz se torna grave y cavernosa.

—Sé que viste la muñeca.

—¿Qué muñeca? —Estoy muy perdida y perpleja, tanto por su furia como por lo que cree que está pasando.

—Esa que iba vestida como tú y tenía un cuchillo de los Twisters clavado en el corazón. —Sigo intentando recordarlo cuando su voz se torna un tanto más aguda por la incredulidad—. ¿No te acuerdas de la muñeca asesinada que alguien te ha lanzado a la cabeza o qué?

—¡Aaaaaah, esa!

Levanto la cabeza de golpe, satisfecha por haberla recordado. Tengo un vago recuerdo de una muñeca con esa descripción que me golpeó en Las Vegas. Estaba demasiado preocupada intentando sacar adelante el concierto infernal como para darle importancia.

—¿Ah, esa? —Su voz casi se entrecorta en la última nota—. Joder, Sloane, actúas como si no fuera para tanto. ¡Es una amenaza muy seria!

—Venga ya. —Me río—. Ni siquiera es la primera muñeca maldita que he recibido en esta gira. Si me disgustara cada vez que ocurre algo así, no tendría vida.

Mi intención es que las palabras lo reconforten, pero su respuesta me indica al instante que he hecho lo contrario.

—¿Esta barbaridad te ha pasado más de una vez?

Ups.

Respiro hondo y vuelvo a intentarlo.

—A ver, lo del logo de los Twisters es nuevo, pero ¿el resto? Pues claro. No soy la mujer más odiada del pop por nada, Sly.

Cuanto antes se dé cuenta de lo que eso conlleva, mejor para ambos.

Pero parece que está decidido a seguir en su propio mundo, porque responde:

—No eres la mujer más odiada del pop, ni de lejos. Tus fans te adoran.

—Bueno, a ver, alabar y quemar en una pira de fuego son dos caras de la misma moneda —rebato—. Y con solo lanzarla al aire puedes cambiarlo todo. Creo que lo sabes mejor que nadie.

—No he visto ese...

—Ya, pues enhorabuena —interrumpo, sin molestarme en esconder mi frustración—. ¿Alguna vez has pensado que igual para las mujeres es diferente? Cuando eres una mujer, alguien siempre se pasa de la raya. Si no es una carta asquerosa o una cruel cuenta en una red social que te hace trizas y te culpa por cualquier gilipollez, es alguien que allana tu piso y se masturba en el cajón de tu ropa interior cuando no estás. Personalmente, prefiero la muñeca.

—¿Qué? —La alarma le pone la voz ronca—: ¿Me estás diciendo que alguien se coló en tu piso y...?

—Mi piso. Mi habitación del hotel. Los capullos son parte del juego.

Aunque parte de mí quiere tirarse al suelo ante los recuerdos, mantengo la voz firme. Si Sly pretende quedarse el tiempo suficiente

para llegar a esa cita en Los Ángeles, necesita saber estas cosas. Y si la realidad de mi vida es demasiado para él, si lo asusta, mejor ahora que en el restaurante, delante de todos los equipos de prensa de Hollywood.

—Ya, pues no debería. No así. —Su frustración es prácticamente tangible—. ¿Cómo cojones consiguen acercarse tanto a ti?

La acusación de su voz me hace que me hierva la sangre. Ni yo ni mi equipo de seguridad nos merecemos todo el puto peso de la culpa que parece dispuesto a echarnos encima. Él acaba de meterse en este desastre, pero no tiene ni puta idea de lo que es vivir como yo lo hago.

—¿Y cómo es que no se acercan a ti? —reprocho, de repente harta de toda esta conversación—. ¿Es porque tu seguridad es buenísima o es porque nadie lo intenta?

Me mentalizo para recibir otra acusación absurda, en cuyo caso, me sentiré más que justificada al mandarlo a la mierda y pedirle que no vuelva. Ya tengo suficientes problemas a los que enfrentarme cada día sin añadir este a la lista.

Solo que... Sly no contraataca. De hecho, durante un buen rato, no dice nada de nada. Es solo cuando empiezo a pensar que me ha colgado cuando suspira.

—No lo sabía.

En realidad, no es una disculpa, pero el arrepentimiento en su voz hace que mi ira se retracte lo suficiente para decidir darle una explicación.

—No estaba cuando ocurrieron las cosas que he mencionado. Las alarmas y las cámaras captan cuando la gente se acerca demasiado a mis casas. Y, en la mayoría de las ocasiones, acaban pillando a los que se atreven a colarse de verdad. A veces incluso los llevan a juicio.

—¿Y con eso te basta? —indaga, y la frustración que mostraba antes se ha visto reemplazada por algo que no llego a reconocer—. Porque a mí no me parece suficiente.

—Tiene que serlo —digo—. Es todo lo que tengo.

—Lo siento —se disculpa con solemnidad—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por eso. Y lo siento si he hecho algo que te haya empeorado las cosas. Es lo último que quería que pasara.

Normalmente haría caso omiso de esas palabras. La gente se disculpa por cualquier chorrada a todas horas, pero eso no quiere decir que vaya en serio. Pero por fin descifro lo que estoy oyendo en su voz: tristeza, acompañada de una dosis de vergüenza y arrepentimiento. Me calma más rápido de lo que podría haberlo hecho cualquier otra cosa.

—No es culpa tuya —acabo declarando. Porque no lo es. Esta ha sido mi vida durante más tiempo del que quiero pensar.

—Parece que es culpa mía.

—Bueno, pues no lo es —le digo con firmeza—. Quizá Marquis y tú habéis sido los que lo han empezado todo esta semana, pero, si no hubiera sido la pantalla gigante, habría sido otra cosa. Siempre es igual.

—¿Cómo puedes vivir así?

—Lleva pasando tanto tiempo que ya apenas me doy cuenta —contesto como si nada, y añado una risa falsa para vendérselo de verdad—. Además, ¿qué alternativa hay?

—No hagas eso —me dice con tal mordacidad que retrocedo en mi asiento.

¿Qué ha pasado con esa dulzura de hace unos instantes?

—¿Que no haga qué?

—No finjas que no es para tanto. Deja de hacer de menos lo que has pasado y lo que sigues sufriendo. No tienes que fingir que no te

hace daño. Y no tienes que esconderte de mí. Con esto, no. Ni con nada —aclara—. Pero, desde luego, con esto no.

Un largo silencio sigue a sus palabras. No porque esté enfadada, sino porque no tengo ni idea de cómo debo responderle. A lo que me está diciendo.

Nadie me ha dicho nada parecido nunca; nadie me ha dicho que no tengo que fingir. Ni siquiera mi madre, quien estaba demasiado ocupada intentando ganar dinero a mi costa después de que mi padre se fuera para preocuparse de cómo me sentía. O de lo que tenía que mantener oculto. El hecho de que Sly lo haya dicho (es más, suena a que lo dice de verdad) hace que algo en mi interior se reblandezca peligrosamente. Y, aunque sé que es una cita por publicidad, aunque sé que yo soy la que ha puesto todas las normas, no puedo evitar desear que pudiera ser más, solo por un momento.

—Esto va a ser un desastre —susurro, tan bajito que estoy segura de que no lo oirá.

Pero debe de tener oídos de murciélago, porque contesta.

—Las cosas que valen la pena siempre lo son.

Hay tal calidez en su voz cuando lo dice que juro que podría envolverme en sus palabras como una manta.

Cosa que no me aterra, qué va.

—Tengo que irme.

—Vale.

Por alguna razón, no consigo colgar.

—Me gusta tu voz.

Él suelta una carcajada.

—A mí me gusta todo de ti.

Y así, sin más, los muros que he construido empiezan a venirse abajo.

—Esto se va a complicar muchísimo.

Siento la necesidad de advertirle una segunda vez, pues un montón de emociones que he mantenido congeladas durante años empiezan a derretirse.

Pero él se limita a reír, un sonido grave, intenso y tan cálido que da pie a una avalancha en mi interior. Y eso antes de que diga:

—Entonces ya lo estamos haciendo bien.

20

Sly

Todavía tengo la última conversación con Sloane en la cabeza cuando cojo el vuelo nocturno hacia California después del entrenamiento del jueves por la noche. Mi equipo no vuela a Los Ángeles hasta mañana y, aunque en teoría podría viajar con ellos y llegar desde el aeropuerto al Willow a la una de la tarde, no pienso dejar lo que podría ser mi única cita con Sloane en manos del destino y el tráfico de la carretera. Sobre todo tratándose de Los Ángeles.

Como llego temprano a la ciudad, me paso el viernes por la mañana corriendo por la playa. Puede que sea un chico texano de pura cepa, pero hay algo en el Pacífico que siempre me ha cautivado. Quizá por eso, cuando pude elegir entre varias universidades y becas, escogí California. Si no llega a llamarme el océano, lo habría hecho el fantástico clima.

Son las diez y media de la mañana y estamos a unos veinte grados. Cuando me marché de Austin, casi a las diez de la noche, todavía pasábamos de los treinta.

Mientras corro, no puedo quitarme nuestra última conversación de la cabeza.

«Esto se va a complicar mucho».

Sé que Sloane lo ha pasado mal con los chicos con los que ha salido, y sé que busca cualquier excusa para no darle una

oportunidad a esto que tenemos entre nosotros. Pero lo que no entiende es que para mí esto es mucho más que un sentimiento.

No son solo fuegos artificiales y mariposas, aunque ha habido bastante de eso, sino reconocimiento. Un reflejo que jamás esperé que fuera a devolverme la mirada.

Ambos hemos sufrido. Ambos tenemos heridas que fingimos que ya no duelen. Y, aunque algo me dice que las suyas son más profundas de lo que jamás podré imaginarme, creo que las máscaras que llevamos puestas son lo que reconocemos el uno en el otro. Porque incluso las piezas rotas brillan cuando la luz las ilumina de la forma adecuada.

No importa lo complicado que sea. No importa lo mucho que me salpiquen todas esas complicaciones. Lo único que me importa es asegurarme de que ella esté bien cuando se asiente la polvareda. Y que sepa que vale la pena luchar por ella.

Porque es cierto. Todas las putas veces.

Después de correr, y con cierto brío en mis pasos, me detengo en una floristería y elijo un ramo mixto de calas y peonías antes de volver al hotel para ducharme. Quiero asegurarme de llegar al Willow antes que Sloane, para que no tenga que atravesar la hueste de paparazzis ella sola.

Me doy una ducha rápida y después me visto con unos vaqueros y una camiseta negra. Tengo que ir a juego con Sloane, claro. De camino a la puerta, cojo el ramo y bajo a la recepción para pillar un Uber con tiempo de sobra.

Y menos mal, porque tardo mucho más de lo esperado en abrirme paso entre los fotógrafos y los fans de Sloane Walker. Al parecer, quedarme en el hotel del equipo ha sido una mala idea por mi parte. Les facilita demasiado encontrarme.

«De todo se aprende».

Ese ha sido siempre mi lema, pero algo me dice que la curva de aprendizaje va a ser bastante más empinada a partir de ahora. Hace poco que me he acostumbrado a ser famoso nivel «estrella del fútbol», pero ser famoso nivel «superestrella» no tiene nada que ver. No es solo que esté en una liga distinta, ni siquiera se considera el mismo deporte.

El hecho de que mi Uber casi tiene un accidente porque la conductora no deja de lanzarme ojeadas furtivas a través del retrovisor lo deja bien claro. Todo esto mientras suena a todo volumen el último disco de Sloane para hacer una inmersión de lleno en la experiencia.

Esta clase de atención no es algo que haya querido nunca o que me haya planteado siquiera. La mayor parte del tiempo, yo intento pasar desapercibido, sobre todo en los descansos entre temporadas, y me gustan las cosas así. Pero quiero estar con Sloane y esto viene incluido en el paquete, así que voy a esforzarme como un cabrón para acostumbrarme. Para volverme un experto y así evitar que ella salga herida, joder.

Cuando por fin llegamos al Willow, el Uber me lleva hasta la puerta delantera. Hay una zona acordonada a la derecha donde la gente con cámaras tiene permitido hacer fotos de los clientes famosos que llegan o se marchan del restaurante. Por lo que tengo entendido, casi todos los días, a cualquier hora, no hay más que cuatro o cinco personas plantadas en la zona designada, pero hoy está a reventar. Y no solo de paparazzis. Hay reporteros de informativos de verdad: cadenas televisivas locales, periódicos y revistas.

Tampoco es que me sorprenda. Pero ¿que hayan tenido que habilitar una zona nueva para los fans detrás de la sección de los medios? Eso sí que no me lo había visto venir. Cientos de

admiradores se apiñan en otra zona vigilada por dos guardias de seguridad. La mayoría van vestidos de negro, por Sloane Walker, pero algunos van del azul de los Twisters.

—Gracias por traerme —le digo a la conductora, y añado una propina muy generosa a la tarifa—. Sé que ha sido un trayecto un tanto loco.

—No pasa nada —asegura abriendo los ojos como platos—. Pero ¿podrías decirle a Sloane que soy muy fan?

—Pues claro. —Cojo las flores y los panecillos dulces de concha de color rosa que ha mandado mi abuela para Sloane, le sonrío a la conductora una vez más y me preparo para lo que sea que me espere mientras salgo del coche.

Los gritos empiezan en cuanto me ven la cara y vienen tanto de los fans como de los paparazzis, sin distinción.

—Mira aquí, Sly.

—Danos una sonrisa.

—¿Cuándo va a venir Sloane?

—¿Puedes acercarte para sacar un primer plano?

—¿Qué hay en la caja?

—¡Levanta las flores para que salgan en la foto!

—¿Sloane y tú ahora sois pareja?

—¿Cuándo ha sido la última vez que has hablado con Sloane?

—¿Otra sonrisa?

Las preguntas y peticiones continúan sin parar. Hago lo que puedo: levanto el ramo, sonrío para las cámaras, saludo a los fans. Una vez hecho, entro a toda prisa para asegurarme de que haya una mesa preparada cuando llegue Sloane.

Por supuesto, debería haberlo sabido. No solo hay una mesa, sino que está exactamente en el centro del comedor. Corrección: del atestado comedor. Cualquier cosa que pase entre las personas

sentadas a esa mesa estará a plena vista de todos, y me refiero a TODOS.

«Curva de aprendizaje», me recuerdo mientras aprieto los dientes y sonrío al *maître* que me acompaña a nuestra mesa. Sé que el objetivo principal de esta cita es que nos vean, pero una cosa es que te vean y otra que te vigilen. Y, sin duda, esto es lo último.

Me siento incómodo de la hostia cuando me siento. Coloco las flores y la caja de dulces cerca del asiento de Sloane antes de pedir una botella de agua con gas para la mesa. Según he leído por internet, a Sloane le encanta el bourbon, pero no tengo ni idea de cuál pedir.

Me vibra el móvil con un mensaje de Sloane.

Sloane:
Llegaré en unos 4 minutos
Sloane:
Ya estás ahí?

Yo:
Sip. En la mesa

Sloane:
Está justo en medio de la sala?

Yo:
Veo que ya has hecho esto antes

Sloane:
Mi equipo pidió algo discreto

Yo:
Pues parece que el mensaje
se ha perdido por el camino

Sloane:
Suele pasar. Voy a posar para los paparazzis y

luego entro. Intenta no hacer nada imprudente durante los próximos cinco minutos

No le contesto, por una parte, porque ya me estoy levantando y poniendo rumbo a la puerta, y por otra, porque no es una promesa que esté dispuesto a hacer.

Sé que tiene mucha más experiencia que yo con estas cosas. Salió con Jarrod Bowers, joder, y ha conseguido llegar a una tregua con todo lo que vino después de su muerte. Pero su fortuna o experiencia no significan que tenga que dejarla sola. A mí no me han puesto las cosas muy difíciles cuando he llegado, y, aun así, siento que he atravesado una puta tormenta. No quiero ni imaginarme lo que le espera a ella.

Esa idea más que ninguna otra es la que hace que vuelva a sacar el móvil, agache la cabeza e idee un plan de última hora por si acaso mientras me abro paso por la multitud. Si no necesitamos este plan, habré perdido unos cientos de pavos. Pero de necesitarlo... será el dinero mejor invertido de mi vida.

Llego a la calle cuando un SUV negro con cristales tintados se detiene justo donde lo ha hecho mi coche y un tiarrón enorme y trajeado sale del asiento del acompañante. Se dirige a abrir la puerta de Sloane, pero me adelanto.

De donde yo vengo, tienes que intervenir cuando importa. Ya va siendo hora de que todo el mundo se dé cuenta de que voy en serio. Y eso incluye a Sloane.

—Ya me ocupo yo —le digo al tipo al tiempo que me deslizo entre él y la puerta. Puede que sea quarterback, pero se me da de perlas interceptar.

Al principio, parece que quiere intervenir, pero retrocede rápido cuando se da cuenta de quién soy. Esboza una sonrisa que solo puedo describir como bobalicona.

Cosa que me permite abrir la puerta del coche y encontrarme con los ojos sorprendidos de Sloane.

—Hola, corazón —saludo con una sonrisa—. Estás preciosa.

21

Sloane

Me lleva un par de segundos asimilar las palabras de Sly. Estoy demasiado cegada por su sonrisa relajada y sus ridículos pómulos, por sus ojos casi negros, su piel de un cálido color marrón claro y una mandíbula que pide un mordisco..., cosa que no sabía que era posible hasta este momento.

No lo he visto en persona desde aquella noche en el concierto, cuando accedí a conocer a su abuela, y, aunque lo he buscado en internet muchas veces, ninguno de mis recuerdos de aquella noche o de las fotos que he visto hace justicia al aspecto que tiene en persona. Y pese a que nuestras llamadas me han hecho pensar en él desde otra perspectiva, nada había conseguido secarme la boca o que el estómago se me llene de mariposas como este momento.

—Tú también estás bastante guapo —le digo cuando por fin encuentro las palabras.

Y es cierto. Lleva unos vaqueros elegantes que le abrazan las piernas fuertes y una sencilla camiseta negra que resalta sus increíbles brazos (y ojos) más de lo que debería ser posible. Con unos bíceps así, no me extraña que pueda lanzar una pelota que recorra casi toda la longitud de un campo de fútbol.

Sly me tiende una mano para ayudarme a salir del coche y yo la acepto con cautela, pues sé que en el momento en que abandone la protección del vehículo, se abrirá la veda. El hecho de que yo misma

haya pedido (o más bien exigido) esta cita como parche no importa. No cuando Bryan se ha pasado las dos últimas horas recordándome cómo vestirme, cómo actuar, cómo respirar. Y, desde luego, no cuando sé que los medios y los paparazzis van a venir con sed de sangre. De mi sangre. Pero, cuanto antes empecemos, antes terminará todo.

Respiro hondo, esbozo el gesto estudiado de desdén con cierto toque de diversión y salgo lentamente del coche. Cuando lo hago, Sly me coloca la mano que tiene libre en la espalda y me hace girar con caballerosidad hasta que casi estoy pegada a él.

Entonces se inclina hacia mí y, con una voz ronca que hace que un escalofrío me recorra la espalda, me murmura algo al oído.

—Siento todo esto. Pero lo tengo controlado.

Durante un instante, casi me permito creerlo.

Cuesta no hacerlo al sentir la calidez que irradia de su mano a mi espalda y al oler su aroma fresco, a sándalo y rayos de sol. Su tacto es increíble, al igual que su aspecto y su olor, por lo que necesito cada ápice de mi fuerza de voluntad para no acurrucarme contra él y dejar que pase lo que tenga que pasar.

Pero entonces los paparazzis empiezan a gritar mi nombre y me ordenan que me dé la vuelta, me exigen que les proporcione la foto por la que han venido y yo deliberadamente pongo recta la columna y hago a un lado los recuerdos. Sin embargo, en el momento que me tenso, la mirada de Sly se endurece.

Sorprendentemente, no me lleva la contraria cuando me aparto.

En lugar de eso, deja caer su mano de mi espalda. Sé que es lo que quiero, lo que he pedido, pero siento su ausencia al instante. Hasta que caigo en la cuenta de que sigue cogiéndome de la mano y que, para tranquilizarme, me está dibujando círculos con el pulgar en el dorso de los dedos.

Muy a mi pesar, me agarro con fuerza mientras me giro hacia la hueste escandalosa de fotógrafos y dejo que hagan su horrible trabajo. Cinco minutos, me digo. Cinco minutos y todo habrá acabado. Hasta la próxima.

—Acércate, Sly. Dale un beso.

—Sonríe, Sloane.

—Sonríe más, Sloane.

—¿Podéis daros un abrazo?

—¿Y unos mimos? ¿Qué os parecen unos mimos?

—¿Dónde están las flores, Sly?

De fondo de las preguntas hay otra capa de ruido: gritos, chillidos y celebraciones que provienen de los fans, en una zona acordonada en la parte más alejada de la calle. Veo a un par de los seguratas de Marco vigilando la fila para asegurarse de que no salgan corriendo y se nos traguen por completo.

Sly no se acerca a mí como le piden los paparazzis, así que yo me pego a él. Le dedico una sonrisita burlona para la cámara e incluso frunzo los labios como si fuera a darle un beso lento y seductor.

Él enarca una ceja al verlo y los fans enloquecen, se ponen a gritar con más fuerza si cabe.

Los paparazzis también se vuelven locos, pero de forma distinta. Las cámaras vibran y chasquean, mientras que los reporteros de entretenimiento toman las riendas, nos lanzan preguntas tan deprisa que ni siquiera las oigo todas, y mucho menos intento ofrecer respuestas.

—Sly, ¿estás nervioso por salir con la famosa Viuda Negra? Se dice que sus mordiscos son venenosos.

—¿Qué tienen los hombres exitosos que encuentras tan atractivo, Sloane?

—¿Por qué te esfuerzas tanto por acabar con ellos? ¿Estás celosa de sus carreras?

—¿Cómo te sientes al ser el siguiente Hayden Jeffries, Sly? ¿O quizá el siguiente Jarrod Bowers?

Las preguntas continúan sin cesar, y el hecho de que no las respondamos solo hace que se vuelvan más mordaces. Por dentro, noto que me encojo, que empiezo a marchitarme cuando las humillantes preguntas me dan de lleno, como flechas con la punta envenenada.

Pensaba que estaba preparada, pensaba que estaba acostumbrada. Pero, al tener a Sly aquí presente mientras intentan arrebatarme un trozo de mí, todo empeora y se vuelve más degradante. Sé que él conoce las historias públicas de lo ocurrido entre Hayden y yo, entre Jarrod y yo. Pero saber que lo sabe y estar aquí plantada con una sonrisa falsa en la cara mientras se enfrenta a la realidad de mis circunstancias es algo muy distinto. Es como si me desnudaran desde dentro, como si todos mis defectos quedaran completamente expuestos para que él y todo el mundo los contemplasen.

Bryan me ha advertido de que pasaría esto y me ha entrenado para ignorarlo. «Son buitres. No quieren la verdad. Quieren cualquier migaja que puedan retorcer, una foto para crear revuelo, un poquito de sangre para saciar a las masas».

Aun así, me resulta imposible ignorarlo cuando me gritan desde todas las direcciones. E incluso más imposible no sentirlo cuando Sly se tensa contra mi cuerpo cada vez más con cada segundo que pasa.

—A Sloane no se la conoce por mantener durante mucho tiempo a un hombre a su lado, Sly. ¿Cómo te sientes al respecto? —grita alguien.

Él empieza a contestar, algo que me temo que solo va a hacer que la situación empeore un millón de veces más, así que le doy un apretón en la mano para llamar su atención y asegurarle que no importa.

Aunque sí que importa.

Él vuelve a centrar su mirada en la mía y sus iris marrones ahora muestran la oscuridad de una tormenta. Su rostro entero se está convirtiendo en un nimbo ante mis propios ojos, y sé que no puedo dejar que se cabree. Las fotos van a contar una historia a todo el planeta, sobre todo unidas a los titulares sensacionalistas que sé que las acompañarán. Titulares que prácticamente se están escribiendo solos cuanto más tiempo se quede ahí parado con aspecto de estar ofendido.

—Vamos dent... —empiezo a decir en voz baja.

Antes de poder terminar, otro reportero grita:

—¿No te da miedo que te vaya a matar a ti también, Sly?

Le aprieto la mano más todavía, desesperada por detener lo que sin lugar a dudas va a convertirse en otra pesadilla publicitaria. Pero esta vez Sly no dice nada. Se limita a dar un paso adelante, como un depredador al acecho. Sigue cogiéndome la mano, pero el resto de su ser está centrado en su presa.

Como lo último que necesita es que el mundo entero, incluidas la NFL y la policía de Los Ángeles, lo vean aporrear a un paparazzi de poca monta, hago lo único que se me ocurre para distraerlo; eso que tengo en mente desde el momento en que me ha abierto la puerta.

Doy un paso adelante para interponerme entre los fotógrafos y Sly antes de ponerme de puntillas e inclinarme hacia él. Me detengo con los labios a un centímetro de los suyos y espero a que decida si quiere salvar la distancia que nos separa.

Y eso hace.

22

Sloane

En el momento en el que mi boca se encuentra con la de Sly, sé que estoy jodida. No solo tiene el poder de destruirme, estoy casi segura de que voy a permitírselo.

No tiene sentido volver al mismo punto después de todo lo que he hecho para sobrevivir estos últimos cinco años.

Pero la verdad es que este momento no es «volver» a nada. Nunca he estado aquí, no así. Ni siquiera con Jarrod, a quien amaba de todo corazón.

Porque, cuando Sly se inclina hacia mí, no hay un antes. Y no hay un después. Solo existe este único y salvaje momento, y el tornado que se desata entre los dos.

Durante un instante, su cuerpo está tenso contra el mío, sus labios tan rígidos y obstinados como los míos también. «¿De verdad acabo de hacerlo?». Pero, en cuanto su boca se empieza a mover contra la mía, todo cambia. Y con todo, me refiero a TODO.

Su rigidez se desvanece como si nunca hubiera estado ahí mientras me envuelve con un brazo y pega una mano a mi cintura para acercarme todo lo que puede al largo, esbelto y musculado calor de su cuerpo.

El contacto me hace perder la cabeza, y cada terminación nerviosa se enciende al mismo tiempo.

Sly es más rápido, mueve la mano libre para acunarme la mandíbula mientras desliza la lengua con suavidad por el borde de mis labios entreabiertos.

Una vocecita en mi cabeza me suplica que pare, que recuerde las cámaras, las consecuencias. Pero ¿el resto de mí? El resto solo sabe sentir.

Lo único que importa es la dureza de sus dedos callosos contra mi mandíbula.

La seguridad de su cuerpo contra el mío. La posesividad de esa mano firme en mi espalda.

Y el placer... Madre mía, el placer. Es increíble, siento que todo encaja.

Al igual que el delicioso, sobrecogedor y envolvente sabor de su boca. A lima, coco y la canela más oscura y exótica.

Sin tomar conscientemente la decisión, deslizo las manos por su pecho para enredarlas en su camiseta y acercarlo más. Mi cuerpo se amolda al suyo, mis curvas descansan sobre sus líneas firmes y musculosas.

Abro la boca solo un poco más para él. Solo para él.

En cuanto lo hago, siento la sonrisa fugaz de Sly contra la mía. Y entonces me da un mordisco en el labio inferior, no tan fuerte para que duela, pero, desde luego, lo bastante fuerte para hacer que un escalofrío me recorra la espalda.

Necesito hacer uso de todo mi autocontrol para no gemir. O suplicar. Pero me queda la lucidez justa para no humillarme completamente delante de toda esta gente. Delante de todas estas cámaras.

Al recordarlas, por fin salgo del estado de aturdimiento en el que me ha sumido Sly y pienso en separarme. Pero la mano que me ha colocado en la espalda es demasiado reconfortante, sus labios

demasiado suaves mientras vuelve a mordisquearme, esta vez en el labio superior, y sigue con el beso, avivando las llamas y la intensidad entre nosotros solo un poquito más.

En ese momento, en ese brevísimo lapso entre el tiempo y el espacio, los fotógrafos y la realidad, me doy cuenta de que quiero más.

Lo quiero todo.

—¡Mantened esa pose! —grita alguien desde la multitud de paparazzis, cosa que nos devuelve a los dos a la tierra.

Sly se tensa como si hubiera recibido un golpe en un lugar nada placentero y susurra «mierda» contra mis labios. Y entonces, de tan mala gana que cada segundo es la agonía de una eternidad no cumplida, se aparta.

Sí que hago un mohín en ese momento, un ruidito de protesta, y se detiene el tiempo justo para acariciarme la mejilla con los dedos y susurrar:

—Yo me encargo, corazón.

Se gira para encararse a la muchedumbre, aunque mantiene mi torso pegado a su costado con un poderoso brazo alrededor de mi cintura. Es como si supiera que, por una vez, no puedo enfrentarme a ellos. Mi cara de póker me ha abandonado, al igual que mi bravuconería y todo ese teatro de «soy la bruja malvada». No puedo más que quedarme ahí parada mientras dejo que Sly me escude.

—Creo que eso contestará la mayoría de vuestras preguntas —declara—. Ahora, si nos disculpáis, vamos a ir dentro porque... de repente estoy famélico.

Lo miro con ojos perplejos, pero en ese momento está demasiado ocupado lanzando una mirada asesina a la camarilla de reporteros anonadados como para darse cuenta. Eso no impide que apriete el

brazo con el que me envuelve y me acaricie la cintura de una forma que hace que la electricidad me recorra todo el cuerpo.

Y entonces los paparazzis, los reporteros y los fans recobran sus voces al unísono. Él me da la vuelta y nos lleva justo por delante de Marco, que parece estar pasándoselo pipa, y franqueamos la puerta del Willow.

23

Sly

Me tiemblan las manos mientras acompaño a Sloane al interior del restaurante. Imagino que es normal, pues me ha plantado un beso que me ha dejado sin apenas aliento.

Por no mencionar la forma en la que me está mirando ahora mismo, con esos enormes ojos castaños llenos de una mezcla entre confusión y deseo. Tanto deseo que me está costando hasta la última gota de autocontrol no mandar a tomar por saco a la prensa, agarrarla y llevármela a mi habitación del hotel.

Pero hacer algo así le perjudicaría a ella mucho más que a mí, así que me trago mis impulsos.

—Vamos a comer, corazón —le digo al tiempo que me aseguro de mantener un brazo alrededor de su cintura mientras la guío por la sala hasta nuestra mesa.

Parece recuperarse en el momento que saco su silla, y he de decir que me impresiona su habilidad para recobrar los sentidos, porque yo sigo tambaleándome, con el cuerpo entero en llamas por esta mujer que ha pasado de ser un capricho a una necesidad en el espacio de un solo beso.

Mientras me siento en la silla de enfrente, analizo su rostro en busca de alguna señal de lo que está sintiendo y, lo que es más importante, pensando. Ya me he dado cuenta de que la cabeza de Sloane es la que manda.

Aunque, si yo hubiera pasado por la mitad de lo que ha sufrido ella, también recelaría.

—No estabas de broma —comenta cuando su mirada se encuentra con la mía, al otro lado de la mesa.

Se ha colocado su habitual sonrisa, esa que tiene más que ver con esconder algo que con diversión verdadera. La he visto usarla una y otra vez en fotos, vídeos, en el escenario y en las entrevistas. Es una pieza más de la armadura que nos impide ver a la mujer que hay tras la máscara de la Viuda Negra.

Entiendo por qué la esboza ahora mismo, pues parece que estemos dentro de una pecera, pero eso no impide que la odie. Que desee que no tuviera que ser así. De todos los vídeos espontáneos y entrevistas que he visto estas dos últimas semanas, puedo contar con los dedos de una mano las veces que he visto la verdadera sonrisa de Sloane. En su mayoría, hace muchos años, antes de Jarrod y algunas incluso antes de Hayden.

La única reciente es la de la foto que se hizo con mi abuela. En esos selfis y los pocos minutos que vinieron antes, tenía una expresión completamente diferente en el rostro. Una que invitaba a mi abuela a pasar en lugar de dejarla fuera con una sonrisa de «prohibida la entrada».

Estoy decidido a volver a ver esa sonrisa relajada y a la verdadera Sloane, aunque tengo clarísimo que no va a ser ni aquí ni ahora.

—¿No estaba de broma sobre qué? —pregunto mientras ella juguetea con el vaso de agua con gas que le sirvo.

—Sobre que cuesta pasarnos por alto en esta mesa.

Me río, porque, incluso con todas las alertas activadas, es una supernova. Su belleza y su carisma son ineludibles, arrastran a todo aquel que esté a su alrededor, lo mandan directo a su campo gravitacional.

—Cuesta mucho pasarte por alto en cualquier lugar, sobre todo cuando vas así vestida.

Baja la vista al vestido negro ajustado, uno de cuyos tirantes le cuelga de forma «casual» por el hombro.

—Y yo que pensaba que estaba siendo sutil.

Sonrío sin quererlo.

—A las pruebas me remito.

—Tú tampoco estás nada mal, ¿sabes?

Me miro la ropa.

—Tu equipo me ha pedido que llevara «vaqueros y una camiseta sin ninguna marca visible», y, aun así..., me siento desarreglado.

Ella resopla.

—Yo creo que vas muy decente.

—¿Es tu forma de decir que estoy guapo? —Me inclino un poco hacia delante, tan embelesado por ella como cualquier otra persona en el planeta.

—Como si necesitaras que te lo dijera...

—¿Qué pasa? ¿Es que un chico no puede tener inseguridades? —pregunto.

—No sé por qué, pero dudo que ese chico seas tú —contesta con los ojos pegados a mis bíceps.

Conque le van los brazos... Bueno saberlo.

Antes de que pueda pensar en qué más decir, hunde la cara en el ramo que le he traído y respira hondo.

—Las flores son preciosas. Gracias.

—De nada. Pero no son ni la mitad de bonitas que tú.

Pone los ojos en blanco.

—No me había dado cuenta de que íbamos a sacar toda la artillería de cursiladas.

—Eh, que yo solo estoy cumpliendo mi parte para mantener las cosas al nivel más superficial posible —contesto—. Pensé que no debíamos ponernos profundos con tanta gente intentando leernos los labios.

—Te olvidas de los dispositivos de escucha.

—¿Los qué? —Echo un vistazo alrededor antes de poder detenerme y, por error, me encuentro con la mirada de varias personas que la apartan de inmediato, pero no lo bastante rápido—. No lo dirás en serio.

Enarca una ceja.

—¿Quieres apostar?

—Por supuesto que no.

—No te escandalices tanto —declara con pereza—. Es el coste de hacer negocios.

—Ya, pero no estamos haciendo negocios —replico.

Frunce los labios con ironía.

—¿Estás seguro de eso?

—La verdad es que sí.

Ahora le toca a ella parecer sorprendida, dejarme entrar aunque sea durante un segundo. Pero enseguida vuelve a erigir los muros que separan sus pensamientos y cualquier parte de ella del mundo entero.

Empiezo a odiar esa expresión que pone, por mucho que también la comprenda. Una pequeña e impaciente parte de mí quiere averiguar cómo escalar cada uno de esos muros, pero la parte que se está esforzando al máximo por comprenderla sabe que al hacerlo solo nos haría daño a ambos.

Tengo que esperar a que me deje entrar.

—¿Te apetece algo que no sea agua? —inquiero—. Igual algo más fuerte.

—Solo bebo agua cuando estoy haciendo ejercicio —responde—. Si no, soy muy de bourbon, a ser posible Four Roses.

Como por arte de magia, aparece un camarero.

—¿Con hielo? —pregunta.

—Sin hielo, por favor —contesta Sloane, con una voz que suena más ronroneada que hace un segundo.

Sin embargo, el camarero ni se inmuta.

—¿Y para el caballero?

—Un té helado, por favor.

—Ahora mismo. —Desaparece tan rápido como ha venido.

—¿De qué narices hablamos ahora? —pregunta, casi con burla—. ¿Del tiempo? ¿De las vistas? ¿De lo grande que la tienes?

Vaya, menuda manera de romper el hielo. La contemplo mientras se envuelve en alambre de espino y me reta a intentar abrirme paso hasta ella. No sé todo por lo que ha pasado, pero sé lo suficiente para comprender por qué no le resulta fácil confiar en nadie. Y por qué dejar que alguien se acerque seguramente le resulte muchísimo más difícil que plantarse delante de los paparazzis.

Así que no la presiono. Aunque sí que me repantingo en la silla y apoyo el brazo detrás de mí, en la pose más relajada que puedo adoptar en medio de este sitio de mierda.

—Estoy casi seguro de que las respuestas a las tres preguntas son evidentes. Pero no tengo ningún problema en hablar de la que más te interese.

Entrecierra los ojos peligrosamente.

—¿Y eso suele funcionarte?

—¿Dejarme llevar? —inquiero.

—Tu actitud de «uy, vaya, es que solo soy un chico de pueblo» —espeta—. Los ojos ingenuos, la postura relajada, la actitud de libro abierto. ¿Suelen conseguirte lo que quieres?

—Supongo que depende de lo que quiera.

—Yo no lo tengo tan claro —anuncia con los ojos clavados en los míos—. Pero eres buen actor, eso he de admitirlo.

Sus preguntas están empezando a irritarme, al igual que el tono que utiliza para hacerlas. Sé que está en modo defensa, sé que está tratando de apartarme después de lo que ha pasado fuera, pero aun así. Puede que ella quiera sentarse aquí y fingir que ese beso ha sido una pantomima para las cámaras, pero yo lo he sentido. Y ella también.

Aun así, como soy muy consciente de las miradas y, según parece, de que nos están «escuchando a escondidas», no le digo nada. Solo porque estemos compitiendo por la voz cantante ahora mismo no quiere decir que esté dispuesto a hacer algo que la incomode.

Como no desarrolla su respuesta, no la presiono. En lugar de eso, la contemplo fijamente mientras espero alguna señal que me indique qué debo hacer ahora. Una vocecilla en lo más profundo de mi mente no deja de intentar convencerme de que la estoy cagando con ella, pero el resto de mi ser no está tan seguro.

Puede que Sloane quiera que el mundo crea que todo le importa una mierda, pero algo me dice que no apreciaría a un hombre al que pueda pisotear. Y, si me equivoco, entonces tengo un problema más gordo de lo que pensaba.

Puedo ser muchas cosas, moldearme de un millón de maneras para que se sienta más cómoda, pero no pienso romperme por nadie.

Así que esperamos, con las miradas clavadas el uno en el otro mientras la tensión se va estirando como si fuera una cuerda floja entre nosotros. Eso no impide que advierta las motitas doradas y ámbar que enmarcan su pupila izquierda. O el pequeño patrón de pecas que danzan de forma mágica por su clavícula.

Sloane coge su agua y da un sorbo largo y lento, todo ello sin apartar la mirada de la mía. Cuando por fin baja el vaso, saca la lengua para atrapar una gota de agua errante y solo puedo pensar en que desearía que fuera mi lengua la que cazara esa gota.

No sé si lo ve en mis ojos, pero de repente rompe el silencio y con ello la competición de miradas accidental.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz en forma de estrella que tienes al lado del ojo?

—Es una historia muy larga.

Y no es una agradable.

Enarca las cejas. Inquisitivas en vez de desafiantes.

—Ni siquiera hemos pedido todavía, así que yo diría que tenemos tiempo.

Ahora me toca a mí coger mi vaso de agua.

—Un tío que llevaba un anillo de la Super Bowl me pegó un puñetazo.

—Vamos, que la historia no es tan larga —bromea, hasta que su mirada vuelve a chocar con la mía—. ¿Fue alguien de tu equipo? ¿O de otro?

—De otro equipo.

Doy un sorbo rápido al agua mientras intento no pensar en las circunstancias que llevaron a esa pelea. Pero la culpa y la ira ya están acumulándose en mi interior, como siempre.

—Bueno, ahora sí que suena a historia digna de ser contada.

—Seguramente lo sea. —Meto la culpa hacia dentro a presión, la empujo a las profundidades—. Pregúntame en otro momento y te prometo que te daré todos los detalles.

No lo disfrutaré, pero se lo contaré.

Durante un instante, me parece que va a protestar, pero entonces es como si recordara dónde estamos, porque se limita a asentir y da

otro sorbo al agua.

—Un bourbon solo para la dama —anuncia el camarero mientras coloca la copa de Sloane con cautela sobre la mesa, justo delante de ella—. Un té helado para el caballero. —El mío lo coloca de sopetón, sin mirar siquiera en mi dirección, cosa que me parece comprensible. Yo tampoco puedo quitar ojo a Sloane—. Les daré unos minutos para que empiecen con las copas y después volveré para comentarles los platos especiales.

—Gracias —le dice ella con una voz ronca que me da escalofríos.

Él asiente y empieza a retroceder. Pero le lleva diez segundos más despegar la mirada de Sloane. Se me escapa una sonrisa. Puede que la conozcan como la Viuda Negra, pero no escasean los hombres dispuestos a ser su festín.

Ella parece no darse cuenta, pero reconozco la expresión que tiene el camarero en la cara.

Es probable que porque yo luzco una similar desde ya hace casi dos semanas.

—Ahora me toca a mí preguntar —anuncio cuando por fin se aleja el camarero.

—Pregúntame lo que quieras. —Juguetea con la copa de bourbon mientras la hace girar lentamente entre las manos—. Que responda o no ya es otra historia.

—¿Qué hacemos aquí?

Por segunda vez en el día, parece anonadada. E, igual que la primera, la expresión desaparece tan rápido como ha llegado.

—Pensé que esto era una cita —contesta, por fin se lleva el bourbon a la boca y da el más diminuto de los sorbos antes de volver a bajar la copa—. Esto es lo que pediste, ¿no?

—Esto es lo que pidió Marquis —replico.

Parece medio entretenida medio ofendida cuando contesta:

—¿Me estás diciendo que tú no quieres estar aquí?

—Quiero estar donde tú estés, Sloane. Incluso si esto no es lo que tenía en mente.

Ella se detiene, con los labios entreabiertos, como si quisiera responder. Pero, antes de que pueda hacerlo, el camarero de las narices vuelve a interrumpirnos.

—¿Puedo comentarles los platos especiales de este mediodía? —pregunta, una vez más dirigiéndose solo a Sloane en una voz que es solo pompa y nada de circunstancia.

Cosa que, a mi parecer, no es más que otra razón para largarnos. Odio los sitios como este, donde el servicio es a menudo tan arrogante como la clientela, o incluso más.

Ella no contesta al instante. En lugar de eso, me observa como si intentara descifrar la respuesta de una pregunta muy complicada.

Yo sé la respuesta que quiero de ella, pero no tengo ni idea de si entiende siquiera lo que le estoy pidiendo. Así que repito la pregunta del camarero, esta vez con mi propia inflexión.

—Tú dirás, Sloane. ¿Quieres oír los platos especiales?

24

Sloane

Sly no alza el tono de voz cuando formula la pregunta. Ni siquiera parece especialmente interesado en mi respuesta. Sin embargo, veo en sus ojos qué quiere que conteste y por qué.

Es solo que no sé si puedo proporcionárselo.

Desde el instante en el que lo he besado, me he sentido descentrada. Sin equilibrio. Como si un movimiento en falso fuera a hacer que volcara y que todos mis secretos se filtraran.

Es lo último que quiero, aquello de lo que llevo protegiéndome todos estos años. Nadie se ha acercado lo más mínimo a traspasar mis murallas, entonces ¿qué tiene Sly que me hace sentir tan amenazada y segura al mismo tiempo?

El camarero, que no ha despegado su mirada de mí desde que nos hemos sentado, espera mi respuesta. Y, mientras contemplo sus ojos ansiosos, ya sé cuál va a ser. Solo tengo que conseguir pronunciar las palabras.

—No, la verdad es que no. —Lanzo una mirada de disculpa al camarero mientras Sly deja escapar un gritito de triunfo.

Lanza un billete de cien dólares a la mesa y, entonces, cierra la mano sobre la mía y tira de mí para que me levante y nos marchemos.

Agarro las flores en el último momento, antes de dejar que Sly nos propulse por el restaurante. Son demasiado bonitas para que acaben

en la basura.

Me arrepiento durante un instante, todavía no estoy preparada para volver a enfrentarme a los paparazzis, pero, antes de que pueda asimilarlo del todo, Sly nos hace girar a la derecha.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto. Estoy sin aliento, cosa inusual, mientras él me conduce al patio trasero.

—Largarnos de aquí —contesta con una sonrisa amplia que me pone el corazón a mil en el mejor y el más terrorífico de los sentidos.

Abro los ojos de par en par cuando me doy cuenta de lo que está hablando. Sonrío, porque es una solución brillante para el problema..., siempre y cuando lo hagamos rápido.

Marco me va a matar, pero, por primera vez en muchísimo tiempo, estoy lista para abandonar la superficie y sumergirme en el mar profundo y azul..., o por lo menos mojar los dedos del pie y ver si me los arrancan de un mordisco antes. Por eso mismo, cuando alcanzamos la valla de cristal que nos llega a la altura de la cintura y rodea el patio, no protesto a pesar de que Sly la cruza de un salto, como si no estuviera ahí. Y después dejo que nos ayude a mí y a mi vestido ajustado a pasar por encima.

En cuanto mis pies aterrizan en el otro lado, empezamos a correr por toda la loma cubierta de hierba que linda con la parte trasera de la propiedad del Willow.

Con solo un par de pasos, me doy cuenta de que mis zapatos no están hechos para esto. Puedo bailar toda la noche en el escenario con tacones de aguja de quince centímetros, pero correr a toda prisa por la hierba húmeda es completamente distinto. Me los quito de un puntapié y me agacho para recogerlos. Pero entonces me doy cuenta de que los medios (y los fans) se han percatado de nuestra huida.

—¡Déjalos! —me ordena Sly cuando advierte que tenemos público. Acto seguido entrelaza los dedos con los míos y corremos tan rápido como podemos hacia el pie de la colina.

Una parte de mí sigue esperando el momento en el que me tropiezo con el vestido y salgo volando hacia el tráfico. Pero Sly me agarra con firmeza y cada vez que parece que voy a tropezar, usa la fuerza bruta para mantenerme erguida. Es alucinante estar con un hombre lo bastante sensible para anticipar lo que va a ocurrir antes de que pase y lo bastante fuerte para asegurarse de que nunca acontezca.

Echo la vista atrás cuando llegamos al aparcamiento que hay bajo la colina y me doy cuenta de que los demás empiezan a pisarnos los talones. Los paparazzis han sacado las cámaras y toman fotos mientras corren. Mis fans hacen lo mismo con sus móviles. No puedo ni imaginarme qué pinta van a tener las fotos en las redes sociales, pero estoy bastante segura de que no va a ser buena.

También estoy casi segura de que Bryan va a reventar de la furia cuando las vea, puesto que nada de esto estaba incluido en su detalladísimo itinerario.

—¡Se están acercando! —le advierto a Sly mientras avanzamos a trompicones por la acera.

—No les prestes atención —contesta al tiempo que se fija en mis pies descalzos—. ¿Necesitas que te lleve en brazos?

—¡No! —Me imagino lo que los fans comentarán al respecto—. Por favor, no. Te juro que estoy bien.

Aunque sí que me levanto la falda por encima de las rodillas para que me resulte más fácil correr.

Entonces salimos como una exhalación del aparcamiento trasero hasta la calle que recorre el lateral del edificio.

—¿En qué dirección vamos? —pregunto; me falta un poco el aliento, porque Sly corre rapidísimo.

No duda ni un instante.

—¡Izquierda!

Yo lo sigo e intento ignorar que los gritos parecen sonar cada vez más cerca. Si nos pillan, nos asaltará una turba. De eso no me cabe duda. Pero voy a dejarme llevar, a confiar en que otra persona que no soy yo, o mi equipo de seguridad, puede mantenerme a salvo.

Todavía no sé mucho más sobre Sly, pero tengo claro que me cuidará. Lo he visto en la forma en la que trata a su abuela, lo oí en la certeza de su voz la noche que me dijo que las cosas más bonitas empiezan siendo complicadas.

Y, más que nada, es el hombre que hay tras esa certeza el que me ha tenido en vela todas las noches de esta semana.

Y es ese hombre en el que estoy depositando toda mi fe ahora mismo.

Si me decepciona, no será la primera vez. Sí, vale, será un lío tremendo, pero Marco y los demás no pueden estar muy lejos de la turba escandalosa. Al final lo solucionaremos.

Pero, si Sly no me decepciona..., la cosa se complicará mucho más de lo que imaginaba.

Llegamos a la esquina de la calle justo cuando los corredores que van en cabeza de nuestra pequeña multitud salen a toda prisa del aparcamiento. Pero deben de haber pedido refuerzos, porque un grupo más pequeño nos cierra el paso desde el otro lado con las cámaras listas para disparar.

—Creo que estamos jodidos —le digo a Sly.

Pero él se limita a sonreírme mientras la puerta del coche de la esquina se desliza hasta abrirse. Un vehículo anodino, de color gris.

Me tiende la mano.

—¿Te llevo a algún sitio?

—¿Cuándo lo has organizado todo? —inquiero mientras le doy la mano y me subo de un salto a la parte trasera.

—¿Qué más da? —contesta él; cierra de un portazo y el vehículo se incorpora al tráfico—. Solo quiero que sepas que no soy la clase de chico que te metería en algo de lo que no te puede sacar.

Entonces, como me las estoy viendo y deseando con el cinturón de seguridad, se inclina hacia mí y me ayuda a abrocharlo antes de ponerse con el suyo.

Siento que algo en mí se desarma un poco.

¿Cómo voy a resistirme a este hombre? Cualquier acto cuestionable que él o Marquis hayan cometido en el pasado está quedando totalmente enterrado bajo todos los aciertos que está teniendo ahora.

Como para enfatizar estos sentimientos desconocidos que se revuelven en mi interior, en la radio suena *Trustfall*, «salto de fe», de Pink. Durante un instante, nada me apetece más que abrir la puerta de un empujón y saltar del coche. ¿Qué más da que caiga directa al tráfico? Que me atropellen tiene que doler menos que lo que quiera en lo que está convirtiéndose esto.

Pero, como ya puedo ver los titulares, me quedo donde estoy mientras atravesamos un semáforo en ámbar tras otro y por fin dejamos atrás a los medios; la canción sigue sonando. No digo nada en unos cuantos minutos, y tampoco Sly.

En vez de eso, mantengo la vista al frente, contemplo al resto de los coches adelantarnos y finjo no darme cuenta de que lo único que mira él soy yo.

No obstante, con cada segundo que pasa, la tensión en mi interior se incrementa. Hasta que por fin empieza a sonar *Flowers*, de Miley Cyrus.

Mientras las primeras frases de la canción llenan el coche, Sly baja la mirada a las flores que no sé cómo sigo sujetando. Y rompo a reír a carcajadas. No puedo evitarlo.

Él también se ríe y, después, nos turnamos para cantar la letra a pleno pulmón. Todo es diversión, hasta que llega a la parte que sigue al estribillo y cambia la fase a «tú» en vez de «yo» y mi corazón está a punto de estallar.

—¿Qué estamos haciendo? —susurro.

—Lo que tú quieras —me contesta entre murmullos también, y sus ojos no se apartan de los míos ni un instante.

—No sé si estoy preparada.

—No pasa nada. —Sonríe—. Puedo esperar.

Y entonces vuelve a ponerse a cantar a pleno pulmón las palabras tal cual las ha escrito Miley. Yo canto con él hasta que la canción termina por fin y empieza a sonar una de las mías.

Parece que nuestro conductor tiene afinidad por las estrellas del pop.

—¿Adónde vamos? —pregunto en un intento de ahogar mi propia voz (y, más importante, la letra que escribí para otro hombre) antes de que Sly se dé cuenta.

Me lanza una mirada que me revela que sabe exactamente lo que me traigo entre manos, pero también que está dispuesto a seguirme la corriente si es eso lo que quiero.

Que sí es lo que quiero, con todas mis ganas.

—¿Deberíamos volver a mi hotel? —casi grito.

—¿Qué clase de hombre te crees que soy? —Finge escandalizarse —. Conseguir que me meta en tu cama te va a costar mucho más que una carrerita huyendo de los paparazzis.

—¿Cómo voy a soportar esta decepción? —Agarro el salvavidas que me ha lanzado y continúo—: Me refiero a que tenemos opciones

muy limitadas, dado que me he dejado los zapatos a más o menos la mitad de la colina que nos has hecho bajar corriendo.

—En manos de un planeador de citas incompetente, eso podría ser un problema —coincide.

—Pero ¿no para ti?

Se limita a sonreír con aire misterioso. Y, aunque lo intento, no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Creo que es la primera sonrisa de verdad que me has dedicado. —La suya se ensancha—. Me gusta.

—Ya, pues no te acostumbres demasiado. —Trato de esbozar una mueca de enfado, pero los traidores de mis labios no quieren cooperar. No dejan de subir las comisuras hacia arriba.

—Te prometo que no lo haré. —Asiente como si de verdad estuviera considerando mis palabras—. Pero, seguramente, deberías dejar de sonreír si no quieres que me dé la impresión de que disfrutas pasando tiempo conmigo.

Me encojo de hombros.

—Lo mismo podría decirte yo.

—Sí, pero es que disfruto de tu compañía y no me importa quién lo sepa.

—¿Por qué?

Por alguna razón que nunca comprenderé, las palabras consiguen escaparse entre mis barreras, entre todos estos años de negarme a que las cosas me importen una mierda. Por supuesto, en el instante que salen, lo único que quiero es volver a encerrarlas. Me hacen sentir vulnerable, y yo nunca soy vulnerable. Me hacen sentir dependiente, cuando se supone que yo no debo depender de nadie.

—No contestes —ordeno negando con la cabeza—. No importa.

—Importa —dice en voz baja—. Y te contestaré cuando estemos a solas.

Lanza una mirada llena de intención a la nuca del conductor, cosa que me hace sentir todavía más tonta que antes. Solo porque el tipo tenga puesta la radio, no quiere decir que no esté escuchando cada palabra que sale de nuestras bocas.

Me he pasado cinco años cerciorándome de que nadie tuviera ningún tipo de munición que usar en mi contra, solo lo que yo les proporcionaba. En un solo día, un solo minuto, he hecho trizas todo ese trabajo.

Mi canción termina por fin y respiro hondo unas cuantas veces. Por lo menos, hasta que reconozco el inicio de la siguiente canción.

Me quedo helada un instante cuando la letra me atraviesa, afilada y profunda, y saca sangre de una herida que creía que ya hacía mucho tiempo que había cicatrizado.

No. Me niego, joder.

—Para el coche.

Quiero gritar las palabras, pero tengo la garganta tan cerrada que apenas salen como un graznido.

—¿Qué pasa? —pregunta Sly con los ojos desorbitados.

Pero lo único que oigo es la voz de Jarrod y esa puta canción.

—¡Para el coche! —repito.

Sly se gira hacia el conductor.

—¿Puedes parar, por favor?

—Hay mucho tráfico. Dadme un minuto —responde el conductor —. ¿Va a vomitar?

Comienza el estribillo, hasta aquí he llegado.

Busco la palanca de la puerta y empiezo a tirar de ella, desesperada por escapar.

Desesperada por hacer que pare.

—¡Oye, oye, oye! —chilla el conductor—. La puerta no va a poder abrirse hasta que pare el coche.

—¡Pues para el puto coche! —ordena Sly.

Segundos después, el conductor pisa el freno a fondo.

En cuanto se detiene, me quito el cinturón a toda prisa y me lanzo sobre la puerta, olvidando las flores. Continúa cerrada, pero yo sigo tirando de la palanca y la empujo con tanta fuerza que, cuando el conductor por fin le quita el seguro, casi me caigo de bruces en pleno tráfico.

Sly me agarra del brazo mientras farfulla palabrotas entre dientes y me sujeta durante varios segundos mientras los coches pasan como una exhalación. En cuanto deja de haber tráfico, sale de un salto y me pega con fuerza a su cuerpo.

A nuestro alrededor, los coches pitan, el tráfico en Los Ángeles es una puta mierda incluso cuando un coche no se para de repente en medio de la calle, pero Sly los ignora a todos. En cambio, me coge en brazos y carga conmigo hasta atravesar dos carriles de conductores furiosos.

—Sé andar —me quejo en cuanto llegamos a la acera. Pero él me lanza una mirada desdeñosa y continúa andando—. No puedes llevarme en brazos para siempre —protesto, y esta vez me revuelvo contra su cuerpo en un intento de que me deje en el suelo.

Sigue sin decir nada.

—¡Joder, Sly! ¿Qué estás...?

Me chista para mandarme callar, una reacción que jamás había recibido por su parte. No soy de callarme por ningún hombre, mucho menos uno que se niega a decirme qué está pasando. Pero hay algo en los ojos de Sly que hace que cierre la boca de inmediato. Tiene mucho menos que ver con mi falta de zapatos que con el deseo de seguir entre sus brazos. Porque, cuando me carga como si fuera una novia recién casada, la mayor parte de mi cuerpo queda pegada a la mayor parte del suyo.

Estaría mintiendo si dijera que no me siento bien con sus brazos fuertes rodeándome. Con la dureza de su pecho contra mi costado. Con esa cara demasiado atractiva tan cerca de la mía. Sobre todo, lo que más me gusta es la sensación de que me abrace con tanto cuidado y tan cerca de su corazón, como si no le supusiera ningún esfuerzo.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me sentí a salvo con un hombre. Y aún más desde que me sentí protegida. Es un sentimiento extraño, maravilloso y peligroso a un tiempo. Demasiado peligroso.

—Sabes que acabarás teniendo que soltarme, ¿no? —pregunto cuando por fin vuelvo a encontrar mi voz—. No puedes cargar conmigo por todo Los Ángeles.

—No tengo planeado cargar contigo por toda la ciudad.

—Bueno, pues entonces deberías...

—¿Puedes confiar en mí? —pregunta. Sus ojos están alterados y buscan los míos mientras sigue caminando—. Dos minutos más, es todo lo que te pido.

Lo dice como si fuera lo más fácil del mundo, cuando está claro que no. Solo he confiado en tres hombres en toda mi vida: mi padre, Hayden y Jarrod. Y cada uno de ellos me ha decepcionado. De la manera más hiriente y espectacular posible.

Llevo sola cinco años, y no porque deba, sino porque así lo he decidido. La vida es mucho más segura cuando no tienes ninguna expectativa de la gente y ellos no esperan nada de ti.

Y me ha ido genial por mi cuenta, gracias. He vivido mi vida. He dado mis conciertos. He conectado con admiradores de todo el mundo. Ha sido suficiente.

Más que suficiente.

Por lo menos hasta que apareció Sly y lo puso todo patas arriba, de tal forma que no tengo ni idea de cómo volver a esa versión de mí misma. O, lo que es peor, si aún quiero hacerlo.

Eso es lo que más miedo me da de todo. Me he esforzado mucho para llegar a un punto en el que estuviera bien. Si una tarde con Sly consigue arrebatarme tantas cosas, ¿qué me va a quedar si me permito caer?

¿Qué debo hacer?

Inconscientemente, emito un sonido de angustia proveniente de lo más profundo de mi garganta. Aprieto los dientes en cuanto se me escapa, pero resulta que es demasiado tarde, porque estoy segura de que Sly lo ha oído.

Me rodea más fuerte con sus brazos, aunque su voz se dulcifica todavía más.

—Ya casi estamos.

Asiento, porque llegados a este punto ya no me fío ni de mi voz. Y, entonces, hago lo más vergonzoso hasta la fecha: entierro la cara en su pecho y dejo que haga lo que le venga en gana mientras aspiro el cálido aroma a whisky y rayos de sol que emana.

—Cuando he dicho que te protegería, hablaba en serio, Sloane —susurra contra mi sien—. Deja que cuide de los dos durante un poquito más.

Como no sé qué más hacer a estas alturas, susurro un «vale» y me relajo contra su pecho.

Es una maravilla dejar que mis músculos doloridos descansen mientras él me lleva en brazos durante un par de manzanas más por una calle transitada y flanqueada por árboles. Justo delante de un puesto de recuerdos para turistas, lleno de gorras de Hollywood, camisetas, llaveros y chanclas.

—No son Louboutin —admite Sly—, pero servirán para salir del paso. ¿De qué color las quieres?

Cinco minutos después, soy la orgullosa propietaria de unas chanclas rosa eléctrico con el mensaje L. A. ES UN PARAÍSO y flores estarcidas por todas partes, además de un gorro de color crema a juego con el de Sly.

No es un disfraz excelente, pero mejor esto que nada.

—Gracias —le digo mientras caminamos por el borde de Griffith Park, cerca del observatorio.

Sly asiente, aunque no dice nada más hasta que llegamos a una zona más profunda y recluida del parque, lejos de ojos curiosos. Solo entonces se da la vuelta y me dice:

—Sé que he dicho que no iba a presionarte. Incluso me he dicho a mí mismo que permitiría que todo fuera tan simple como tú lo necesitaras. Pero no puedes estar a punto de saltar de un coche en marcha y que casi te atropellen y pretender que no pregunte... ¿Qué cojones ha pasado antes?

25

Sly

Sloane parece sorprendida por la pregunta, como si no esperara que me preocupase que hubiera salido de un vehículo en marcha en medio de una calle transitada, cosa que, en mi opinión, es lo mínimo. «¿Con qué clase de robots ha salido esta mujer?».

Casi me desmayo cuando ha empezado a caer hacia el tráfico; su vida me ha pasado por delante de los putos ojos en todas sus versiones: desde la chica extravagante en esa comedia para adolescentes, pasando por la chica ingenua que muere en una peli de miedo, hasta lo que es ahora. Estoy muerto de miedo, preocupado y con un subidón de adrenalina de la hostia, pero cuando contemplo la sorpresa en sus ojos con motas de oro, me esfuerzo al máximo por no demostrarlo.

—Lo siento —se disculpa al cabo de un minuto—. No debería...

—No te estoy pidiendo que te disculpes —digo—. Lo que te pido es una explicación. ¿El conductor ha intentado hacer una foto? ¿Hay algo que te haya incomodado? ¿De repente te ha entrado claustrofobia? ¿Qué ha pasado?

Su sorpresa se convierte en estupor.

—¿De verdad no lo sabes?

—De verdad que no —contesto con la mirada fija en la suya.

Empieza a decir algo, y sé que tiene lo que sea que le haya disgustado en la punta de la lengua. Pero entonces se limita a negar

con la cabeza.

—Da igual. No es nada importante.

Me pasa de largo con la cabeza gacha y los hombros hundidos, y me duele en el alma.

Por eso, le tiro de la muñeca con toda la delicadeza del mundo hasta que vuelve a encararme.

—No da igual, porque casi te haces daño. Dime qué es lo que he pasado por alto y te prometo que no volverá a ocurrir.

—No tienes que protegerme —espeta—. Soy una mujer adulta. Si he saltado de un coche en marcha, no es responsabilidad de nadie más que mía.

—Menuda gilipollez. —Me salen las palabras antes de poder morderme la lengua, con más rabia de la que esperaba.

Abre los ojos de par en par y yo me esfuerzo por respirar. No quiero intimidarla. Solo quiero que esté bien.

—¿Perdona?

En un instante, la niña débil y abandonada ha desaparecido. La Viuda Negra vuelve a alzarse.

Bien. Porque no voy a pelearme con alguien en sus momentos más bajos, y mucho menos si se trata de Sloane.

—Yo soy la razón por la que estabas en ese coche, y necesito saber qué es lo que te ha hecho detonar para saber cómo prevenirlo la próxima vez.

—¿La próxima vez? —Esboza una expresión de furia que acelera las emociones que se arremolinan en mi interior—. Me da a mí que te estás adelantando, Sly. ¿Quién ha dicho que vaya a haber una próxima vez?

Sus palabras me dejan helado, justo lo que ella pretendía. Y vale, quizá sea el último momento que tengamos juntos. Pero eso solo

hace que me empeñe más en saber qué ha pasado. Porque estaba justo ahí, conmigo, hasta que ha dejado de estarlo.

Hasta que se ha tirado de un coche en marcha para escapar.

Entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Y, aunque todo mi interior me grita que abrace a Sloane, que la proteja, que me aferre a ella y me asegure de que sienta que no tiene que hacer algo temerario nunca más, me obligo a retroceder y a darle espacio.

Es una de las cosas más complicadas que he hecho, seguida solo por rendirme cuando Lucía...

Elimino el pensamiento de mi cabeza antes de que pueda formarse del todo. Esto no tiene nada que ver con lo que le pasó a mi hermana. Esto tiene que ver con Sloane.

—Lo siento —susurro.

Parece sorprendida, como si fueran las dos últimas palabras que esperara oír. Cosa que me hace sentir como un capullo por haberme cabreado tanto.

—No tengo derecho a pedirte...

—¡Ha sido la canción! —chilla, y se rodea con los brazos, como si se preparara para un golpe—. No has hecho nada, Sly. Ha sido la puta canción que sonaba en la radio, ¿vale? No puedo oírla. Ni siquiera puedo pensar en ella o...

Se le quiebra la voz. Niega con la cabeza mientras camina hacia atrás con la mirada frenética, como si buscara un sitio en el que esconderse.

—¿La canción? —repito mientras intento recordar qué estaba sonando cuando a Sloane le ha dado el ataque. Pero estaba tan ocupado estando con ella y pensando en la canción que había sonado antes (la suya), que no le presté atención a cualquiera que haya sonado después.

Solo que es evidente que para ella no es una canción cualquiera.

—¿Cuál era? —pregunto mientras doy un paso para acercarme.

Pero ella se aleja todavía más, se vuelve más pequeña aún, y lo odio.

Lleva con esos muros en pie tanto tiempo que creo que ya no sabe cómo dejarlos caer, aunque se esté rompiendo tras ellos. Y, joder, yo los demolería con mis propias manos solo para ayudarla a respirar. Con que solo dijera una palabra...

—No finjas que no lo sabes. —Le tiembla tanto la voz que me asusto. Tal y como el resto de ella.

—No lo sé. Lo juro. —Me devano los sesos para intentar averiguar qué puede haber causado tal reacción. De repente, caigo. No es por la canción. Es por el artista.

El ácido me quema en el estómago al pensarlo.

—¿Era una canción de Jarrod Bowers?

Se ríe, un sonido tan crudo que me cuesta oírlo.

—Era LA canción de Jarrod Bowers.

Mira a su alrededor, al tiovivo que ya no funciona y al observatorio en la distancia. Es decir, adonde sea, a lo que sea, menos a mí.

Y lo odio, casi tanto como odio mi propia ignorancia ahora mismo. A pesar de la profunda admiración de mi abuela por Sloane, hasta hace muy poco no tenía motivos para investigar más allá de lo que me contaba mi abuela. Pero, ahora que las cosas están cambiando, pensaba que, si lo nuestro funcionaba, ella misma me contaría lo que quisiera que supiera sobre su historia.

A ver, conozco lo básico. Estaba saliendo con Hayden Jeffries cuando murió en un accidente de coche, y, unos años después, estaba prometida con Jarrod Bowers cuando se ahogó. Así es como recibió el alias de Viuda Negra, que a mí me pareció cruel incluso entonces, pues sus muertes debieron de dolerle mucho.

—Lo siento. —Es la cosa más prosaica que podría decir, pero de verdad no se me ocurre nada más—. Debiste de quererlo mucho y es una mierda que su música te lo vuelva a recordar todo. Si hay algo que...

—¿Hablas en serio? —inquiere. Ha pasado de abrazarse a sí misma a poner los brazos en jarras mientras me contempla con incredulidad—. ¿De verdad no sabes de qué canción estoy hablando? ¿Ni por qué me duele tantísimo escucharla?

26

Sloane

Sly parece un ciervo al que han cegado con los faros del coche mientras busca una respuesta apropiada a mi pregunta. Está claro que no encuentra una porque se conforma con un simple:

—Lo siento, no lo sé.

Una parte de mí piensa que está mintiendo porque no quiere lidiar con un tema tan complejo en medio de una cita que se ha torcido ya hace media hora. Pero entonces lo miro, lo analizo y me doy cuenta de que está tan perdido como asegura.

¿Cómo es posible? ¿Cómo puede tener veintisiete años y no saber de qué estoy hablando? Estaba en la universidad cuando pasó, por aquel entonces un gran porcentaje de los admiradores de Jarrod, y de los míos, tenían entre dieciocho y veinticinco años. Sé que debe haber vivido y respirado solo para el fútbol americano para llegar hasta aquí, pero cuesta imaginar que estuviera tan absorto en ello que jamás oyera nada de cuando toda mi vida fue pasto de las llamas y se esfumó. Por Dios, si lo sabe prácticamente todo el planeta.

Mientras contemplo el rostro preocupado pero despistado de Sly, no sé si echarme a reír, gritar o llorar ante la injusticia de todo esto. Aquí estaba yo, empezando a pensar que le gustaba de verdad a pesar de mi pasado. Y no por él, como algunos de los pervertidos a los que he conocido a lo largo de los años. Ahora me entero de que

no es por ninguna de las dos razones. Simplemente, no sabe nada del tema.

Ahora me cuadra que le resultara tan sencillo decidir que estaba interesado en mí. No ha visto ni uno de los carteles de peligro que le gritaban que saliera corriendo en la dirección opuesta.

Seguramente debería haber prestado más atención aquella primera noche, cuando me dijo que solo se sabía la letra de unas pocas canciones mías. Al parecer, lo decía en serio, y no solo por las canciones, sino por toda la cultura pop que las rodea. No me entra en la cabeza, pero también me resulta... refrescante.

Durante un instante, me invade una increíble sensación de libertad y el corazón me late a mil por hora.

Soy libre de mi pasado como sirena que atrae a los hombres al peligro. Libre de mi presente como la Viuda Negra, la estrella del pop que mata a los hombres que la aman.

Y, quizá lo más importante, libre de perseguir un futuro con alguien que no tiene ni idea de los días más oscuros de mi pasado.

¿A quién no le tentaría?

Pero la burbuja estalla en cuanto me doy cuenta de que se está formando. Que Sly ignore mi pasado no cambia su existencia, como tampoco cambia quién soy a raíz de haberlo vivido.

—La canción era *No More*, «ya basta» —explico, porque sin duda habrá oído el título aunque desconozca el significado de la letra.

Al fin y al cabo, la canción trepó al número uno de las listas en cuanto salió y se mantuvo ahí durante meses. Incluso le valió un Grammy póstumo a Jarrod, el tercero. Que también estuviera nominada a mejor canción del año no pasó desapercibido en el mundo de la música, y tampoco el hecho de que a mí no se me haya nominado ni una sola vez en los cinco años que han venido después.

—Vale. —Asiente como si no fuera para tanto. ¿Qué cojones...? Parece que sí que estaba todo el día de fiesta por aquel entonces.

—¿Sabes de qué trata? —inquiero.

—Em... ¿Una relación que ha salido mal? —pregunta, y responde —: El cantante pide perdón a la mujer que lo ha dejado.

—La escribió para mí justo antes de morir.

No es solo una confesión. Es una detonación. De esas que dejan cenizas en el aire y amargor en mi lengua.

Espero a que hable, a que conecte los puntos como ha hecho todo el mundo para crear una imagen de mí que me retrata como la villana que la gente quiere que sea. Pero él no dice nada. Me contempla a través de unos ojos que reflejan más emoción de la que yo me he permitido sentir en años.

De nuevo, vuelvo a plantearme no decir nada. Podríamos poner fin a la cita, irnos cada uno por su lado y no volver a pronunciar una palabra al respecto mientras sigamos con vida. Pero Sly no habla de esta cita como si fuera cosa de una vez. Habla como si quisiera estar aquí para ser más, incluso después de que yo haya saltado del puto coche en marcha.

El hecho de que me esté dando cuenta de que yo también quiero más citas, más ocasiones para cantar las canciones de la radio, comprar disfraces ridículos o que me besen como si nada ni nadie en el mundo estuviera mirando, solo hace que esta conversación se complique todavía más.

Porque sé que tengo dos opciones: no decirle nada y tener unas cuantas citas más, siempre alerta por si se revela la verdad, o contárselo y acabar con lo que sea esto antes de que pueda empezar.

Que quiera escoger la primera, a pesar de saber el sufrimiento que va a acarrearme, me revela con más claridad que debo escoger

la última. Es mejor deshacerse de Sly ahora..., antes de que empiece a importarme de verdad.

Incluso mientras lo pienso, mi mente vuela a las malditas calas y las peonías que insiste en mandarme. A la forma en la que siempre me llama *corazón*. Al beso que me ha llegado a lo más hondo y me ha hecho sentir cosas que jamás pensé que podría sentir.

Esa es la verdadera razón por la que debo contárselo. Porque ya está empezando a importarme más de lo que puedo permitirme. Es mejor salir de aquí ahora, con los pocos trocitos de mi corazón y mi reputación que todavía se hallan intactos.

—¿Podemos dar una vuelta? —pregunto tras varios largos segundos.

Aunque sigo esforzándome por redirigir el remolino de pensamientos que envuelve lo que ocurrió hace cinco años, ha pasado mucho tiempo desde que pensé en ello a propósito. Ahora mismo no estoy segura de nada, pero lo que sé es que, como esté quieta mientras hablo del tema, me volveré loca de remate.

—Sí, claro.

El parque Griffith es un lugar maravilloso para una primera cita divertida y sin presiones. No es tan fabuloso para mantener esta conversación. Entre el zoo, el observatorio, las sesiones de fotos de modelos y los niños que juegan en los columpios después de clase, este parque suele ser un tumulto de actividad. Sin embargo, todavía no han acabado las clases y el resto del mundo parece estar ocupado en otra parte. De momento, tenemos este caminito para nosotros solos.

Empezamos a recorrerlo, cruzo los brazos por encima del pecho y me froto la parte superior de los brazos en un intento fallido de mantener a raya la invasión del frío.

Es una tarde preciosa en Los Ángeles, pero eso no parece importarle. El frío proviene de mi interior. Ahora mismo, no hay suficientes rayos de sol en el mundo para quitármelo de encima.

Sly camina a mi lado, su mano descansa con suavidad sobre mis lumbares y fija su intensa mirada en mi cara. Quiero decirle que aparte la vista, que compartir esto con él ya es lo bastante complicado sin mirarlo a los ojos. Pero eso solo me hará sentir más triste de lo que ya me siento, si es que es posible, así que dejo que lo haga mientras busco frenéticamente la forma de empezar esta conversación que no tengo ningún interés en mantener.

—No tenemos que hablar del tema si no quieres —comenta Sly cuando pasan varios minutos y sigo sin haber descubierto cómo comenzar.

—¿Quieres volver a quedar conmigo? —le pregunto sin rodeos—. ¿O me has hecho la cruz después de que me haya vuelto loca antes?

—¿Ha pasado algo en la última media hora que sugiera que te haya hecho la cruz? —replica, y parece ofendido por primera vez en el día.

—Bueno, pues entonces sí que debemos tener esta conversación. Porque, si no la tengo yo contigo, estoy convencida de que la tendrá otra persona.

Seguramente Marquis... Parece la clase de tío que estaría al tanto de todo el drama, real o imaginado.

La ofensa se le borra de los ojos y la reemplaza una cautela que comprendo, pero desearía que no estuviera ahí.

—Vale.

Una vez más, no es la reacción que esperaba, pero ¿cuándo he dejado que eso me pare? Camino un poco más antes de comenzar de verdad. Y, cuando lo hago, me centro en algún punto aleatorio, donde sea menos en su cara.

Esta historia ya es lo bastante dolorosa sin tener que ver su condena cuando la cuente.

—Conocí a Jarrod cuando yo tenía diecinueve años —comienzo—. Los dos salimos en *Saturday Night Live*. Él estaba pluriempleado como presentador y músico invitado, y me llevaron para cantar un dueto con él, porque la mujer con la que había grabado la canción estaba de gira por Europa. —Tengo que esforzarme para no temblar al volver a un tiempo que normalmente guardo bajo llave en una cajita mental—. Era gracioso, encantador y tenía talento. Caí rendida desde nuestro primer encuentro.

Al parecer, enamorarme del tío divertido, encantador y que está buenísimo es algo a lo que tengo tendencia, pues estoy haciendo lo mismo con Sly en este momento, tanto si quiero admitirlo como si no.

—He visto fotos —admite mientras intento asimilar la verdad que acabo de descubrir—. Los dos parecíais muy felices juntos.

—Durante mucho tiempo, lo fuimos. —Respiro hondo y luego dejo escapar el aire poco a poco—. Al principio, nos lo pasábamos genial juntos. Nos pasábamos la noche en vela hablando de los libros que íbamos a leer y los sitios a los que queríamos ir. Componíamos música juntos o veíamos las películas más absurdas a las tres de la mañana porque los dos viajábamos mucho, tanto por trabajo como por placer. Fui a lugares con él que siempre había soñado, pero que jamás había tenido la oportunidad de visitar porque mi madre no podía permitírselo cuando yo era más joven. Para cuando pude pagarlo, ella ya no estaba.

»Quería que viajara con él, y yo quería que él hiciera lo mismo conmigo. Así que, en una industria en la que las parejas que están juntas casi nunca están en el mismo lugar, nosotros apenas nos separábamos..., o no por mucho tiempo.

Sly y yo nos acercamos a una parte complicada del camino, así que él se coloca delante de mí sin tener que pedírselo siquiera. A continuación me da la mano y me guía con firmeza por las raíces expuestas de los árboles y bajamos la rampa rocosa hasta el sendero plano que hay abajo.

Cualquiera diría que esto me haría sentir más cercana a él, pero, no sé cómo, solo consigue que lo note más lejos.

—Y fue maravilloso. Jarrod siempre era el alma de la fiesta. La gente, sobre todo las mujeres, se sentía atraída hacia él cuando estaba cerca. Era encantador, divertido y siempre muy amable con todo aquel que conocía. Daba igual lo cansado que estuviera o la cantidad de tareas que tuviera que llevar a cabo durante el día, si alguien quería hablar con él, Jarrod siempre se paraba y le dedicaba unos minutos. En realidad, era uno de sus mejores rasgos. Y eso que tenía muchas cosas buenas.

Hasta que dejó de tenerlas.

Se me acelera el corazón cuando me permito pensar en Jarrod; mi instinto de supervivencia se activa aunque han pasado cinco años desde la última vez que lo vi. Aunque esos cinco años han estado plagados de momentos en los que he deseado huir... y momentos en los que me ha tocado luchar.

—Cerca de cuando cumplimos dos años juntos, las cosas empezaron a cambiar para los dos. El disco que saqué ese año se vendió de maravilla y las entradas de la gira que lo acompañaba se agotaron en todo el mundo. Entre el *merchandising* y la venta de entradas, se convirtió en una de las giras más rentables del año y superó a casi todo el mundo..., incluso a Jarrod.

»Él se alegró por mí, no era el tipo de persona a la que le importara a quién de los dos le estaba yendo mejor mientras estuviéramos haciendo lo que queríamos hacer. Eso nunca cambió o,

si lo hizo, él nunca lo demostró. Tenía muchos defectos, pero la envidia profesional no era uno de ellos. Amaba su trabajo y le encantaba que yo amara el mío.

Me cuesta pensar en aquella época por muchas razones. No solo porque fuera joven y estuviera enamorada, también porque fue antes de que tuviera miedo escénico. Cuando al escribir no podía seguir el ritmo a la rapidez de mis ideas. Cuando me moría de ganas de salir al escenario todas las noches y compartir la energía del público.

Aun así, me obligo a luchar contra el dolor y los recuerdos hasta llegar a la verdad que se esconde debajo.

—Pero nuestros trabajos empezaron a mantenernos separados durante periodos de tiempo cada vez más largos. Intentamos coordinar nuestras giras para que yo pudiera acompañarlo y él pudiera acompañarme a mí. Aun así, al final resultó ser imposible. Teníamos que estar en demasiados sitios: sesiones de fotos, entrevistas, giras, apariciones en los medios, el estudio de grabación... Nos pasábamos más tiempo separados del que lo hacíamos juntos, aunque vivíamos juntos en su casa de California y la mía de Chicago, ya no era lo mismo.

Un soplo de aire se abre paso entre los árboles que nos rodean. Es cálido y seco, pero hace que se me ponga la piel de gallina y que me baje un escalofrío por la espalda.

—¿Estás bien? —Sly me suelta la mano y yo acuso su ausencia de inmediato. Hasta que tira de mí y me envuelve entre sus brazos para pasarme las manos de arriba abajo por la espalda—. ¿Quieres que nos tomemos un café o un té en alguna parte?

—No me imagino nada peor que estar sentada y rodeada de gente mientras intento contarte esta historia —digo, y agacho la cabeza para evitar su mirada..., y lo que quiera que esté pensando ahora

mismo de mí—. El hecho de que estés aquí mientras lo cuento significa que ya hay dos personas más de las que me gustaría hablando del tema.

—Pues podemos parar. —Me coloca una mano por debajo de la barbilla y me alza la cabeza, de forma que no puedo evitar encontrarme con sus ojos castaños y conmovedores—. Siento que ya has sufrido bastante. Lo último que quiero es hacerte más daño.

Analizo su rostro y trato de decidir si me está diciendo la verdad. Lo único que encuentro en la mirada amable que me dedica es sinceridad. Sinceridad, preocupación y ganas de dejar que sea yo quien le muestre el camino por el campo de minas de mi pasado.

Es esa preocupación lo que me da fuerzas para continuar.

—Prefiero contártelo todo ahora. Te mereces oír la verdad antes que leer una versión en cualquier revista de cotilleos.

Se me revuelve el estómago, mi cuerpo entero se vuelve de hielo con solo pensar en volver a aquel momento. Pero sé que, si no lo hago ahora, jamás se lo contaré. Y ese silencio pudrirá lo que podría llegar a ser esto antes de que tenga la oportunidad de convertirse en algo.

—A eso mismo me refiero, Sloane. No voy a buscarlo en ninguna revista de cotilleos. Pienso esperar hasta que estés preparada...

—A eso mismo me refiero yo —lo interrumpo, porque mi instinto me dice que es ahora o nunca. Prefiero activar todas las minas al mismo tiempo a esperar a que se vayan detonando una a una—. Ahora es cuando estoy lista.

—Vale, adelante. —Se aparta poco a poco—. ¿Quieres seguir caminando?

Lo que de verdad quiero es que me rodee con sus brazos una vez más. Es un sentimiento de lo más incómodo para alguien que se ha pasado años perfeccionando el arte de que no la toquen.

No necesito a Sly, pero sí que lo deseo. No sé si eso lo mejora o lo empeora.

Así que, en lugar de pedirle que vuelva a abrazarme, me limito a asentir y enfilo el sendero que tenemos delante. Apenas he dado dos pasos cuando Sly busca mi mano y entrelaza nuestros dedos.

—Solo porque tengas que hacerlo —interviene— no significa que debas hacerlo sola.

Teniendo en cuenta que es básicamente lo opuesto de lo que he creído durante toda mi carrera profesional, no sé qué decir. Me limito a asentir y a seguir caminando.

Por encima de nosotros, el viento danza entre las ramas, que se balancean, y las hojas cantan. Pero yo ya estoy perdida en el pasado, en esos últimos años aterradores y horrorosos.

—Las relaciones a distancia son complicadas —comenta Sly cuando pasan un par de minutos sin que yo diga nada.

—No fue la distancia lo que se complicó. Fue que Jarrod... no estaba bien. Y, cuando digo que no estaba bien, lo digo en serio. Pero, durante mucho tiempo, yo no tuve ni idea.

—¿No te dijo nada? —pregunta Sly—. ¿O es que no era consciente?

—Ojalá lo supiera. A ver, él siempre traspasaba la línea entre rápido y demasiado rápido, borracho y demasiado borracho. Entre imprudente y muy pero que muy peligroso. Me dijo que así se sentía vivo, como si no estuviera solo en este mundo.

—¿Solo? —repite Sly—. ¿Cómo podía sentirse solo si estaba contigo?

27

Sloane

La pregunta, y la manera en la que la formula, derrite otra capa de hielo en mi interior. Eso es lo que solía preguntarle a Jarrod cuando se descontrolaba demasiado y tenía que intentar volver a encarrilarlo.

—Cuando empezamos a salir, dejó muchos de estos hábitos tan cuestionables. Éramos felices y, durante un tiempo al menos, no parecía necesitar todo aquello. Pero entonces nuestras carreras empezaron a alejarnos cada vez más y él comenzó otra vez con esas gilipolleces.

»Siempre me decía que yo no lo entendía, y tenía razón. Yo solo quería estar con él, pero Jarrod... quería estar con todo el mundo, estar en todas partes y asistir a cualquier evento que tuviera lugar en Los Ángeles. Era uno con el universo, solía decir.

—¿Uno con el universo? —Sly parece escéptico—. ¿Y se puede saber cómo se consigue eso exactamente?

—Pues como es probable que te imagines —contesto—. Con mucho alcohol, mucha meditación, muchos deportes de riesgo y drogas para expandir la mente. Y resulta que también un montón de sexo con personas que no eran yo.

Pone los ojos como platos.

—Joder.

—Es otra forma de llamarlo —le digo. Porque el tono dolido con el que lo ha dicho ni siquiera roza la superficie.

El camino se ensancha y nos concede más espacio, pero yo no aparto mi mano de la de Sly. Me gusta la sensación de sus dedos entrelazados con los míos y cómo pasa el índice con delicadeza a lo largo del mío de una forma que parece conocida y completamente nueva al mismo tiempo.

La caricia sutil y amable me mantiene con los pies en la tierra, aquí y ahora, y le sonrío con gratitud. De momento, la historia ha sido literalmente un paseo, pero eso está a punto de cambiar.

Cuando pasamos por delante de un banco, me planteo sentarme para este trozo, pero así jamás conseguiría sacarlo de dentro. Hay algo en caminar que me permite admitir las cosas, así que sigo adelante, aunque una parte de mí no puede evitar verse arrastrada a un pasado del que llevo huyendo cinco años.

Me gustaría decir que son las chanclas de turista combinadas con los caminos pedregosos lo que me hace sentir tan incómoda, pero sé de sobra la verdad. Además, esos pinchazos de dolor por las piedras que no dejan de colarse entre los pies y las suelas de plástico barato son lo único que me ayuda a mantener la concentración.

—Yo era consciente de la mayoría. No del sexo, evidentemente, de eso me enteré cuando mi representante me comentó un rumor que había podido confirmar. Pero sí que sabía del resto. Lo de la meditación lo apoyaba, o al menos hasta que empezó a experimentar con setas, ayahuasca, estramonio y, más tarde, un montón de sustancias distintas a las que tuvo reacciones horribles. Lo de beber en exceso yo no se lo recomendaba por muchísimas razones, entre ellas el hecho de que había perdido al último hombre al que amé en un accidente de coche causado por la bebida que casi me mata a mí también.

—¿Hayden? —pregunta Sly en voz baja. Su cara no muestra expresión alguna y su voz no tiene su calidez y entonación habituales. No sé si es porque está juzgando a Jarrod o porque me está juzgando a mí.

Sea como sea, la ausencia de su habitual calidez me pone en alerta. Al verlo así ahora, me pregunto si ya he hecho lo que me había propuesto.

Si ya lo he ahuyentado.

La idea me hace daño de una forma que me prometí que nunca volvería a permitir. Una parte de mí quiere dejarlo todo aquí mismo, salir huyendo y olvidar que esto ha pasado, olvidar a Sly.

Pero no soy la clase de persona que sale corriendo, y ya es demasiado tarde para dar la vuelta.

—Sí. Él... —Me callo, porque ahora no es momento de desviarse del tema con esa historia. Vamos desastre por desastre, ese es mi lema—. En fin, que yo sabía que había un problema incluso antes de lo de las otras personas. Hacia el final de la relación, cada vez que volvía a casa se comportaba de forma más extraña.

—¿Extraña en qué sentido?

Ahora hay cautela en los ojos de Sly, y me digo que no pasa nada, que no me está juzgando. Aunque entendería que lo hiciese, porque, después de todos estos años, yo me sigo juzgando a mí misma.

Cada vez que pienso en esa época, me pregunto si había algo más que pudiera haber hecho, algo más que pudiera haber dicho que le hubiera entrado a Jarrod en la sesera. He pasado años yendo al psicólogo, pero sigo odiándome por no haber descifrado jamás cómo ayud...

Me interrumpo antes de llegar a ese punto y repito el mantra que me han dicho un millón de veces en terapia.

«La muerte de Jarrod no es culpa mía. Yo no vine a este mundo para ser su guía».

Y es cierto. Exhalo. Hice todo lo que pude por Jarrod. Las decisiones que tomó fueron cosa suya.

—Pasó de correr riesgos por descuido a ser directamente temerario. Se iba solo a escalar por acantilados sin cuerda. Saltaba de aviones y esperaba demasiado a abrir el paracaídas. Y las drogas... Todo empezó con vacaciones tropicales y «ceremonias sagradas», pero al poco tiempo era consumidor habitual de tantas sustancias que no puedo ni nombrarlas. Afirmaba que lo ayudaban a escribir, pero también lo volvían impredecible y violento.

»Igual estábamos cenando y yo me daba cuenta de que había tomado algo porque empezaba a alucinar. Y esas alucinaciones casi nunca eran del rollo tranquilo y para expandir la mente que él buscaba. Eran espantosas, y más de un viaje terminó conmigo herida.

—¿Te hacía daño? —La cara de Sly sigue inexpresiva, pero ahora percibo una tensión que no puedo pasar por alto—. ¿Cómo?

—Nunca era a propósito. No es que se cabreara y me pegara ni nada por el estilo. Cuando no estaba puesto hasta las cejas, era uno de los hombres más amables que he conocido en mi vida. Por eso me costaba tanto irme, porque casi todas las veces que me hizo daño fue porque pensaba que me estaba protegiendo.

»Una vez creyó que alguien había venido a secuestrarme. Me lanzó al suelo para intentar salvarme y, sin querer, me estampó la cabeza contra la encimera de la cocina. Me desmayé y me desperté sangrando a raudales varios minutos después mientras Jarrod me observaba. No hizo nada para ayudarme.

—¿Que hizo qué? —La inexpresividad de su rostro desaparece, y en su lugar se encuentra una furia ardiente que hace que Sly apriete

la mandíbula y sus ojos se oscurezcan—. Joder, ¿va en serio? ¿Y nadie hizo nada? Qué horror.

Sé que está mal, pero no puedo evitar sentirme reconfortada por su enfado. De todas las emociones de la gente que rodeaba a Jarrod cuando todo esto estaba ocurriendo, ninguna fue enfado..., por lo menos, no por mi situación. Aunque para ser justa con ellos, ni siquiera yo estaba enfadada por aquel entonces. La ira no apareció hasta después y, a esas alturas, ya era demasiado tarde.

—Escribió una canción sobre la experiencia que fue superventas. *Your Love Rains Down on Me*, «tu amor llueve sobre mí».

Me encojo de hombros, porque, por horrible que sea, ya hace tiempo que he aceptado lo que me pasó.

—Después no había manera de razonar con él. La canción estuvo en el número uno durante meses. En su cabeza, fuera lo que fuera lo que estaba haciendo, funcionaba y no quería oír lo contrario. No de mí. Ni de su representante, ni de su agente. Ni de su familia ni de sus amigos. Lo intentamos todo: intervenciones, rehabilitación, terapia... Nada funcionó.

»Tras una de las temporadas que pasó en un centro de rehabilitación, obligado por el sello discográfico, Jarrod lanzó una canción que no fue tan bien como esperaba. Una que escribió sin la ayuda de ningún tipo de droga o alcohol. Su fracaso, y por fracaso me refiero a que llegó al número cinco en lugar de al uno en las listas Billboard, solo sirvió para convencerlo de que esas sustancias y experiencias eran la única manera de acceder realmente a su arte. Cuando intentaba convencerlo de lo contrario, me gritaba que le tenía envidia y que me daba miedo que me superara.

Se me atasca la respiración en la garganta, y Sly me da un apretón en la mano. Esta vez no sugiere que pare, y lo agradezco. No puedo enfrentarme a él y a los recuerdos al mismo tiempo.

—Después de eso, las cosas empeoraron. Intentaba no estar en casa cuando él se colocaba, pero llegó a un punto en el que era imposible. Y eso quería decir que me hacía daño, no siempre, ni siquiera casi siempre. Pero en dos ocasiones tuve que ir a urgencias a que me pusieran puntos y más de una vez tuve que cubrirme los moratones con maquillaje.

—¿Qué...? —empieza Sly, pero lo interrumpo.

—Y sé que debería haberme marchado en el instante en que decidió que las drogas y el arte que lo ayudaban a crear eran más importantes que mi seguridad. Pero es que, cuando estaba sobrio, seguía siendo ese chico increíble del que me había enamorado cuando solo tenía diecinueve años. Eso no lo justifica, ya lo sé. Pero no dejaba de repetirme que al final encontraría la clave para conseguir que dejara las drogas y que todo volviera a la normalidad, si es que existía. Además, yo era la única persona que podía ayudar a regularlo, a que tuviera un cierto equilibrio. Todo el mundo, su familia, sus representantes, yo... Todos teníamos miedo de lo que ocurriría si llegaba a irme.

—¿Y tú qué? —pregunta con la voz grave y ronca—. ¿Nadie se preguntaba qué cojones te pasaría a ti si te quedabas?

—Era un genio, hacía música importante que cambiaba el mundo. Yo solo era una estrella del pop. De los dos, él era sin duda el más importante.

—¿Para quién? —inquiere Sly cuando nuestras miradas se encuentran, y no paso por alto la expresión dolida de sus ojos. Como si su corazón se rompiera por mí. No sé cómo sentirme al respecto, así que me centro en su pregunta.

—Para todos.

—Eso no es cierto —me asegura—. La gente te quiere...

—No. No me ven como una persona. Les encanta compararse conmigo y colocar todo el peso de sus expectativas sobre mis hombros. Da igual lo terribles o estresantes que sean sus vidas, vienen a mi concierto, escuchan buena música, bailan y saben de sobra que no son la peor persona del recinto. Porque, al fin y al cabo, ellos no han matado a dos hombres. Y eso haría que los pecados de una persona corriente parezcan una nimiedad en comparación. Por lo menos, ellos no son la Viuda Negra del pop. Por lo menos, ellos no son yo.

De nuevo, parece que quiere discutírmelo, pero sé que si dejo de hablar ahora jamás terminaré. Se me revuelve el estómago, me duele la cabeza y parece que los cinco años de terapia se van por el desagüe con cada palabra que pronuncio.

—No —le pido mientras le presiono los labios con los dedos—. Me parece bien que él sea la leyenda que murió demasiado pronto. Me conformo con ser la mujer que lo llevó a la tumba.

—¡Nadie debería conformarse con eso!

—Ya, pero yo no soy una persona cualquiera.

Aunque, mientras lo digo, los recuerdos me inundan. Me arrastran hacia abajo, hacia las profundidades, hasta que parece que estoy de nuevo en esa habitación con mi vida haciéndose añicos a mi alrededor y sin escapatoria.

Esta es la parte que he estado temiendo desde que he empezado a contar mi historia. Este es el momento en el que toda mi vida se vino abajo.

—Estás temblando. —Habla casi en un susurro—. Deberíamos meternos en algún sitio.

—Sé que no es lo que tenías planeado para esta cita —declaro—, pero quiero acabar con esto.

—Lo único que tenía planeado para esta cita era conocerte. Y quiero oír lo que tú quieras contarme. Lo único que no quiero es que tengas hipotermia cuando acabes la historia.

Niego con la cabeza.

—No tengo frío. Solo estoy...

—¿Abrumada? —me sugiere—. ¿Exhausta?

—Triste —contesto con un suspiro—. Pero quiero sacarlo todo. A saber si conseguiré armarme de valor para volver a hablar del tema.

—Vale. —Asiente, y se cuadra de hombros como si estuviera preparándose para una larga carrera hasta la zona de anotación. Y puede que así sea. La verdad es que yo siento que llevo siglos intentando abrirme paso hasta el otro lado—. ¿Qué necesitas de mí?

—Ya lo estás haciendo.

Esta vez soy yo la que lo toma de las manos.

Cierro los ojos y, durante un instante, esa noche horrible vuelve a mí con todo lujo de detalles. Siento la brisa proveniente del balcón abierto, oigo la lluvia repiquetear contra las ventanas y saboreo las dulces gotas de lluvia contra su piel.

Creo que siempre lo haré.

Inspiro hondo y contengo la respiración varios segundos antes de soltarla de nuevo. Y entonces se lo cuento a Sly. Todo.

—Hace cinco años, volví a mi casa de Los Ángeles después de un viaje rápido a Chicago, solo para enterarme por mi representante de que Jarrod había dejado embarazada a otra chica. Ni siquiera había tenido las agallas de contármelo él. Recuerdo sentirme furiosa. Cabreadísima, dolida y traicionada. Y violada. Ni siquiera se había preocupado de ponerse un puto condón cuando me ponía los cuernos. Yo... no me lo podía creer. Solo que, en realidad, sí que podía. Había aguantado todo lo que se le había ocurrido, todo lo que había hecho y, aun así, me había engañado. ¿Y para qué? ¿Un polvo

rápido? —Ahora la historia sale de mí sin filtros; las palabras (y las viejas emociones) me sobrevienen a toda velocidad—. Ya sabía lo que me iba a decir incluso antes de llegar a casa. Que no había significado nada. Que solo había seguido el camino que le había marcado su musa. Que yo era la única a la que amaba y que nadie más importaba.

»No obstante, cuando llegué a casa para enfrentarme a él, ya estaba colocado. Se había tomado una dosis altísima de a saber qué, parte de su última búsqueda de la iluminación, y yo estaba harta. De él, de las drogas, de las excusas que todos, incluida yo, nos inventábamos para justificar su actitud, increíblemente egoísta. Eso mismo le dije, pero ni siquiera estaba lo bastante consciente para percatarse de que estaba rompiendo con él. —Me tiembla la voz casi tanto como el resto del cuerpo cuando me acerco al clímax de aquella noche terrorífica—. En lugar de eso, me arrastró con él mientras bailaba por el patio. Estaba muy feliz, porque acababa de escribir el estribillo de «la canción más brillante del universo». Intentó enseñármela, pero llegados a ese punto yo ya no tenía ningún interés en nada que tuviera que ver con él. Solo quería coger mis cosas y largarme.

»Pero él me acorraló en el borde de la piscina para explicarme que la monogamia era una de las limitaciones de nuestra sociedad y que no deberíamos dejar que nada nos limitase. Que podríamos hacer cualquier cosa que quisiéramos, ser cualquier cosa que quisiéramos. Y, en ese momento, lo que él quería más que nada era demostrar que el problema era yo. No él. No las drogas, que le proporcionaban la capacidad de hacer cosas «sobrehumanas». Yo.

»Podría romper todas las reglas y, aun así, ganar, si no fuera porque yo le estaba cortando las alas. —Mi voz amenaza con quebrarse, pero sigo adelante por pura fuerza de voluntad—.

Todavía hoy sigo sin saber si me caí a la piscina tratando de apartarme de él o si me empujó, o si fue una mezcla de las dos cosas.

»Lo único que tengo claro es que ambos estábamos dentro de la piscina y él empezó a alucinar, veía cosas en el agua que no estaban ahí. Quería que yo las viera también y, cuando no pude, me hundió bajo la superficie y me sostuvo allí. Yo no dejaba de intentar salir para tomar aire, pero él volvía a hundirme y me decía que mirara. Me preguntaba si podía verlas. —Me estremezco, mis pulmones se constriñen como lo hicieron aquella noche, cuando se estaban llenando de agua, cuando tuve clarísimo que iba a morir—. Al final, conseguí mantener la cabeza a flote el tiempo suficiente para convencerlo de que me soltara. Lo metí en casa para que no se hiciera daño. Y después llamé a su representante para que fuera a encargarse de él y me marché.

—Siento mucho que pasaras por eso. —La voz de Sly rezuma tantas cosas que me cuesta identificarlas: pena, preocupación, miedo e incluso repugnancia, aunque esta última no parece ir dirigida a mí, cosa que me resulta refrescante después de todos estos años—. Pero me alegro de que estés bien.

A pesar de todas las emociones que lo envuelven, sus ojos no se despegan de los míos. Me dan seguridad. Son cálidos, como el amanecer que se cuela por las grietas de un túnel que parece no acabar nunca.

Pienso en todas las cosas que ocurrieron cuando logré salir del agua: meter a Jarrod en casa a la fuerza porque no iba a dejarlo en la puta piscina para que se matara. Llamar a su representante para que viniera a ocuparse de él porque yo no podía más. Y después salir corriendo sin nada más que la ropa mojada.

Me apoyo en la calidez y la seguridad de Sly para contar la última parte de la historia, mantengo la mirada en la suya para poder pronunciar las últimas palabras.

—Al día siguiente, me llamó unas cien veces, pero me negué a contestar. Luego me envió una grabación de la nueva canción que había escrito para mí.

—¿*No More*? —pregunta Sly con pesimismo.

Asiento. Porque por una vez no hay escenario, no hay purpurina ni focos. Solo la verdad y el hombre que se niega a mirar hacia otro lado.

—No le contesté a los mensajes. Cuatro horas después, su representante fue a darse una ducha. Y Jarrod, puesto hasta las cejas, corrió el riesgo definitivo.

28

Sly

Jarrod Bowers tiene suerte de estar muerto. Porque, de no ser así, yo mismo mataría a ese cabrón egoísta.

Sloane levanta la cabeza para mirarme con esos grandes ojos castaños y espera a que diga algo. Pero no tengo ni puta idea de lo que se supone que debo decirle. No cuando mi cerebro está asediado por una niebla rojo sangre. Y no cuando todos los pensamientos que me vienen ahora a la mente empiezan y acaban con lo que le haría a ese desgraciado si siguiera con vida.

Nunca he sido el típico hombre que arregla las cosas a puñetazos, pero algunas situaciones requieren más que un simple «que te jodan». E intentar ahogar a la mujer de la que estoy casi seguro de que me estoy enamorando es sin duda una de ellas. Y eso por no mencionar todo lo que sufrió Sloane antes de ese momento y el infierno por el que ha pasado desde entonces. Todo porque el cabrón egoísta quería hacer lo que le venía en gana sin tener en cuenta las vidas que estaba destruyendo en el proceso.

«De milagro ya está muerto... Porque, si no, ya sabría lo que es el verdadero infierno».

Si no estuviera muerto ya...

Como no creo que pueda decir lo que estoy pensando sin ofenderla, hago lo único que se me ocurre. Alargo la mano hacia

ella. Pero me detengo igual de rápido, con la mano en el aire, porque ya le han quitado demasiadas cosas sin su consentimiento.

—No pasa nada —me dice, aunque hay un brillo en sus ojos que me dice que pasa de todo—. No tienes que abrazarme. Entendería que solo quisieras irte a tu cas...

—No quiero irme a ninguna parte —aseguro con confianza—. Es solo que no quería volver a tocarte sin tu permiso. Es algo que ya te ha pasado demasiadas veces en la vida.

—Puedes abrazarme. —Poco a poco, baja los brazos con los que se rodea la cintura—. No soy frágil.

No la contradigo, no quiero decirle lo herida que la veo ahora mismo. En lugar de eso, la atraigo hasta mis brazos y la envuelvo con todas mis fuerzas.

—Eso lo tengo claro —afirmo—. Ni siquiera en chanclas.

Es la persona más impresionante que he conocido.

El hecho de que esté conmigo ahora mismo parece un milagro. Sabía que tenía el mote de Viuda Negra, pero poco más. Me mata pensar en lo que ha sufrido y me mata todavía más no haber sabido nada al respecto. Y, al no saberlo, he hecho que todo vuelva a caer sobre ella en un lugar del que no podía escapar: en el coche.

La peor parte es que no puedo retirarlo. Al igual que no puedo quitarle a Sloane la carga y la tragedia de su pasado. Sin importar lo mucho que me gustaría hacerlo.

Hay tanto que quiero hacer por ella y tan poco que puedo hacer sin empeorar las cosas... Así que, ahora mismo, hago lo único que se me ocurre. La abrazo, le acaricio el pelo y susurro que todo va a salir bien mientras me prometo que haré que esas palabras se cumplan.

El hecho de que Sloane me permita abrazarla así me dice más de sus sentimientos por mí de lo que jamás harían sus palabras. No se resiste en absoluto, y eso hace que se me encoja el corazón.

No sé cuánto tiempo nos quedamos bajo la protección de las copas de los árboles, pero el suficiente para que los vientos de Santa Ana hagan susurrar las hojas que nos envuelven.

El tiempo suficiente para que me hunda en su aroma suave a lavanda y vainilla.

Y, desde luego, el tiempo suficiente para darme cuenta de que no quiero soltarla nunca.

—Lo siento —susurra ella contra mi cuerpo, y el hecho de que sienta la necesidad de disculparse me rompe el corazón.

—Estoy casi seguro de que tanto yo como el resto del mundo somos los que deberíamos disculparnos contigo —rebato—, y no al revés.

—Este... —Se separa lo justo para alzar las manos en un gesto con el que abarca todo—. Este desastre no es lo que habíamos acordado cuando te hice firmar todos esos contratos. Se suponía que debíamos calmar a la prensa, no enloquecerla.

—Firmé esos contratos porque pensé que eran lo que necesitabas para sentirte segura después de la artimaña de mierda de Marquis, y firmaría un millón más si fuera necesario. Y sobre la prensa... No me importa lo más mínimo, y nunca me ha importado. Pueden decir lo que les venga en gana sobre mí mientras a ti te dejen en paz.

Ella se ríe, pero no hay ni rastro de diversión en el sonido.

—Ya, así no es como funcionan las cosas...

—¿Se han portado mal contigo? —pregunto—. Bueno, aparte de infestar el restaurante y perseguirnos por la colina. He contratado a una empresa de relaciones públicas para que estén pendientes de cualquier noticia horrible que saliera de ti esta última semana...

—¿Qué has hecho qué? —pregunta, con gesto sorprendido—. ¿Por qué has hecho algo así?

Odio que tenga que preguntarlo, pero, teniendo en cuenta el último tío con el que salió, comprendo por qué no entiende mi actitud, sobre todo cuando se trata de ella. Y, aunque podría contestar a esa pregunta de un millón de formas distintas, me decanto por la más simple.

—Porque yo te metí en este lío. Ni de coña pensaba dejar que te enfrentaras a ello sola.

Durante unos largos segundos, no dice nada. De hecho, se limita a contemplarme con los ojos bien abiertos y llenos de sorpresa. Por fin susurra:

—No van a rendirse.

—Me aseguraré de que lo hagan —digo, y aprieto la mandíbula ante la idea—. A la prensa le interesa tu vida. Lo entiendo. Al igual que estoy empezando a comprender que nuestra relación le interesa todavía más, por lo menos de momento. Si quieren perseguirnos colina abajo, bien. Puedo vivir con ello. Pero no me parece bien que vayan a por ti con cualquier mierda que les haya vendido el representante de Jarrod para conseguir que tanto él como su música sigan siendo relevantes. Eso tiene que parar.

—Volver a desenterrar el tema solo va a empeorar las cosas —asegura—. Cuanto más te resistas a ellos, cuantas más razones les des para seguir yendo a por ti, más empeoran las cosas.

—¿Y es mejor permitir que hagan lo que les venga en gana desde el principio? ¿Que digan lo que les plazca sin importar que sea mentira o que duela? —inquiero, furioso ante la idea de que ella tenga que aguantar esa actitud de mierda.

—Es mejor hacerte a prueba de balas. Dejar que piensen que eres tan mala como ellos quieren que seas —replica—. Y, aun así, triunfar. No importa, siempre y cuando tú sepas la verdad.

Y así, sin más, vuelvo a ver atisbar los muros de Sloane.

—¿Es eso lo que haces? ¿De eso va todo esto? —Agito la mano para abarcar con un gesto los ojos ahumados, el pelo alborotado y la ropa totalmente negra—. ¿Va de cumplir expectativas?

Cuando hago las preguntas, veo cómo vuelven a levantarse los muros.

—Solo estoy siendo yo misma —replica al tiempo que se encoge de hombros.

No tengo muy claro que eso sea verdad. Porque la Sloane a la que estoy conociendo es irónica, encantadora y puede que un poco blandita debajo de toda esa armadura.

La Viuda Negra es muchas cosas, pero dulce y blandita no se encuentran entre ellas.

Aun así, no pienso presionarla al respecto ahora mismo. Parece abatida, y lo último que quiero es empeorar las cosas. Si digo algo al respecto, se reirá y me dirá que puede con cualquier cosa o que el resto de la gente puede irse a tomar por culo. Con todo lo que he aprendido sobre ella, sé que es más que posible. Pero todo ese poder tiene un coste y no pienso ser otra de las personas que le piden que lo pague. Solo porque sea lo bastante fuerte para lidiar con algo no quiere decir que deba hacerlo.

Así que me guardo la gran cantidad de preguntas que tengo para ella y me obligo a decirle en cambio:

—¿Quieres que te lleve de vuelta al hotel?

Es lo último que me apetece ahora mismo, pero tampoco quiero que sienta que debe quedarse aquí después de haber pasado por tantas cosas en un solo día.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta, su mirada vuelve a estar alerta.

—Ya te he dicho lo que quiero —anuncio—. Pasar tanto tiempo contigo como sea posible. Pero entenderé que quieras largarte. Y sé

que esta noche tienes un concierto y no me gustaría perjudicar...

—No estás perjudicando nada —interviene. Y de repente, la Viuda Negra ha regresado con todas sus fuerzas. Tiene la mano en la cadera y los labios fruncidos en esa sonrisa misteriosa y felina que esboza para su público cuando está en el escenario—. Aunque he de decir que haces cosas un tanto extremas para evitar pagarle la comida a una chica.

No estoy seguro de por qué siente la necesidad de recuperar a su personaje público ahora mismo, pero no pienso discutir con ella al respecto. Si es lo que necesita para estar cómoda y seguir con nuestra cita, esta Sloane también me intriga bastante. Podemos aplazar la conversación hasta que sienta que vuelve a tener el control.

Así que, en lugar de continuar escarbando, le dedico una sonrisa que no siento y le digo:

—No intento evitar nada. Te invitaré a comer, a cenar y al postre si me lo permites. Solo tienes que pedirlo.

Me sostiene la mirada un largo instante, uno que parece un punto de inflexión.

—Vayamos a comer. Y ya veremos qué pasa después.

No es un touchdown. No es una victoria por la que merezca bailar. Pero es una brecha. Una oportunidad. Y pienso aprovecharla.

Sus muros siguen en pie, duros de roer. Pero, por primera vez, juro que está mirando por encima del borde para ver si sigo aquí.

29

Sloane

Sly me tiende una mano, y esta vez la acepto sin dudar. No estoy segura de qué nos depara el mañana, joder, ni siquiera estoy segura de lo que nos deparan las próximas horas, pero, después de todo lo que hemos hablado, estoy emocionalmente exhausta.

Estoy lista para divertirme un poco con este hombre, para disfrutarlo durante un tiempo. Y, si tengo que ser la Viuda Negra para sentirme segura al hacerlo, pues que así sea.

Mientras paseamos hacia la parte principal del parque, él me dibuja círculos en el dorso de la mano. Es placentero, calmante, pero de cierta forma también consigue que me recorran pequeños calambres de electricidad. Aparte del beso de antes en el restaurante, es la primera vez que me pasa en mucho tiempo.

Que me haya ocurrido con Sly, quien es un chico de los buenos de verdad, no solo simpático, hace que me dé menos miedo del que me imaginaba que me daría.

—Bueno, ¿qué quieres hacer ahora? —pregunta cuando por fin llegamos a la cima de la colina.

—Ah, no, no te vas a librar tan fácilmente —le chincho con una sonrisa de verdad—. He planeado la primera parte de esta cita. Solo porque lo del Willow haya sido un desastre, no quiere decir que no lo haya hecho. Ahora te toca a ti, aunque te sugiero que no nos lleves a ningún lugar transitado. Cuanta más gente haya alrededor...

—Más posibilidades tenemos de que nos descubran —termina él mientras se tira del gorro para bajarlo un poco más—. Pues, entonces, el parque.

—¿El parque? ¿Quieres quedarte aquí? —pregunto, porque jamás se me habría ocurrido que pasaríamos el rato juntos en el parque. Seguramente, porque Jarrod se habría muerto antes que hacer senderismo por un parque. Su tipo de cita era más bien hacer yoga con aire acondicionado seguido de una comida en el restaurante más caro de la zona. Pero Sly no es Jarrod y, cuanto antes lo recuerde, mejor me irá.

—¿Por qué no? Por alguna razón, esta tarde está muy tranquilo. Si nos andamos con ojo, igual conseguimos pasar toda la cita sin que nos reconozcan. Además, es precioso y los mosquitos nos van a dar tregua un par de horas más —añade—. A mí me parece que salimos ganando.

—No me quejaba —le digo con una sonrisa—. Solo estoy sorprendida.

—Bueno, pues no lo estés. Lo tengo todo controlado. —Me dirige hacia un sendero pavimentado que recorre el exterior del parque—. Hace tiempo que no vengo por aquí, pero tengo unas cuantas ideas.

Resulta que todas esas ideas se hallan abarcadas en una hilera de puestos de comida que hay en el exterior del parque. Sirven de todo, desde tacos y crepes hasta pollo frito coreano y churros de distintos sabores con un montón de helado.

Me giro para mirarlo maravillada.

—¿Cómo sabías que esto estaba aquí?

Se acerca a uno de los camiones y le dedica una sonrisa que podría cortocircuitar la mitad de Hollywood a la señora adusta que trabaja en la ventanilla. Le ilumina la cara entera y resalta sus relucientes ojos marrón chocolate para sacarles el mayor partido. El

hecho de que él ni siquiera sepa que lo está haciendo es todavía más fascinante... y más adorable.

Observo cómo la señora pasa de desconfiada a embobada en el transcurso de uno coma tres segundos, y eso incluso antes de que la salude en español.

Ella contesta de la misma forma mientras Sly apoya un codo en la barra de acero inoxidable, pero, tras lanzarme una mirada, cambia a inglés.

—¿Hay algo en el menú que no nos recomiendes?

—Por supuesto que no. Mi esposo y yo lo cocinamos todo. —Lo analiza, como si intentara decidir su aguante—. Eso sí, el taco de tomatillo es muy picante.

Sly le devuelve el reto.

—¿De qué nivel de picante estamos hablando?

—Muy picante —contesta—. Creo que tú podrás soportarlo, pero ella no lo tengo tan claro. —Me señala con la cabeza.

Sly se parte de risa mientras yo intento decidir si estoy ofendida o no.

—No te preocupes por ella —le asegura a la mujer—. Es más dura de lo que parece.

Me río, pero hay algo en esta conversación que me deja un dolor extraño en el pecho. Quizá sea la confianza relajada en la voz de Sly, la forma en la que asume que soy lo bastante fuerte para lo que quiera que tenemos entre nosotros. Por una vez, casi le creo.

—Tendrá que serlo —espeta la mujer—, para seguirte el ritmo.

—Sí que cuesta seguirle el ritmo —coincido.

Ella me dedica una sonrisa sorprendentemente traviesa.

—Siempre pasa con los buenos.

No sé si me alivia o me pone más alerta que incluso ella sepa reconocer la bondad de Sly con una conversación de apenas un

minuto.

¿Qué está haciendo conmigo, que me he pasado los últimos cinco años asegurándome de que todo el mundo supiera lo mala que soy?

Mis dudas deben de apreciarse en mi cara, porque él me da un apretoncito en la mano antes de volver a hablar.

—Nos llevamos uno de cada de toda la carta. Excepto los tacos de tomatillo, de esos dame dos.

—Eso son... catorce cosas diferentes —declaro con los ojos como platos.

—Hummm, tienes razón. —Me dedica una sonrisa antes de girarse hacia la señora de nuevo—. Mejor ponemos dos tacos de carne asada también. Es casi la hora de cenar, y no quiero que mi chica se quede con hambre.

El corazón se me para durante un segundo, quizá dos. Me digo que debo calmarme, pero no funciona.

Ha dicho que soy «su chica». Sé que debería reírme, rechazarlo, restarle importancia, porque para él no ha significado nada. Pero, en cambio, me quedo congelada. No porque me importe, sino porque me siento bien al imaginarlo. Demasiado bien.

Se me encoge el estómago y un escalofrío me recorre la espalda. Porque sentirme bien es peligroso. Que me sienta bien quiere decir que he bajado demasiado las defensas. Que tengo algo que perder.

Hundo los pies en la gravilla, me obligo a mantener una expresión neutra y el cuerpo relajado, aunque la parte hipervigilante de mi cerebro me está gritando que me retire.

Aun así, Sly se da cuenta. Se detiene a medio camino de sacar una cartera de cuero marrón desgastado y, aunque no dice nada, sus ojos formulan una pregunta mientras espera a ver cuál va a ser mi siguiente movimiento.

Una parte de mí quiere darse la vuelta y salir huyendo, esto está empezando a ser demasiado real. Estoy empezando a anhelarlo demasiado. Pero, si salgo corriendo ahora, sé que Sly no me seguirá. Me dejará marchar si piensa que es lo que quiero.

Cosa que nos lleva a la siguiente pregunta... ¿Qué es lo que quiero?

La respuesta evidente es paz. Pero la no tan sencilla está de pie delante de mí, con una expresión cautelosa en los ojos.

Lo más inteligente sería retractarme, canalizar a la Viuda Negra y poner cierta distancia entre nosotros, de forma literal y figurada.

Pero esa también sería la opción más cobarde, y yo no soy una cobarde. Así que, en lugar de retractarme, doy un paso adelante.

—¿Puedes añadir un Jarritos al pedido?

30

Sly

No me había dado cuenta de la tensión que sentía hasta que las palabras de Sloane me la quitan de golpe y relajo los hombros por primera vez desde que ha saltado de ese puñetero coche.

No son solo sus palabras lo que me hace relajarme. Es la forma en la que se apoya en mí con otra de esas raras sonrisas verdaderas en sus labios.

Es leve y un tanto vacilante, pero está ahí cuando me pide que añadamos una bebida al pedido. Le compraría cien bebidas, mil diamantes, si eso significa que va a seguir mirándome así.

Como estoy seguro de que ofrecerle cualquiera de esas cosas haría que saliera corriendo hacia Hollywood Hills, me lo ahorro y me conformo con preguntar:

—¿De algún sabor en especial?

—Mandarina, por supuesto. —Me lanza una mirada incrédula—. ¿Es que hay otro?

Joder, ¿podría ser más perfecta?

—No en mi mundo —coincido, y pido dos, seguido de «un par de botellas de agua, por favor».

Después de pagar y coger la cestita de nachos con salsa, nos dirigimos a una de las mesas de pícnic que hay debajo de los árboles. Es por la tarde, así que las lucecitas que han colgado de las

ramas no están encendidas, pero el lugar sigue siendo bonito. Y, como ya ha pasado el ajetreo de la comida, también estamos solos.

—¿Qué lado quieres? —pregunto al llegar a la mesa.

Se encoge de hombros.

—Me da igual.

Dejo las bebidas y le hago un gesto para que se siente en el banco más limpio antes de deslizarme en el de enfrente. Coge una de las botellas de agua y se lava las manos antes de tendérmela.

Yo me lavo rápidamente y sacudo las manos; después cojo un nacho y lo mojo en una cantidad generosa de salsa antes de tendérselo.

Sloane se queda quieta, la mirada pasa del nacho a mí y viceversa. Espero con paciencia, no tengo prisa, y al final, lo acepta.

—¿Cómo está? —inquiero mientras traga.

Se encoge de hombros.

—Le falta algo de picante, pero está bueno.

Me sorprende un poco, porque los sitios de comida casera como este normalmente hacen una salsa espectacular, así que cojo otro nacho y lo lleno de salsa antes de metérmelo entero en la boca. Y casi me ahogo con el picante.

Mi abuela hace una salsa riquísima y muy picante, pero esta la supera con creces. Me lloran los ojos, agarro la botella abierta de agua y me la bebo de un trago mientras Sloane me observa divertida.

—Ha sido un truco muy rastrero —me quejo cuando por fin puedo hablar.

—¿Después de que vosotros dos pensarais que YO no soportaría el picante? —inquiere con las cejas enarcadas—. No lo creo.

—He de aclarar que era ella la que creía que no podrías soportarlo. Yo nunca lo he dudado.

—Lo siento, demasiado tarde —resopla justo antes de alargar la mano por la mesa y robarme un largo y lento sorbo de mi bebida.

No es que me importe. Sé que me está tomando el pelo, pero me gusta este lado juguetón de ella. También me gusta la idea de compartir algo con Sloane, aunque solo sea un Jarritos.

En cuanto deja la botella, la cojo y le doy un sorbo de forma muy deliberada.

Su respiración se entrecorta en respuesta y, durante un instante, hay algo entre nosotros, algo oscuro y gravitacional. El aire se vuelve eléctrico y me recuerda a uno de esos momentos fuera del Willow, después de que me haya besado.

Con otra mujer, me tentaría inclinarme hacia delante solo para ver qué pasa. Pero se trata de Sloane, y me importa demasiado para dejar nada al azar, sobre todo después de lo mucho que ha sufrido. Además, ya me ha besado una vez. Si quiere volver a hacerlo en algún momento, cuando los dos no estemos furiosos por el infierno que el cabrón de Jarrod le hizo pasar, entonces ahí estaré.

Así que, en lugar de dejar que este instante se alargue entre nosotros, lo rompo a propósito. Cojo otro nacho y en esta ocasión lo mojo con más moderación en la salsa.

Sloane jadea, y la expresión de sus ojos es una mezcla de alivio y decepción, cosa que solo demuestra que ambos necesitamos más tiempo. Porque la próxima vez que nos besemos, si es que hay próxima vez, lo único que quiero ver en sus ojos es el mismo anhelo que se está abriendo paso poco a poco por mi interior.

La necesidad de abrazarla. De desmontar sus capas. De sentir el latido de su corazón al mismo ritmo que el mío mientras encontramos juntos el camino que nos lleve a lo que sea que venga después.

Ella se revuelve con incomodidad y se pasa las manos por los brazos, de arriba abajo. Lo tomo como una señal para animar las cosas.

—¿Cuál es tu taco favorito? —pregunto para llenar el silencio repentino mientras esperamos a que salga la comida.

Me analiza unos instantes, como si intentara averiguar a qué estoy jugando. Pero no estoy montándome ninguna jugada en mi cabeza ahora mismo, no estoy buscando una brecha que me permita entrar. Porque no estoy jugando. Ni ahora ni con ella.

—Siento que es una pregunta trampa —tantea tras dejar pasar unos cuantos segundos.

—Nada de trampas. —Me encojo de hombros—. Ya hemos establecido cuál es el mejor sabor de Jarritos.

La mirada que me lanza me dice que no se lo traga, pero, aun así, contesta:

—Los tacos de desayuno.

Sonrío.

—Parece que vamos dos a dos.

—Eso parece. —Da otro sorbo a mi bebida—. ¿La mejor galleta?

—Esa es fácil. Los polvorones, sobre todo los amarillos. —Cuando parece perdida, añado—: Son como unas galletas de mantequilla muy densas. Mi abuela hace los mejores que probarás en tu vida.

Parece tener curiosidad.

—¿Y por qué son mejores los amarillos?

—Si hablas con mis hermanas, no lo son. A ellas les gustan los rosas. —Me encojo de hombros—. Pero, en esto concreto, se equivocan de lleno.

—¿Sabes qué? —pregunta después de pensarlo durante un rato—. Creo que voy a ponerme de tu parte en lo que estoy segura de que es una afirmación extremadamente controvertida.

—No tienes ni idea de lo controvertida que es. —Cojo otro nacho —. Se han librado batallas por eso.

Cojo otro nacho.

—¿Y quién ha ganado?

—Prefiero no hablar del tema.

Ella se ríe.

—Entonces no has sido tú.

—Nunca soy yo. —Suspiro—. Son tres y son malas. Sobre todo Mariana. Es la pequeña. Tiene un aspecto adorable, pero conoce veinte formas distintas de romper las pelotas.

Ella enarca una ceja.

—¿Porque se las has enseñado tú?

—El mundo está fatal. Una mujer debe saber cómo protegerse —añado como si nada.

La segunda ceja se une a la primera.

—¿Quiere decir eso que vas a enseñarme a romper pelotas?

—Estoy casi seguro de que ya lo tienes controlado —contesto con una sonrisa. Aunque acto seguido me pongo serio—. Pero sí, si es lo que quieres.

Una parte de nuestro pedido sale antes de que pueda añadir nada más, así que nos pasamos los siguientes minutos comiendo los mejores tacos callejeros que he probado en mi vida.

Cuando por fin paramos para coger aire en algún punto en el taco número cuatro para Sloane y el seis para mí, digo:

—No me has dicho tu favorita.

—¿Mi qué favorita?

Ahora me toca a mí enarcar las cejas.

—Galleta.

—Ah, es verdad. Es que me parecía aburrido seguir lo de tus batallas con decir que me gustan las de pepitas de chocolate, pero...

Se encoge de hombros.

—Los clásicos nunca son aburridos. —Le sostengo la mirada—. ¿De chocolate negro o con leche?

—Ambos —afirma—. Evidentemente.

—Evidentemente —coincido, solo para poder verla sonreír.

—Me toca. —Se mete el último nacho en la boca—. ¿Por qué fútbol americano?

—Soy de un pueblecito de Texas —contesto al tiempo que me encojo de hombros.

—¿En serio? ¿No tienes una explicación mejor? —No parece impresionada.

Me tenso a pesar de no quererlo, no por lo que ha dicho, sino porque la respuesta no es lo que suele hablarse en una primera cita.

Aunque también es cierto que esta primera cita no tiene nada de típica. Así que le cuento lo que no suelo revelar a la mayoría de la gente cuando me lo pregunta: la verdad.

—Empecé a jugar al fútbol por mi padre. Le encantaba este deporte, adoraba a los Twisters de Austin, le encantaba la sensación de la bola entre las manos. Nunca pudo jugar de pequeño porque tenía osteosarcoma e, incluso después de que entrara en remisión, los médicos le aconsejaron que no jugara. Pero eso no le impidió lanzar la pelota con mi abuelo en el jardín trasero de casa y tampoco hacer lo mismo conmigo.

»A mí me encantaba correr, así que fingía ser receptor. Por lo menos hasta que me apunté cuando tenía seis años. Resulta que se me da mejor lanzar la pelota que atraparla.

—Y que no se te olvide avanzar sigilosamente por el campo sin que los demás se den cuenta. ¿No dijo tu abuela que tu mote venía de eso?

—Te has acordado. —No puedo evitar la sonrisa que se apodera de mi rostro.

Ella parece avergonzada. Le agarro la mano.

—Perdona, es solo...

Niega con la cabeza e interrumpe mi disculpa.

—Tu padre debe de estar muy orgulloso.

Y ahí está. La parte a la que no quería llegar. Me trago el nudo de la garganta que todavía no se ha deshecho a pesar de que han pasado diecisiete años.

—Murió cuando tenía diez años. No pudo con la enfermedad una tercera vez.

Sloane se queda de piedra.

—Ay, Mateo...

Me aprieta la mano.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo.

Resopla.

—El tiempo no significa nada cuando pierdes a alguien a quien quieres.

—No, es verdad —coincido—. Pero yo tenía una pelota en las manos cuando falleció, así que cada vez que cojo una, incluso ahora, durante un instante fugaz siento que está ahí, conmigo.

Sloane no habla, pero no tiene por qué hacerlo. La forma en la que me mira, como si conociera de sobra ese dolor y también viviera con él, me basta. El reflejo de mi propio sufrimiento, claro y silencioso.

Nos sentamos en silencio después de eso. No la clase de silencio que pesa, sino de esa clase que es una conversación en sí misma. Ese que dice: «Te veo y sigo aquí».

Aunque, al final, Sloane se levanta.

—¿Lista para marcharnos? —pregunto mientras empiezo a recoger la basura.

—Más bien, lista para ir a por otra bebida —contesta.

—Puedo ir yo —me ofrezco, y me levanto también.

Ella pone los ojos en blanco.

—Creo que puedo permitirme pagar tres pavos. Además, me he bebido la tuya entera.

Vuelve al camión antes de que pueda decirle que no me importa.

Mientras no está, saco el móvil y hago unos cuantos arreglos para lo que viene después. Acabo justo cuando vuelve, al cabo de un par de minutos, con otro Jarritos y una concha amarilla gigante.

—No tienen polvorones, pero sí tenían una de estas. Ha intentado dárnosla rosa, pero he insistido para que me diera la amarilla.

Sonríe con orgullo.

Y así, sin más, caigo. Pero caigo de verdad. De lleno, sin redes ni colchonetas debajo, nada más que el aire. Soy lo bastante listo para saber que tocar tierra me va a doler, pero ahora mismo, mientras miro a los ojos de Sloane, relucientes de la alegría, no consigo que me importe.

31

Sloane

A Sly se le ilumina el rostro cuando ve el dulce, y me alegro de que le guste.

No solo porque he acertado con mi elección, también porque vuelve a hacerlo parecer un niño. Sin preocupaciones. Sin complicaciones. Como si la vida no le hubiera arrebatado partes de él y hubiera dejado las cicatrices para demostrarlo.

No sabía que necesitaba verlo así hasta que lo he hecho. Y ahora no puedo despegar la vista de él.

Y, durante un instante perfecto, no hay ruido. No hay pasado. No hay público, a pesar de las dos adolescentes que nos sacan fotos en secreto desde el camión de los helados. Solo estamos él y yo, y un dulce que huele a azúcar y parece un rayo de sol.

Sly alarga la mano hacia el dulce lentamente, como si fuera sagrado. Y, cuando nuestros dedos se tocan, algo cálido y suave se desata entre nosotros. Es eléctrico. Poderoso. Real.

Todo eso significa que debería echar a correr en busca de la salida. Porque, si la última década me ha enseñado algo, es que lo real es peligroso. Lo real puede hacerte daño. Lo real puede romperte.

Pero no corro. Es más, vuelvo a sentarme y espero a ver qué viene a continuación.

—¿Las has probado alguna vez? —pregunta un segundo después.

Niego con la cabeza.

—No. Pero huele de maravilla.

—Está deliciosa. Y es amarilla..., mucho mejor que las rosas que te ha enviado la abuela Ximena.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Eso era lo que había en la caja de la pastelería que nos hemos dejado en el Willow? ¿Un regalo de tu abuela?

—Y tanto. Uno que podría o no estar envuelto en papel cebolla con estampado de Sloane Walker.

Se me desencaja la mandíbula.

—Eso no existe.

—Uy, claro que sí. También hay papel de regalo de Sloane Walker, cinta americana, tazas de café e incluso zapatillas de andar por casa. Mi abuela lo tiene todo.

—¿Te refieres a zapatillas con forma de araña? Porque yo tengo unas y son muy cómodas...

—No. —Sacude la cabeza con los ojos relucientes por la diversión —. Zapatillas de Sloane. Tu cara está en la parte delantera y luego...

—No quiero saberlo —interrumpo, entre divertida y aterrada.

—El mundo del *merchandising* es una locura —comenta mientras mueve las cejas de arriba abajo, cosa que me hace soltar una risita tonta a pesar de que nunca suelto risitas tontas.

Abre los ojos de par en par.

—¿Eso ha sido una...?

—No, para nada —lo interrumpo. Entonces, para dejar atrás el tema de mi risa, tan impropia de mi personaje, pregunto—: ¿Hay zapatillas de Sly por ahí?

Sacude con la cabeza.

—Si las hay, no soy consciente de ello.

—Ahora ya sé qué voy a buscar después del concierto de esta noche —le chincho. «¿Quién soy? ¿Por qué me estoy divirtiendo tanto?».

—No es una guerra que quieras empezar —advierte—. Te prometo que hay objetos de Sloane Walker mucho más raros que cualquiera que puedas encontrar de mí.

—Puede ser —me encojo de hombros—. Pero internet es un lugar muy amplio.

Entrecierra los ojos.

—¿Es un reto?

—Es una observación —contesto; doy un mordisquito a la concha y me la meto en la boca.

—Una observación mis cojones. —Esta vez, cuando sonríe, tiene un deje de maldad que provoca un montón de cosas interesantes a mi interior—. Luego no digas que no te he avisado.

—¡Vaya, vaya! Menuda tiranía cuando hay una competición de por medio.

—Me gusta considerarme un estratega —replica antes de dar un mordisco más grande al dulce.

—Yo hablaba de mí misma.

Él se echa a reír, fuerte, sin reparos ni filtros, de la mejor manera posible. Le queda tan bien que ni siquiera me importa que sea la foto de oro, esa que va a correr como la pólvora por las redes sociales antes de que volvamos a nuestros respectivos hoteles.

Continuamos comiendo nuestro postre mientras nos chinchamos el uno al otro con productos cada vez más descabellados. Yo intento alargar el momento dando los mordiscos más diminutos posibles. No estaba segura de si quería venir a esta cita, pero ahora no quiero que termine.

Aun así, enseguida nos acabamos la concha y Sly recoge lo que queda de basura.

—Tengo que mandarle un mensaje a Marco —declaro—. Para avisarlo de dónde tiene que encontrarse conmigo...

—¿Ya estás lista para irte? —pregunta, y aunque suena como que le parece bien, advierto cierta decepción en la profundidad de sus ojos que hace que mi estómago dé decenas de volteretas.

—Pensaba que eras tú el que estaba listo —suelto con un gesto hacia la basura que lleva en la mano.

Sly sacude la cabeza.

—Solo me preparaba para la siguiente parte de nuestra cita.

—¿Hay otra parte?

—Si quieres que la haya —responde señalando el observatorio con la cabeza—. ¿Te apetece ver las estrellas un rato?

¿Qué tiene este hombre que consigue adivinar las cosas antes de que las comparta con él? Me encanta mirar las estrellas desde que era pequeña, aunque nunca se lo he contado a nadie. Es una de las cosas que más echo de menos cuando estoy de gira, cuando estoy siempre en ciudades cuyas luces demasiado brillantes no permiten verlas.

Cómo no, Sly siempre encuentra una forma de darme algo que me encanta aun cuando no se me habría ocurrido pedirlo ni en un millón de años.

Tiramos la basura y salimos de la zona de puestos de comida hacia el observatorio. Su mano roza la mía mientras caminamos bajo los árboles, así que me arriesgo y la cojo.

Él me sonríe mientras nuestras palmas se deslizan la una por la otra y los dedos se entrelazan como las primeras notas de una canción, vacilantes, pero llenos de promesas. A nuestro alrededor se

extiende el parque Griffith, dorado y refulgente debido a la luz de las últimas horas de la tarde.

Sly y yo no decimos casi nada cuando ponemos rumbo a la cima de la colina. Pero el silencio no es vacío. Está lleno de las mágicas conversaciones por venir. Y, cuando la cúpula blanca del observatorio por fin entra en nuestro campo de visión, la anticipación se me aloja en el estómago.

¿Sly y las estrellas en el mismo tiempo y espacio que yo? Sí, por favor.

—El espectáculo empieza dentro de unos minutos —informa cuando franqueamos las puertas de la entrada—. Deberíamos buscar nuestros asientos.

Lo sigo al interior de la sala. Los nervios crecen en mi interior mientras me preocupo de quién se sentará a nuestro lado y si reconocerán a alguno de los dos o no. Sin embargo, Sly me guía a la última fila de lo que resulta ser una sala de cine vacía y, a medida que transcurren los últimos cinco minutos antes de la proyección, me doy cuenta de que solo se nos han unido unas pocas personas. Pero están sentadas en la primera fila y ni siquiera han mirado en nuestra dirección.

—¿Qué has hecho? —pregunto, con el corazón latiéndome como un metrónomo configurado a la mayor velocidad.

—He comprado todas las entradas que todavía no estaban vendidas —responde, y las comisuras de los labios le tiran hacia arriba—. He pensado que lo disfrutarías más si no tienes nada de lo que preocuparte.

Se me atasca el aire en la garganta. ¿Qué se supone que voy a hacer con este chico? ¿Qué sentido tiene erigir un muro si él no deja de colarse de las formas más consideradas que existen?

Consigo articular un «gracias» con la garganta constreñida mientras las luces se atenúan a nuestro alrededor. Y, entonces, la sala estalla con imágenes de galaxias a millones de kilómetros de distancia.

Me estremezco de alegría cuando, delante del todo, el hombre que narra en directo empieza a explicar los misterios de lo que estamos viendo.

—¿Tienes frío? —susurra él, que se mueve para que pueda acurrucarme en la calidez de su cuerpo si me apetece.

Me gusta la forma en la que me lo ofrece. No hay presión ni expectativas. Solo una presencia constante y silenciosa que impregna todas nuestras interacciones. Así que, aunque no tengo frío, igualmente me apoyo en él y, de inmediato, todo mi interior suspira.

Huele a sándalo y cítricos, y es como estar tumbada en una roca caldeada por el sol. Sólido. Real. Seguro.

Por encima de nosotros, las galaxias florecen y las constelaciones pasan volando, como purpurina al viento. Bajo ellas, me siento junto a este hombre que parece la gravedad, que tira de mí con tanta fuerza que me ancla. Tan gentil que me permite volar.

Me roza los hombros con el brazo.

Mi pelo le danza por las yemas de los dedos.

Nuestras piernas se tocan con delicadeza.

Hasta que el espacio que nos separa se vuelve eléctrico. Incandescente. Como luz de estrellas que se ha quedado atrapada entre el lapso de un latido de corazón y el siguiente. Todo mi ser en sintonía con todo su ser.

No sé qué me hace girarme.

Quizá sean los colores que se arremolinan a nuestro alrededor o el sonido de su respiración, suave y continua en la oscuridad.

Quizá sea el anhelo que siento en mi interior, grave y cálido, que me provoca dolor en el mejor de los sentidos.

O quizá, solo quizá, sea la vocecita que me susurra que, si no me muevo ahora, si no me aferro a este momento, me perderé algo que podría cambiarlo todo. Es aterrador y excitante al mismo tiempo, y cualquier otro día, con otro hombre, jamás me arriesgaría.

Pero este es Sly, quien me mira como si fuera tan infinita como el universo que rueda sobre nuestra cabeza.

Así que lo hago. Me doy la vuelta, solo para encontrarme con que ya me estaba mirando. Y en sus ojos no hay dudas. Hay una promesa, una en la que quiero creer con desesperación. Así que, por segunda vez el mismo día, pero por una razón muy diferente, me acerco a él y rozo sus labios con los míos.

32

Sloane

Durante un instante fugaz, el universo se detiene.

Las galaxias dejan de formarse, las constelaciones dejan de girar y hasta las mismísimas estrellas dejan de arder.

Durante un breve instante, solo somos él y yo, y la suave calidez que crece entre nosotros, de esas que podrían iluminar hasta la oscuridad que lleva tanto tiempo viviendo en mi interior.

Entonces Sly desliza el brazo a mi alrededor y todo vuelve a ponerse en movimiento.

Nuestro beso es tan ligero como una pluma al principio. Tan delicado que parece un deseo. Una súplica. Como un momento en el que él no es él y yo no soy yo y el mundo no es tan horrible como a mí me parece. Y entonces incluso eso se escapa y lo único que queda es un momento perfecto en un cielo, una infinidad, de imperfecciones.

El movimiento de sus labios contra los míos.

Sus dedos deslizándose por mi pelo.

La presión de su mano en mi espalda cuando se nos entrecorta la respiración, trastabilla y después se sincroniza como si siempre hubiéramos estado destinados a estar aquí. Y, cuando su otra mano sube para acunarme la mejilla, hay algo en mi interior que se astilla. No de una forma dolorosa, sino de una forma que por fin, después de tanto tiempo, deja pasar la luz.

Me desliza los dedos por la línea de la mandíbula, como si temiera que fuera a desvanecerme si aprieta demasiado, y, con cada caricia, siento que me voy desmontando un poco más. Su boca se mueve contra la mía, insegura al principio; después profundiza y va más despacio, como si quisiera memorizarme. O quizá sea yo la que lo está memorizando.

El sabor dulce a azúcar y mandarinas en su lengua. El intenso aroma a sándalo de su piel. Ese calor suyo que me envuelve por completo.

Es la primera persona a la que dejo que me toque así en tanto tiempo que casi había olvidado qué se sentía. No solo por el beso, sino por todo lo que lo acompaña: la confianza, la vulnerabilidad, la aterradora esperanza de que quizá, y solo quizá, no esté tan rota como pensaba.

No quiero que esto termine. No quiero que Sly pare. ¿Cómo iba a quererlo si este hombre grande, fuerte y poderoso me abraza como si fuera lo más valioso que ha tocado en su vida?

No me mete prisa, no me presiona, no me exige nada. En cambio, se acerca a mí con reverencia silenciosa; no como si yo fuera algo que reverenciar, sino como si fuera algo por lo que merece la pena esperar.

Y, no sé cómo, pero esa paciencia tan gentil me desarma más que ninguna otra cosa en el mundo.

Deslizo los dedos hacia arriba por su espalda para tirarle del pelo y acerco más mi cuerpo buscando su calor, la calmada estabilidad de su beso. Él me aprieta más contra su cuerpo, tira de mí hacia su pecho hasta que entre nosotros no queda nada más que calor, estrellas y una hueste entera de cosas que jamás me habría atrevido a querer.

Suspiro contra sus labios y él desliza la mano por la curva de mi cintura para posarla sobre mi cadera. El peso de su mano en ese lugar me produce escalofríos. No tengo frío, pero es un placer sentirlo. Como si me estuviera manteniendo unida y, si ahora decidiera soltarme, todas mis piezas rotas fueran a dispersarse.

Pero no me suelta. Me sostiene, aunque me deja llevar a mí la voz cantante. Y, con cada segundo que pasa, el calor de mi interior arde con más fuerza. Corta con mayor precisión.

Me pego a él, le tiro del pelo con las manos y le mordisqueo la boca con los dientes. Mi cuerpo anhela estar más cerca, cada vez más. Solo cuando se me escapa un gimoteo desde lo más profundo de la garganta, un sonido tan bajo que se pierde en el movimiento del cosmos que nos rodea, él se separa.

—¡No! —Me aferro a él, temo que si lo dejo marchar no volveré a sentirme así jamás.

Su tacto pasa de ardiente a reconfortante en un segundo; sus dedos danzan de arriba abajo por mi columna mientras con la otra mano me dibuja círculos delicados en la cadera.

—Te tengo —susurra, y su aliento es una bendición sobre mi piel.

Asiento y tomo aire de forma profunda y temblorosa varias veces. Cuando por fin vuelvo en mí, recuerdo dónde estamos y por qué solo podemos compartir un beso.

—¿Estás bien? —pregunta con la frente pegada a la mía mientras la película entra en su punto álgido a nuestro alrededor.

—Sí. No. —Las palabras me salen en voz baja, desconcertadas—. No lo sé.

—No pasa nada. —Me hace poner los pies en la tierra con su voz y la suave caricia de su pulgar en mi nuca—. Ya lo averiguaremos.

Vuelve a recostarse en su asiento cuando las luces se encienden y yo lo miro, a este hombre con unas manos tan grandes que podrían

destruir cualquier cosa, pero que solo demuestran ternura.

Quien me proporciona estrellas, dulzura y espacio para ser yo.

Quien me dice que todo va a salir bien.

Por primera vez en mucho tiempo, quiero creer que tiene razón.

33

Sly

—No hace falta que esperes conmigo —dice Sloane unos veinte minutos después de que lleguemos a la esquina donde en teoría debemos esperar a Marco.

Tiene un concierto al que ir y yo tengo una reunión del equipo, una a la que cada vez parece más imposible que vaya a llegar.

Pero no pienso decírselo a Sloane. Claro, puede cuidar de sí misma, pero, como la prensa ha hecho que la gente entrara en un frenesí total por nosotros dos, ni de coña pienso dejarla sola en una esquina sin un guardaespaldas a la vista. Por algo se dice que formar parte de una manada es más seguro.

—No tengo prisa, corazón. Además, cuanto más tarde llegue Marco, más tiempo tengo para pasar contigo.

Espero que ponga los ojos en blanco o que, como mínimo, suelte un resoplido ante lo que he dicho. Pero, en lugar de eso, sus mejillas se tiñen de rosa y su mirada se clava en la mía mientras responde en voz baja:

—Me gusta cuando me llamas así.

—A mí también me gusta —admito.

Alargo la mano para acariciarle la mejilla, pero me detengo antes de llegar a tocarla. No creo que nadie nos esté prestando atención ahora mismo, estamos haciendo tiempo junto a la puerta de una

tienda cerrada para pasar desapercibidos, pero esto es Los Ángeles y hay gente por todas partes. Sobre todo en Hillhurst.

Ya les hemos dado ese beso en el Willow y la carrera colina abajo, pero el resto de la tarde nos ha pertenecido solo a nosotros. ¿Tan mal está que quiera que siga siendo así durante un rato más?

Vayamos adonde vayamos desde aquí, y espero que sea a alguna parte, de verdad que sí, nuestra relación va a ser carne de cañón para la prensa de todo el país. De todo el mundo. Solo quiero entregarle este momento a Sloane. A nosotros. No creo que sea mucho pedir.

Aunque, al mismo tiempo, quiero que sepa cuáles son mis intenciones y quizá también saber qué opina ella de todo esto. Así que, bajo el refugio del toldo de la tienda, le doy la mano.

—¿Me mandarás un mensaje esta noche después del concierto?

—Será tarde. ¿Los deportistas no necesitáis vuestras horas de sueño reparador para mantener vuestra belleza?

—Yo ya soy lo bastante guapo —afirmo con sequedad—. Preferiría saber cómo te ha ido el concierto y que has vuelto al hotel de una pieza.

—Vale, bien. —Sonríe mientras se acerca un poquito más—. Gracias por nuestra cita.

—Gracias por confiar en mí —contesto, y me cuesta hasta la última gota de fuerza de voluntad dejarlo ahí.

Me muero por envolverla entre mis brazos, abrazarla, reconfortarla y recibir consuelo de ella también. Sigo cabreado por lo que me ha contado, por lo que ha sufrido, y solo quiero sentirla entre mis brazos. Solo quiero que se sienta segura, fuerte y bien.

Me conformo con tenderle una mano. Ella la acepta y le da un apretón, como si el contacto fuera tan importante y necesario para ella como lo es para mí.

—Yo... —empiezo, pero, antes de poder terminar, un todoterreno negro para en la acera, delante de nosotros. El mismo guardia de seguridad sale de él.

—Lo siento, Sloane —se disculpa mientras abre la puerta trasera.

—No se puede luchar contra el tráfico —asegura ella antes de ponerse de puntillas y darme un besito en la mejilla—. Luego te mando un mensaje.

En cuanto está a salvo en el coche, el de seguridad se gira hacia mí y me tiende la mano.

—Gracias por esperar con ella.

—No hace falta que me des las gracias por algo así —respondo mientras le doy un apretón de manos—. Por cierto, soy Sly.

—Marco. —Sonríe—. Tengo la sensación de que volveré a verte.

—Eso espero.

Marco se sube al coche, y yo doy un paso atrás para pedir mi propio Uber antes de ver a Sloane desaparecer dentro del violento tráfico de Los Ángeles. No esperaba que me resultara tan difícil verla marchar, pero lo es. Seguramente porque lo que quiero más que nada es estar en ese coche con ella.

Quiero estar cerca de ella. Ahora que la conexión que sentí la primera noche ha demostrado ser más fuerte de lo que me habría imaginado, dejarla marchar después de unas pocas horas juntos no me parece correcto.

Pero es solo otro de los retos que conlleva enamorarse de Sloane Walker. El trabajo de esta mujer la lleva por todo el país. No, corrección: por todo el mundo. Y mi trabajo requiere que esté quietecito en Austin, Texas, por lo menos la mitad del año. Sí, tengo partidos en otras ciudades que coinciden con su gira. Cuatro, de hecho, incluido este. Pero, teniendo en cuenta que quiero verla todos los días, es una mierda.

Igual que el hecho de que tenga que dejar su protección en manos de otras personas. Sé que tiene un buen equipo, que Marco ha estado con ella muchísimo tiempo y que la ha mantenido a salvo a pesar de los numerosos acosadores, pervertidos y capullos que creen que su mera existencia les da derecho a atacarla sin fundamento. Pero siempre he considerado mi responsabilidad y mi privilegio proteger a la gente que me importa, por muy de neandertal que parezca.

Quiero que esté segura, cómoda y feliz. Ya le fallé a Lucía una vez. Ni de coña pienso fallarle también a Sloane.

Ella lleva el peso de las expectativas y el escarnio del mundo sobre los hombros, y parece pensar que se lo merece por lo que ocurrió con sus exnovios. Pero no puede estar más equivocada. Puede que la Viuda Negra sea el personaje que luce para mantener a la mujer blandita de su interior a salvo, pero yo la he visto. La he abrazado y la he besado (¡dos veces!), y no quiero quedarme sentado y dejar que los demás sigan haciéndole daño.

Continúo pensando en cómo proteger a Sloane sin que ella me clave los colmillos en el culo cuando mi Uber llega al hotel cuarenta y cinco minutos después.

Para sorpresa de nadie, el tráfico en hora punta da asco y llego treinta minutos tarde a la reunión, que no debería durar mucho más. Al entrenador no le va a hacer ninguna gracia, sobre todo porque ni siquiera he viajado con el equipo. Pero Marco se había quedado atrapado detrás de un accidente de camino a recoger a Sloane, cosa que ha disminuido el tiempo del que disponía yo para atravesar el atasco, y ni de coña iba a dejar que esperara allí sola.

Así que en esas estamos.

En cuanto entro en el hotel, voy directo a la sala de baile del cuarto piso. Cuando llego, la reunión ha terminado, los entrenadores

se han marchado y algunos de los chicos están sentados pasando el rato.

Por lo menos hasta que entro.

En el instante en que me ven, todas las caras de la sala esbozan una sonrisa enorme y bobalicona. Menuda puta sorpresa. Estos tíos son más cotillas que la abuela Ximena.

Aun así, intento hacerme el indiferente, como si no hubiera nada importante de lo que hablar.

—¿Alguien sabe adónde ha ido el entrenador?

—Bueno, estaba aquí para la reunión —responde Marquis, el muy capullo.

—Gracias por tu ayuda.

Se encoge de hombros.

—Quizá ya se haya metido en la cama. Ya sabes que a ese hombre le encanta dormir.

—Sé que a ti te encanta dormir. Gracias por la ayuda.

Me giro sobre los talones y me dirijo a la puerta, solo para que me intercepte el jugador de la línea ofensiva más grandullón del equipo. Tyson se dedica a los placajes derechos y normalmente me guarda las espaldas como un campeón. Y «normalmente» es la palabra que quiero enfatizar en esta frase...

—Vaya, vaya, vaya —dice interponiéndose entre la puerta y yo—. No me digas que de verdad crees que vas a salir de aquí sin darnos por lo menos unos cuantos detalles.

—No me había dado cuenta de que estábamos en una rueda de prensa —contesto.

—Pues claro que sí —interviene James. Es uno de mis alas cerradas y un tipo bastante decente, aunque parece ser que no tanto como para no formar parte de la emboscada—. ¿A qué crees que estábamos esperando, si no? ¿A que llegue Halloween?

—Venga, Sly. Danos detalles, tío —pide Marquis con un tono quejumbroso y deliberadamente agudo—. ¿Se ha enamorado de ese precioso hoyuelo?

—No te olvides de los ojos de ensueño —añade Tyson mientras se pasa las manos por las trenzas y finge emperifollarse.

—Y ese cuerpo robusto —interviene Levi, el tío más peleón de la línea de defensa—. Es para derretirse.

—¿En serio? —Sacudo con la cabeza—. ¿De verdad os vais a poner a hacer gilipolleces?

—¿Gilipolleces? —grazna Tyson—. ¿Me estás diciendo que tu hoyuelo no es precioso?

—Lo que te estoy diciendo es que nunca me he parado a pensar en mi hoyuelo, precioso o no. ¡Y, joder, vosotros tampoco hasta hoy!

—Ya, bueno, eso era antes de que salieras con la Viuda Negra. Ahora tenemos muchísimas ideas nuevas. —Mueve las cejas de arriba abajo para enfatizar.

—Tiene nombre, ¿sabes? —respondo por instinto, y casi todos los chicos cacarean de la alegría.

—Vaya, vaya, vaya —entona mi mejor amigo con expresión engreída—. Debéis de haber pasado una primera cita de la hostia. De nada, por cierto.

—Ya lo sabíamos —comenta Drew, otro de la línea ofensiva—. Sly no se pierde el entrenamiento. Jamás.

—El tráfico ha sido una mierda —respondo mientras intento abrirme paso alrededor del gigante de Tyson. Por desgracia, se mueve conmigo.

—¿Y ya? Acabas de tener una cita con una de las mujeres más tremendas del planeta —discute James—, ¿y lo único que nos vas a contar es que «el tráfico ha sido una mierda»?

—Es que lo ha sido.

Me encojo de hombros.

—¿Y qué se supone que le voy a contar a María? No ha parado de darme la lata con «Sloaney» toda la semana.

—¿Sloaney? —repito, confundido.

—Es vuestro mote de pareja, tío. —James sacude la cabeza, exasperado—. Lo habrás visto en internet.

—Te aseguro que no paso mi tiempo libre leyendo cotilleos sobre mí mismo.

—Ya, bueno, pues igual deberías —interviene Drew—. Según Anastasia, ya hay cientos de cuentas de Instagram y TikTok dedicadas a vosotros dos. Me está petando el móvil a mensajes cada cinco minutos desde que Sloane y tú habéis bajado una puta colina corriendo a la hora de la comida. Que, por cierto, tío. ¿En serio? ¿Tu gran plan era hacer que se pusiera a correr?

—¿Anastasia también apoya a Sloaney? —James alarga el puño para que lo choque—. Toma ya, se lo voy a contar a María. Igual pueden hablar entre ellas en lugar de petarme los mensajes directos sobre el tema. Le he dicho que trabajo con él, no necesito ver su careto durante mi tiempo libre también.

—Sobre todo no queremos verlo bajar una colina corriendo como si la puta defensa de los Lightning le estuviera pisando los talones. —Tyson se parte de la risa.

—Por favor —resopla Marquis—. Este no ha tenido que huir de esos capullos en su vida. Esta tarde parecía más bien que estaba huyendo de la abuela Ximena cuando se quita la chancla.

—Es verdad —coincide James mientras se estremece.

—¿Cómo puede una señora tan pequeñita tener tan buena puntería siempre? —se pregunta Marquis en voz alta.

—Quizá Sly lo ha sacado de ella. —Tyson se ríe.

Pero ahora tengo cosas más importantes en las que pensar que en la legendaria chancla de mi abuela.

—¿De cuántos vídeos estamos hablando? —pregunto.

Justo en este momento empiezo a cobrar consciencia de la cantidad de personas que están verdaderamente interesadas en lo que pasa entre Sloane y yo. ¿Cuentas de Instagram y TikTok? ¿*Sloaney*?

Una cosa son los paparazzis, pero, si las mujeres de mis compañeros de equipo ya están hablando de nosotros, quiere decir que hay más gente prestando atención de la que imaginaba. Quizá Sloane tenía razón cuando decía que no tengo ni idea de en qué me he metido.

—Una barbaridad, tío —me dice Drew, y ya no hay diversión en su voz—. Lo habrás adivinado ya, ¿no? Tu chica es una superestrella.

—Y no una superestrella cualquiera —interviene Levi, que se une a la conversación—. Una con la reputación de comerse a sus novios. No puedes culpar a la gente por preguntarse si el chico de oro del fútbol va a ser el siguiente.

—¿Qué coño? —Me paso la mano por el pelo con frustración—. ¿Cómo se les ocurren estas gilipolleces? ¿Y por qué no pueden dejarla en paz? Una cosa es informar sobre sus discos y sus conciertos, pero esto...

—A estas alturas hay todo un mito que la rodea —contesta James —. Lo que quiere decir que ya hay decenas, quizá incluso centenares o millares de personas ahí fuera que están esperando a ver si Sloaney zarpa o se hunde. No puedes esperar que la prensa no participe.

Saco el móvil y abro una de mis cuentas en una red social. Normalmente tengo un huevo de notificaciones y mensajes directos, sobre todo justo antes de un partido, pero el número que estoy

viendo ahora es un puto disparate. Sobre todo si tenemos en cuenta que un montón parece provenir de chicas menores de edad, al menos a juzgar por las fotos de perfil.

Ah, no, ni de coña.

Cierro la aplicación y me planteo tirar el móvil por la ventana. Pero entonces ¿cómo se va a poner Sloane en contacto conmigo?

—El mundo entero quiere enterarse y, al final, van a encontrar la forma de hacerlo. ¿Tus compañeros, y sus esposas, no se merecen un pequeño adelanto? —pregunta Drew lleno de esperanza.

Le lanzo una mirada asesina que lo manda directo a la mierda.

—No soy de los que van por ahí presumiendo de a quién besa.

—¡Así que ha habido más besos! —chilla Tyson—. ¡Joder, sí, ese es mi chico!

James saca el móvil y empieza a escribir un mensaje.

—Gracias, Sly. A María le va a flipar esta información.

Pienso en todo lo que ha pasado en nuestra cita y el corazón me da un vuelco. Estoy seguro de que han captado el beso del restaurante. Esa era la idea, que fuera para ellos. Pero ¿qué ha pasado en el sendero? ¿Y donde los puestos de comida? ¿En el observatorio? Esperaba que eso solo fuera para nosotros.

De pronto contento por no haberme deshecho del móvil, busco la foto de un momento privado que ahora mismo temo que vaya a hacerse público.

Me da todavía más miedo lo que vaya a hacer Sloane si eso ocurre.

—Resulta que ya lo sabía —se queja James mientras levanta el móvil—. Parece ser que le ha dado un beso en la mejilla en Hillhurst. Lo han pillado desde diferentes ángulos.

—Un beso en la mejilla, ¿eh? —Marquis se frota la barbilla—. Supongo que es bastante tierno. Muy típico de Sly.

Ahora me alegro todavía más de no haberla abrazado como quería mientras esperábamos a Marco. El mundo entero no tiene por qué verlo.

—Y no solo un beso en la mejilla —anuncia Tyson mientras muestra su móvil. Y joder. Me cago en todo.

Porque no es el beso del Willow. Ni es el abrazo rápido en la esquina de la calle. Es una foto mía y de Sloane en la mesa del pícnic, yo partiéndome de risa y ella con un aspecto más desarmado de lo que se permitiría la Viuda Negra.

—Ahora sí que sí —dice Marquis, y su voz rebosa satisfacción.

El resto de los chicos se arremolinan a mi alrededor para fastidiarme, y no soy lo bastante tonto para creerme que están interesados en mi vida amorosa. Están interesados porque quieren ver a Sloane. Para lo mala que es su reputación, no ha habido registro de que saliera con nadie desde que murió Jarrod.

—Solo estábamos comiendo —gruño mientras deseo con todas mis putas fuerzas que no haya más fotos nuestras en el parque. Pensaba que había tenido mucho cuidado, pero, aun así, se ha filtrado.

—Tu cara no dice lo mismo —comenta Jesse, otro miembro de la línea de defensa. Es uno de los mejores que hay, pero su personalidad hace que un tiranosaurio Rex parezca un lagartito adorable—. Venga ya, Sylvester. ¿Es tan buena en la cama como parece en esa foto? Porque, de ser así, no me importaría tener mi turno con la chica mala que reina en el pop.

Acompaña la frase con un gesto vulgar y, en un abrir y cerrar de ojos, me invade la rabia. Le lanzo una mirada que le indica que se deje de putas tonterías, pero, como se trata de Jesse y es un gilipollas, decide hacer caso omiso.

—Oye, ¿cómo crees que suena cuando se...?

No le doy un puñetazo, pero sí le estampo una mano en el pecho que podría clasificarse como empujón.

—Deja de hacer el puto gilipollas, Gardner —rujo.

Él trastabilla con los ojos bien abiertos por la sorpresa. Pero solo le toma un segundo recuperarse y después viene a por mí con los puños cerrados.

Y, joder, parece que va a pasar justo lo que no quería. Pero no voy a permitir que nadie hable así de Sloane delante de mí. Tal vez no pueda hacer nada contra los capullos y los trols de internet, pero ni de puta coña pienso aguantarlo de uno de mis compañeros.

Yo también me lanzo adelante, más que listo para dejar el tema zanjado de una vez por todas. Pero, antes de poder hacerlo, Marquis se interpone entre nosotros.

Como siempre, intenta calmar las aguas.

—Ya está bien —nos dice a ambos, aunque está mirando a Jesse —. Deberías saber que no se habla mal de las mujeres, sobre todo de esposas y novias. Si vuelves a hacerlo, dejaré que te dé una paliza.

Jesse esboza una mueca y parece que va a decir algo que me hará pasar de largo a Marquis y hacer que se trague sus dientes. Ya verá lo que le cuesta decir chorradas después de eso.

Pero, antes de que pueda pronunciar lo que quiera que fuera a decir, las puertas del salón de baile se abren de par en par y Jake, uno de los ayudantes del entrenador, habla con tono burlón.

—Me alegra ver que has decidido unirte a nosotros, Sylvester. Ya puedes ir subiendo a la *suite* del equipo, ahora mismo. Branson quiere hablar contigo.

Lanzo una mirada a Jesse para indicarle que esto no ha acabado y después me dirijo a la puerta.

34

Sly

Diez minutos después, estoy en la habitación 1427, la *suite* que los entrenadores han elegido para organizar los asuntos del equipo durante este partido. Solo estamos el entrenador Branson y yo, y decir que está enfadado sería quedarse extremadamente corto.

—¿A ti qué cojones te pasa? —exige saber cuando cierra la puerta a mi espalda.

—Lo siento —comienzo, porque no tengo problema en admitir que he cometido un error—. Le he mandado un mensaje al entrenador Martínez para avisarlo de que iba a llegar tarde...

—Pero no has llegado tarde. —Se desploma en medio del sofá de la habitación y hace un gesto para que haga lo mismo en la butaca que tiene justo enfrente—. Te has ausentado. No es lo mismo. Y, además, llegar tarde tampoco es aceptable, joder. Ya deberías saberlo.

Tengo mucho que decirle, para empezar, que es mi quinta temporada en el equipo y jamás había llegado ni un minuto tarde a nada hasta ahora. Ni a los entrenamientos ni a las ruedas de prensa ni a las reuniones del equipo, a nada. Me tomo mis responsabilidades muy en serio.

Pero también llevo en el equipo el tiempo suficiente para saber que decir cualquier cosa que pueda irritar a Branson cuando está en plena bronca es... muy poco recomendable.

A Marquis casi le pega un puntapié la última vez que se le fue la boca con el entrenador.

Así que, en lugar de defenderme, espero a que se calme y asumo toda la culpa.

—Tienes razón. Lo siento. Pensaba que llegaría a tiempo por lo menos para la mitad de la reunión, pero...

—Uy, ¿en serio? —pregunta, su voz destila sarcasmo—. Siento muchísimo que hacer el trabajo por el que te pagan cincuenta millones al año te resulte tan inoportuno.

Niego con la cabeza.

—Eso no es lo que quería decir.

—Ya, pues es como ha sonado. Para ser sincero, es la sensación que me ha dejado todo lo que has hecho estas últimas dos semanas.

Me lanza una mirada asesina mientras se coloca un puro apagado en la comisura de la boca. Después continúa:

—Te he perdonado lo del avión del equipo porque los dueños y los de dirección están «encantados con toda la atención que esa arañita está centrando en el equipo». —Hace el gesto de las comillas con los dedos—. Se han agotado los asientos para toda la temporada. Hay gente de gran notoriedad comprando palcos. Los productos oficiales vuelan de los estantes. Y todo eso.

»Pues bien por ellos —indica—. Porque te advierto que a mí tu asociación con esa mujer no me ha traído más que disgustos. Nada más. Desde la treta que se le ocurrió a Marquis con la pantalla gigante hasta la gilipollez que te has marcado hoy. Sus admiradores están llenando las visitas guiadas de las instalaciones de entrenamiento y luego desaparecen de dichas visitas porque intentan acercarse a ti. Y ahora esta mierda. Ya está bien. —Se saca el puro de una comisura de la boca y al instante se lo mete en la otra—. Sabes que me trae sin cuidado con quien salgáis. Tío, tía, lo

que os apetezca. A mí me importa una mierda. Pero, cuando eso afecta a mi equipo, sí que me tiene que importar. —Me clava un dedo en el pecho, como si deseara que fuera un cuchillo—. Cincuenta mil, Sly. Esa es la multa que te voy a poner por todo este lío.

—¿Cincuenta? ¿En serio? —Se me escapa antes de poder morderme la lengua—. ¿Y qué ha pasado con la regla de «todos reciben una advertencia»?

—Todo el mundo recibe una advertencia excepto tú. —Me inclino hacia delante y sus ojos se entrecierran peligrosamente—. Como digas una palabra más, lo subiré a setenta y cinco mil. Ahora fuera de mi vista. Ya puedes traerme un cheque el lunes a primera hora o no vuelves a pisar mi campo, quarterback estrella o no.

Y, con eso, se levanta, camina a grandes zancadas hasta la zona de la habitación de la *suite* y cierra de un portazo a su espalda.

Me quedo ahí sentado un minuto intentando enfadarme. Pero la realidad es que me merezco la bronca. Sí, es cierto que la multa es excesiva teniendo en cuenta que nunca me había perdido nada, pero tengo clarísimo que no voy a quejarme. Sobre todo porque tengo cosas más importantes de las que preocuparme ahora mismo. Como si Sloane va a tener un ataque cuando vea esas fotos nuestras cerca del puesto de comida.

Y, si lo hace, ¿cuánto le molestará?

Sé que no es el fin del mundo que haya unas cuantas fotos por ahí de un momento que yo consideraba privado. Pero ¿que aparezcan en Instagram? ¿En TikTok? ¿Por todas partes?

Les hemos dado el beso en el Willow, y estábamos de acuerdo porque no era nuestro. Era para los periódicos y las revistas y para las páginas de cotilleos de las redes sociales. Ese lo teníamos bajo control, aunque yo no lo sintiera así del todo.

Pero ¿ese momento en el puesto de comida? ¿Ese besito en la mejilla tan dulce que me ha dado antes de subirse al coche? Se suponía que eso era para nosotros.

Las fotos de la mesa de pícnic son las que más me molestan. Esas en las que ella no portaba su escudo. Donde solo era Sloane, no la Viuda Negra. Ni artificios ni muros que se alzaban a los cielos. Esas fotos son las que temo que hagan que vuelva a alzar sus muros, incluso más altos que antes.

Saco el móvil y compruebo si tengo algún mensaje mientras salgo de la *suite*. Hay varios, casi todos tienen que ver con mi cita con Sloane de una forma u otra, incluido una mano gigante con el pulgar hacia arriba de mi abuela, pero ningún mensaje proviene de la mismísima Sloane.

Miro rápidamente la hora y, como todavía no ha salido al escenario, le mando un mensaje rápido.

Yo:
Solo quería asegurarme de que estás bien
Yo:
Hoy me lo he pasado genial

He aprendido a no esperar una respuesta inmediata por su parte, así que me quedo a cuadros cuando mi teléfono vibra con un mensaje suyo menos de treinta segundos después.

Sloane:
Seguro que no es para tantear el terreno
después de esto?

Al cabo de unos segundos, aparece en mi pantalla un vídeo de nosotros riendo.

He visto las fotos y ya eran bastante malas. Pero es la primera vez que veo el vídeo y he de decir que de repente entiendo de qué

estaban hablando los chicos. Parece que estemos completamente encandilados el uno con el otro.

Yo:
Quizá SÍ que preguntara por eso
Yo:
Estás bien?

Sloane:
De maravilla.

Eso no me cuadra. Así que dejo de caminar y contemplo el móvil con sospecha. Quiero preguntarle si me está mintiendo, pero me parece un tanto hostil, así que me conformo con otra cosa.

Yo:
En serio?

Sloane:
No pensarás de verdad que esto
me ha cogido por sorpresa, no?

Yo:
A mí sí que me ha cogido por sorpresa

Sloane:
Pobre chico ingenuo, pensabas
que podríamos escondernos
detrás de un par de árboles
Sloane:
Ya había visto a las chicas

Yo:
Y no has intentado pararles los pies?

Sloane:
Ya tenían la foto del Willow.

Qué más da que capturaran
una conversación entre los dos?

Yo:
Se suponía que ese momento era nuestro. Y ahí
tampoco pareces la Viuda Negra

En cuanto le doy a enviar, tengo ganas de retirar el mensaje. Sobre todo porque Sloane no contesta de inmediato.

Busco a toda prisa una razón por la que ha dejado que suceda. O no le importa que nos fotografíen juntos porque no tiene planeado permitir que vuelva a pasar, o no le importa porque sí que planea que vuelva a pasar.

Sé por cuál de los dos escenarios me decanto yo, pero, en algunos aspectos, Sloane continúa siendo un misterio para mí. Puede que haya logrado persuadirla durante un rato hoy, pero sigue en guardia.

No obstante, no hay nada más patético que un capullo enamorado plantado en medio de un pasillo de hotel mientras contempla con tristeza su móvil, así que echo a andar de nuevo. Por lo menos en mi habitación me sentiré un poco menos desgraciado.

Estoy entrando en el ascensor cuando me llega un mensaje nuevo. Lo abro vergonzosamente rápido, solo para decepcionarme cuando me doy cuenta de que no es de Sloane. Es de mi agente.

Vivian:
Me subo a un avión en diez minutos. Estaré en el
hotel a las 7 de la mañana. Podemos desayunar
antes de la recaudación de fondos

Joder.

Si tenemos en cuenta que no tenía ningún plan de venir al partido de esta semana, lo único que se me ocurre para justificar el repentino interés y la urgencia de Vivian es que está relacionado con

Sloane. Ya si es por la foto del beso o por la multa de cincuenta mil dólares de la que sin duda se ha enterado, no lo tengo claro. Sea como sea, no va a alegrarse cuando llegue.

Bueno, pues ya puede ponerse a la cola. Me ha tocado aguantar una bronca que te cagas de Branson. Ni de coña pienso aguantar una suya. No sobre Sloane.

Vuelve a sonarme el móvil, y me preparo para decirle a Vivian que baje los humos. De forma educada, claro. Pero esta vez el mensaje es de Sloane.

Lo abro tan rápido que casi me rompo un dedo.

Sloane:
Para que te quede claro,
SOY la Viuda Negra
Sloane:
Y alegra esa cara. Habrá comidas
de sobra que no tendremos
que compartir con los fans

De repente mi mal humor se evapora. A tomar por culo los cincuenta mil pavos y cualquier bronca que Vivian crea que necesita echarme. Porque, por primera vez, Sloane se ha atrevido a decir que está conmigo en esto. Que habrá más nosotros.

Me muero de ganas.

35

Sloane

—¡Has estado impresionante! —me dice Lucinda mientras me quita el último traje de la noche.

—Ha sido un público estupendo. —Cojo mi camiseta y me la meto por la cabeza—. Me he divertido mucho actuando para ellos.

Mientras pronuncio las palabras, me doy cuenta de que por primera vez en mucho tiempo lo creo de verdad.

Antes del concierto, estaba demasiado ocupada pensando en Sly (y en todo lo que ha ocurrido en el parque Griffith esta tarde) para estresarme como suelo hacerlo. Además, cuando el público ha empezado a corear «Sloaney» a mitad del concierto, no he intentado ignorarlo. En lugar de eso, les he seguido el rollo y, sorprendentemente, nos lo hemos pasado todos genial.

Y eso por no hablar de que las pancartas de esta noche han sido fabulosas. Personalmente, mi favorita rezaba TE QUIERO MÁS QUE A LAS GALLETAS CON PEPITAS DE CHOCOLATE, pero todas eran adorables o divertidísimas.

Me subo los pantalones de chándal y lanzo una sonrisita a Lucinda antes de dirigirme a la puerta. Me muero por volver al hotel. La melodía de Sly (me he negado a intentar llamar de otra forma a las notas que llevan rondándome la mente desde que lo conocí) no ha parado de sonar en mi cabeza y tengo muchas ganas de tocarla un rato antes de intentar dormir.

—Oye, ¿no te olvidas de algo? —me indica Lucinda cuando estoy saliendo por la puerta.

—¿De qué? —inquiero con las cejas enarcadas.

Me hace un gesto con la cabeza para señalar la petaca, que está tumbada de lado en la mesa del camerino.

Es la primera vez en muchísimo tiempo que me la olvido y me altera más de lo que me gustaría. No la necesito, al fin y al cabo, dentro solo hay té, pero es lo que representa lo que me hace alterarme por habérmela dejado. Es un nivel más entre la Viuda Negra y la Sloane de verdad. Una capa más para impedir que la gente vea a mi yo verdadero.

Cuando me he comido esa concha con Sly, le he permitido retirar una esquinita de la cáscara dura que rodea mi exterior. Le he permitido a él y al mundo ver un poquito de la Sloane de verdad. Y, cuando he decidido no preocuparme por esas chicas que nos hacían fotos, he elegido permitir que el resto del mundo también vea esa parte de mí. Por un lado, sigo sin creerme que haya dejado que ocurra. Y ahora estaba a punto de salir sin una de las características más básicas de mi uniforme de Viuda Negra.

¿Cabe alguna duda de por qué se me revuelve el estómago? No sé qué me está pasando. Y, lo que es peor, no tengo ni idea de si quiero detenerlo.

—¿Estás bien? —pregunta Lucinda, y parece inusualmente insegura.

—Sí, estoy bien. —Cojo la botella con un agradecimiento rápido y después salgo a toda prisa por la puerta. Esa canción no va a escribirse sola.

Marco se encuentra conmigo en el pasillo.

—¿Estás lista? —inquiere.

Tengo que mirarlo dos veces porque su voz suena muy seria y sus ojos, que normalmente danzan, parecen sombríos.

—¿Qué pasa? —Se me cierra la boca del estómago mientras decenas de posibilidades diferentes me pasan por la mente a toda velocidad. Todas tienen que ver con Sly. Todas horrorosas.

—Había otra muñeca mutilada en el escenario esta noche.

Me inunda el alivio.

—¿Eso es todo?

—¿Cómo que si eso es todo? Es la segunda muñeca tuya muerta que te han lanzado en una semana, y lo que le han hecho a esta es... perturbador. Además, es en una ciudad diferente a la primera, lo cual quiere decir que quienquiera que esté detrás de esto podría haberte seguido hasta Los Ángeles.

Tardo un segundo en asimilar sus palabras, pero, cuando lo hago, mi estómago ya inquieto amenaza con iniciar una revuelta. Cualquier energía positiva que hubiera recibido del concierto y de mi tarde con Sly se desvanece en cuanto miro el rostro preocupado de Marco.

—¿Otro acosador? —pregunto conteniendo las náuseas. Ya vomitaré cuando vuelva a la habitación del hotel. De momento, nadie puede ver lo mucho que me afecta este disparate, ni siquiera Marco.

—Todavía no lo sé. Solo sé que la coincidencia me hace pensar que hay una conexión.

—¿No crees que te estás precipitando? —inquiero mientras caminamos hacia la salida—. La primera muñeca se estampó contra mí, literalmente, lo cual quiere decir que cientos de personas grabaron cómo ocurrió y seguro que lo subieron a sus redes sociales. Sobre todo si esta es diferente...

—He dicho perturbadora, no diferente —aclara.

—Bien, ¿y a qué nos enfrentamos? ¿A un imitador? ¿Quizá a algún fan obsesionado con Jarrod que quiere meterme miedo? El aniversario de su muerte es dentro de un par de semanas...

—Esto parece más obra de alguien trastornado que obsesionado —informa Marco cuando me abre la puerta.

—Fantástico. —Salgo—. Bueno, hay de todo en este mundo.

G, otro de mis guardaespaldas, ya ha aparcado el coche delante de la puerta y me dispongo a ir hacia él. Solo que Marco me agarra el brazo con delicadeza para detenerme.

Me quedo de piedra. El estupor me recorre el cuerpo mientras mi mirada se clava en los dedos que se cierran en torno a mi muñeca. Marco sabe que odio que me toquen, así que si lo ha hecho ahora querrá decir que quiere llamar mi atención de forma urgente.

Esa sensación se ve recalcada cuando continúa:

—Estoy preocupado, Sloane. Mi intuición me dice que algo va mal.

Joder. A este paso voy a potar aquí en medio de la acera y me va a importar una mierda si me hace parecer débil. Marco lleva conmigo desde que tengo dieciséis años, y su intuición nunca le ha fallado. En ningún momento. Es una de las razones por las que es el jefe de mi equipo de seguridad. Si está preocupado, es que hay una razón de peso para preocuparse.

Respiro hondo para darme la oportunidad de pensar y tranquilizarme; luego suelto el aliento poco a poco.

—Entonces ¿crees que hemos atraído a otro acosador?

Él deja caer mi muñeca ahora que sabe que le estoy prestando atención, pero no retrocede ni un paso para proporcionarme espacio. Al contrario, se mantiene a pocos centímetros de mí mientras me guía hacia el coche.

—No estarás pensando que nos está esperando aquí fuera, ¿verdad? —pregunto cuando me abre la puerta.

Lo digo de broma, con la intención de aliviar un poco la tensión que hace que mi interior se convierta en lava ardiente. Pero, cuando contesta, no puede hablar más en serio.

—No sé de qué narices son capaces. La muñeca de esta noche llevaba una carta con un imperdible y no era nada agradable. No te lo digo para asustarte, pero no pienso correr ningún riesgo.

Me cierra la puerta en las narices antes de que pueda preguntar nada más.

Me abrocho el cinturón, concentrada en tragarme la bilis que ahora mismo me quema la garganta mientras espero que Marco se coloque en el asiento del acompañante.

—¿Cómo de malo podría ser?

La mirada que me lanza por encima del hombro me dice que no quiero saberlo.

—Sabes que normalmente me tomo estas cosas con filosofía, pero esta me da mala espina, Sloane. Hay un cabrón perturbado que te ha puesto en el punto de mira y parece que tiene muy claro lo que quiere hacer contigo.

Mantiene la voz monótona y tranquila, pero advierto la tensión que esconde.

—Ya he avisado a Olivia y a Jace, y van a llamar a Bianca. También me he puesto en contacto con mi amigo del FBI, que...

—¿El FBI? ¿Va en serio? —Me recorre un escalofrío—. ¿Tan serio crees que es?

—Creo que necesitamos estar alerta. Espero que no sea nada, pero me pagas para sortear cualquier amenaza y mantenerte a salvo. Te lo repito, creo que esto es una amenaza y pienso actuar de forma consecuente. Por tanto, voy a añadir a dos guardias más a la rotación. Quiero que nos acompañe un segundo coche adonde vayamos y a otra persona estacionada en tu piso cuando estés en la

habitación del hotel. —Se da la vuelta en el asiento para que pueda verle la cara mientras continúa—: Además, se han acabado tus días de corretear con Sly por las colinas, a no ser que uno de nosotros corra a vuestro lado.

Quiero discutírselo, pero conoce su trabajo mucho mejor que yo.

—Vale —acepto con un suspiro.

—¿Vale? —Parece perplejo, cosa que me ofende un poco.

—No soy una descerebrada. Eres el mejor en tu campo y, si crees que hay una amenaza, te creo. Entiendo que sientas la necesidad de dar la alarma. Yo cumpliré con todo lo que me pidas. Pero sí que me gustaría que las cosas siguieran pareciendo lo más normales posible, por lo menos desde fuera.

—No tenía pensado envolverte en chalecos antibalas —responde, aunque el ceño fruncido se ha relajado un poco ahora que sabe que no voy a oponerme a él—. Intentaré que las cosas parezcan lo más normales posible, por ahora. Pero, como la amenaza se agrave, va a ser un aviso para la gente de fuera, pues vamos a protegerte como una fortaleza.

No es la concesión que buscaba, pero es lo mejor que le voy a sacar.

—Mientras eso evite que otro capullo se masturbe con mis bragas, doy el visto bueno a todo lo que creas que necesitamos.

Ignoro la desagradable sensación que me invade solo por pronunciar esas palabras y me digo que no importa. Que no tienen ninguna importancia en mi vida, y tampoco los enfermos que hacen esas cosas. Hay días en los que hasta me creo la mentira, una pena que hoy no sea uno de esos días.

—No me lo recuerdes. —Esboza una mueca—. Aunque creo que ambos preferimos que fuera ropa interior en tu piso vacío que en tu

habitación del hotel. Y por eso mismo vamos a tomarnos esto muy en serio.

Como coincido de todo corazón con él, me limito a asentir y a cerrar la boca. Intento no pensar en que algo de eso pueda suceder. No ha pasado tanto tiempo desde la última vez que intentaron colarse en mi casa de Chicago (vendí ese apartamento después de que lo allanaran, porque no soportaba la idea de volver), pero sí que ha pasado bastante desde que alguien consiguió acercarse a mí.

Marco y su equipo se han asegurado de ello.

No hablamos durante el resto del trayecto hasta el hotel. Es tarde, así que el tráfico es fluido y no tardo en estar de vuelta en mi habitación. Mi habitación recién registrada y sin peligros en la costa, al parecer, cortesía de mi equipo de seguridad nocturno.

Me doy una ducha rápida para quitarme el sudor del concierto, llevo a cabo la extensa rutina de cuidado facial que mantiene mi piel con un aspecto fresco, hidratado y casi sin imperfecciones a pesar del maquillaje denso que llevo todas las noches en el escenario. Después me siento en el sofá con la guitarra, mi diario y el móvil para grabar.

Sigo pensando en lo que me ha dicho Marco, pero lo bloqueo para centrarme en la única parte de este trabajo que siempre me ha importado.

La melodía que lleva rondándome la mente desde que conocí a Sly ha estallado hoy. En lugar de flotar por las lindes de mi cabeza, ahora ha ocupado el centro y exige que la toque.

Y lo hago, haciendo volar los dedos por encima de las cuerdas de la guitarra mientras experimento con la melodía y arreglo y cambio notas del estribillo hasta que tengo algo que funciona con los fragmentos de letra que se me han ocurrido antes. No es perfecta, pero es un comienzo hasta que vaya apareciendo el resto.

Vuelvo a tocarla, ahora un poco más centrada en el ritmo, inspirada por el roce de uñas de Pauline, por supuesto. Acelero en cada estrofa y después vuelvo a ralentizar; intento buscar ese punto intermedio hasta que... Ahí está.

Me incorporo de golpe y me pongo alerta mientras vuelvo a tocar las notas, y ahí es cuando sé que ya lo he conseguido. Lo noto con todo mi cuerpo.

Incluso antes de que la cara de Sly aparezca en mi mente. Sus cejas relajadas, sus ojos oscuros e intensos cuando sus labios se curvan en una amplia sonrisa. La misma sonrisa que me ha dedicado después de besarme en el observatorio.

Se me encienden las mejillas ante el recuerdo y pequeños relámpagos me atraviesan. Incluso ahora, hay una parte de mí que no puede creerse que haya pasado. Sé que estaba oscuro y sé que no había casi nadie más con nosotros. Pero la verdad es que, en ese momento, no sé si me habría importado estar sentada al lado del editor en jefe de la TMZ. Porque, en ese momento, no era Sloane Walker, la estrella del pop, era Sloane a secas. Solo una chica en una cita con un chico al que le apetecía muchísimo besar.

Y, aunque seguramente debería estar flipándolo ahora mismo, no puedo decir que me arrepienta. ¿Cómo iba a arrepentirme cuando solo una tarde con él me ha hecho sentir más valorada y querida de lo que me he sentido en mucho tiempo? ¿Quizá en toda mi vida?

Toco el primer compás del estribillo de nuevo y, esta vez, me aparece otra frase en la cabeza.

«Era domingo cuando te conocí».

Lo anoto en mi libreta y vuelvo al estribillo, decidida a dejarlo perfecto esta noche. Pero esa frase no se me va de la cabeza.

«Era domingo cuando te conocí, cuando la lluvia cayó sin fin».

De nuevo, Sly aparece en mi cabeza, solo que en esta ocasión no es el de hoy. Es el de la noche del concierto de Austin. Un poco encantador, un poco intenso, todo ojos amables y ocurrencias ágiles.

Como pensar en él hace que el cuerpo me duela de formas en las que hace mucho tiempo que no lo hace, vuelvo a centrarme en la melodía y la toco una y otra vez en mi cabeza mientras espero a ver si se me ocurren más versos.

No me vienen más a la cabeza. No sé si debería sentirme agradecida o decepcionada al respecto, así que cierro la libreta y aparto la guitarra. Pero aún no estoy cansada, la adrenalina del concierto sigue danzando por mi cuerpo. Bueno, eso y la energía de la primera cita más alucinante que he tenido jamás.

Como no puedo dejar de pensar en él y en todo lo que me ha hecho sentir esta tarde en el parque, cojo el móvil antes de pensármelo dos veces y le mando ese mensaje para avisar de que estoy de vuelta en el hotel que le había prometido. Sé que su partido no es hasta el sábado, pero mañana tienen una recaudación de fondos muy temprano, así que supongo que ya estará durmiendo.

Me convenzo de que no me decepcionaré si no me contesta.

Esta conexión que crece entre nosotros es un sentimiento peligroso. Me pone nerviosa, pues siento que mis muros empiezan a desmoronarse. Aun así, no basta para hacer que me aparte de él. No ahora que parece que cada parte de mi ser está cobrando vida. No cuando parece que merece la pena arriesgarse por ese algo o alguien.

Yo:
Que lo pases bien mañana

Está claro que un mensaje tan genérico no parecería muy arriesgado para cualquier otra persona, pero, para mí (sobre todo si

tenemos en cuenta nuestra conversación previa), es enorme.

Porque lo es y, a pesar de que sé que es probable que esté durmiendo, ahora estoy mirando el móvil obsesivamente por si hay una respuesta. Cojo una botella de agua y el platito de galletas con pepitas de chocolate que me estaban esperando en la habitación después del concierto y me meto en la cama.

Intento recordar lo que siempre me dice Pauline. «Los hombres en esta industria son como diamantes falsos, cielo. Sí, al principio brillan como los que más, pero un poco de uso hace que enseguida se deslustren. Por no decir que, si te acercas demasiado, los más baratos cortan que no veas».

Ya me han cortado antes, en realidad, casi me han destripado, y la idea de volver a prestarme a ello de forma voluntaria me aborrece. Aun así, cuando pienso en Sly, hay algo en mi interior que me dice que tal vez esta vez será diferente.

Muerdo una galleta y me pregunto qué opinará él de las migas en la cama. ¿Un mal menor o un motivo de ruptura? Entonces, como odio siquiera estar pensando a tan largo plazo cuando apenas he podido mandarle un mensaje de buenas noches, me pongo un episodio de mi serie favorita e intento perderme en él mientras me zampo dos galletas más.

Justo cuando estoy empezando a plantearme comerme una cuarta, me vibra el móvil.

Es patético lo rápido que lo cojo.

Sly:
Gracias. Cómo ha ido el concierto?

Yo:
Por qué sigues despierto? No tienes la recaudación de fondos a las nueve de la mañana o así?

Sly:
Tenía la esperanza de que me mandaras
un mensaje

Se me acelera el corazón ante sus palabras y me digo a mí misma que debo calmarme. Un par de besos y un montón de descargas eléctricas en mi interior que me resultan desconocidas no son la fórmula del amor verdadero.

«Entonces ¿por qué solo con el recuerdo de su abrazo mi cuerpo se siente tan vivo que duele?».

Aunque no es tanto el dolor como la vulnerabilidad. Me da tanto miedo que casi tiro el móvil y apago la luz.

Casi.

Me revuelvo un poco, intentando ponerme cómoda en un cuerpo que de pronto me resulta de lo más incómodo. Pero lo único que consigo es rozarme los pezones, inesperadamente sensibles, con la tela de la camiseta. Cosa que solo empeora el vacío y anhelante sentimiento de mi interior.

Joder. Hay muchas razones por las que volver a abrirme a alguien es una mala idea, aunque se trate de alguien como Sly.

Sly:
Sigues ahí?

Yo:
Sí, solo intento ponerme cómoda

Sly:
Tienes los músculos agarrotados
después del concierto?

«No lo hagas», me advierto mientras los largos segundos pasan y mis dedos se quedan suspendidos por encima del teclado. «No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas».

Yo:
No me refería a esa clase
de incomodidad

En cuanto lo envío, quiero traerlo de vuelta. Pero al mismo tiempo... no. Porque Sly ha despertado algo en mí esta tarde, algo sobre lo que no me había permitido pensar en cinco largos años. Algo apasionante, demandante y ansiado.

Sly:
Estás bien? Debería disculparme?

Cómo no, eso es lo primero que pregunta. Es esa clase de tío.

Y es justo eso lo que hace que mis dedos vuelen por encima de la pantalla. Porque a la mierda. Ya me da todo igual.

Le doy a enviar antes de poder cambiar de idea.

Yo:
Que te disculpes es lo menos
prioritario en la lista de las cosas que quiero de ti
ahora mismo

36

Sly

Sloane:
Que te disculpes es lo menos
prioritario en la lista de las cosas que quiero de ti
ahora mismo

Vaya tela.

Leo el mensaje una y otra vez y, en cada ocasión, se me acelera más el pulso.

No lo estoy leyendo mal. No, es imposible.

Pero, de no estar haciéndolo, la mujer de mis putos sueños me acaba de mandar un mensaje subido de tono. Y ni de coña pienso dejarla en leído.

Eso no me impide leer lo que venía antes una vez más, solo para asegurarme. No quiero pasarme de la raya ahora que por fin se está abriendo a mí.

Pero no, estoy seguro de que solo hay una forma de interpretar las señales que me está mandando.

Yo:
Y qué quieres de mí?

Pasan unos largos segundos antes de que me llegue otro mensaje.

Sloane:
Creo que la pregunta es
qué quieres tú de mí

Mi mente se ve anegada por las imágenes. No son fantasías, sino recuerdos. Momentos grabados a fuego en mi alma.

Sloane se inclina hacia mí, con los ojos bien abiertos y los labios un tanto separados mientras me invita a besarla.

Sus mejillas arreboladas cuando le hago un cumplido.

Esa Sloane blandita y dulce que me mira por encima de sus muros.

La Viuda Negra en el escenario con medias de rejilla y botas hasta los muslos con una poderosa sonrisa en los labios.

Me abruman. Ella me abruma.

Yo:
Todo, Sloane. Quiero todo lo que
estés dispuesta a darme. Y quiero que
tú quieras lo mismo de mí

La verdad brota de mí caótica y sin filtros, y mando el mensaje antes de poder pensármelo mejor. Pero, en los largos momentos que pasan mientras espero su respuesta, termino por cuestionar cada palabra. ¿La he presionado demasiado? ¿He pedido demasiado?

Empieza a vibrarme el móvil y lo cojo con la intención de mandar a quienquiera que me esté llamando directo al buzón de voz. Ahora mismo, tengo mejores cosas que hacer que hablar con mi agente o con quienquiera que piense que el mejor momento para llamarme es a las putas dos de la mañana.

Y, entonces, me doy cuenta de que es Sloane. Me está llamando por FaceTime.

Se me corta la respiración. No sé qué esperaba, pero, desde luego, esto no. Vaya tela.

Deslizo a la derecha y ahí está, delante de mí.

Está diferente sin maquillaje. Más joven. Más delicada. Pero no menos hermosa.

Los mismos ojos marrones. La misma melena pelirroja abundante. La misma piel perfecta, aunque ahora puedo ver las pecas desperdigadas por su nariz y sus mejillas. Eso me hace preguntarme por todos los otros lugares en los que tendrá pecas y si tendrán un sabor tan dulce como ella esta tarde en el observatorio.

—Corazón. —Ni siquiera me molesto en detener la sonrisa que lentamente se apodera de mi cara—. Eres un alivio para el alma —le digo en español.

Sloane me lanza una sonrisa burlona.

—No sé qué significa eso, pero me gusta cómo suena.

—En inglés, la gente dice «benditos los ojos que te ven». —Me planteo dejarlo ahí, aunque la frase en español no tiene exactamente la misma traducción. Pero le he hablado en español porque esas son las palabras que quería decirle. Me parecería que me escaqueo si bajo la apuesta ahora mismo—. En español dicen que alivias el alma.

Ella abre los ojos antes de agachar la cabeza para esconder las mejillas rosadas tras su pelo.

Se me encoge el pecho ante el espectáculo: este icono global, esta mujer que dirige estadios enteros con un solo suspiro, se avergüenza porque le he dicho la verdad.

Y, joder, si ella supiera... Si se viera de la misma forma que la veo yo. No solo hermosa, sino radiante. No solo un alivio para mi alma, sino un bálsamo para cada una de mis partes rotas.

Quiero conocer a esta mujer de mejillas arreboladas. Lo cierto es que quiero conocer a todas las Sloane: la Viuda Negra, la

compositora, la artista, la mujer que esconde tras una muralla. Quiero conocerlas a todas porque quiero conocer a la verdadera.

Y quiero que ella sepa que todas esas partes de su ser solo la hacen más radiante: la pulida y la tierna, la que se viste de gala y la que no lleva adornos.

Me dispongo a decírselo, pero entonces decido esperar a ver lo que hace. Adónde elige llevar todo esto.

Me cuesta sentarme a esperar, intentar no llenar el silencio y facilitarle las cosas tanto como pueda. Pero no lo hago. En vez de eso, espero con toda la paciencia que consigo aunar a que ella vuelva a alzar la mirada, con sus grandes ojos castaños llenos de ese miedo que sientes solo cuando empiezas a querer algo demasiado.

Lo reconozco, porque yo he visto esa misma expresión en mis propios ojos cuando he llegado a mi habitación esta noche.

—Tu último mensaje... —Se calla, y en sus ojos nadan miles de secretos.

Joder. La he presionado demasiado y aún es pronto. Empiezo a decirle que no importa, que lo único que quiero es aquello que esté cómoda dándome.

Pero entonces susurra:

—No sé cuánto de mí queda para ofrecértelo, Mateo. Solo soy un montón de piezas rotas y afiladas que he pegado con purpurina y pegamento para pestañas.

Se me rompe el corazón ante sus palabras. Odio que se sienta así. Odio más todavía que pueda ser verdad. Pero lo único que digo es:

—¿Y no lo somos todos? Bueno, a ver, yo soy más de Superglue, pero incluso eso se resquebraja bajo la presión. —Espero a que me dedique una sonrisa antes de continuar—: Eso no quiere decir que no merezca la pena aferrarse a las piezas.

Ella aparta la mirada, sé que está volviendo a retractarse. Así que me arriesgo y me pongo a su altura.

—No tienes que ser perfecta para que te quiera. Solo tienes que estar aquí. Conmigo. De cualquier forma que a ti te parezca bien. Es lo único que te pido.

—Pides mucho —susurra, y se me cae el alma a los pies. Pero entonces añade—: Lo intentaré. Es lo único que puedo prometerte.

—Es suficiente, corazón. Más que suficiente.

De nuevo, el silencio llena el espacio que se abre entre nosotros. Por lo menos hasta que Sloane carraspea y agrega:

—No me cabe ninguna duda de que este es el peor sexo telefónico de la historia de la humanidad.

Me quedo helado ante sus palabras, con la mente en blanco, aunque me mira expectante.

—Yo... no tengo ni idea de qué responder a eso —admito por fin.

—Por eso te he llamado, ¿sabes? Estaba aquí, en la habitación del hotel pensando en ti y sintiendo toda clase de cosas que hacía mucho tiempo que no sentía y... —Se interrumpe para reírse y sacudir la cabeza—. Solo quería...

—¿Qué? —pregunto, con el corazón en la garganta—. ¿Qué querías?

—A ti —susurra por fin—. Solo te quiero a ti, Mateo.

Lo dice en voz tan baja que casi me lo pierdo. Pero no lo hago y las palabras me aterrizan en el pecho como una promesa que ni siquiera me atrevía a desear.

Durante un instante, no puedo respirar. Porque esas son exactamente las seis palabras que he estado esperando oír. «Solo te quiero a ti, Mateo».

Encuentro su mirada y se la sostengo a través de la pantalla mientras le digo:

—No sé de qué estás hablando. Porque esto acaba de convertirse en el mejor sexo telefónico de la historia de la humanidad.

Eso le saca una carcajada.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Porque es todo lo que quiero. Y todo lo que he querido siempre. A ti, que estés en esto conmigo, que estés de verdad.

37

Sloane

Las palabras de Sly penden entre nosotros, y una mezcla de asombro y satisfacción convierte su cara en algo con lo que sé que voy a soñar más tarde. Sus ojos se han teñido de color café y el pecho le sube y le baja como si acabara de atravesar corriendo un campo de fútbol entero.

Y yo estoy disfrutando de cada segundo. Resulta embriagador que un hombre al que deseo de verdad me mire de ese modo.

Sly no es la primera persona que me mira con tal necesidad, ni siquiera es la primera que lo hace esta noche. Pero sí que es la única que me importa. La única a la que le devuelvo la mirada de la misma forma.

—Pues entonces te toca a ti mover ficha, corazón —le digo con cierto tono de burla. Porque necesito decir algo, lo que sea, para que parezca que mantengo el control sobre mí misma, aunque no de la situación.

No es cierto, pero, como todo lo demás en mi vida, puedo fingirlo hasta que lo sea.

Tal vez.

—Eres preciosa, joder —espeta, y no sé cómo, pero su voz suena reverente y rota al mismo tiempo.

—No sé yo si eso es un movimiento —replico con la ceja enarcada.

—No lo es —admite—. Solo la verdad. Eres la persona más hermosa que he visto en mi vida.

Normalmente ese cumplido no me impresiona: mucha gente me ha dicho que soy hermosa a lo largo de los años y me parece una tontería emocionarme por algo sobre lo que no tengo ningún control, algo que tiene que ver más con la genética y el buen maquillaje que con nada que yo haya escogido.

Sin embargo, la forma en la que me lo dice Sly, todo alegría y luz, hace que me cosquilleen los dedos de los pies y que mi corazón se tropiece consigo mismo.

—Lo mismo pienso yo de ti —contesto antes de poder pensármelo mejor.

—Y yo que creía que soy un tipo duro y atractivo. —Enarca una ceja.

Resoplo.

—¿Y eso quién lo dice?

—Ni idea. —Sonríe—. Creo que lo he leído en un artículo de la *GQ*.

Me río y la tensión entre nosotros se disipa lo suficiente para que vuelva a respirar con normalidad. Por lo menos, hasta que alza la mano para apartarse ese rizo rebelde de los ojos y me distraigo con sus manos.

«Esas manos». Las que me han abrazado con tanta delicadeza esta tarde. Las que me han hecho temblar a la par que me hacían sentir segura.

—Me gustan tus manos —declaro de golpe.

Joder. «¿Qué me pasa?». Es como si mis hormonas hubieran anulado cualquier otra célula de mi cuerpo, incluidas mis neuronas.

—¿Estas manos tan normales? —Levanta una para que vea los cortes y los callos en su amplia palma y sus dedos largos—. Eres tan suave que me sabe mal tocarte con ellas.

—Pero quiero que me toques. —Las palabras me salen sin filtro, un secreto que mi voz, al igual que mi cuerpo, no puede ocultar—. Me gusta lo fuertes que son y lo delicado que eres cuando me tocas con ellas.

Se calla un momento y, esta vez, cuando vuelve a hablar, su voz es suave como la miel y duele como la verdad: es lenta, arrolladora y devastadora.

—Siempre seré delicado cuando necesites que lo sea.

Algo en mí se astilla aún más. Esa pieza que todavía no está acostumbrada a que la manejen como si fuera algo de valor en lugar de algo roto. Como si se me permitiera querer dulzura y no avergonzarme de ello.

Es mucho, tal vez demasiado para que pueda soportarlo ahora mismo, así que susurro:

—Lo mismo digo.

Veo que él entero se ilumina.

No me decepciona. Sly se ríe, es dulce e íntimo. Sus ojos castaños desprenden calidez mientras me observa la cara.

—Pues quedamos en eso —dice—. Pase lo que pase, cuidaremos el uno del otro, Sloane.

Me encanta la forma en la que me llama su «corazón». Pero adoro todavía más la forma en la que dice mi nombre cuando piensa que hablamos de algo importante.

—Yo... —Se me quiebra la voz cuando sus palabras me engullen—. No quiero hacerte daño, Sly. Vaya adonde vaya esto, pase lo que pase, no quiero hacerte daño.

Ahora le toca a él hacer una pausa. Le toca a él buscar mi mirada. Pero lo único que dice es:

—¿Por qué no dejas que yo me preocupe de eso?

—Ah, ¿sí? —Enarco una ceja—. ¿Y de qué tendría que preocuparme yo si puede saberse?

—De lo que quieras.

Paso los ojos por todas las partes de él que veo en esta maldita aplicación.

—Es peligroso decirle algo así a una mujer como yo.

Sonríe.

—Menos mal que estoy hecho para el peligro.

—Te puede la boca, Sylvester.

—Solo porque espero demostrarlo en persona pronto. —Su voz es grave, me produce escalofríos y la siento en todos mis lugares secretos, incluso esos que he escondido tras una barricada para protegerlos.

—Define *pronto*. —Se me escapan las palabras, anhelantes, hambrientas.

Veo sus ojos cuando las comprende, lo siento en su repentina intensidad mientras se acerca solo un poco. Como si pudiera salvar la distancia entre nosotros a través de la pantalla.

—En cuanto me invites.

La necesidad crece en mi interior, una sensación cálida y temblorosa que amenaza con abrirme en canal.

—Puedes considerar esto tu invitación —contesto. Y, madre mía, ¿esa es mi voz? ¿La que suena así de ronca? ¿Así de anhelante? Apenas la reconozco, incluso antes de continuar—. Te quiero aquí conmigo. Ahora.

Es una gran afirmación por mi parte, una que hace que se me forme un nudo en la garganta y el aliento me pese en el pecho. El miedo tiembla tras la bravuconería e intento retirarlo.

—Lo siento. Sé que tienes la recaudación de fondos dentro de unas pocas horas. Y el partido al día siguiente. Y...

—Oye. —Sly no se mueve, pero su voz grave, humeante y dominante, toma el control de mi perorata y hace que me calle a mitad de frase—. Ya te he dicho que haré lo que quieras, Sloane. Estoy a tus órdenes.

—¿Qué quieres decir? —Contengo la respiración, casi temo la respuesta.

—Quiero decir que, si me quieres ahí, ahí estaré. —Aparta las sábanas y me deleita la vista vestido con nada más que unos calzoncillos negros de Armani, hasta que coge unos vaqueros y se los sube por las piernas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto abriendo los ojos como platos.

—Ir a verte. —Ahora su voz es dulce como un caramelo sobre el acero—. Estaré ahí en veinte minutos.

La alarma y la anticipación me recorren en un mismo instante.

—¡No puedes! Tu toque de queda...

—Que le den al toque de queda. —Coge una sudadera, se la pone y se asegura de ocultar todo lo que puede su cara con la capucha—. Yo también quiero verte.

—¿No te vas a meter en un lío? —pregunto—. No quiero meterte en ningún lío...

—No me quedaré mucho. Pero necesito tenerte entre mis brazos. Esta vez de verdad.

Coge la cartera y la llave de la habitación, y se las mete a toda prisa en el bolsillo trasero del pantalón.

—Sly...

Me presiono el pecho con una mano, como si pudiera calmar el caos que se ha desatado en mi interior. No debería querer esto, no debería quererlo a él, pero lo quiero. Es aterrador, pero también es lo primero que he sentido como real en mucho pero que mucho tiempo. Y es lo primero que parece encajar en mucho tiempo más.

Se detiene con la mano en el pomo de la puerta y, por primera vez, parece indeciso.

—¿Qué?

—Date prisa.

El alivio le inunda la cara cuando abre la puerta y sale al pasillo.

—Ya estoy de camino.

38

Sloane

Sly está viniendo.

Se está saltando el toque de queda y viene a verme. Ahora mismo.

Me quito la camiseta de tirantes por encima de la cabeza; después cojo un chándal y me lo pongo antes de salir corriendo hacia mi puerta.

Jaime, uno de los dos guardaespaldas nocturnos, se levanta acelerado.

—¿Va todo bien, Sloane?

—Sí, claro. —Empiezo a sonrojarme al darme cuenta de lo que estoy a punto de decir y lo que sin duda van a pensar al respecto él y el otro guardaespaldas, Johnny.

Tampoco es que importe, me recuerdo. Soy una mujer adulta. Puedo traer a un hombre a mi habitación cuando me venga en gana. Solo porque no haya querido tener a ninguno cerca durante los últimos cinco años, no quiere decir que haya nada malo en que quiera que Sly lo esté ahora. Sobre todo porque todo mi interior me dice que es tan buen tío como parece.

Carraspeo.

—Solo quería avisaros a ti y a Johnny de que Sly está de camino. Por favor, dejadlo pasar cuando llegue.

Jaime asiente.

—Por supuesto. ¿A qué hora lo esperamos más o menos?

—No estoy segura. Dentro de unos quince minutos, quizá.

—Entendido. —Sonríe al tiempo que coge el móvil—. Nos encargamos de él.

—Gracias.

Le devuelvo la sonrisa y me meto otra vez en mi habitación. Voy al baño a toda prisa para lavarme los dientes, mojarme un poco la cara e intentar domar la maraña que tengo en el pelo.

Incluso después de todo eso, todavía dispongo de varios minutos, así que me sirvo una copa de vino para calmar los nervios. Luego procedo a no bebérmelo mientras camino de un lado a otro delante de los enormes ventanales que ocupan una pared entera de la salita.

Desde la planta más alta del hotel, Los Ángeles parece pequeña y sorprendentemente tranquila. Quiero ver por la ventana cuando llegue el Uber de Sly, pero estoy en el piso dieciséis y no tengo ni idea de qué coche va a traerlo. Menuda ansiosa, ¿no?

Descarto la vigilancia y me pongo a andar por toda la estancia. Mientras paseo, no puedo evitar preguntarme si estoy haciendo lo correcto.

La verdad es que no sé lo que estoy haciendo. Y no me había pasado nunca. Por eso mismo estoy caminando de un lado para otro. Y haciéndome preguntas. Y preocupándome. Y...

Un toque en la puerta interrumpe los pensamientos que corrían en bucles obsesivos por mi mente y me doy la vuelta justo a tiempo para ver a Sly entrar como si la habitación fuera suya.

Barre la estancia con los ojos hasta que se encuentran con los míos y, entonces, los deja ahí clavados. Durante varios segundos, ninguno de los dos se mueve. Nos limitamos a mirarnos fijamente mientras la tensión espesa el aire que nos separa hasta que me resulta casi imposible respirar.

Me vibra el cuerpo entero, cada célula de mi ser lo anhela, hasta que ya ni siquiera me importa si puedo respirar o no.

Hasta que ya no me importa si puedo mantenerme en pie.

Hasta que ya no me importa nada más que llegar hasta él.

Sly debe ver en mis ojos que me he rendido, porque, en cuanto lo busco, cierra de un portazo a su espalda.

Y, entonces, recorre la habitación a grandes zancadas, me alza en sus brazos y me abraza antes de que pueda dar ni un paso en su dirección.

En cuanto me toca, mis preocupaciones (y los últimos restos de mis inhibiciones) desaparecen.

—Sí que has tardado —me quejo mientras le rodeo el cuello con los brazos, la cintura con las piernas y enredo los dedos en su pelo. Tiro de su boca hacia la mía.

—Joder —gruñe contra mis labios, y me devuelve el beso; su boca me devora entera, al igual que hago yo con él.

Lo es todo y nada, como el beso del observatorio. Siento todas las emociones: la temblorosa necesidad de conectar, de abrazar, de estar juntos. Pero con una capa de desesperación absoluta.

Nuestros labios se encuentran, los dientes mordisquean, las lenguas se entrelazan en una rebelde cacofonía de anhelo y deseo de la que no tenemos suficiente. El beso se alarga y se alarga.

Sabe a lima, huele a sándalo y agua fresca, y la sensación que me produce es todo lo que había imaginado. Todo lo que siempre he querido. Y lo único en lo que puedo pensar es en que quiero que dure para siempre. Es más, quiero que esto dure para siempre.

Acerco más a Sly, lo sostengo con más fuerza y él me imita mientras nos hace girar y empieza a moverse.

En un momento, estamos en medio de la habitación de pie y, al siguiente, tengo la espalda pegada a la ventana y las manos de Sly

se deslizan de arriba abajo por mis costados, todo sin separar la boca de la mía ni un instante.

Me arqueo hacia él en respuesta.

—Por favor —jadeo contra su boca mientras el deseo se abre paso de forma arrolladora por mi cuerpo—. Sly, por favor.

Se aparta, y sus ojos hierven con la misma ansia que ahora mismo me está despedazando. Aun así, se toma el tiempo de levantar la mano hacia mi mejilla y apartarme el pelo de la cara.

—¿Estás bien? —susurra.

—Todavía no —murmullo al tiempo que deslizo las manos por debajo de su sudadera y le araño la espalda con las uñas—. Pero lo estaré en cuanto estés dentro de mí.

Con solo pronunciar esas palabras, la presa de mi interior se resquebraja, pero Sly se queda donde está, con su mirada feroz clavada en la mía.

—¿Estás segura? —dice con la voz entrecortada, y me encanta que sea tan cuidadoso. Que siempre se preocupe por mí. Pero, como no se quite la ropa en diez segundos exactos, puede que yo fallezca por el deseo que no he podido mitigar.

Eso mismo le digo, y veo cómo las palabras lo golpean y arrastran con ellas toda cautela.

Me desliza las manos por la espalda hasta el elástico de los pantalones. Y, entonces, tira de ellos hacia abajo, intenta quitármelos con desesperación. Pero tengo las piernas alrededor de su cintura y a él pegado contra mi cuerpo, y no quiero soltarlo ni el tiempo que va a tardar en quitármelos.

Deja escapar una risa, un sonido grave y profundo que solo consigue subirme más las revoluciones.

—Voy a necesitar que cooperes un poco, corazón.

Pero sus labios me recorren la mandíbula, la mejilla, el cuello, la clavícula, y parece que él tampoco tiene ninguna prisa por apartarse de mí.

Por lo menos, no hasta que llega con los labios al hueco de mi garganta y me enciende como uno de mis conciertos: luces, fuego, calor, purpurina, ¡ya!

Lo aparto lo suficiente para meter las manos entre nosotros.

—Necesito tocarte. Necesito... —Las palabras me salen como un quejido.

—Sé lo que necesitas —gruñe en respuesta, y entonces vuelve a hacernos girar.

—La habitación está por... —Me callo cuando su boca se pega a la mía de nuevo y me olvido hasta de mi nombre, y más aún de lo que estaba a punto de decirle.

—Demasiado lejos —declara con dificultad mientras recorre los pocos pasos que hay de la ventana a la larga mesa de comedor que ocupa todo un lado de la estancia.

Me coloca sobre la mesa y después me agarra los pantalones y la ropa interior para bajármelos por las piernas de un solo tirón. Yo intento quitarle la sudadera al mismo tiempo, mis manos desesperadas por tocar toda esa piel morena y cálida, así que las telas se enredan.

—Deja de ayudar —resopla cuando por fin consigue hacerse con el control de todas las prendas enredadas y las lanza a un lado.

Golpean la lámpara de araña que hay encima de la mesa y esta empieza a balancearse y a girar, como si no pudiera evitarlo.

La luz estalla en todas las direcciones y se choca contra las paredes oscurecidas por la noche, se dispersa por el techo y el suelo en frenéticos rayos de plata y luces de estrellas. La estancia entera da vueltas a mi alrededor, demasiado brillante, demasiado deprisa,

como si fuera el interior de una bola de nieve que alguien ha agitado con demasiada fuerza. El aliento se me queda atascado en la garganta mientras los destellos me recorren la piel, la piel de Sly, y, durante un instante, parece que damos vueltas con ellos.

Es caos. Es magia. Es todo lo que no debería querer y todo lo que quiero junto. Brillante, salvaje, poderoso, vivo, caliente.

Somos Sly y yo, y este único momento perfectamente imperfecto, y nunca nada ha encajado mejor.

Lleva las manos a mi camiseta de tirantes. Yo, los dedos a su cinturón, a sus vaqueros. Y así, sin más, desaparecen y solo quedamos nosotros, piel con piel, boca con boca, corazón con corazón.

Al menos hasta que se aparta y empieza a bajar, recorriéndome el cuerpo a besos.

Su boca está por todas partes: mis pechos, mis costillas, en la línea entre mi corazón y mi ombligo. Y después sigue descendiendo; sus labios, sus dientes y su lengua me hacen sentir cosas que jamás habría imaginado.

Y, durante esos momentos largos y desesperados, juro que dejo de existir. Cuerpo, corazón, alma..., todo desaparece. Ya no soy de carne y hueso, solo soy una sensación. Soy calor y purpurina, ritmo y deseo. Soy el latido de mi garganta y los escalofríos que me recorren la piel.

Soy las luces que danzan en el techo, brillante, sin aliento y libre mientras Sly me lleva cada vez más arriba. Tan arriba que me da miedo quedarme aquí sola y lo busco.

Deslizo las manos por sus hombros, le clavo los dedos en la espalda y arqueo el cuerpo para encontrarme con él mientras me sostiene. Me ancla. Me mantiene a salvo en la vorágine de sensaciones y emociones que me está invadiendo.

Porque es Sly quien me sostiene. Es Sly quien me toca. Y él siempre me protegerá.

Como si quisiera respaldar mis palabras, se aparta el tiempo suficiente para que sus ojos, empapados de deseo, se encuentren con los míos.

—¿Sigues estando bien? —me pregunta, y sé que parará si se lo pido.

Pero no pienso hacerlo. Quiero más de él, lo quiero a él entero.

—¡Por favor! —jadeo mientras forcejeo para acercarlo más a mí—. Por favor, necesito...

—Ya lo sé, corazón —susurra, y desliza una mano temblorosa por mi mejilla.

Y entonces se mueve, desliza los dedos en mi interior y los gira. Las estrellas detonan tras mis ojos mientras me caigo en picado por el borde del acantilado, directa al éxtasis.

—¡Sly!

Él se traga mi grito con la boca mientras mi cuerpo convulsiona a su alrededor: cierro los dedos, aprieto las piernas y mi núcleo se contrae.

—Así —jadea—. Dámelo todo. Dame...

Se calla cuando grito, pero no puedo evitarlo. Ha sacado los dedos de mi interior y, de repente, siento como si cayera en espiral sola hacia lo desconocido, cada parte de mi cuerpo fuera de mi control por primera vez en la vida.

—¿Sloane? ¿Qué...?

—¡No te vayas! —Me aferro a él, mi cuerpo se pega al suyo y, aun así, intento acercarlo más—. No te vayas, no te vayas, no te...

—No me voy a ninguna parte —promete mientras mueve mi peso para que descanse sobre uno de sus fuertes brazos.

El ruido de un envoltorio, unos cuantos jadeos más y por fin está en el lugar que le pertenece.

Entra y es tan profundo que juraría que puedo sentirlo en el alma. Grito por la sensación de estar llena.

Por la sensación de tenerlo dentro.

Por la sensación de por fin, por fin, por fin, tenerlo a todo él.

Ante el sonido, Sly aparta la boca de la mía. Sus ojos, salvajes, peligrosos y con las pupilas dilatadas, se encuentran con los míos.

—¿Qué? —gimo mientras me aferro a él—. ¿Por qué?

—¿Estás bien? —consigue pronunciar con una voz tan grave y dura que apenas lo entiendo.

—¡Sí! —Deslizo las manos para cogerle del culo—. Más. Por favor. Necesito...

Me arqueo y lo acerco a mi interior.

—¡Joder! —ruge Sly mientras oculta el rostro en el lugar en el que se encuentran mi cuello y mi hombro. Me muerde tan fuerte que me quedo sin aliento.

Él es todo placer. Esto es todo placer. Como si siempre hubiera estado destinado a ocurrir. Como si fuera parte de mí, una pieza perdida de un rompecabezas que por fin ha encontrado el camino a casa.

No sé por qué, pero ese pensamiento me lleva más arriba, hace que mis terminaciones nerviosas ardan y que la sangre me hierva, por mucho que me aterre.

Ignoro el terror para centrarme en el placer, el increíble, inconcebible y alucinante placer. Mi cuerpo detona como una explosión, los muros de mi interior se desmoronan en ese mismo instante, hasta que el único que mantiene mis pedazos rotos en pie es Sly.

Sly presionando su boca contra la mía.

Sly presionando sus caderas contra las mías.

Sly pronunciando mi nombre a través de la mandíbula apretada cuando por fin se desata.

Una ola tras otra de éxtasis me invade, entierra mi despedazada barrera hasta que me vuelvo incoherente, insensata e incandescente por el placer. Hasta que ya no me importa ningún otro momento que no sea este.

Para ser una mujer que se ha pasado cinco años limitándose a mantener la cabeza por encima de la superficie del agua, debería aterrarme sentir que me hundo. Y quizá me aterraría si Sly no estuviera justo aquí, conmigo.

Pero lo está y, por ahora, es suficiente. De hecho, es más que suficiente. Lo es todo.

Y él también.

39

Sloane

Cuando todo acaba y por fin podemos volver a respirar, Sly me lleva en brazos hasta la habitación.

Me tumba en el lado derecho de la cama y me da un beso en la frente.

—No te muevas —me pide, antes de quitarse por fin los vaqueros para meterse en la cama conmigo y tirar de mí para colocarme entre sus brazos.

Yo me acerco por voluntad propia y hundo la cara en su pecho. Mi cuerpo, mi mente y mi corazón están henchidos por los orgasmos más arrolladores de mi vida. Aspiro el aroma de Sly, adoro su olor salado y terroso. Adoro todavía más la forma en la que me abraza, como si estuviera hecha de diamantes: fuerte, de un valor incalculable y merecedora de cada segundo de su atención.

Por primera vez, entiendo el sentimiento, porque, aquí, ahora mismo, siento lo mismo por él.

Pasan varios minutos antes de que deslice un dedo por debajo de mi barbilla y me alce la cara para mirarlo. Es la primera vez que se encuentran nuestros ojos desde que me ha dejado en la cama y me doy cuenta de que parece tan absorto como yo.

Levanto la mano para apartarle el pelo de la frente y él gira la cabeza para besar la parte interior de mi palma.

—¿Estás bien? —pregunta mientras los dedos de su mano libre juegan con las puntas de mi pelo.

—No lo sé.

Le sonrío como un gato que se acaba de comer una bandada entera de canarios. Hay una vocecita en mi interior que me advierte de que tenga cuidado, de que el peligro acecha, pero, por primera vez en mucho tiempo, decido no hacerle caso.

Además, ya estoy jodida; ya que estoy, puedo disfrutar del subidón antes del choque inevitable.

—Dime tú.

Vuelve a sonreír.

—Estoy muchísimo más que bien, tanto que usar esa palabra me parece un sacrilegio.

—Podría decir lo mismo —anuncio.

—Espero que lo digas. Muchas veces. —Baja la cabeza y me da un beso en los labios justo cuando me ruge el estómago. Con fuerza.

Se aparta con una risa.

—¿Tienes hambre?

Me lo pienso durante un instante.

—La verdad es que estoy famélica. Después de los tacos en el parque, no me apetecía cenar, y ya se me ha pasado el efecto de las tres galletas que me he comido antes de que llegaras.

—¿Se te ha pasado o las has quemado? —inquiere con un movimiento de cejas que me saca una risa mientras él busca su móvil—. A ver qué sitios hacen envíos tan tarde.

Me planteo decirle que seguramente podríamos pedir servicio de habitaciones en el hotel, por muy tarde que sea. Es una de las ventajas que la empresa de giras negocia con cualquier hotel en el que nos quedemos, pero yo intento no abusar del privilegio que me da la fama.

Por suerte, Los Ángeles tiene muchas opciones abiertas veinticuatro horas. Veinte minutos después estamos sentados en la cama con las piernas cruzadas, a pesar de tener una mesa perfecta en la otra sala, mientras compartimos el que estoy convencida de que es el mejor sándwich de pavo que se ha hecho jamás.

Eso o estoy famélica de verdad.

—¿A qué hora tienes que irte? —pregunto mientras me inclino hacia delante para robarle una patata.

—¿Es una astuta estratagema para echarme a la calle y quedarte con todas mis patatas? —me espeta—. ¿O es que ya te has cansado de mí?

—Un poco de las dos cosas, la verdad —respondo con voz monótona; después pongo los ojos en blanco y añado—: Es solo que no quiero que te metas en un lío por haberte saltado el toque de queda.

—Sería un problema mucho más grave si hubiéramos tenido partido por la mañana —asegura mientras se encoge de hombros—. Pero solo es la recaudación de fondos que te comenté.

—¿Para qué recaudáis fondos? —indago. Siempre ando en busca de buenas causas a las que apoyar.

—Es una clínica deportiva y una barbacoa que organizamos una vez al año para recaudar dinero. Lo destinamos a equipamiento y programas deportivos en las comunidades menos desarrolladas de la zona. —Me tiende otra patata.

Me dispongo a cogerla, pero niega con la cabeza antes de inclinarse hacia delante y alimentarme.

Me aseguro de darle un mordisquito en los dedos antes de aceptarla, y esa sonrisita lenta que estoy aprendiendo a adorar le invade el rostro.

—Me pones a mil cuando haces eso —le digo.

Enarca las cejas.

—¿Darte de comer patatas? Pues toma, que te doy unas pocas más, para que veas lo sexi que soy.

Baja la mano para hacer lo que ha dicho, cosa que me hace reírme de nuevo. ¿Qué tiene este chico que me hace tan feliz?

—Me refiero a eso que haces, lo de la sonrisa lenta.

—¿Qué es lo de la sonrisa lenta? —Ahora parece perplejo.

—Venga ya. No me creo que no sepas exactamente lo que provocas en la gente con esa sonrisa. Te he visto usarla en beneficio propio muchas veces ya, no me trago que no te hayas dado cuenta.

—Por mucho que me gustaría presumir de mis infalibles técnicas, estoy casi seguro de que solo es lo que hace mi cara cuando te ve.

Sus palabras hacen que se me entrecorte la respiración y que sienta un vuelco en el estómago, como si estuviera en una montaña rusa. O quizá sea la expresión de sus ojos: cálida, dulce y atenta. No me cabe duda de que tengo la misma expresión en la cara.

La idea hace que le devuelva la sonrisa y, por un instante, parece tan embobado como yo.

—¿Y bien? ¿Cuál es la «larga historia» de cómo te hiciste esto? —Alargo un dedo y toco la pequeña cicatriz con forma de estrella que tiene cerca del ojo al tiempo que veo cómo su alegría se desvanece en un instante.

—Fue una pelea. —Se encoge de hombros.

—Eso ya me lo había imaginado cuando me contaste que alguien te pegó un puñetazo con el anillo de la Super Bowl puesto. Pero ¿por qué os peleasteis?

—¿Acaso importa? —dice con voz tan fría que siento el helor en la piel.

—Lo siento. —Empiezo a recoger la basura antes de levantarme de la cama—. No quería pasarme de la raya.

Pero, antes de que pueda dar más de un paso o dos, Sly me rodea la cintura con un brazo y me coloca en su regazo.

—Lo siento —se disculpa mientras me mira con la expresión más seria que le he visto adoptar—. Es que no esperaba la pregunta.

—No pasa nada —declaro enseguida, porque un día y una noche juntos no me da derecho a su información personal y tampoco el hecho de que yo compartiera antes mi historia. Sin importar lo vulnerable que me hiciera sentir o lo mucho que siento que este día, esta noche, sí que me da derecho a algo—. Seguramente no debería haber preguntado...

—Puedes preguntarme lo que quieras —me asegura—. Y contestaré. Es solo... No estoy exactamente orgulloso de la forma en la que me hice la cicatriz.

—Entonces no tenemos por qué hablar del tema.

—No pasa nada. —Me da un leve beso en los labios antes de bajarme para sentarse a un lado de la cama, dándome la espalda—. Me metí en una pelea con un examigo que resultó que llevaba el anillo de la Super Bowl puesto cuando me pegó. La cicatriz es del logo del equipo.

—Un momento. He visto los anillos de la Super Bowl. ¿Me estás diciendo que tu «amigo» te pegó en la cara con una de esas monstruosidades puesta?

—Tampoco son tan grandes.

—Pues a mí me parecen enormes. —Me recorre un estremecimiento, me echo hacia atrás para apoyarme en el cabecero y agarro una almohada para cubrirme—. ¿Y por qué os peleasteis? ¿Por una mujer?

No contesta de inmediato, cosa que hace que me estremezca de nuevo, esta vez con más intensidad. Puede que sea una ingenua, pero, si me hubieran preguntado, jamás habría dicho que Sly era

una persona violenta. Sí, el fútbol puede ser un deporte brutal, pero lanzar una pelota no es lo mismo que asestar un puñetazo.

Durante un instante, tengo un flashback de Jarrod hundiéndome en la piscina, manteniéndome bajo el agua. Sé que una pelea con un tío dista mucho de intentar ahogarme, pero aun así no creía que Sly fuera de los que se meten en peleas porque sí.

El silencio llena la estancia mientras espero su respuesta conteniendo el aliento.

—Nos peleamos por mi hermana.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—¿Tu hermana? —repito.

Al principio, no creo que vaya a añadir nada más, pero entonces suspira y se pasa una mano por el pelo.

—Era uno de mis mejores amigos.

—¿Es en plan típica trama de las novelas románticas? —pregunto relajándome un poco, porque sí que me imagino a Sly como el hermano sobreprotector—. ¿Eso de que te enamoras de la hermana de tu mejor amigo, pero tu mejor amigo no se lo toma muy bien?

—Más bien el tonto del hermano los juntó a principios de su segundo año de universidad. Empezaron a salir al instante y estuvieron juntos casi cinco años.

Tiene la voz tensa y, aunque no puedo verle la cara para leer su expresión, su tono no es distante sin más. Es glacial.

Me recorre la espalda un escalofrío, y casi me decido por dejar de preguntar. Pero soy yo la que nos ha metido en este berenjenal y, ahora que él está dentro de lleno, no me parece correcto dejarlo solo.

Así que hago lo único que se me ocurre. Tomo su cara entre mis manos. Le doy un suave beso en los labios apretados y otro y otro hasta que suaviza la expresión y me envuelve con sus brazos con un

suspiro entrecortado, como si estuviera volviendo a recoger sus piezas de recuerdo en recuerdo.

Entonces, y solo entonces, susurro:

—Puedes contármelo.

Se le tensa la mandíbula y, durante un instante, me parece que va a mandarme a la mierda. Pero entonces vuelve a respirar entrecortadamente y asiente.

—Todos pensaban que eran la pareja perfecta. Ella es un poco tímida, mientras que él es superextrovertido. Ella es seria; a él le encanta hacer bromas. A ella le gusta leer; él es una enciclopedia con patas de películas. Los polos opuestos se atraen y todo ese rollo. Pero, en lo que importaba, parecía que congeniaban a la perfección, ¿sabes? Ambos son listos y les interesan muchos temas distintos, son la clase de persona que siempre quieres tener en tu equipo. O, al menos, eso pensaba yo.

Niega con la cabeza y traga saliva de forma convulsiva. Y, por primera vez desde que lo conocí, parece tan vulnerable como siempre me siento yo. No hay ni rastro del donjuán de sonrisa lenta y ojos danzarines. En su lugar, se encuentra un hombre destrozado y lleno de arrepentimientos.

Verlo así me hiere como pocas cosas han conseguido herirme. Porque lo veo, lo veo de verdad, y no puedo evitar entender que ese hombre encantador que muestra al mundo solo es un escudo, igual que la Viuda Negra para mí. Este descubrimiento habría hecho que me desplomara de rodillas si no estuviera ya sentada.

Se sacude para intentar salir del trance, intenta forzar una sonrisa que no siente ni de lejos mientras me acaricia el labio en un gesto que se está convirtiendo rápidamente en una costumbre. Le doy un beso en el pulgar y me aparto lo suficiente para mirarlo a los ojos, que han adquirido un tono oscuro, como de pesadilla.

—No es culpa tuya —aseguro en voz baja.

—Ni siquiera sabes lo que pasó.

—No importa. No eres responsable de las acciones de los demás, por muy censurables que sean. —Es el mantra que mi terapeuta me ha hecho repetir sin parar a lo largo de los años. La mayoría de los días hasta me lo creo.

—Estuvo a punto de matarla. —Se revuelve debajo de mí, pero no hace ademán de levantarme de su regazo, así que me quedo donde estoy mientras continúa—. La maltrató durante años y yo no tenía ni puta idea. Cuando nos graduamos, él se fue a los Grizzlies de Seattle y yo a los Twisters, así que tampoco los veía a menudo. Cuando lo hacía, ella siempre parecía estar bien. Quizá un poco más callada de lo normal, pero bien. Salvo por los hematomas que resultó que escondía con maquillaje y camisetas de manga larga. Todavía no comprendo cómo no fui capaz de verlo.

—Porque ella no lo quiso. —Le aparto el pelo de la frente y después me acurruco contra él en busca de consuelo, no sé si suyo o mío. Quizá ambos, y para su hermana también. Porque sé lo que es tener que cubrir moratones que nadie más debe ver, contener la respiración y sonreír mientras ocurre algo que debería haberme roto.

—Se alargó durante años, Sloane. —Se le quiebra la voz, y mi corazón se parte con ella—. Me enteré después de un partido que jugamos contra su equipo. Era un partido en casa, así que Lucía vino con él a pasar el fin de semana y a estar con la familia. Para mí, todo parecía normal.

Niega con la cabeza, como si todavía no pudiera creérselo.

—Fue mi primer año como quarterback titular del equipo y terminó siendo una derrota brutal para los Grizzlies. Él parecía tranquilo al respecto cuando salimos a cenar esa noche, incluso

bromeó con ello. Pero resulta que no le hacía ninguna gracia..., y yo no tenía ni puta idea.

»Después de cenar, volvieron al hotel en el que él insistió que se quedaran en lugar de mi casa y... y, como lo había avergonzado en un partido clasificatorio, le dio una paliza de muerte a mi hermana pequeña.

40

Sly

Sloane se tensa contra mi cuerpo, casi espero que me empuje para apartarme. O que, como mínimo, me dé la espalda porque no soporta ni mirarme.

Solo Dios sabe que algunos días ni yo mismo soporto mirarme.

Cada vez que pienso en Grant, en lo mucho que me equivoqué y en que casi le costó la vida a Lucía, me odio más. Por no saberlo. Por no darme cuenta. Por no intervenir.

Por juntarlos y empezarlo todo.

—¿Cómo coño no me di cuenta? Estábamos en el mismo equipo —declaro—. Compartimos habitación el primer año de universidad y, después de eso, un apartamento con Marquis hasta la graduación. ¿Cómo coño no supe que era un monstruo? ¿Y que Lucía estaba pagando por mi ignorancia todos los putos días?

Sloane no dice nada, pero tampoco se aparta de mí. Al contrario, me escucha mientras me acaricia el pelo con dulzura a la par que yo suelto años de veneno y odio hacia mí mismo.

—Los llevé a todos a cenar después del partido, me reí cuando nuestras hermanas pequeñas le tomaban el pelo por no haber hecho su trabajo. Él se había pasado el año anterior restregándome el hecho de que habían llegado a la Super Bowl, así que no me importó hacerle lo mismo, y tampoco a nadie de mi familia. Excepto Lucía, claro.

»Pero que ella estuviera de su lado no le importó al muy hijo de puta. Le dio una paliza que casi la mata y después la dejó tirada en el puto suelo. —Me cuesta respirar—. Mientras que él se fue a beber con sus compañeros de equipo.

»Se quedó allí tirada una hora antes de poder arrastrarse hasta el teléfono para llamarme. Intenté conseguir una ambulancia, pero me dijo que, si él volvía y se enteraba de que había llamado a alguien, la mataría. Ella lo tenía claro. Después de todo lo que había pasado, después de todo lo que ese cabrón al que yo le había presentado le había hecho, aún se atrevió a pedirme que la salvara.

—Pues claro que te llamó —me asegura Sloane mientras me sostiene la cara entre las manos y me acaricia la cicatriz con el pulgar—. Sabía que tú te encargarías de todo. Y lo hiciste.

—Lo habría solucionado hacía años de haberlo sabido. Una llamada, solo con eso habría bastado para que me pillara un puto vuelo a Seattle y me la trajera de vuelta. Pero no llamó hasta que fue demasiado tarde. Hasta que no le quedó alternativa. —La culpa se va incrementando, como una presión violenta y amarga que no tiene por dónde salir—. No creyó que yo pudiera protegerla.

—Menuda tontería —rebate Sloane con una voz tan severa que no puedo evitar prestarle atención—. No conozco a tu hermana, pero a ti sí. Y estoy totalmente convencida de que sabía que irías a por ella si te llamaba. Por eso te llamó a ti y a nadie más para que fueras a la habitación de ese hotel, y por eso no te llamó cuando estaba en Seattle. Porque tenía claro que, en cuanto te enteraras, todo cambiaría.

—Y entonces ¿por qué no me llamó? ¿Por qué no me avi...? —Me quedo sin voz, no soy capaz de decirlo en voz alta.

—No lo sé. Estoy segura de que tendría sus razones, pero no me cabe duda de que no confiar en ti no era una de ellas.

Niego con la cabeza y me dispongo a seguir hablando, pero Sloane me detiene con las manos y esos ojos marrones agridulces que se resisten a abandonar mi mirada.

—Tienes que hacer caso de lo que te digo. Nunca te he mentido, Mateo. Y no pienso empezar ahora. Esa clase de hombre te manipula la mente, hace que te odies a ti misma y que creas que lo amas. Seguramente tu hermana tenía miedo de hacerte daño o temía que lo mataras y acabaras en la cárcel. Si se parece en algo a mí, es probable que también estuviera avergonzada...

Quiero interrumpirla, decirle que ninguna de las dos hizo nada malo, pero no lo hago. Porque tanto ella como Lucía ya lo saben. Eso es lo que los maltratadores hacen sentir a sus víctimas.

Se acerca a mí y me presiona la frente con la suya.

—Eres su hermano mayor. Cuando te necesitó, cuando te necesitó de verdad, te llamó. Y tú acudiste.

—Se suponía que debía protegerla...

—Y lo hiciste —me interrumpe, no da el brazo a torcer—. Cuando te llamó, acudiste.

Sus palabras atraviesan la neblina de rabia y arrepentimiento, se abren paso justo hasta el centro de todo lo que he estado intentando ocultar. Eso no borra la culpa, no hace que se esfume.

Pero sí que hace otra cosa. Me llena de asombro.

¿Cómo puede confiar tanto en mí cuando ni yo puedo confiar en mí mismo?

Esta mujer que ha sobrevivido a tanto sufrimiento a manos de hombres que aseguraban amarla. Esta mujer que ha tenido que reinventarse una y otra vez por lo que los hombres de su vida le han arrebatado. Esta mujer que ha mantenido la cabeza bien alta a pesar de las mentiras, los rumores y las gilipolleces que han blandido contra ella.

No tengo ni la menor idea de cómo puede ser tan fuerte, no después de todo lo que ha pasado. Y, desde luego, no tengo ni idea de por qué está dispuesta a confiar en mí después de haberle confesado mi mayor fracaso. Pero lo hace, y ni de coña pienso darle una razón para cambiar de idea o dudar de mí como yo dudo de mí mismo.

No pude proteger a Lucía. Ni de coña pienso fracasar en proteger a Sloane.

—Oye —susurra, y ahora me da besitos fugaces en la mandíbula y el cuello—, ¿sigues aquí conmigo?

—Sigo contigo —afirmo antes de pasarle las manos por la melena y acercarla para darle un beso.

Este beso no tiene nada que ver con los otros que hemos compartido esta noche. No es salvaje ni feroz ni fuera de control. Es suave, dulce y profundo. Como en el observatorio. Y, al igual que ese beso, me advierte de que las cosas ya no van a volver a ser como antes.

Los labios de Sloane se mueven con delicadeza contra los míos, y juro que siento su alma encontrarse con la mía. Pura, hermosa, poderosa.

En lugar de evitarla, la busco. Y advierto, por la forma en la que se sobresalta, la forma en la que jadea, que ella también me siente.

Desliza las manos de mis mejillas a mi nuca y enreda los dedos en mi pelo para acercarme.

La sigo, porque no puedo evitarlo, pues cada átomo de mi ser anhela cada átomo del suyo.

No sé cuánto tiempo dura el beso. Podrían ser segundos. Podría ser una vida entera. Solo sé que, cuando levanta la cabeza, los dos tenemos los ojos humedecidos. Ella tiene los labios hinchados y las

mejillas sonrojadas, y a mí nunca me ha parecido más hermosa que en este momento.

«Te quiero».

Las palabras me tiemblan en los labios, pero me muerdo la lengua en el último instante. Por una parte, porque nuestra primera cita ha sido hace solo quince horas y, por otra parte, porque sin importar lo que acabemos de compartir, sé que Sloane no está preparada para oírlas, para nada.

En cambio, pregunto:

—¿Estás lista para el resto de la historia?

41

Sly

—Estoy lista para cualquier cosa que quieras contarme —contesta mientras me coloca la mano en el corazón, como si sintiera que se está resquebrajando. Como si ella se sintiera igual.

Pero no hago presión, no la presiono a ella. Ya lo he hecho demasiadas veces esta noche.

Además, si no le cuento el resto ahora mismo, creo que jamás seré capaz de hacerlo.

—Llevé a Lucía a urgencias y los médicos empezaron a hacerle pruebas. Estaba hecha polvo.

Solo de recordar esa noche me cabreo, y ni siquiera puedo pensar en los días que siguieron. No podía tocar a mi hermana sin hacerle daño. Nadie podía. Pero tenía que llevarla en brazos. Tenían que examinarla.

—Lloró todo el tiempo —le cuento a Sloane, con la voz ronca—. No hacía ruido, solo eran lágrimas silenciosas cayéndole por las mejillas. Casi me rompo.

Puede que sí que me rompiera, porque no he vuelto a ser el mismo desde entonces. Nadie en mi familia, ni siquiera la abuela Ximena. Cuando mi padre murió, me dejó la responsabilidad de cuidar de mis hermanas. Me dijo que era el hombre de la casa, aunque solo tuviera diez años.

Mucha gente me ha dicho que eso no estuvo bien, que no debería haberme cargado con semejante responsabilidad. Pero ¿a quién se la iba a dejar, si no? Mi madre se largó después de que naciera Mariana, así que no era una opción. La abuela Ximena se encargó de darnos de comer, cuidarnos y asegurarse de que fuéramos al colegio. De querernos más que a nada. Pero alguien tenía que mantenernos a salvo, y ese era mi trabajo. Siempre ha sido mi trabajo.

Y fracasé de forma estrepitosa con Lucía.

—Bueno, resumiendo muchísimo —añado cuando vuelvo a encontrar las palabras—, el hospital pensó que había sido yo. Me denunciaron a la policía mientras a Lucía le hacían una resonancia y se presentaron allí mismo para arrestarme. He de decir que mis manos tenían el mismo aspecto que ahora. Unos cuantos moratones, algunos cortes por el partido clasificatorio en el que tanto había luchado. Seguramente parecía que le había pegado.

—Cualquiera que te conozca habría sabido que no fuiste tú —responde ella.

—Pero llamaron. Incluso muchos de los reporteros locales que se presentaron porque alguien les había dado un chivatazo sabían que ahí pasaba algo. Lucía salió justo a tiempo para impedir que me arrestaran, pero la prensa ya tenía su historia. Y algunos decidieron seguir adelante con ella.

Niego con la cabeza al recordarlo.

—En realidad, me importaba una mierda lo que la gente pensara de mí. Pero, cuando salió la noticia de que la policía había venido a arrestarme por la condición de mi hermana, incluyeron el nombre del hospital. Así es como descubrió Grant dónde estaba, y el muy gilipollas pensó que se había librado. Como la prensa nacional se había creído la historia de que había sido yo, creyó que podía entrar

como si nada con un ramo de flores en las manos y convencer a Lucía de que había sido así.

—¿Mientras arrestaban a su hermano por maltrato?

—Sí.

—O sea, que, además de maltratador, deliraba —reprocha Sloane con incredulidad.

—Era un desgraciado —corroboro, y necesito todo mi autocontrol para quedarme ahí sentado y terminar la historia cuando todo mi ser me grita que me mueva, que camine de un lado a otro, que dé un puñetazo a la puta pared. Que haga algo, lo que sea, para que la furia desaparezca.

Pero lo último que quiero es que Sloane sea testigo de la fealdad que llevo dentro, así que aprieto los dientes y me obligo a terminar.

—En fin, se presentó en la habitación del hospital. Mi hermana estaba muerta de miedo, y yo... no me lo tomé bien.

—Espero que le arrancaras la puta cabeza —gruñe ella.

—La verdad es que no, para mi desgracia. Pero sí que me las arreglé para que me diera los dos primeros puñetazos ante las cámaras. Después le pegué una paliza increíble. Esta vez, cuando vino la policía, a quien se llevaron fue a él. Y no ha tocado a mi hermana desde entonces.

—¿Está en la cárcel? —Parece más resignada que esperanzada, cosa que me dice todo lo que necesito saber sobre su opinión de lo bien que protege el sistema judicial de este país a las mujeres.

—Le dieron la condicional. —Ella resopla, como si no esperara más —. Y sigue jugando al fútbol.

—¿Qué? —Ahora sí que se le desencaja la mandíbula—. ¿En serio? ¿Sigue jugando? Pero eso quiere decir que... —Se queda helada cuando comprende la realidad del asunto—. ¿Sigues teniendo que ver a ese cabrón?

—Una vez al año. A veces dos, dependiendo de quién llegue a las rondas eliminatorias.

—Pobre Lucía —susurra, y el hecho de que piense en mi hermana me hace enamorarme un poco más—. Lo siento mucho.

—Eso no está bien —indico—. Pero por lo menos mi defensa tiene la oportunidad de reventarle en todos los partidos. Hace dos años, tuvieron que sacarlo a rastras antes de que acabara el primer tiempo. El año pasado ni llegó a pisar el campo.

—Vaya, a mí eso me parece hacer trampas.

—¿Y a mí me lo cuentas?

Nunca pensé que fuera posible sonreír mientras contaba esta historia, pero ver la sed de sangre que muestra Sloane ahora mismo me pone las cosas más fáciles. Sobre todo cuando sé que toda esa ira y esa sed de venganza son por el bien de Lucía.

—Y ahora ¿cómo está? —pregunta.

—Le va genial, la verdad. Está estudiando Derecho, es voluntaria en una casa de acogida para mujeres y está saliendo con alguien que parece que le gusta mucho.

—Vamos, que le va mejor que a ti.

—No sé yo. —Entierro los restos de pena en mi interior y me centro en Sloane—. Yo tengo a una Sloane Walker completamente desnuda en el regazo ahora mismo...

Entrecierra los ojos.

—Lo estás volviendo a hacer.

—¿Hacer el qué? —Ahora me toca a mí enarcar una ceja.

—Eso de la sonrisa lenta con la que consigues todo lo que quieres.

—¿Quién no sonreiría estando en mi posición? —Deslizo las manos por su culo desnudo y lo estrujo un poquito para demostrar que tengo razón.

Ella responde dándome una palmadita juguetona en el pecho.

—¡Lo digo en serio! No tienes que fingir conmigo sobre este tema. Sobre nada.

Espero a que deje de removerse y me mira a los ojos. Solo entonces, añado:

—Lo mismo digo.

Se queda helada durante un instante; el cuerpo entero se le tensa como si se preparara para recibir un golpe.

Pero entonces, poco a poco, concienzudamente, relaja los músculos uno a uno.

—Vale, bien.

—Genial. —Vuelvo a besarla, y esta vez añado un poquito de calor al asunto.

Cuando interrumpimos el beso, un par de minutos después, parece aturdida. Y más relajada de lo que la he visto jamás.

—Deja que te meta en la cama —digo levantándola y volviéndola para poder arroparla bajo las mantas.

Ella no para de retorcerse, pero también se ríe, así que imagino que le parece bien.

—Es absurdo lo fuerte que eres. —Parece perpleja mientras tira de la manta para taparse con ella.

—La gente espera que lance una pelota a casi setenta y tres metros de distancia —contesto—. Necesito fuerza para hacer algo así.

Empiezo a levantarme, pero me envuelve la cintura con un brazo para anclarme a la cama.

—¿No puedes quedarte un ratito más?

No debería, pero, en cuanto Sloane me lo ha pedido, nadie puede persuadirme de lo contrario. Asiento y la acerco a mí.

—Me quedo hasta que te duermas —susurro hundiendo el rostro en su cabello, que huele a vainilla.

—Vale.

Se da la vuelta para pasarme un brazo por encima de la cintura y apoyar la cabeza en mi hombro. Siento como si ese fuera su lugar. Como si siempre hubiera estado ahí.

De nuevo, las palabras me queman en los labios.

De nuevo, vuelvo a morderme la lengua.

Y es entonces cuando Sloane empieza a cantar la versión más lenta, triste y hermosa de *Three Little Birds*, de Bob Marley, que he oído en mi vida.

Todo el mundo sabe que tiene una voz alucinante tanto en el estudio como en el escenario, cuando todo está perfectamente equilibrado y ajustado, pero la voz retocada que todo el mundo oye en la radio no es nada comparado con cómo suena cuando está cantando a capela. Su voz es ronca. Cruda. Como una aflicción hecha sonido. Me deja sin respiración mientras canta una canción sobre consuelo... y supervivencia. He oído esta canción cientos de veces, pero, hasta que he oído su versión, no tenía ni idea de cuantos matices tiene.

Cuando termina la última nota, presiona besos suaves en mi pecho y susurra:

—Todo va bien.

—Vete a dormir, Sloane —susurro—. Te llamaré mañana.

—¿Me lo prometes? —inquiere, y no puedo evitar sonreír ante la forma en que se le cierran los párpados, es adorable.

—Impídemelo si puedes —la reto.

—No quiero —murmulla medio dormida—. Ese es el problema.

Es vergonzoso lo rápido que sus palabras me calientan y me derrito, como el chocolate. Aun así, solo pronuncio un «bien» antes de que poco a poco, tranquilamente, se suma en un sueño. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no imitarla.

Pero, en el exterior, el sol está empezando a romper la oscuridad. Sé que eso quiere decir que tengo que marcharme. Vivian aterrizará pronto, y lo último que necesito es que arme un escándalo cuando vea que estoy desaparecido. Así que me visto, le doy un beso en la mejilla y salgo con sigilo por la puerta, echando ya de menos el sonido de la voz de mi chica.

42

Sly

—¿Qué coño estás haciendo? —me espeta Vivian con su marcado acento neoyorquino en cuanto me acerco a su mesa en el restaurante del hotel—. ¿Estás intentando que me caiga muerta como hizo Joe?

—Yo también me alegro de verte, Vivian. —Intento dedicarle a mi agente esa sonrisa lenta a la que Sloane no puede resistirse—. Tienes un aspecto encantador, como siempre.

—Que te den —contesta, y sus ojos extremadamente maquillados se entrecierran mientras me mira de arriba abajo—. Mi hija tiene una exhibición de equitación hoy. Pero ¿estoy allí? No, estoy aquí. Después de cogerme un vuelo nocturno. Porque parece que mi cliente número uno no puede dejar la polla quietecita en los pantalones. Sé de sobra la pinta que tengo. Y he de decir que, aun así, es mejor que la tuya.

—Vaya. Gracias por subirme el ego. —Sigo con la sonrisa intacta, en gran medida porque sé que con ello la sacaré de quicio. En los tres años que ha sido mi agente, desde que me pidió que le diera una oportunidad cuando su marido, mi exagente, se murió de un infarto a los cuarenta y un años, he aprendido que no solo aprecia la actitud malhumorada, sino que la exige.

—No me pagas para que te suba los humos. Me pagas para decirte las cosas como son. Y estoy aquí para decirte que lo que

parece es que la Viuda Negra te ha dado un buen mordisco en el culo. —Me da unas palmaditas en la espalda cuando rodeo la mesa para abrazarla y después señala la silla que tiene enfrente—. Bueno, siéntate, ¿quieres? No me puedo tomar el café contigo ahí plantado como un gigante.

—¿Te ha dicho alguien que estás cada día más gruñona? —Alargo la mano y pesco un trozo de piña del bol de fruta cortada que hay en el centro de la mesa.

En cuanto me lo llevo a los labios, me hace pensar en Sloane, aunque no sé por qué. Quizá porque todo me hace pensar en ella esta mañana.

—Estoy gruñona porque no paran de llegarnos ofertas de marcas y lo vas a joder todo si vas por ahí saltándote las reuniones del equipo y con aspecto de pordiosero. —Llama al camarero sin pausarse ni un segundo—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Yo duermo —aseguro con la esperanza de evitar otra ronda de animadversión.

Pero Vivian me lanza esa mirada que su hija mayor llama «la mirada de la muerte». No es mi abuela, pero no puedo evitar revolverme de la incomodidad.

—No te he preguntado SI has dormido. He preguntado CUÁNDO ha sido la última vez que te has tumbado en una cama para algo que no fueran actividades extracurriculares.

—Esta mañana —anuncio, porque me he tumbado en la cama cuando he vuelto al hotel. No es lo que ella me está preguntando, pero técnicamente es la verdad.

—Sí, claro —resopla—. Que estoy viuda, no muerta.

Me dispongo a responder, pero levanta una mano al tiempo que se da la vuelta hacia el camarero que ronda cerca.

—Yo ya le he pedido a la mujer que ha traído la fruta. Él tomará un café solo, una tortilla vegetariana con cuatro lonchas de beicon de pavo aparte y tres tostadas de pan integral, sin mermelada.

—Quiero mermelada —le pido al camarero.

—Sin mermelada —refunfuña ella, y el camarero se larga antes de que pueda volver a reivindicar mi derecho a comer mermelada de uva—. Tienes las fotos para esa campaña de trajes de chaqueta la semana que viene.

Bajo la vista a mi estómago, que sigue siendo plano.

—No creo yo que un poquito de mermelada vaya a estropear el traje.

—Mira, yo solo intento lograr que sigas siendo parte del juego. —Me dedica su expresión más inocente, cosa que no es inocente para nada, antes de servirse un montón de fruta en el plato que tiene delante—. Por lo que tengo entendido, a Sloane le gustan los chicos guapos.

—Yo le gusto bastante —contesto débilmente.

—Ya, eso he oído. —Me lanza una mirada oscura—. ¿Una multa de cincuenta mil dólares? ¿En serio? ¿No podías haberte dado un poco más de prisa?

—Para empezar, la mayoría de las mujeres aprecian a los hombres que se toman su tiempo. Y, segundo, estábamos en una cita.

—Fuiste a esa cita a la una en punto de la tarde. Lo sé porque soy yo quien negoció las condiciones. La reunión del equipo era a las siete. Es una primera cita la hostia de larga.

Apoya su argumento comprobando el reloj modelo Tank de Cartier que le compré cuando ganamos la Super Bowl hace tres años y Sánchez se jubiló, con lo que pasé a ser el quarterback titular.

—¿Y qué quieres que te diga? —Ahora me toca a mí mirarla con inocencia—. Conectamos.

—¿Es así como vamos a llamarlo? ¿Conectar?

—Vivian...

—A callar, Sly. ¿Te quieres tirar a una estrella del pop con una fila de exnovios muertos? Bien. —Se encoge de hombros—. Personalmente, no comprendo por qué no puedes buscarte una modelo simpática y mediocre, como el resto de los jugadores, pero bueno. Sal con ella. Acuéstate con ella. Haz lo que te venga en gana. Fórrate con los contratos con las marcas. —Me señala con el tenedor con una uva solitaria atravesada en las puntas—. Pero que ni se te ocurra permitir que interfiera en tu carrera.

—No está interfiriendo en nada —aseguro con la voz calmada que suelo reservar para los periodistas deportivos que intentan buscarme las cosquillas en las entrevistas. La mayoría se lo toma como la advertencia que es, pero Vivian sigue con su ataque.

—No me puedo creer que me digas eso con la cara impasible. Desde el momento en que apareció esa mujer, tú...

—Ya basta. —Como no se ha dado cuenta del tono de advertencia, decido decir lo que necesita decirse sin tapujos. No levanto la voz, pero, aun así, parece que quiere apuñalarme a mí con ese puto tenedor en lugar de a la fruta—. Antes de nada, te estoy dando mucha manga ancha porque tú y Joe siempre habéis hecho lo mejor para mí. Pero tienes que dejar de hablar mal de Sloane. Y, sobre todo, tienes que dejar de llamarla «esa mujer». La forma en que lo dices es irrespetuosa y no pienso tolerarlo.

Para recalcar lo que le he dicho, me inclino hacia delante, le quito la uva del tenedor y me la meto en la boca antes de que pueda quejarse.

—Y, segundo, no está interfiriendo en mi carrera. Me he perdido una sola reunión del equipo, que ni siquiera era acerca del partido.

Era sobre la recaudación de fondos de hoy. Me he disculpado con el entrenador y pienso pagar la multa sin rechistar.

Me callo cuando le suena el móvil.

Estos tres años como cliente de Vivian me han enseñado que sus empleados saben que nunca deben pasarle llamadas cuando está en una reunión; conque, si lo están haciendo ahora, en plena bronca, tiene que ser importante.

Eso debe pensar ella también, porque palidece cuando le da a contestar y se lleva el teléfono a la oreja.

—¿Las niñas están bien? —pregunta.

Escucha durante un momento y, acto seguido, sus ojos verdes se fijan en mí como si fueran un láser: intensos y abocados a la aniquilación absoluta.

—¿Qué? —pregunto solo moviendo los labios desde el otro lado de la mesa, pero ella se limita a mirarme fijamente.

—Ajá —le dice a quienquiera que haya al otro lado de la línea—. Por supuesto, necesitamos hacer control de daños... Llama a Stacy. Me trae sin cuidado que ya la hayas llamado. Vuélvela a llamar y sigue intentándolo hasta que conteste. Espero saber algo de ella en menos de quince minutos. Tenemos que adelantarnos a los hechos... Ah, créeme, lo hará. Dile que quiero un plan completo, no solo para cubrir esto, sino para cualquier ridiculez que se le ocurra hacer después. Uy, pues claro que habrá una siguiente vez. ¿Que cómo lo sé? Lo tengo delante... Sí, vale. Pásamela en cuanto te llame.

Cuelga sin despedirse; luego me señala con un dedo de manicura francesa desde el otro lado de la mesa.

—Voy a ser muy clara. En tan solo una noche, te has saltado una reunión y también el toque de queda por esta mujer. ¿Tú? ¿El tío que nunca ha llegado más de cinco minutos tarde a nada en su vida?

—No me he saltado el toque de queda. Nos dieron hasta las once y yo estaba en mi habitación a las nueve...

—Donde deberías haberte quedado. —Me lanza una mirada de acero—. Pero eso no es lo que pasó, ¿verdad?

—Lo que pasara no es de la incumbencia de nadie —contesto—. Yo nunca me he perdido nada, joder. Eso se me debería reconocer aunque fuera...

—Quizá hubiera sido así si no te hubieras perdido la reunión, hubieras recibido una bronca monumental, te hubieran multado y, después, tú te hubieras dado la vuelta y te hubieras largado otra vez.

—Que quede claro que no me largué al instante. Estuve en mi habitación unas horas antes de que el toque de queda acabara...

—Ya, bueno, pues eso no es lo que la ESPN tiene planeado publicar dentro de media hora. Van a sacar la historia de que el quarterback de los Twisters, la mayor estrella del equipo, quien resultó ser el MVP de la Super Bowl hace tres años, cuando le tomó el relevo a Sánchez en pleno partido, se ha pasado por el forro una reunión y el toque de queda del equipo por la chica mala del pop.

Hago rechinar los dientes de la frustración que me causa que me traten como a un adolescente recalcitrante. Sí, contraté a Vivian para que me representara y se encargara de que todos mis asuntos estuvieran en regla y bien considerados, incluida mi reputación. Pero eso no quiere decir que tenga permitido saltarme a la yugular, como si fuera un crío que ha pasado la noche fuera. Soy un hombre adulto, joder, y si se cree que no consideré las consecuencias antes de ir a ver a Sloane, por desgracia... está en lo cierto.

La verdad es que anoche no me importaban una mierda las consecuencias. Y siguen sin importarme.

—No es día de partido —le recuerdo—. Que haya salido hasta tarde no va a interferir en mi rendimiento en el campo. Te puedo asegurar que más de uno de los chicos no estaría en su habitación anoche.

—Ya, bueno, pero a más de uno de los chicos no los han pillado saliendo a hurtadillas del hotel de Sloane Walker a las seis de la mañana —replica Vivian—. Así que su mal comportamiento no va a ser la historia de hoy. El tuyo sí.

Mantengo la voz y el cuerpo relajados.

—Que estuviera en el hotel de Sloane tampoco va a afectar a mi rendimiento en la recaudación de fondos de hoy. Firmaré un cheque. Seré educado con la prensa. Y pasaré el rato con los niños, que es la única parte de todo esto que estoy deseando. ¿Qué más quieren de mí, joder?

—Que te alejes de Sloane Walker y no vuelvas a acercarte a ella —responde—. Esa mujer es veneno y todas las oportunidades que te está brindando con las marcas no durarán si tu carrera se va a la mierda.

Durante un instante, no me puedo creer que haya soltado eso sin inmutarse. Cosa que me vuelve a cabrear.

—Tú no puedes decirme qué hacer y qué no —espeto—. No sobre este tema.

—No te estoy diciendo qué hacer —reprocha con una mirada asesina—. Lo que te digo es lo que la prensa y tus fans quieren de ti. Esa era tu pregunta, ¿no?

Como no contesto de inmediato, continúa.

—Supongo que no tendré que recordarte que los dos últimos hombres con los que salió Sloane Walker están muertos. Así que, sí. Todo el mundo, y cuando digo todo el mundo es todo el mundo, está

pendiente para ver qué pasa con vosotros dos. Y, específicamente, si estás a punto de convertirte en su próxima víctima.

—Eso es una gilipollez, y lo sabes. No mató a ninguno de esos hombres.

—No estoy diciendo que lo hiciera. Solo digo que están muertos y no deberían estarlo. —Vuelve a sonarle el móvil y alza la mano para ordenarme que espere—. Ninguno de nosotros quiere ver cómo te pasa lo mismo.

Pero ahora estoy que echo humo. Estoy harto de que la gente que no tiene ni idea de nada de lo que está pasando siga juzgando a Sloane, y estoy más que harto de esta conversación. Así que, mientras Vivian habla con Stacy, la publicista que siempre tiene disponible, me levanto y lanzo a la mesa dinero suficiente para cubrir nuestros desayunos.

—¿Adónde vas? —Vivian se interrumpe a mitad de frase para mirarme con desdén—. No hemos acabado.

—Sí que lo hemos hecho. Voy a hablar con el entrenador antes de que estalle la mierda. Después voy a prepararme para lo que sin duda va a ser una rueda de prensa divertidísima...

—No digas nada hasta que te pase el mensaje que acordemos Stacy y yo. Te llamo dentro de media hora. Seguro que para entonces ya habrás acabado de recibir la bronca de Branson.

Qué ilusión. Quiero decirle a Vivian que el mensaje debería ser que estoy saliendo con Sloane y punto. Sin embargo, lo último que quiero es ponerle las cosas más difíciles a Sloane ahora mismo, así que me limito a asentir. E intento averiguar qué cojones voy a contarle cuando me llame. Porque algo me dice que tendrá que decir algo al respecto..., y no va a ser bueno.

43

Sloane

—Puedes hacer lo que te dé la gana, Sloane —me dice Bryan—, pero te aconsejo fervientemente que pongas freno a la tormenta de Sly antes de que acabe con las carreras de ambos.

El estómago me da un vuelco ante sus palabras. No por mi carrera, estoy segura de que la Viuda Negra solo aumentará su mala fama si la carrera de Sly se va al garete, sino por él.

Sé que Sly adora el fútbol. Sé que el fútbol y los fans adoran a Sly.

Y sé, porque Bryan me lo ha repetido hasta la saciedad esta mañana (y también porque lo busqué en Google hace unas semanas), que Sly es el hijo favorito de la NFL. Nunca se mete en líos. Nunca escriben nada malo sobre él. Y el público jamás le da la espalda.

En vista de los artículos matutinos sobre la multa de cincuenta mil dólares que tendrá que pagar por haberse ausentado de una reunión del equipo durante nuestra cita, para después saltarse el toque de queda para venir a verme, no me puedo ni imaginar la charla que él y su agente estarán teniendo ahora mismo.

Esto no es lo que quiero para él. Ayer en el parque, cuando quise ver el observatorio, no me dijo que tuviera una reunión que no podía perderse. Anoche, cuando se saltó el toque de queda para venir, no mencionó para nada que ya se había metido en un lío con su entrenador y que le habían puesto una multa.

De haberlo hecho, jamás le habría pedido que viniera. Puede que Sly, el chico de oro extraordinario, no tenga ni idea de lo rápido que pueden esparcirse estas cosas, pero yo sí que lo sé de sobra. Y ni de puta coña pienso dejar que se ponga en peligro de esta manera, no cuando tener una cita conmigo ya ha atraído tanta atención y le ha causado tantos problemas.

—Vale, gracias por avisar —le digo a Bryan—. Voy a...

—¡Mierda!

—¿Qué? —La alarma de su voz hace que se me hiele la sangre—. ¿Qué ha pasado?

—La ESPN acaba de entrar en directo con la rueda de prensa de los Twisters, cosa que no hacen casi nunca. Tienen a Sly en el punto de mira.

Joder. En lo que a mí respecta, estoy aprendiendo que Sly no tiene ni un pelo de instinto de supervivencia. Así que a saber qué cojones va a hacer hoy, sobre todo si los reporteros empiezan a preguntarle por mí, y no me cabe duda de que lo harán.

Siento cómo se van tensando las cuerdas, esas invisibles que me hacen meterme en mi personaje cada vez que mi nombre sale de la boca de alguien.

—¿En qué canal? —pregunto mientras salgo corriendo al salón para encender la televisión.

«Por favor, que Sly no se cabree por las indirectas. Por favor, no dejes que haya nada que dañe su reputación. Por favor, por favor, por favor, deja que salga de esta sin empeorar las cosas para sí mismo».

Las súplicas al universo me corren por la mente al mismo tiempo que mis mantras habituales, pero, incluso mientras las voy recitando, la tensión en el estómago me dice que no van a importar. No si Sly decide ofenderse cuando los periodistas empiecen a ponerme verde.

Y a los periodistas se les da de maravilla decir cosas feas de mí.

Agarro con torpeza el mando a distancia. Con demasiada fuerza, demasiado deprisa, demasiado lo que sea mientras me ensaño con el botón de encender como si fuera a atacarme. Sé mejor que la mayoría de la gente que un movimiento en falso puede hacer que los vítores se conviertan en cuchillos. No puedo ser la razón por la que olviden cómo amarlo, no pienso serlo.

Busco el canal indicado justo a tiempo para ver a un hombre, que diría que es el entrenador de Sly, preguntar a los medios:

—Por favor, ¿podemos centrarnos en la fundación a la que hemos venido a apoyar hoy? La Fundación Jackson-Ware se dedica a asegurarse de que cualquier niño estadounidense que quiera practicar deporte tenga los fondos y las oportunidades necesarias para hacerlo.

Señala a Sly, quien está sentado a su derecha, y a otro chico al que no conozco, sentado a su izquierda.

—Estos jugadores son dos de los mayores contribuyentes a la causa de la fundación y también gran parte de su red de apoyo. Sé que ambos quieren hablaros de lo importante que la consideran. Agradecería que les concedierais la oportunidad de hacerlo.

Se gira hacia Sly y, con una voz tan fría que podría congelar lava, dice:

—¿Te gustaría empezar?

—Me encantaría —contesta Sly con esa voz lenta y profunda que, sin duda, ha hecho que se caigan bragas por todo el país. Incluso antes de inclinarse hacia delante y captar la atención de todos los presentes en la sala—. No es ningún secreto que a mis hermanas y a mí nos crio nuestra abuela después de la muerte de nuestro padre. Mi abuela Ximena se quedó viuda muy joven y, tras haber trabajado

toda su vida para criar a sus propios hijos, ni siquiera pestañeó cuando también le tocó criar a sus nietos.

»Nos alimentó, nos vistió y ahorró para darnos una educación universitaria a cada uno de nosotros. Pero eso no dejaba mucho presupuesto para actividades extraescolares... —Parece atragantarse con las últimas palabras, tiene que detenerse para carraspear y dar un sorbo de agua antes de continuar—. La Fundación Jackson-Ware intervino y se aseguró de que yo contara con el dinero y el equipamiento necesario para jugar al fútbol americano, desde la escuela hasta el último año de instituto. Esa misma temporada fui reclutado para jugar en la universidad y fue ese reclutamiento lo que, con el tiempo, me trajo hasta aquí.

»Pero el apoyo de la Fundación Jackson-Ware a mi familia no se limita al fútbol. Aportó dinero para que la mayor de mis hermanas jugara al tenis y para que mi hermana mediana se uniera a un equipo de fútbol de competición y al equipo de su instituto, y esas experiencias la llevaron a representar a Estados Unidos en la categoría de fútbol femenino en las últimas Olimpiadas. —Vuelve a tomar un sorbo de agua y permite que sus palabras calen en el público antes de continuar—. Esta fundación ha estado ahí para mi familia, al igual que ha estado ahí para miles de familias a lo largo del país. Me enorgullece poder devolver el favor a algo que nos ha aportado tanto a mí y a la gente a la que quiero.

Escucho de fondo cuando el entrenador presenta al otro jugador, quien también expone su relación con la fundación. Estoy demasiado ocupada maravillándome con Sly, quien sé que ha dormido mucho menos que yo, pero está fresco como una rosa ahí arriba. Y eso por no hablar de las palabras sinceras e impactantes que ha compartido. Cuando mencionó la fundación anoche, pensé en indagar para saber más al respecto, pero entonces me distraje con todo lo ocurrido.

No obstante, al escuchar su historia ahora..., mi corazón, habitualmente de piedra, no solo se derrite, se desborda y se convierte en un charco de gelatina. Si añadimos la parte de su abuela, estoy acabada. Ya la adoré cuando nos conocimos, pero no me había dado cuenta de la roca que ha sido para él hasta este mismo instante.

Para alguien cuyo padre se largó cuando era joven y cuya madre siempre lo trató más como a un cheque que una persona, resulta especialmente reconfortante. No me cabe duda de que Ximena cuenta los días entre una visita a otra y no las transferencias bancarias, y me alegro muchísimo por él.

Por lo menos, hasta que el segundo jugador termina su discurso y el entrenador anuncia que aceptarán quince minutos de preguntas. De repente, todas las manos de la sala se alzan y el volumen sube, una clara señal de que sus preguntas no van a tener nada que ver con la Fundación Jackson-Ware.

Para sorpresa de nadie, el primer periodista al que da paso el entrenador pregunta:

—Sly, ¿puedes aclarar tus sentimientos por Sloane Walker ahora que su comportamiento te ha valido una multa de cincuenta mil dólares?

Antes de que pueda responder, interviene el entrenador.

—Ahora mismo solo aceptamos preguntas sobre la fundación. —Hace un gesto con la cabeza a otra reportera del fondo—. Adelante, Jolene.

—Ese beso que Sloane y tú compartisteis fuera del Willow fue espectacular. ¿Podemos tomarlo como una señal de que la cita fue bien? Y, de ser así, ¿cuál fue tu parte favorita?

El entrenador está visiblemente frustrado cuando la interrumpe también y a mí se me cae el alma a los pies. Si está así de enfadado

ahora, no me puedo ni imaginar lo que ocurrirá si al final Sly y yo acabamos juntos. Habrá un millón de preguntas más, cambios en la seguridad del estadio si Sly quiere que yo vaya a los partidos en casa, una clase de reporteros intrusivos completamente distinta, fans de Sloane Walker haciéndose con las entradas... Todo esto es un desastre anunciado.

El entrenador pronuncia el nombre de un tercer reportero. Es un hombre más mayor y está claro que ha sido reportero deportivo desde hace años, a juzgar por el respeto que los que lo rodean muestran por él.

Me relajo un poco, pues pienso, como es evidente que hace el entrenador, que es la única persona en la sala que tiene más probabilidades de hacer una pregunta relacionada con la fundación o con el partido de mañana. Lo de las probabilidades se desvanece en cuanto abre la boca.

—Sly, tienes un partido muy importante mañana. A pesar de todo el trabajo que tú y los Grizzlies estáis haciendo para promocionar la Fundación Jackson-Ware, en realidad existe una gran rivalidad entre los dos equipos.

—Así es. Y sí, llevo dando vueltas a esa derrota por dos puntos desde el año pasado. Sin lugar a dudas, planeo hacer algo al respecto esta vez. —Le dedica su sonrisa más encantadora, una que reconozco por esa primera noche en la que vino al camerino, y el resto de la sala suelta una risita.

Pero el reportero le lanza una mirada de pocos amigos.

—Esa no era mi pregunta.

—Pues entonces siento mucho haberte interrumpido. —El acento cálido de Sly se vuelve más denso con cada palabra que pronuncia. Yo ya he sido víctima de la combinación de este y su absurdamente atractiva sonrisa suficientes veces para saber que es uno de sus

muchos trucos para proporcionar una sensación de falsa seguridad a la gente. Pero también tengo suficiente experiencia con los medios para saber que ese hombre no se va a dejar amedrentar—. Adelante, haz tu pregunta.

—Gracias —contesta con sequedad—. Como iba diciendo, tienes un partido importante mañana. ¿Cómo te hace sentir saber que la Viuda Negra tiene tan poco respeto por tu carrera que está dispuesta a arriesgar uno de los partidos más grandes de tu temporada solo por..., a ver cómo lo digo con delicadeza..., tener un polvo asegurado?

Vaya tela. Se me tensa el cuerpo entero por el terror mientras contemplo cómo le golpea ese insulto dirigido a mí.

La sonrisa se le borra de la boca y sus ojos pasan de medianoche en calma a feroces como un huracán.

—Mira, Martin —interviene el entrenador—, sabes que ya he dicho que...

Sly lo interrumpe con un gesto de la mano.

—Si no te importa, entrenador, me gustaría contestar a la pregunta.

Sin esperar a que le conceda permiso, clava los ojos marrón intenso en el desafortunado Martin.

—Voy a suponer que no querías insultar a la señorita Walker con esa pregunta tan mal formulada, y solo por esa razón voy a hacerte el favor de contestarla.

Se detiene un momento y la mirada que lanza a Martin y al resto de los periodistas de la sala los advierte de que, si de verdad buscan ofender, más les vale cambiar de idea rapidito.

Ante esa mirada, me invade una sensación de pavor que normalmente solo asocio al pánico escénico. Contengo la respiración

mientras espero a ver qué dice a continuación y sé que, sea lo que sea, no va a ser bueno.

Por supuesto, las siguientes palabras que salen de su boca prenden fuego a la sala... y a su reputación.

44

Sly

¡Santo Dios! Respiro hondo y poco a poco, en un intento de contener el dolor de mi pecho y que no se abra de par en par. Me obligo a no decir algo que no pueda retirar delante de Dios y de los medios.

En lugar de eso, dejo que el silencio se alargue a propósito, por un lado para que todo el mundo pueda asegurarse de que sus grabadoras están encendidas, y por otro porque quiero que me oigan... Que me oigan de verdad.

Al cabo de varios segundos, al fin digo:

—La señorita Walker no me ha dedicado más que amabilidad y sinceridad desde el momento en que la conocí. —Hago mucho énfasis en «señorita Walker» para asegurarme de que entienden que todo este rollo de «la Viuda Negra» tiene que acabar—. Ella no tenía ni idea de que había una reunión del equipo anoche, cuando le pedí que nuestra cita continuara a pesar de ser tan tarde. De hecho, estoy casi seguro de que me va a cantar las cuarenta más tarde, teniendo en cuenta el escándalo que habéis montado al respecto. Pero quiero dejar clara una cosa: haberme perdido una reunión que no tenía nada que ver con el partido de mañana, ni siquiera con el fútbol, ya que estamos, fue únicamente decisión mía. Al igual que abandonar mi habitación del hotel un par de horas antes de que se levantara el toque de queda, a las seis de la mañana.

Echo un vistazo alrededor de la sala, conectando miradas con todas las personas que puedo. Tan solo la foto que nos hicieron hace unas semanas lanzó una turba hambrienta encima de Sloane, y me mata haber tomado partido en empeorar las cosas.

—Sloane no me pidió que rompiera las normas. No tiene nada que ver con esto, excepto por el hecho de que yo quería estar con ella. Es la mujer más increíble que he conocido en mi vida, tiene un corazón enorme, y voy a seguir queriendo estar con ella a cada oportunidad que tenga. Cosa que estoy seguro de que vosotros también querríais si os tomarais un segundo para conocerla. Sin embargo, también puedo aseguraros a vosotros, y a todos los fans de los Twisters de Austin, que voy a proceder con más discreción cuando decida ver a Sloane de ahora en adelante. Ella lo querría así.

Vuelvo a girarme hacia el hombre que lo ha empezado todo.

—Espero que eso conteste a tu pregunta, Martin. —Empujo la silla hacia atrás y me levanto—. Bueno, mi parte en esta rueda de prensa, si es que se le puede llamar así, ha terminado. Si a alguno de vosotros le apetece charlar durante más tiempo, os invito a asistir a la recaudación de fondos de esta tarde. Se requiere una donación de treinta dólares para entrar, pero estoy seguro de que a todos os encantaría colaborar con una causa tan noble.

Entonces salgo por la puerta con todo el peso de demasiados ojos y demasiadas suposiciones en los hombros.

Marquis, quien espera en el pasillo a su turno en el podio, me mira a la cara y deja escapar un silbido largo y grave.

—Algo me dice que no ha ido tan bien como esperaba el entrenador.

—Que le follen a la prensa —farfullo. Saber que Sloane tiene que enfrentarse a esta clase de escrutinio a diario me consume. ¿Saber

que mis decisiones la han arrastrado de vuelta a la vorágine? Me destroza por completo.

—Me vería tentado, si no fuera porque temo que me dejen marcas de dientes en el culo —dice mientras se coloca bien la corbata.

—Eres un tío listo.

No espero a que entre para sacar el móvil. Necesito ponerme en contacto con Sloane antes de que lo haga otra persona.

Solo que, cuando la llamo, no contesta.

La angustia me revuelve las tripas, aunque me digo que seguramente estará ocupada. Quizá todavía sigue dormida. O estará en una reunión. Pero eso no hace que se disipen los nervios.

Una ojeada al reloj me indica que no puedo llegar a su hotel y volver a tiempo para la recaudación de fondos. Vaughn y yo vamos a pronunciar el discurso de apertura, y llegar tarde solo empeoraría las cosas.

Cosa que no me deja más opción que volver a intentarlo. Esta vez me salta directamente el buzón de voz.

Debería haberle avisado de lo de la reunión. Debería haberlo manejado de otra manera para que a ella no le hubiera pillado por sorpresa. Pero tampoco pensé que fuera a ser para tanto, pues se trataba de un evento benéfico que yo había ayudado a organizar. Y, desde luego, no pensé que mis decisiones le estallarían a ella en la cara.

Resulta que esto no es una curva de aprendizaje. Es un puto bombardeo aéreo, uno en el que ella siempre acaba justo debajo.

No le dejo un mensaje. En su lugar, me paso cinco minutos pidiendo el ramo más grande que la florista pueda enviar en la próxima hora, junto a una tarjeta de disculpa y la promesa de ir a verla en cuanto pueda.

Después le envío un mensaje. La misma disculpa, solo que más personal. Y veo que me deja en leído.

Me digo que no debo exagerar. Que necesita espacio. Que estará pensando cómo quiere responder.

Pero ¿la verdad? Me duele de una forma que no me esperaba.

Me dispongo a mandarle otro mensaje, pero me detengo cuando me doy cuenta de que por fin está escribiéndome algo.

Sloane:
Siento no haberte cogido la llamada. Estaba en
una reunión. Pero llevo toda la mañana
queriendo mandarte un mensaje
Sloane:
Ayer me lo pasé muy bien, sorprendentemente,
pero creo
que a ambos nos irá mejor si no
llevamos las cosas más lejos
Sloane:
Tu carrera y tu reputación no necesitan el
desgaste que conlleva salir con la Viuda Negra, y
ambos sabemos que mi reputación tampoco
puede aguantar mucho más. Creo que lo mejor
es que cada uno siga su camino a partir de ahora
Sloane:
Eso sí, gracias por las risas

Me acaba de dejar por mensaje. Un puto mensaje. Ni conversación ni un «intentemos buscar una forma», nada. Solo un «gracias por las risas».

Todo lo que estábamos empezando a construir juntos se desmorona a mi alrededor. Se me atasca la respiración en el pecho y empiezan a temblarme los dedos mientras vuelan por encima del teclado. Le doy a enviar antes de poder pensármelo mejor.

«Eso sí, gracias por las risas».

Yo:
Menuda gilipollez

Sloane:
Esto solo puede acabar mal para
tu carrera. Es lo último que quiero

Yo:
Y no crees que es cosa
mía tomar esa decisión?

Observo los tres puntitos aparecer y desaparecer durante varios segundos antes de que se desvanezcan para siempre y me quede en visto.

Entiendo que esté asustada, que quiera protegernos a ambos, igual que yo. Solo tenemos diferentes opiniones sobre cómo proceder al respecto. Ella quiere echarlo todo a perder, mientras que yo quiero seguir construyendo lo que hemos empezado. No un muro que nos separe, sino una fortaleza que nos proteja a ambos en momentos como este.

Quizá ella no lo quiera. Quizá no puede quererlo. Pero yo no estoy listo para rendirme hasta que, por lo menos, hayamos mantenido una conversación.

Es evidente que ahora no es el momento, así que no le mando nada más. En lugar de eso, me muevo por inercia en la recaudación de fondos. Doy mi discurso, juego al fútbol americano de banderines con los niños, sonrío cuando debo y me río cuando se espera que me ría. Pero, bajo la máscara, me siento vacío.

Ya casi he terminado de hacer toda mi ronda por el pabellón exterior. He dado más apretones de manos y he firmado más pelotas de fútbol de las que un tío que no ha pegado ojo en toda la noche y tiene el corazón dolido debería, aunque sea por una buena causa.

De repente levanto la vista y me encuentro al jefe de seguridad de Sloane avanzando a grandes zancadas hacia mí.

Durante un instante, creo que estoy alucinando. Entonces, cuando decido que de verdad se trata de Marco, creo que es porque ella está aquí. Me callo en plena frase para analizar el parque en su búsqueda. Pero, cuanto más se acerca Marco, más comprendo que no está aquí para proteger a Sloane. Está aquí en su lugar.

—Disculpa —le digo a la estrella de cine de serie B a quien intentaba encandilar para que soltara algo de dinero, y después me acerco a Marco. Si Sloane no está aquí, quiero saber qué se trae entre manos y qué mensaje tiene para mí.

Pero resulta que no está caminando hacia mí, para nada. Se dirige a la mesa de donaciones. Contemplo consternado cómo saca un sobre y se lo entrega a Dolores, la actual directora de la Fundación Jackson-Ware.

Los dos charlan durante un par de minutos y, mientras lo hacen, la mujer no deja de lanzarme miradas. Cuando por fin empiezo a comprender lo que está pasando, Dolores hace sonar la campana que hay junto a la mesa. La que va tocando cada vez que alguien le entrega un cheque.

Entonces agarra el micrófono y anuncia al parque entero:

—Damas y caballeros, gracias a la generosidad de la superestrella del pop Sloane Walker, ya hemos llegado y excedido el objetivo de la recaudación de fondos. Ahora mismo, me hallo en posesión de un cheque de tres millones de dólares a la Fundación Jackson-Ware de parte de la mismísima Viuda Negra.

El público estalla en aplausos y espera a que se acallen para continuar.

—¡Gracias, Sloane Walker! Y gracias, Mateo Sylvester, por haber dado a conocer nuestra fundación a esta maravillosa mujer.

Me lleva un instante procesar lo que acaba de ocurrir. Cuando por fin lo asimilo, me obligo a sonreír y a saludar al público. Después camino a toda prisa hacia Marco, quien ya está a pocos pasos del gran todoterreno negro en el que ha llegado.

El mismo coche con el que recogió a Sloane anoche.

Mientras Dolores hace que el DJ ponga una canción para celebrarlo, yo salgo corriendo hacia Marco y, con suerte, Sloane. Pero, para cuando logro atravesar a las huestes de gente que se apelotona para darme la enhorabuena, el coche ya ha arrancado.

No sé si Sloane iba dentro o no, pero, sea como sea, no quería verme.

Y eso me duele más de lo que me gustaría admitir.

El resto del evento se alarga. Aun así, consigo aguantar y después vuelvo al hotel. Me ducho. Me cambio. Asisto a una reunión sobre la estrategia del partido que me sé de memoria y de la que no oigo ni una palabra. Ha huido. Y quizá pensaba que estaba haciendo un acto de nobleza al darme la patada antes de que los efectos colaterales empeoraran. Pero la cuestión es que ni siquiera me ha preguntado. Ni siquiera me ha dado la opción de decidir por mí mismo. Tras la reunión, uno de los chicos quiere salir a cenar a un restaurante cercano, pero me rajo y digo que tengo otros planes. Cosa que lleva a otra ronda de pullitas con lo de Sloane, la mayoría de las cuales ignoro.

Otras bromas soy incapaz de ignorarlas, y eso me duele todavía más.

Cuando por fin puedo marcharme a mi habitación, sé que es justo donde no voy a ir. En lugar de eso, me dirijo abajo y cojo un coche hasta el recinto donde actúa esta noche.

Sloane quizá piense que esto ha acabado. Pero no pienso dejar que se marche sin luchar.

45

Sloane

—Oye, Sloane —dice Marco, que asoma la cabeza en la estancia donde llevan dos horas peinándome y maquillándome—, ¿tienes un momento?

Parece que mi maquillaje está siendo una labor hercúlea esta noche. Aunque también es cierto que apenas he dormido y que me he pasado todo el día alternando entre llorar y esforzarme al máximo por no mandarle un mensaje a Sly mientras el silencio que hay entre nosotros se extiende como un alambre de espino alrededor de mi corazón.

Cuando han llegado sus flores, complementadas con una disculpa que no tenía razones para ofrecerme, he estado a punto de ceder. Solo de acordarme de la forma en la que fueron a por mí en esa rueda de prensa y cómo Sly se interpuso entre ellos y yo me impide dar el brazo a torcer. Ni en broma pienso destruir su reputación igual que Jarrod hizo con la mía.

Ni de puta coña.

—Por supuesto —contesto antes de girarme hacia el espejo con ojo crítico—. Creo que la cosa no puede mejorarse más, Mandy.

Ella no parece impresionada.

—¿Estás segura? Podría probar a ponerte más purpurina cerca de los ojos. O quizá más corrector de ojeras. Tal vez un tono diferente de pintalabios te haría parecer...

—¿Menos muerta? —Acabo la frase por ella—. Ya has usado medio tubo de corrector en mis ojeras. Es lo más «no-muerta» que vas a conseguir que parezca.

—Vale. —Sigue pareciendo dudosa—. Si cambias de idea...

—No lo haré. Pero gracias. —Le dedico la mejor sonrisa que puedo antes de levantarme de la silla de maquillaje para encontrarme con Marco en la puerta.

—Siento molestarte antes del concierto —se disculpa mientras recorremos el pasillo hacia mi camerino—. Pero hay algo que creo que deberías saber.

El corazón se me acelera el doble.

—¿Te ha dicho algo Sly cuando has ido a dejar el cheque? ¿Ha montado un numerito?

—Ni siquiera lo he visto —contesta mientras niega con la cabeza.

—Ah.

Me digo que no estoy decepcionada. Que no me importa que Sly estuviera demasiado ocupado para intentar siquiera hablar con Marco. No es como si yo hubiera enviado al jefe de mi equipo de seguridad a la recaudación de fondos para eso. Él solo estaba ahí para entregar un cheque para una causa que, evidentemente, significa mucho para Sly. He pensado que era lo mínimo que podía hacer.

O, bueno, esa es mi historia y pienso aferrarme a ella. No estoy decepcionada porque no se haya enfrentado a Marco en el aparcamiento y haya exigido verme.

—Entonces ¿qué pasa? —pregunto mientras nos abrimos paso por los abarrotados pasillos.

—Nos ha llegado algo por correo que me preocupa —anuncia con seriedad.

Enarco la ceja.

—¿Otra muñeca?

Unos bloques de hielo se me deslizan por la columna en cuanto veo la expresión de su rostro y, durante un instante, siento que mis huesos son demasiado frágiles para sostenerme en pie. Pero me recuerdo que contraté a Marco por una razón. Es el mejor en lo suyo y no va a permitir que un bicho raro con un fetiche por las muñecas se acerque a mí. Ninguno de los otros acosadores lo ha hecho, y este tampoco lo hará.

Aun así, debo preguntar.

—¿Qué es?

—Una fotografía mutilada de ti. —Se esfuerza por mantener la voz y la cara neutras, pero hay algo en sus ojos que me lleva a preguntarme de qué clase de mutilación estamos hablando.

Me quedo quieta, de repente siento que se me tensa la piel, como si ya acusara los golpes.

—¿Puedo verla? —aventuro en voz baja.

—No creo que sea buena idea —contesta—. Los únicos que necesitan ver esa abominación son los del FBI.

Ahora siento curiosidad y asco a partes iguales. ¿Qué cojones le han hecho a la foto? ¿Cuál va a ser nuestra respuesta?

Cuando le pregunto a Marco lo último, me comenta:

—Esperar a ver qué descubre el FBI. Harán pruebas para encontrar huellas y pasarán una descripción de la foto por su base de datos para ver si encuentran algo similar.

Pero yo le estoy analizando la cara, y lo conozco lo suficiente para saber lo que está pensando.

—¿No crees que vayan a encontrar nada?

Niega con la cabeza.

—Quienquiera que haya enviado esa foto y la nota que la acompañaba está mal de la cabeza... Si llevaran tiempo haciendo

cosas así, los habrían pillado ya.

Se me hiela la sangre.

—¿Tan malo es?

Tiene aspecto sombrío.

—No es bueno.

—Vale. —Respiro hondo cuando los teloneros empiezan a tocar la primera canción. El público anima y canta la letra. El sonido es tan incongruente con nuestra conversación actual que me lleva un segundo asimilarlo todo en mi cabeza—. ¿Y qué necesitas que haga?

—Lo que ya hemos hablado. —Cuenta las medidas con los dedos —. No ir a ninguna parte sola. No acercarte al público después del concierto hasta que averigüemos qué está pasando. Nada de visitas temprano al gimnasio del hotel con solo uno de nosotros a tu lado. Quiero que te acompañen al menos tres guardaespaldas cada vez que vayas a cualquier parte.

—¿Tres guardaespaldas? Si ya habíamos aumentado a dos. ¿Tres no te parece... excesivo?

—Cuando recibimos la segunda muñeca te dije que esto me daba mala espina. —Me mira fijamente—. Bueno, pues esa sensación acaba de empeorar.

Cómo no. Suelto el aire.

—Bien, haz lo que tengas que hacer.

—Eso pensaba —contesta—. Incluido asegurarme de que no salgas de ese cuarto sin mí. —Señala mi camerino.

—¿Qué? Pero si estamos entre bastidores —protesto, incrédula.

—Así es —coincide.

—No lo entiendo. Los fans no pueden llegar aquí...

—En teoría, no pueden. Pero no sabes quién conoce a alguien que trabaje en algún recinto. Además, quien haya escrito esa nota tenía acceso al backstage.

—¿Acceso aquí? —pregunto, y me da un vuelco el corazón—. ¿Cómo pueden llegar hasta aquí? Está restringido.

—Lo mismo me pregunto yo. Eso sumado a que hayan viajado entre estados...

—Por favor, no me digas que crees que está en la gira con nosotros.

Me he esforzado mucho por llegar a un punto en el que me sintiera segura; si no podía ser en público, por lo menos que fuera con mi equipo. Un equipo que selecciono personalmente para que esté cerca de mí, para que forme parte de mi mundo. Son la familia que yo misma he elegido. ¿Y ahora Marco me dice que podrían arrebatarme de golpe ese mínimo de seguridad?

Después de enviarle el mensaje a Sly esta mañana, no pensé que fuera posible que se me rompiera el corazón en más pedazos. Pero, aquí de pie, mirando la cara de Marco, juro que siento cómo se desmorona otra pieza.

¿Cuánto más puedo perder hasta que deje de existir? Hasta que no sea más que la purpurina y el humo que la gente paga por ver.

—Vale —susurro, porque tampoco es que tenga opción.

—Oye —me dice Marco, y por primera vez desde que lo contraté y lo advertí de que no me gustaba que me tocaran, me apoya una mano reconfortante en el hombro. Ese gesto me dice todo lo que necesito saber sobre mi aspecto—. Todo va a salir bien. No permitiré que nadie te haga daño.

—Lo sé —le aseguro, pese a que la punzada que noto en el pecho se asienta y se convierte en un dolor constante y atenuado—. Solo necesito un minuto para asimilarlo. —O una década, pero tampoco puedo decirle eso—. No abandonaré el camerino sin uno de vosotros.

—Bien. Y, para que lo sepas, Jace y yo hemos restringido la lista de acceso. Ahora solo se permite la entrada aquí atrás a Bianca, Olivia, Pauline y Sly. Como el equipo de publicistas tiene que dejar que entre y salga gente para trabajar con Bryan, vamos a instalarlos en otro lugar. No se puede ser demasiado cuidadoso con este tema, ¿entiendes?

Me dispongo a decirle que ya no tiene que preocuparse por que Sly esté en la lista, pero no quiero pronunciar esas palabras. Quizá, si no las digo, no sean una realidad. No lo he dejado marchar porque quisiera. Lo he dejado marchar porque era lo correcto. Y, si no cierro esa vía de acceso, puedo fingir (por lo menos durante un tiempo) que volveré a verlo.

Pero Marco sigue esperando una respuesta, así que asiento y susurro:

—Vale.

Me da una palmadita torpe en el hombro y se aparta.

—Estaré aquí cuando estés lista para ir al escenario.

Asiento una segunda vez; después agarro el pomo de la puerta de mi camerino. Oigo que los teloneros empiezan otra canción. Lo que significa que la cuenta atrás para el momento en el que tengo que estar en el escenario ha comenzado.

Como tengo la sensación de que voy a necesitar cada uno de los minutos disponibles para recomponerme tras el doble golpe de hoy, ni siquiera me esfuerzo por esbozar una sonrisa falsa antes de entrar.

Pero, en cuanto cierro la puerta, me doy cuenta de que he cometido un tremendo error. Porque ya hay alguien dentro de mi camerino.

46

Sloane

Por segunda vez en la misma cantidad de minutos, me da un vuelco el corazón, solo que esta vez es tanto por anticipación como por miedo.

Me obligo a mirar las botas desgastadas, las piernas cubiertas por vaqueros y la camiseta blanca ajustada. Pero me detengo ahí, porque, como suba más la mirada, ya sé que los ojos que esperan encontrarse con los míos van a ser de un cálido chocolate fundido.

Sly.

Sly en mi camerino... Y parece tan devastador como yo estoy devastada.

¿Todas las defensas que he estado amontonando como ladrillos alrededor de mi corazón durante todo el día? Se han esfumado. Se han derrumbado con solo una mirada.

Incluso antes de que hable con esa voz sombría y ronca que nunca deja de mandar escalofríos de los buenos por mi columna.

—¿No crees que tenemos que hablar de esto?

No estoy segura de si son sus palabras o la expresión de sus ojos, pero el cerebro me cortocircuita. Deja de funcionar sin más. Para ser una mujer que se ha pasado casi una década sobreviviendo únicamente gracias a su ingenio, me siento traicionada.

Y eso es antes de que empiece a caminar hacia mí. Despacio. De forma pausada. Como la mismísima gravedad: arrastrándome hacia

el desastre paso a implacable paso.

—No pensaba que fueras a venir —susurro.

—Hace dieciocho horas me pediste que te abrazara hasta que te durmieras. —Sus palabras fluyen como dulce melaza, manan de unos labios que me muero por probar—. ¿De verdad pensabas que me iba a rendir al primer bachecito?

—Iban a por ti. Me estaban utilizando para hacerte daño. He visto... —Se me quiebra la voz cuando me vuelve a la mente la horrible rueda de prensa.

—Así que ¿has pensado en sacarte a ti misma de la ecuación? —continúa. Ahora está más cerca. Tan cerca que puedo sentir el calor que emana mientras su aroma cálido y reconfortante me envuelve como una manta—. Pues que vengan a por mí. ¿De verdad crees que un puñado de reporteros a los que ni siquiera conozco me importan más que tú?

—No sabes lo que es.

—No lo sé —coincide, y sus ojos se encuentran con los míos—. Sé que no he sufrido como lo has hecho tú...

—¡Esa es la cuestión! —insisto mientras mi corazón se aloja en algún lugar cerca de mi garganta—. No quiero que sufras. No quiero que acabes como yo.

—¿Siendo fuerte? ¿Brillante? ¿Poderosa? —espeta, aunque sigue sin tocarme—. ¿Preciosa? ¿Melódica? ¿Amable...?

—Eso no es justo. —Cierro los puños para impedirme tocarlo—. Sabes a lo que me refiero.

—Lo sé. Pero ya te he dicho que no voy a dejarte sola en esto, Sloane. A no ser que tú quieras, claro. —Se inclina hacia delante hasta que sus labios, sus perfectos y suaves labios, están a apenas unos centímetros de los míos—. ¿Quieres que me vaya, corazón?

La cabeza me da vueltas. La respiración se me atasca en la garganta. El corazón me late sin control. Y lo único que quiero es tocarlo. Y que él me toque, aunque me dé un miedo terrible.

—No deberías estar aquí —me obligo a decir, cuando lo que de verdad quiero es pedirle que se quede.

—Eso no es igual a no querer que esté aquí. —Como si oyera el anhelo que me quema por dentro, levanta una mano hacia mi cara y me acuna la mejilla con la palma cálida y callosa al tiempo que me acaricia la melena cuidadosamente despeinada con los dedos—. Dime que no me necesitas, Sloane. Mírame a los ojos y dime que quieres que me vaya y no volveré a molestarte nunca.

Recorro la estancia con los ojos en busca de algo a lo que aferrarme, algo en lo que concentrarme que no sea el calor del hombre apasionado que tengo delante.

Lo necesito tanto que me duele y lo único que debo hacer para dejar de sufrir es adelantarme solo un poquito y presionar mi cuerpo contra el suyo.

Pero no lo hago. No puedo. No cuando cualquier movimiento mío nos hará estallar y dará al traste con todo el tiempo que me he pasado hoy intentando distanciarme de él. De nosotros. Del desastre que hemos armado.

No por mi bien, sino por el de Sly.

—Yo no...

Bato las pestañas a la par que se me quiebra la voz por la mentira.

—Ajá —comenta con dulzura mientras mis palabras temblorosas penden en el aire que nos separa—. Tienes que mirarme a los ojos cuando lo dices.

—Yo no quiero...

Esta vez consigo pronunciar una palabra más a duras penas. Pero tengo las manos en su pecho, intento empujarlo incluso aunque enrede los dedos en el suave algodón de su camiseta para acercarlo más.

No puedo mirarlo y decirlo, no puedo mentirle a la cara.

Enreda las manos en mi pelo y tira de una forma que es más una persuasión que una orden hasta que abro los ojos. Y entonces, está ahí, justo ahí. Sus intensos ojos castaños contemplan los míos cuando sube la comisura de los labios en una media sonrisa que me llega a lo más hondo.

—A la tercera va la vencida —susurra.

—¡No quiero hacerte daño! —exclamo con voz ahogada. Es lo único que consigo.

—Pues no lo hagas —contesta, y así, sin más, el calor estalla entre nosotros y me sume en una feroz incandescencia desde dentro.

Me hace necesitar cuando me prometí que jamás volvería a necesitar.

Me hace débil, cuando he luchado tanto y durante tanto tiempo contra cualquier debilidad.

Sly también lo sabe. Lo veo en sus pupilas dilatadas, lo oigo en la respiración agitada de sus pulmones. Lo noto en el rápido vaivén de su pecho al rozar el mío.

La tensión crece entre nosotros, una agonía de anhelo que me recorre las venas con desenfreno mientras me quedo ahí plantada, como una estatua al borde de un precipicio, esperando a ver qué viene después.

Cierro las manos sobre su pecho. Pego las caderas a las suyas con urgencia. Y mi boca, mi traidora y trágica boca, susurra:

—Por favor, Sly. Por favor...

No consigo terminar la súplica, cosa que seguramente sea positiva, pues llegados a este punto no tengo ni idea de lo que puedo llegar a pedirle.

Y menos idea tengo de lo que le suplicaré.

Lo que sí sé es que, cuando la boca de Sly se estampa contra la mía, nunca he sentido nada más perfecto.

Esa sensación de que todo encaja me asusta más que nada, hace que todo mi ser me grite que dé un paso atrás, que me aleje, que me vaya adonde sea menos aquí, incluso cuando me arqueo contra su cuerpo en un intento desesperado de estar más cerca.

Odio la batalla entre lo que quiero y lo que necesito que se libra en mi interior, la indecisión entre correr o envolverlo como un lazo en el mejor regalo del mundo. Pero es complicado. Es más, es aterrador. Porque, si dejo que se quede, si dejo que me haga el amor como deseo con tanta desesperación, entonces esto va más allá de follar en mi camerino.

Estoy lanzándome al vacío.

Sin embargo, en ese momento me mira a los ojos y susurra:

—Te tengo, Sloane. Te lo prometo. Estoy de tu parte.

La experiencia me dice que no me lo crea, pero, joder, lo hago. Y así, como si nada, cualquier intención que tuviera de resistirme se desvanece.

Un beso, me prometo mientras me dejo arrastrar. Un beso y haré que se marche.

Solo que, como todo lo que tiene que ver con Sly, las cosas no van según lo planeado. Aunque ¿cómo van a hacerlo cuando su boca asedia la mía? No es una danza, es una reclamación que aniquila mis defensas incluso antes de que me percate de que hay una batalla que ganar... y que yo he perdido.

—Sly —jadeo, deslizo las manos hacia sus hombros en un último intento de mantener el control; si es sobre mí misma o sobre la situación, no lo sé.

No obstante, la verdad es que ya hace mucho que he perdido, incluso antes de que Sly me pase la mano libre por la cintura y me acerque más a su cuerpo y yo mueva el cuello para dejar la yugular al descubierto, hasta que ya ni siquiera me imagino que tengo el control. Y, entonces, ataca: arrasa con la delicada piel de mi cuello, mi garganta, mi clavícula, con besos de boca abierta al tiempo que me roza con los dientes con cautela y me hace gemir su nombre.

—¡Sly! —Esta vez, cuando lo llamo, es una súplica para que no pare jamás de los jamases.

Y no lo hace. Al contrario, me empuja hacia atrás hasta que estoy aprisionada contra la pared más cercana.

—Dime que quieres esto —responde a mi súplica con la suya propia, con los puños flanqueándome—. Dime que puedo.

—Lo quiero —resuello al tiempo que engancho una pierna alrededor de su cintura y lo atraigo hacia mí con el cuerpo entero amenazando con erupcionar—. Puedes.

—Dime que me deseas —susurra contra mi piel mientras me sube el vestido hasta las caderas.

—Te deseo —grito, y las palabras caen sobre nosotros como la lluvia en un incendio forestal: es demasiado tarde para librarse de la quemazón, demasiado pronto para saber si sobreviviremos a las llamas—. Te necesito.

—Yo también te necesito —consigue pronunciar a duras penas cuando me agarra ambas muñecas con una mano grande. Utiliza la otra para ir hacia abajo y arrancarme la parte de arriba de las medias de rejilla y las bragas—. Te necesito, Sloane.

Segundos después, está de rodillas con la boca en el mismísimo centro de mi cuerpo.

—¡Sly!

Un segundo, estoy gritando su nombre, y al siguiente, me está lanzando directa al cosmos, tan rápido e intenso que apenas recuerdo mi nombre y mucho menos por qué llegué a pensar que esto era una mala idea.

Pero Sly no se detiene ahí. Qué va.

Al contrario, ralentiza los movimientos hasta que siento que voy a implosionar. Libero las manos de su agarre de un tirón y me aferro a su cabeza, a sus hombros, en un intento de tirar de él hacia arriba para tenerlo donde lo necesito de verdad.

Él se limita a reírse, me da un mordisco en la cara interna del muslo y desliza las manos por mi culo desnudo.

—Venga, corazón. Dime otra vez que no quieres hacerme daño.

—Que te jodan —resoplo, y lo acerco más y más y más a mí.

Y vuelvo a tener su boca sobre mí y lo único que puedo pensar es que nací para esto. Nací para él.

Y quizá ese sea el caso, porque jamás he sentido que nada en mi vida fuera tan placentero. Que encajara tanto.

Que fuera tan perfecto, joder.

Es una idea peligrosa, una que en cualquier otro momento me habría hecho retroceder unos doce pasos. Pero ahora es imposible, y no porque tenga la espalda contra la pared, sino porque Sly no piensa apartarse ni un instante.

El placer pasa de estar constituido por picos y valles a ser una ola larga y continua que hace que me flaqueen las rodillas y me tiemble todo el cuerpo.

Sigue y sigue hasta que apenas puedo respirar, mucho menos estar de pie, y, aun así, sigue un poco más. Después de minutos que

parecen milenios de un placer suave y pulsante, Sly se sienta sobre los talones y levanta la vista hacia mí.

—Haría lo que fuera por ti, Sloane. Me marcharé si es lo que quieres. Solo tienes que decirme que ya no quieres nada de esto. Pero no vamos a repetir esta gilipollez, ¿me oyes? —dice mientras desliza un dedo en mi interior—. No vas a alejarte para salvarme. Solo te alejarás cuando ya no quieras saber nada de mí.

Mueve la mano y mi cuerpo entero convulsiona mientras una corriente eléctrica me corre por las venas.

—Intentaba protegerte —chillo mientras el anhelo sigue incrementándose en mi interior. «Joder, este hombre va a ser mi ruina».

—¿Rompiéndome el puto corazón?

Las palabras me retuercen por dentro, pero estoy demasiado extasiada para prestarles la atención que se merecen ahora mismo. ¿Cómo iba a hacerlo si cada célula de mi cuerpo amenaza con combustionar de forma espontánea?

—Alejándome todo lo que puedo de ti —contesto con la voz rota —. Tu reputación...

—Que le den a mi reputación. Que les den a los medios. Y que le den a cualquiera que se crea que tiene el derecho a decirme cuáles son mis prioridades. Ahora mismo, tú eres mi prioridad, Sloane.

Se adentra aún más y veo galaxias de luz mientras intento resistirme al placer que amenaza con volver a lanzarme por el precipicio. Sly está diciendo cosas importantes y no quiero perderme ninguna.

—Y, hasta que me digas lo contrario, estamos juntos en esto. ¿Entendido?

—Yo... —Se me quiebra la voz.

—Dime —susurra con la boca pegada a mí una vez más—. Dime que eres mía y que estamos juntos en esto. Pero solo si tú también lo piensas.

—Soy tuya —balbuceo aferrándome con las manos a sus hombros, su pelo y cualquier parte de su cuerpo que alcanzo—. Soy tuya y estamos juntos en esto.

—Y yo soy tuyo —anuncia justo antes de lanzarme dando vueltas por el borde del mayor de los acantilados hasta el momento. En esta ocasión, el placer es tan intenso, tan inmenso y sobrecogedor, que rompo a llorar mientras me sumo en el éxtasis.

Sly me recoge en sus brazos al instante, me acerca a su cuerpo y me susurra palabras dulces sin sentido al oído. Yo me aferro a él con cada gota de fuerza que me queda mientras ambos esperamos a que mi cuerpo sobrecalentado y consumido por el sexo se vaya calmando poco a poco.

Cuando por fin consigo respirar de nuevo, susurro:

—No es que no te desee. Es que no quiero que tengas que pasar por lo que yo pasé.

Él me enjuga los últimos vestigios de lágrimas antes de contestarme también entre susurros:

—Corazón, lo que has sufrido es inhumano y va a parar. Puede que me lleve un tiempo, pero toda esta misoginia y las gilipolleces dirigidas a ti han terminado.

—A eso mismo me refiero, Sly. No es tu trabajo recibir balas que van dirigidas a mí. —Me lanza una mirada que quiere decir «eso ya lo veremos», y estoy demasiado cansada para rebatirlo—. Vamos a tener que volver a discutir esto cuando no me hayas sacado hasta la última gota de energía que tengo en el cuerpo justo antes de que tenga que salir a dar un concierto de dos horas.

—Podemos discutirlo todo lo que quieras, pero mi respuesta no va a cambiar. —Aun así, me coloca con cuidado en el sofá antes de dirigirse a la nevera que hay en la esquina y sacar una bebida energética—. Toma. Deberías bebértela.

—¿Tú crees? —pregunto con sarcasmo.

Sonríe como un hombre que sabe de sobra lo grande que tiene la polla.

—Igual la próxima vez no deberías mandarme un mensaje así.

—Igual la próxima vez me aseguro de que te prohíban la entrada al recinto —rebato.

—Inténtalo si quieres —contesta—. Pero ¿quién va a hacer que te corras hasta que te eches a llorar?

—Nadie. —Le lanzo una mirada que dice «que te den»—. Esa es la cuestión.

—Pues menuda cuestión de mierda. —Se agacha junto a mí en el sofá y me da leves besos en la frente.

—Es lo primero que has dicho esta noche con lo que estoy de acuerdo.

Me apoyo en él, porque no puedo evitarlo. Porque es Sly y es magia. Mi magia.

—Creo que más bien es lo segundo —discute mientras me desliza los restos de las medias rotas por las piernas—. Por cierto, vas a necesitar otro par de estas.

—Tienes talento para la sutileza, ¿lo sabías? —Cojo el móvil, que no sé cómo pero sigue en el bolsillo del vestido que llevo puesto, y le mando un mensaje a Lucinda sobre el problema de vestuario—. ¿Te quedas al concierto?

—Me encantaría, pero no puedo. Mi toque de queda empieza dentro de cuarenta minutos.

Suena tan reacio a marcharse como yo a dejar que se vaya.

Aun así, lo único que digo es:

—Y ni de coña vas a llegar tarde.

Sonríe arrepentido.

—Algo me decía que ibas a responder eso. De hecho...

Se calla cuando llaman a la puerta.

—Faltan diez minutos, Sloane.

—Es Olivia —explico con un suspiro—. Eso significa que de verdad tengo que ponerme en marcha. No me hace mucha ilusión explicarle este problemilla de vestuario a Lucinda, por cierto.

—Ah, échame la culpa. —Esta vez, la única forma de describir su expresión es «satisfecha» mientras se inclina para darme un beso más—. Que vaya bien el concierto.

Aún puedo saborearme en sus labios.

—Gracias —murmuro, aunque no sé si es por los ánimos o por la impresionante cantidad de orgasmos a los que acaba de llevarme.

—De nada.

Sonríe contra mi boca y después me da un mordisquito en el labio inferior antes de apartarse.

Cuando su mirada se topa con la mía, veo la seriedad que hay en ella y el dolor que todavía no se ha desvanecido.

—No puedo quedarme por el puto toque de queda. Pero te llamaré mañana por la mañana. Por favor, dime que me contestarás al teléfono.

Me tienta contestarle con un «y, si no, ¿qué?», pero no me cabe duda de que me hará una demostración. Y, ahora mismo, ninguno de los dos tiene tiempo para eso.

—Mándame un mensaje cuando llegues al hotel para que sepa que estás bien —le pido.

Asiente.

—Lo mismo digo.

Después me da un beso más en los labios y desaparece por la puerta justo cuando Lucinda aparece en el umbral. Ella pone los ojos como platos mientras pasa la mirada de él a las medias hechas jirones que hay en medio del camerino.

—Supongo que no creerás que me estaba ahogando y las ha usado para salvarme la vida, ¿verdad? —pregunto con las cejas enarcadas.

—No, a no ser que pretendiera llegarte a la garganta a través de la vagina —contesta mientras me lanza las bragas y las medias nuevas a la cabeza.

—Parece ser que así es como lo hacen en Texas —aseguro con una sonrisa pilla que me devuelve con alegría.

—Eso dicen todos.

47

Sloane

—Que pases buena noche, Sloane —me desea Jaime, el de seguridad, mientras cierra la puerta de mi *suite* a mi espalda varias horas más tarde.

En cuanto oigo el sonido del cerrojo, saco el móvil y leo los mensajes que me ha mandado Sly mientras estaba en el escenario. Me he dado cuenta en el coche de que me había mandado un mensaje, pero no quería leerlos hasta que estuviera sola. Por si me sonrojaba..., entre otras cosas.

Sly:
Ya en el hotel
Sly:
Arropado en la cama y con
diecisiete minutos de sobra
Sly:
A petarlo esta noche

Parece que no tenía de qué preocuparme, al fin y al cabo. Me alegro de que haya cumplido con el toque de queda, aunque sus actividades previas me han dejado las piernas tan temblorosas que me ha costado clavar el aterrizaje durante mi entrada de hoy.

Suponiendo que estará dormido, le mando un par de mensajitos rápidos mientras me dirijo a la ducha.

Yo:
Ya en el hotel. Espero que estés durmiendo
Yo:
El concierto ha ido genial
Yo:
Parece ser que la clave para curarse el miedo escénico es tener tantos orgasmos que no te quede energía para dedicársela

Sly:
Eso ya podría habértelo dicho yo

Yo:
Estás despierto

Sly:
Esperándote

Yo:
Vete a dormir. Tengo que ducharme
Yo:
Me muero de hambre

Sly:
La cena está en camino

Yo:
😮
Yo:
No tienes por qué hacer esas cosas

Sly:
Demasiado tarde. Tengo que alimentar a mi chica

Un escalofrío me desciende por la columna ante sus palabras. Intento decidir si es un escalofrío bueno o malo, pero la verdad es que seguramente se trate de un poco de ambos.

«¿Qué estás haciendo, Sloane?», me pregunto mientras me pongo mi uniforme habitual después de los conciertos: unos pantalones de chándal y una sudadera. Esto es una idea terrible. Terrible de verdad, completamente y sin duda alguna. Es como prender fuego a la gasolina y decir que es aromaterapia.

Una pena que saberlo no me impida responderle al mensaje.

Yo:
Eso es lo que soy? Tu chica?

El aliento se me atasca en la garganta mientras espero su respuesta. Por suerte, no se demora mucho.

Sly:
Solo si tú quieres serlo

El teléfono me arde en la mano mientras sus palabras me recorren como ráfagas de fuego. ¿Cómo sabe siempre qué decir? Esto sería mucho más fácil si se tratara de otro capullo insistente. Podría mandarlo a paseo con una o dos palabras y seguir por mi no tan alegre camino.

Aunque, si él fuera un capullo, jamás estaríamos manteniendo esta conversación. Y yo tampoco tendría jamás estos sentimientos.

Sé que debería salir corriendo, sé que debería decirle ahora mismo que lo que quiere es imposible. Tengo las palabras justo ahí, en la punta de la lengua. Pero mis dedos temblorosos tienen vida propia y escriben una respuesta.

Yo:
Creo que sí

Le doy a enviar y tiro el móvil antes de meterme en la ducha a toda prisa.

Joder, joder, joder. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy corriendo un riesgo tan estúpido cuando sé que podría explotarme en la cara en cualquier momento?

Inclino la cabeza hacia atrás para mojarme el pelo y, en cuanto cierro los ojos, la cara de Sly se superpone en mis párpados, con esos ojos amables y la sonrisa de lado.

Por eso mismo me estoy arriesgando. Porque he conocido a alguien que es bueno, amable, divertido y listo, todo dentro del mismo paquete increíblemente atractivo. Sly me hace querer cosas que no debería querer. Lo que es peor, me hace albergar la esperanza de que, por una vez, puedo tener a alguien para mí sin que se convierta en un puto desastre.

Alguien que sepa todas las cosas malas y que, de alguna forma, algún día, quizá pueda quererme a pesar de todo.

Llaman con fuerza a la puerta, por lo que cierro el agua y busco el albornoz.

Me lo coloco y grito mientras me envuelvo el pelo mojado en una toalla:

—¡Adelante!

—Una entrega —anuncia Jaime desde el salón—. Lo dejo en tu mesa, Sloane.

—¡Gracias! —respondo mientras me niego a admitir que había una parte diminuta de mí que quería que fuera Sly quien llamara a mi puerta, aunque sé que es absurdo. Solo porque esté deseando que me abrace ahora mismo no quiere decir que no sea mucho mejor que esté al otro lado de la ciudad en su hotel, cumpliendo el toque de queda. El único modo de que esto que hay entre nosotros sobreviva es si ambos continuamos haciendo exactamente lo que debemos hacer.

Aun así, el dolor de mi pecho cuenta una historia distinta: una que termina con él envolviéndome en sus brazos y el resto del mundo difuminándose.

Cuando me seco, cojo el teléfono y entro distraída en el salón para encontrarme con una bolsa de mi restaurante de tacos de pescado favoritos.

¿Cómo lo ha sabido?

No tengo una respuesta, pero algo me dice que voy a preguntarme lo mismo sobre Sly muchas veces.

He evitado a propósito mirar mis mensajes desde que he enviado el último, pero necesito darle las gracias como mínimo, así que hago de tripas corazón y doy un toquecito a su nombre. Solo para encontrarme con este mensaje esperando:

Sly:
Te prometo que no te haré daño

No puede prometerme eso. Nadie puede. El mundo no funciona así, o por lo menos no el mío. Pero qué ganas tengo de creerlo. Solo por esta noche. Solo el tiempo suficiente para permitirme soñar..., si es que sigo acordándome de cómo hacerlo.

Yo:
Cómo has sabido que Rubio era la
forma de ganarte mi corazón?
Yo:
Por cierto, gracias

Sly:
Por pura casualidad. Y también
es uno de mis sitios favoritos
Sly:
Supongo que lo tenemos en común

No quiero pensar en lo que tenemos en común. Eso es territorio peligroso. Aunque todo esto es territorio peligroso y no tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí.

«Porque lo deseas —dice una vocecita en mi cabeza—. Y es más que sexo».

Odio que tenga razón. Casi tanto como odio la forma en la que mis dedos se deslizan por el teclado del móvil, aunque se me cierre el estómago y espere a su respuesta.

Yo:
Vete a dormir. Los quarterbacks
no necesitan sus horas de
sueño para estar guapos?

Sly:
Yo ya soy guapo

Yo:
Y humilde también

Sly:
Cuéntame algo del concierto

Yo:
Creo que les gustas tú más que yo.
Han lanzado tantos ositos de peluche
con tu camiseta puesta que ha llegado
un momento en el que el escenario
parecía una juguetería

Sly:
Ya sabíamos que tus fans
tenían buen gusto

Yo:
Creo que les has pagado tú

Sly:
Mierda. Me has pillado
Sly:
No sabía que tenías miedo escénico

Joder. Esperaba con todas mis fuerzas que no se hubiera dado cuenta. Hablarle de mi mayor debilidad ha sido una idea terrible. Sobre todo porque parece que Sly no se olvida de nada.

Yo:
No es que lo grite a los cuatro vientos
Yo:
Cuesta no ponerse nerviosa cuando
no sabes cómo va a reaccionar la
gente en un momento dado

Sly:
Siempre dices eso, pero tus fans te adoran

Yo:
Algunos sí. Pero la mayoría solo quiere estar
cerca de una persona cuya vida
es muchísimo peor que la suya

Sly:
Ay, Sloane. No lo creerás de verdad, no?

Pues claro que lo creo. He visto las pancartas en los conciertos, he sido el saco de boxeo de los periodistas, me han lanzado bebidas encima y cosas peores, he tenido que pelear con estranguladores y acosadores. Cuesta no creer algo cuando te lo demuestran una y otra vez.

No obstante, Sly no tiene que saber nada de eso ahora mismo. Puede que nuestros escenarios sean distintos, pero ambos debemos rendir mañana. Tener ideas como estas en la cabeza solo complican más hacer bien el trabajo.

Yo:
Es tarde. Tienes que irte a dormir

Sly:
Y tú tienes que entender
que no eres la villana

Yo:
Pero es que me queda muy bien el negro

Sly:
Odio que no puedas verte como yo te veo

Sus palabras me secan la garganta y hacen que el corazón se me salga del pecho. Una parte de mí quiere saber cómo me ve exactamente. Pero una parte todavía más grande, la más lista, sabe que lo único que me espera es dolor y destrucción. Mis muros se han erigido de forma precaria. Si dejo que Sly empiece a empujar los bloques, me temo que se derrumbarán. Es mejor evitarlo y rezar como una loca porque lo deje estar.

Yo:
Vale, igual la villana no.
Igual la villana-heroína
Yo:
Hazme un favor, intenta no morirte mientras
duermes, vale? Mi reputación
no se lo puede permitir

Sly:
VAYA TELA
Sly:
Menuda forma de darme
las buenas noches

Yo:
Oye, que desearte no morir es un

«buenas noches» más que adecuado

Sly:
Lo recordaré. Buenas noches, corazón

El alivio me invade cuando deja que me salga con la mía y acepta el cambio de tema. Pero también lo hace la culpa. Porque Sly ha sido directo y sincero conmigo desde el minuto uno y yo... no lo he sido. Ese desequilibrio, esa injusticia, me molesta.

Empiezo a bajar el móvil sin contestar. Al fin y al cabo, eso es lo que haría la Viuda Negra. Pero entonces me detengo. Porque no quiero ser ella. Ahora mismo no, y menos con Sly. No puedo darle todo, pero puedo darle algo. Puedo darle este pedacito de la verdadera yo, despojada de la armadura y del artificio.

Mi cuerpo entero se revela ante la idea, pero lo ignoro mientras me obligo a hacer algo que jamás habría imaginado hace un par de días. Me hago una foto con el pelo envuelto en la toalla y sin una gota de maquillaje en el rostro.

Y, entonces, se la envío.

Yo:
Dulces sueños

Pasan varios segundos antes de que vuelva a vibrarme el móvil.

Sly:
Eres tan hermosa que me
rompes el corazón

Contesta el mensaje con una foto suya en la cama, con el pelo oscuro alborotado y los ojos soñolientos.

Yo:
Lo mismo digo

Después lanzo el móvil al otro lado del sofá, donde no llegue a cogerlo. Porque esto me da un miedo de la hostia. Sly me da un miedo de la hostia. Pero, quizá por primera vez en la vida, la idea de perderme lo que viene a continuación me da más miedo todavía. Y quizá así se siente la esperanza: frágil, temblorosa e imposible de ignorar.

48

Sly

DOMINGO, 28 DE SEPTIEMBRE

(6:42 AM) Sly:
No me he muerto

(9:12 AM) Sloane:
A nadie le gustan los fanfarrones
(9:12 AM) Sloane:
Que lo petes hoy
(9:13 AM) Sloane:
Ah, y marca un touchdown por mí

(9:13 AM) Sly:
Veré qué puedo hacer

(7:30 PM) Sloane:
Cómo ha ido el partido?

(7:35 PM) Sly:
Hemos ganado

(7:36 PM) Sloane:
Míralo, qué indiferente
(7:36 PM) Sloane:
Por cierto, sé que has ganado. Tengo acceso a internet, para que lo sepas

(7:36 PM) Sly:
Y qué esperabas qué dijera?

(7:37 PM) Sloane:
Yo qué sé. Algo en plan he sido un dios
de oro, por ejemplo? Cuatro touchdowns solo en
el primer tiempo?

(7:37 PM) Sly:
Me dijiste que te marcara un touchdown
(7:37 PM) Sly:
Conque dios de oro, eh?

(7:37 PM) Sloane:
No te flipes...
(7:37 PM) Sloane:
Además, siempre he sabido
que te gusta sobresalir

(7:38 PM) Sly:
Siempre?

(7:38 PM) Sloane:
Bueno, desde anoche en mi camerino

(7:38 PM) Sly:
Uno hace lo que puede
(7:38 PM) Sly:
Cómo estás? Dónde estás?

(7:38 PM) Sloane:
Acabo de aterrizar en Portland
después de unas cuantas reuniones
en LA. Dónde estás tú?

(7:39 PM) Sly:
A unos 6000 km por encima de Arizona.
O quizá ya sea Nuevo México. A saber

(7:39 PM) Sloane:
Mándame un mensaje cuando aterrices. Avísame de que has llegado sano y salvo, por favor

(7:40 PM) Sly:
Estás preocupada por mí?

(7:40 PM) Sloane:
No tengo por qué estarlo

(7:40 PM) Sly:
No! Me gusta

(7:41 PM) Sloane:
Entonces mándame el mensaje

LUNES, 29 DE SEPTIEMBRE

(1:37 AM) Sly:
He aterrizado

(11:41 PM) Sloane:
Tan tarde??

(1:42 AM) Sly:
Hace una hora. Quería estar en casa cuando te mandara el mensaje

(11:42 PM) Sloane:
Ah, sí? Y eso?

(1:42 AM) Sly:
He pensado que igual te apetece hacer FaceTime

(11:42 PM) Sloane:
Vaya, ha sido esa clase de vuelo, eh?

(1:43 AM) Sly:
Lo decía para poder verte la cara!
(1:43 AM) Sly:
Pero ahora que lo mencionas...
Qué llevas puesto?

(11:43 PM) Sloane:
Pijama de pordiosera y la cabeza llena de rulos

(1:44 AM) Sly:
Uuuh, qué sexi

La aplicación de FaceTime suena mientras sigo esperando su respuesta y casi tiro el móvil en un intento de contestar lo más rápido posible. «Genial, Sly. Todo un conquistador».

Consigo aceptar la llamada y ahí la tengo, justo delante de mí.

El corazón me da un vuelvo al verla sentada con las piernas cruzadas y una guitarra acústica negra a su lado, en la cama. Está impresionante con un conjuntito pijamero negro y el pelo rojo cayéndole en ondas por encima de los hombros.

—Lo de los rulos era mentira.

Sonríe.

—Tengo que mantenerte alerta de alguna forma.

—No creo que eso vaya a suponerte ningún problema. —Señalo la guitarra con la cabeza—. ¿Qué estabas tocando?

No contesta al instante, pero sus mejillas se tiñen de ese rosa delicado que siempre me deja sin aliento.

—Solo una canción en la que estoy trabajando —dice por fin.

—¿De qué va?

Cuando responde, mira a la guitarra en lugar de a mí.

—Todavía no lo sé.

—¿Cómo haces lo de componer? —indago mientras me reclino en el sofá para ponerme cómodo—. Siempre me he preguntado qué viene primero, si la música o la letra.

Esta vez, tarda tanto en contestar que empiezo a preguntarme si he dicho algo malo. Sobre todo cuando deja escapar un largo suspiro.

—No tienes que... —añado.

—Depende —dice ella al mismo tiempo—. Normalmente comienzo con un par de frases y una idea de lo que quiero que trate la canción, pero esta ha empezado con la melodía, que me vino a la cabeza de repente.

Pasa los dedos por encima de las cuerdas. Solo toca unos cuantos acordes, pero estos se acurrucan en mi interior, hacen que el corazón me lata con fuerza contra las costillas.

—Me encanta. ¿Es para tu nuevo disco?

Ella niega con la cabeza y, esta vez, esboza una sonrisa tan triste que hace que vuelva a incorporarme.

—No hay nuevo disco.

—Bueno, no me refería a ahora. Me refería a más tarde, cuando tengas tiempo libre para escribir...

—No lo sé, Sly. No he escrito nada en mucho tiempo. —Se abstrae —. Es que últimamente no escucho la música.

—Ay, corazón. —Se me parte el alma. Yo llevo lanzando pelotas desde que tenía cinco años. Es lo único que he querido hacer en toda mi vida. No me puedo ni imaginar cómo me sentiría si esa habilidad desapareciera de pronto. Una cosa es lesionarse, pero ¿perder el deporte que amo más que nada en el mundo? ¿Que me lo arrebaten cuando más lo necesito? No puedo ni imaginarme lo que se siente—. Lo siento mucho. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No hay nada que hacer, solo seguir intentándolo.

Sus dedos vuelven a danzar por encima de las cuerdas y tocan los mismos acordes de antes.

—Eso es precioso —comento en voz baja.

—Eres tú —susurra.

Las palabras me golpean como si se tratara de toda la línea defensiva de los Lightning.

—¿Qué? Sloane...

—Em, tengo que dejarte. Ya hablamos mañana.

—Espera, por favor...

Pero ya se ha ido.

MARTES, 7 DE OCTUBRE

(7:23 AM) Sly:
Te echo de menos
(7:23 AM) Sly:
Y espero que estés bien
(7:23 AM) Sly:
Por cierto, debería haber un regalo
para ti en la recepción esta tarde

(6:33 AM) Sloane:
Me acabo de despertar
(6:33 AM) Sloane:
Uuuh, regalos, qué divertido
(6:34 AM) Sloane:
Yo también te echo de menos
(4:47 PM) Sloane:
Un cepillo de dientes cantarín
de la Viuda Negra???

(5:51 PM) Sly:
Empieza el juego
(5:51 PM) Sly:
Yo 1, tú 0

(4:51 PM) Sloane:
Disfruta ahora, porque sufrirás
las consecuencias

(5:52 PM) Sly:
He venido a ganar

(4:52 PM) Sloane:
Eso es lo que tú te crees

LUNES, 13 DE OCTUBRE

(6:48 PM) Sly:
Cómo estás?

(4:50 PM) Sloane:
Me duelen los pies
(4:53 PM) Sloane:
Hoy he grabado una campaña
publicitaria y solo quiero que quede
constancia de que pienso que es
una injusticia que tú puedas ir por ahí
presumiendo de trajes y relojes y yo
esté aquí con tacones de aguja
de quince centímetros a todas horas

(6:54 PM) Sly:
Qué zapatos anuncias?

(4:54 PM) Sloane:
Es un perfume

(6:55 PM) Sly:
Porque todo el mundo sabe que los tacones
hacen que huelas mejor

(4:55 PM) Sloane:
Muérdete la lengua...

(6:56 PM) Sly:
Pensaba que ese era tu trabajo

(4:59 PM) Sloane:
Igual ya no puedo volver a andar

(7:01 PM) Sly:
Quién me iba a decir que Portland
era la cuna de la perfumería?

(5:02 PM) Sloane:
Solo porque era el único sitio donde podían
cuadrarlo en mi agenda
(5:03 PM) Sloane:
Mañana me toca otra sesión de fotos
para una portada. Han preparado un millón de
dólares en diamantes para que me
los ponga. A veces la vida es muy rara

(7:05 PM) Sly:
Es verdad
(7:05 PM) Sly:
Te cuento otra verdad? Me gustaría
verte con esos diamantes

(5:06 PM) Sloane:
En serio?

(7:06 PM) Sly:
Que si quiero verte con un
montón de diamantes y nada más
puesto? Sí, por favor

(5:06 PM) Sloane:
Por qué no lo intentas tú y vemos
qué consigues con ello?

(7:06 PM) Sly:
Ya estoy sacando mi anillo

de la Super Bowl

(5:07 PM) Sloane:
Dónde estás?

(7:07 PM) Sly:
En casa, haciendo la cena

(5:07 PM) Sloane:
Cómo ha ido el entrenamiento?

(7:07 PM) Sly:
Pues un entrenamiento más.
Los lunes suelen ser ligeritos

(5:08 PM) Sloane:
Ojalá pudiera decir lo mismo
(5:08 PM) Sloane:
Esta noche te llegará un paquete
(5:08 PM) Sloane:
Me tengo que ir

(7:08 PM) Sly:
Qué ganas
(7:08 PM) Sly:
Adónde te vas?

(5:09 PM) Sloane:
Saldré en la portada del Cosmo dentro de dos meses. Hoy es la entrevista

(7:09 PM) Sly:
Alguna vez descansas?

(5:18 PM) Sloane:
Bianca no cree en el descanso
(5:18 PM) Sloane:
Buenas noches

(8:27 PM) Sly:
Ríete lo que quieras, pero un calentador
de tortillas de los Twisters de Austin
me parece un REGALAZO

(6:27 PM) Sloane:
Mira dentro

(8:27 PM) Sly:
Dios mío! Hacen CONDONES
de los Twisters?!

(6:28 PM) Sloane:
Un regalo la mar de práctico
(6:28 PM) Sloane:
Yo 2, tú 1

MIÉRCOLES, 5 DE NOVIEMBRE

(2:17 PM) Sloane:
Acabo de despertarme. Espero que
hayas marcado un touchdown

(4:21 PM) Sly:
Nada de touchdowns hoy, solo simulacros

(2:23 PM) Sloane:
Eso qué quiere decir?

(4:28 PM) Sly:
Pues mucho lanzar, mucho
correr, muchas pesas

(2:31 PM) Sloane:
Qué llevas puesto?

(4:31 PM) Sly:
Una camiseta apestosa

(2:32 PM) Sloane:
Menuda forma de acabar con la chispa

(4:33 PM) Sly:
Llámame luego, a ver qué
puedo hacer para revivirla

LUNES, 17 DE NOVIEMBRE

(5:13 AM) Sly:
Estás despierta?

(4:13 AM) Sloane:
Ahora sí

(5:13 AM) Sly:
Lo siento, vuélvete a dormir,
ahí todavía es de noche

(4:14 AM) Sloane:
Hoy hay entrenamiento temprano?

(5:14 AM) Sly:
Nah, es que no me puedo dormir

(4:15 AM) Sloane:
El insomnio es lo peor

(5:15 AM) Sly:
Echarte de menos es peor todavía

(4:15 AM) Sloane:
Ah, sí? Por eso estás despierto?

(5:16 AM) Sly:
Ojalá pudiera verte

(4:16 AM) Sloane:
Estoy medio dormida y tengo

el pelo hecho un desastre
(4:16 AM) Sloane:
No querrías verlo

(5:16 AM) Sly:
Eso es justo lo que quiero ver
(5:16 AM) Sly:
Te echo de menos

(4:17 AM) Sloane:
Cuánto queda para que volvamos
a estar en la misma ciudad?

(5:17 AM) Sly:
Demasiado

(11:38 AM) Sloane:
El palo usado de una piruleta?
(11:38 AM) Sloane:
Cómo saben que he chupado
el palo de verdad?

(5:41 PM) Sly:
(Enlace a la foto)
(5:41 PM) Sly:
Venía con pruebas

(4:43 PM) Sloane:
Ah. Pues vale
(4:43 PM) Sloane:
Echo de menos ese vestido

(5:45 PM) Sly:
Yo 9, tú 17

(4:45 PM) Sloane:
Más te vale ponerte las pilas. O no

MIÉRCOLES, 10 DE DICIEMBRE

(3:16 PM) Sloane:
Lo siento. Hoy ha sido día de prensa

(11:46 PM) Sly:
Lo siento. Hoy he tenido día de entrenamiento y rueda de prensa

DOMINGO, 4 DE ENERO

(8:16 PM) Sloane:
Toma ya! A por las rondas eliminatorias!
(8:16 PM) Sloane:
He intentado llamarte. Llámame cuando estés en casa. Te echo de menos

(11:24 PM) Sly:
He intentado llamarte.
Yo también te echo de menos

SÁBADO, 10 DE ENERO

(9:38 PM) Sly:
Joder, estoy loco por ti

(8:39 PM) Sloane:
Solo lo dices porque acabo de ponerte cachondísimo

(9:39 PM) Sly:
Solo lo digo porque es la verdad

(8:39 PM) Sloane:
Ya, claro, pues yo solo te digo lo mismo porque todavía sigo cachondísima

(9:40 PM) Sly:
Estaba mirando tu horario

(8:40 PM) Sloane:
No me digas?

(9:40 PM) Sly:
El finde que viene no tienes conciertos
(9:40 PM) Sly:
Vente a Austin al partido

(8:41 PM) Sloane:
Me estás invitando a un
partido de los Twisters?

(9:42 PM) Sly:
Te estoy invitando a mi vida, la cual a menudo
incluye partidos de los Twisters
(9:42 PM) Sly:
Te puedes sentar con mi abuela
Ximena y mis hermanas en un palco

(8:43 PM) Sloane:
Madre mía
(8:43 PM) Sloane:
Conque ya empezamos con
lo de conocer a la familia?

(9:44 PM) Sly:
Esto es una petición para que vengas
a Austin porque voy a implosionar
como no consiga verte pronto
(9:44 PM) Sly:
Pero sí. También es lo de
conocer a la familia y al equipo
(9:44 PM) Sly:
Si tú quieres. Sin presiones

(8:45 PM) Sloane:
Ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. Ya estoy metida en esto

(9:45 PM) Sly:
Y yo llevo metido en esto desde el momento en el que Olivia abrió esa puerta

(8:46 PM) Sloane:
No vas a llegar a ninguna parte con tus lisonjas

(9:46 PM) Sly:
Lo sé de sobra. Ven a Austin
(9:46 PM) Sly:
Te prometo que no te arrepentirás

(8:47 PM) Sloane:
Me lo pensaré

(9:47 PM) Sly:
De acuerdo
(9:47 PM) Sly:
Que lo petes en el escenario esta noche

(8:48 PM) Sloane:
Siempre lo hago
(8:48 PM) Sloane:
(Enlace a foto)

(9:48 PM) Sly:
Alguna vez te he contado en cuántas de mis fantasías han sido las protagonistas tus botas?

(8:49 PM) Sloane:
Y yo que pensaba que la estrella era yo

(9:49 PM) Sly:
Lo eres, y casi siempre llevas las botas

(8:49 PM) Sloane:
Me aseguraré de meterlas en la
maleta para el viaje a Austin

(9:49 PM) Sly:
Eso significa que vas a venir?

(8:50 PM) Sloane:
Aprovecho cada oportunidad que
se presenta para lucir mis botas

DOMINGO, 11 DE ENERO

(2:26 PM) Sloane:
Vaya tela! Ese touchdown
ha sido magia pura, joder!

(7:43 PM) Sly:
Hago lo que puedo
(7:43 PM) Sly:
Que huela un poco a mierda esta noche

(8:43 PM) Sloane:
Eso ha sido de mala educación

(7:44 PM) Sly:
Me parece mejor que desearte que
haya mucha mierda, es asqueroso

(8:45 PM) Sloane:
Ni siquiera sé qué contestar a eso
(8:45 PM) Sloane:
(Enlace a foto)

(7:46 PM) Sly:
Joder

(7:46 PM) Sly:
Las botas!!!
(7:46 PM) Sly:
Y tú

(8:46 PM) Sloane:
Ahora las botas van antes que yo.
Ya veo cómo van las cosas

(7:47 PM) Sly:
Creo que estoy desarrollando un fetiche

(8:48 PM) Sloane:
Desarrollando?????

(7:48 PM) Sly:
No es culpa mía que esas botas
te queden de muerte

(7:49 PM) Sloane:
Qué puedo decir? Con
ellas no piso mierdas

(7:49 PM) Sly:
Vale. Pues que te cague un pájaro encima
(7:49 PM) Sly:
(es broma)

(8:50 PM) Sloane:
Nos vemos al otro lado

MARTES, 13 DE ENERO

(3:17 AM) Sloane:
Ha estado bastante bien

(4:17 AM) Sly:
Bastante bien? Eso que oyes es
mi ego, que se está desinflando

(3:17 AM) Sloane:
Ya sabes a lo que me refiero
(3:17 AM) Sloane:
Y, para que conste, creo que yo
también estoy loca por ti

(4:17 AM) Sly:
En serio me dices esto cuando estás
a más de tres mil doscientos kilómetros?

(3:19 AM) Sloane:
Buenos días, Sly

(4:19 AM) Sly:
Buenas noches, corazón
(4:19 AM) Sly:
Que descanses

SÁBADO, 17 DE ENERO

(3:41 AM) Sloane:
Aterrizo mañana a mediodía!!!

(5:41 AM) Sly:
Créeme, lo sé. No he pegado
ojo en dos días por eso

(3:41 AM) Sloane:
Espero que pronto haya otra cosa
que no te deje pegar ojo

(5:41 AM) Sly:
Me muero de ganas de verte

(3:41 AM) Sloane:
Yo también. Un mes es demasiado largo

(5:41 AM) Sly:
Un día es demasiado largo

(3:42 AM) Sloane:
Bonita frase

(5:42 AM) Sly:
Hago lo que puedo
(5:42 AM) Sly:
Y no es una «frase»

(3:42 AM) Sloane:
He escrito algo hoy. Solo unas
pocas líneas. Pero ya es algo

(5:43 AM) Sly:
Corazón!
(5:43 AM) Sly:
Eres la mejor

(3:45 AM) Sloane:
Tampoco nos pasemos

(5:45 AM) Sly:
Cuándo podré oírlo?

(3:45 AM) Sloane:
Cuando tenga una canción de verdad
(3:46 AM) Sloane:
Te veo mañana

(5:47 AM) Sly:
Te estaré esperando

(3:47 AM) Sloane:
Con campanas?

(5:48 AM) Sly:
Buenas noches, corazón

(3:48 AM) Sloane:
Buenos días, Sly

49

Sly

—¿Cuántas veces vas a mirar el móvil en cinco minutos? —se burla Tyson cuando se sienta en el banco del vestuario que tengo delante.

—Las que haga falta —respondo.

Además, no estoy mirando el móvil. Estoy releyendo algunos de los mensajes favoritos que me he mandado con Sloane mientras espero a que llegue. No es culpa mía que mi novia consiga ser increíblemente maravillosa e increíblemente graciosa al mismo tiempo.

Me ha mandado un mensaje hace treinta minutos para avisarme de que ya había aterrizado y estaba de camino y, desde entonces, estoy que no quepo en mí de la alegría. Ya rechazó pasar la Navidad con mi familia, así que no nos hemos visto en un mes. Y, aunque tengo toda la intención de salir ahí fuera y ganar el partido de hoy, no es ni de lejos lo único que tengo en mente.

De hecho, ahora mismo lo que más me preocupa es que Sloane esté a salvo. He llegado muy temprano para repasar el plan con Vince, el ayudante del jefe de seguridad, y asegurarme de que esté todo bien organizado. Ayer también lo repasamos, pero, en lo referente a la seguridad de Sloane, no pienso jugármela. No cuando tiene a un acosador obseso que se está volviendo más inestable con cada día que pasa, o por lo menos eso dice Marco.

Delante de mí, intenta restarle importancia, pero Marco y yo hablamos casi todos los días sobre el estado de la investigación. Teniendo en cuenta que la última carta que recibió contenía una foto de ella mutilada en trocitos diminutos y recubierta con lo que el FBI asegura que es sangre animal, no estoy dispuesto a correr ningún riesgo.

Hoy nadie va a llegar hasta ella, ni de coña; ni bajo mi supervisión ni en mi casa.

Me suena el teléfono y deslizo el dedo por la pantalla para encontrarme con un nuevo mensaje de Sloane.

Sloane:
Estamos llegando con el coche

Yo:
Te estaré esperando

Aunque esto es lo que he estado anhelando, el corazón empieza a latirme a mil por hora. Me levanto de un salto, cojo el ramo de flores que le he comprado esta mañana (calas moradas con peonías blancas y rosas) y salgo a toda prisa hacia la puerta del vestuario.

De camino, le mando un mensaje a Vince para avisarlo de que ya ha llegado la hora. Esto tiene que funcionar como un reloj, y que sus hombres estén fuera para recibirla es el primer paso.

Sloane:
No tienes algo más importante
que hacer ahora mismo?

Yo:
Más importante que ver a mi chica
después de los veintinueve días más largos de mi
vida? La verdad es que no

—Espera. ¿Está pasando? —pregunta Marquis, que por primera vez levanta la vista de su móvil—. ¿Ha llegado Sloane?

—Dentro de un minuto, sí.

—Toma ya. —Se pone en pie de un salto—. Qué ganas tengo de conocerla.

—Ya, pues eso no va a pasar —aseguro mientras le cierro la puerta en la cara.

Tampoco es que eso lo detenga. Al cabo de unos segundos está en el pasillo conmigo y luce una expresión de lo más ofendida.

—Oye, ¡que yo soy el que os juntó! ¿No crees que debería ver los frutos de mi trabajo?

—No sé yo si se puede llamar trabajo a sobornar al técnico de la pantalla gigante.

—Bueno, ya es más de lo que hiciste tú —espeta al tiempo que continúa siguiéndome.

Y resulta que no es el único. Toda la línea ofensiva me pisa los talones, decididos a no perderse la oportunidad de conocer a Sloane. Con solo mirarlos a la cara, advierto que no vale la pena discutir, así que no lo hago. En lugar de eso, me sitúo justo delante de las puertas abiertas de la entrada para jugadores y espero que ella se acerque a mí.

Menos de dos minutos después, un coche negro aparca en la entrada y Marco sale del asiento del copiloto. Se mueve para abrir la puerta, pero ella la abre de un empujón antes de que llegue y se lanza a mis brazos, con las flores y todo.

Jamás habría anticipado que mi Sloane, cuidadosa, reticente y desconfiada con todos y con todo, se lanzaría a mis brazos de esta forma. Pero lo ha hecho, y ni de coña pienso quejarme, aunque no me haya dado tiempo a mover las flores para prepararme.

Las lanzo al suelo y la atrapo en el aire, porque, desde luego, preferiría mil veces un abrazo de Sloane a un montón de lirios. Y por fin, por fin después de las cuatro semanas más largas de mi vida, vuelve a estar entre mis brazos, donde pertenece.

Entrelaza las manos tras mi cuello, pega el cuerpo al mío y estampa la boca contra la mía; esa boca preciosa, con el labio superior más grueso y pintada de rojo. No existe nada mejor.

Yo también la envuelvo con mis brazos, la acerco a mi cuerpo y profundizo el beso a pesar de los silbidos y las groserías que provienen de nuestro alrededor.

Para ser sincero, con la cantidad de pullitas que he recibido durante los últimos meses, me sorprende un poco que los chicos no hayan traído palomitas. O confeti.

Puede que el entrenador y algunos forofos no estén del todo entusiasmados con lo mío con Sloane, pero mis compañeros de equipo están a tope con el tema. Sobre todo Marquis.

Sloane ignora los silbidos y me besa concienzudamente antes de apartarse. Le doy un besito rápido más, me encanta que siempre sepa a cerezas, y me aparto de mala gana.

—Hola —susurro como un bobalicón, y no me importa lo más mínimo. Que esté aquí conmigo, en mi estadio, es el mejor regalo que podría hacerme jamás.

Y que esté aquí justo hoy, cuando Grant y los Grizzlies también están en mi estadio (no me puedo creer que hayan llegado a las rondas eliminatorias), hace que todo me resulte más soportable.

—Hola —contesta ella entre susurros, y, aunque su expresión es seria, sus ojos sonríen tanto como yo—. Gracias por las flores.

—Ah, es verdad. —Las cojo y se las doy—. Están un poco hechas polvo, pero la intención está ahí.

—La intención es lo que cuenta.

Me tiende una bolsita de regalo negra.

—¿Qué es esto?

—No eres el único con intención —contesta con una sonrisa que hace que quiera volver a besarla.

—¿Para mí? —Sé que sueno perplejo, pero no puedo evitarlo. Ninguna mujer con la que he salido antes me ha dado un regalo porque sí. En Navidades o cumpleaños, sí. Pero ¿solo porque estuviera pensando en mí? Eso suele ser más cosa mía—. ¿Qué es? —indago, desviando la vista de la cara de Sloane a la bolsa.

—Artículos de promoción de Sloane Walker, por supuesto —contesta.

—¿En serio?

No intento esconder mi emoción. Llevo tiempo queriendo otra camiseta, o tres. Marquis me robó la que me compré en el concierto del mes pasado.

Esto la hace reír, pero una risa de las de verdad, y no puedo evitar devolverle la sonrisa. Porque no se ríe a menudo. Sonríe mucho más ahora que cuando nos conocimos, pero sus risas siguen siendo poco frecuentes.

Esa idea solo hace que quiera esforzarme más por hacer que suene así más a menudo. No me cansaré nunca de ese sonido.

—No, Sly. —Pone los ojos en blanco—. No te he traído una camiseta con mi cara.

—Pues menuda decepción —anuncia Marquis a mi espalda—. Me habría gustado verlo ir de aquí para allá con un crop top de la gira «Sí, muerdo».

—Creo que lo que quieres decir es que a ti te habría gustado ir de aquí para allá con un crop top de la gira —digo sin darme la vuelta. No puedo apartar la vista de Sloane.

Capto la indiferencia en su voz.

—Hay que hacer publicidad, guapo. Hay que hacer publicidad.

—¿Quién es tu amigo? —inquiere ella.

—Nadie —respondo, porque, en cuanto empiece con las presentaciones, sé que no podré parar hasta que la haya conocido todo el mundo.

—Me acordaré de esto cuando Fitzgerald venga corriendo a por ti —refunfuña Marquis.

Lo ignoro para centrarme en levantar mi regalo.

—¿Lo abro?

—Mejor espera hasta que no tengamos tanto público —aconseja. Después mira detrás de mí, a Marquis—. Un placer conocerte, Nadie.

Y así, sin más, se abre la veda. Marquis y toda la línea ofensiva se apelotonan a nuestro alrededor, seguidos por el resto, y me paso los minutos siguientes presentando a todo el mundo a mi chica.

Para mi sorpresa, se llevan bien. La habitual reticencia de Sloane se esfuma ante el entusiasmo de mis compañeros, y ella les permite ver una parte diminuta de la mujer que hay detrás de la Viuda Negra. Gracias a esto, ellos se dan cuenta de que no somos una pareja tan extraña como se habían imaginado.

Y el hecho de que le eche una bronca de tres pares de narices a Marquis por lo de la pantalla gigante solo hace que me guste más.

Pero, al poco tiempo, Cole, uno de los ayudantes del entrenador de ataque, asoma la cabeza por el pasillo y anuncia:

—Tres minutos para la reunión del equipo.

Su mirada se posa en Sloane.

—Te voy a dejar tranquilo —indica ella mientras se gira hacia Marco—. ¿Adónde tenemos que ir?

—No quiero que me dejes tranquilo —contesto, aunque ya estoy mirando a Vince.

Por supuesto, Marco ha repasado todo el plan con él, dos veces, pero me importa una mierda. Con tal de mantener a Sloane a salvo, hablaré con tanta gente como haga falta y me tomaré todo el tiempo que sea necesario... y seguramente más.

—Vince os acompañará al palco que os he reservado —informo mientras hago un gesto con la mano para que se acerque desde el lugar que ocupa cerca de la puerta—. Y os acompañará debajo de nuevo después del partido.

—Vale. —Ella espera a que el resto del equipo vuelva al vestuario antes de acercarse a mí y susurrar—: Tengo planes para esta noche, así que hazme el favor de no romperte nada ahí fuera, ¿entendido?

Me río, estoy más feliz de lo que recuerdo haber estado en mucho tiempo. Hay algo impresionante en tener a Sloane aquí, en mi estadio, con mis amigos y mi familia. Quizá sea porque esto que hay entre nosotros parece más real.

Como si no fuera a desaparecer en cuanto cierre los ojos.

Teniendo en cuenta que me ha estado alejando desde el momento en que nos conocimos, es algo que me hace sentir muy realizado..., y me parece una gran concesión por su parte.

—Algo me dice que tus planes y mis planes encajan a la perfección. —Tiro de ella para acercarla a mí, le doy otro beso, pero esta vez uno rápido—. Quiero estar contigo un rato más, pero tengo que irme, corazón.

—¿Y quién te lo impide? —pregunta con picardía—. Ve a petarlo.

—Ese es el plan. —Hago un gesto con la cabeza a Marco y a Jaime mientras me aparto—. Me alegro de veros, chicos.

Ellos me devuelven el saludo y después siguen a Vince y a los otros guardias de seguridad que he reclutado para ayudarme a que Sloane llegue sana y salva a su asiento.

Los contemplo mientras se alejan y sonrío cuando Vince saca una gorra de los Twisters para ponérsela a Sloane, aparentemente para ocultar esa melena suya tan famosa. Aunque no tengo muy claro que vaya a funcionar, pues resulta muy difícil pasar por alto a esta mujer.

En cuanto las puertas se cierran a su espalda, vuelvo corriendo al vestuario con treinta segundos de sobra antes de que empiece la reunión, tiempo justo para mandar un mensaje a Camila y a Vivian y avisarlas de que Sloane está subiendo.

Odio que vaya a conocer a mis hermanas y a mi agente sin estar yo presente, aunque no me cabe duda de que mi abuela va a monopolizar toda su atención. Con suerte, el resto no tendrá oportunidad de meter baza.

Me siento en el banco delante de mi taquilla, sonrío cuando Marquis y Drew asienten con la cabeza para darme su aprobación. No es que la necesite, pero me alivia saber que creen que pegamos.

—¿Qué te ha regalado? —pregunta Tyson desde su sitio, a mi derecha.

—No estoy seguro. —Tiro del papel elegante que hay encima y echo un vistazo dentro de la bolsa. Pero, en cuanto veo lo que me ha comprado, me parto de risa.

Porque Sloane Walker, la Viuda Negra y una listilla de cuidado, me ha comprado el que seguramente sea el par de calzoncillos de cuero negro más diminuto de la historia. El hecho de que lleve mi cara en la parte delantera y ¡TOUCHDOWN! escrito en letras gigantes en el elástico de la parte trasera es sin duda el punto fuerte para nuestra pequeña competición.

—¿Por qué te estás partiendo de risa, so tonto? —pregunta Marquis con una ceja enarcada.

—No te lo voy a decir. —Me deslizo la bolsa detrás de la espalda. Como los chicos se enteren de esto, me pasaré el resto de la temporada encontrando tangas de cuero en mi taquilla, en la sala de entrenamiento, en el asta de la bandera...

Pero he hecho mal, pues les ha picado la curiosidad. Marquis sonríe, a punto de abalanzarse sobre mí. Lo tengo clarísimo, pero, antes de que pueda hacerlo, aparece el entrenador. «Toma ya. Salvado por la charla motivadora».

Cojo el móvil y le mando un mensaje a Sloane:

Yo:
Dónde los has encontrado?

Sloane:
Resulta que hay una parte de internet muy picante dedicada a todo lo relacionado con la NFL

Sloane:
Por cierto, he ganado

Yo:
Puedo suponer que tienes uno a juego?

Sloane:
Así es

Sloane:
Gana el partido y puede que lo veas

La mera idea de Sloane con un tanga de cuero diminuto (a ser posible sin mi cara en él, para ser sinceros) tiene todas las de ganar para distraerme, de modo que elimino cualquier pensamiento de lo que pasará en cuanto la lleve a mi casa y me centro en la habitual charla/oración que nos suelta Branson antes de cada partido.

Cuando termina, escondo mi regalo en un rincón de mi taquilla antes de coger el casco y mi protector bucal y recorrer el pasillo con

el resto de los chicos.

—No te preocupes —me tranquiliza Drew con una palmada en la espalda—. Yo te cubro ahí fuera.

Le lanzo una mirada.

—Pensaba que era de lógica.

Sonríe.

—Solo digo que sería una pena que te dieran un palizón delante de tu chica.

—Vaya, te lo agradezco.

Yo también me río cuando salimos del túnel hacia la luz del sol.

—Y —añade Marquis en cuanto llegamos al campo— también nos encargaremos del desgraciado de Grant.

—Joder, ya te digo —afirma Drew.

Asiento para darles las gracias y, después, nos quedamos en silencio, porque ha llegado la hora. Con solo una mirada al defensa, ya cabreado, advierto que voy a necesitar toda la protección que puedan proporcionarme mis chicos.

Que empiece el puto juego.

50

Sloane

—Por aquí, señorita Walker —me indica uno de los guardias de seguridad de los Twisters mientras nos guía hacia arriba por un amplio tramo de escaleras.

Ahora mismo estoy rodeada de hombres enormes vestidos con polos negros, no solo Marco, G y Jaime, sino por lo menos media docena de tíos de la seguridad del estadio también. Me tienta decirles que se están pasando, pero lo último que quiero es que ocurra algo que interfiera en el partido.

Así que los sigo con la boca cerrada mientras intento empaparme lo máximo posible de la experiencia a pesar de estar flanqueada por todos los lados por hombres que pesan, como mínimo, cuarenta y cinco kilos más que yo cada uno.

El estadio tiene un aspecto muy diferente por el día, cuando mi escenario colosal no está en medio del campo y todo el mundo va vestido con camisetas deportivas en lugar de purpurina y punk. La verdad es que me gusta. Parece real, como Sly.

Jamás he asistido a un partido de fútbol profesional; en realidad, jamás he ido a ningún partido de fútbol, profesional o no. Miro a mi alrededor, fascinada por los dedos de gomaespuma y las caras pintadas.

Para cuando entré en el instituto, estudiaba online y compaginaba los créditos con las grabaciones y promociones del programa y, con

el tiempo, mi carrera musical floreciente. Aunque no salí con el quarterback del instituto, sí que salí con un chico que hacía el papel de uno en otro programa que se grababa en nuestro estudio. Hayden Jeffries: adulador, guapísimo, muy querido y problemático de cojones.

Parece ser que tengo un tipo. O, al menos, lo tenía. Ahora yo soy la problemática y Sly es el buen chico con el corazón de oro. Y, al contrario de los otros dos hombres con los que he salido, lo que el público ve es lo que hay detrás.

No es la primera vez que me pregunto qué cojones ve Sly en mí. Las chicas como yo rara vez conseguimos a los chicos buenos, y cuando lo hacemos, es porque resulta que de buenos tienen bien poco. Desde luego, eso es lo que me ha enseñado la experiencia.

Pero Sly no tiene nada que ver con Hayden o Jarrod, como mínimo en los aspectos importantes. Sé que no ha pasado mucho tiempo, pero hemos llegado a conocernos bastante bien, y no ha habido ninguna grieta en su fachada. Nada que me haga pisar el freno a fondo o salir corriendo en la dirección contraria. Y mira que he estado buscando razones con lupa.

Si tengo en cuenta que me he pasado la última década sintiendo que todavía puede pasar algo malo, que él sea tan perfecto me resulta especialmente estresante. Pero, al mismo tiempo, no, porque por fin empiezo a pensar que tal vez no tengo que huir.

Quizá sí que tengamos una oportunidad.

Él debe de sentir lo mismo, o no me estaría invitando a formar parte de su mundo como ahora. No solo para verlo jugar, sino para conocer a su familia. Desde que mi madre se largó, e incluso antes si soy sincera, Pauline, Bianca, Marco y Jace son prácticamente mi única familia. Y Sly solo ha conocido a uno de ellos, a pesar de que

hemos estado en mi mundo siempre que nos hemos visto hasta la fecha.

Si hoy va bien, quizá haya llegado el momento de cambiarlo. No me puedo creer que esté pensándolo siquiera. Ya me puedo imaginar lo que va a decir Pauline al respecto.

Doblamos otra esquina detrás de tres de los guardias de seguridad de los Twisters y le lanzo una mirada a Marco, solo para encontrármelo sonriéndome de oreja a oreja.

—¿Qué? —pregunto, sospechosa al instante.

Marco es muchas cosas cuando está de servicio, pero alegre no se cuenta entre ellas. Y esta es la segunda vez que lo he pillado sonriéndome.

—Me alegra verte feliz.

—No estoy feliz. —Las palabras me salen por inercia. Si la vida me ha enseñado algo, es que las cosas malas vienen cuando estoy feliz —. Solo estoy emocionada porque voy a ver mi primer partido de fútbol.

—Ah, conque eso es lo que te hace ilusión... —Enarca una ceja.

—Sí. —Para ocultar el repentino ardor de mis mejillas, hundo la cabeza en el ramo de flores que me ha regalado Sly—. El fútbol es interesante.

La mirada que me lanza me dice que sabe qué es exactamente lo que me parece interesante del partido.

Pero, antes de que ninguno de los dos pueda pronunciar una palabra más, alguien grita mi nombre a nuestra espalda.

El instinto hace que me gire, justo a tiempo para que esa persona tome una foto de mí como un ciervo cegado por los faros de un coche.

Joder, debería haberlo visto venir.

—¿Una sonrisa, Sloane? —La cámara no deja de disparar—. ¿Te preocupa que le pase algo a Sly en el campo hoy? ¿O ya has escogido una parcela al lado de Jarrod para él? ¿Tal vez una lápida a juego?

Las palabras me golpean como rocas, no como meras piedrecitas, como es habitual, y durante un instante solo me apetece abstraerme en mí misma. Dejar que Marco y los demás me aparten de todo, como intentan hacer con tanta desesperación.

Pero a los abusones les encanta que salgas corriendo. Además, huir no me ha traído hasta donde estoy ahora mismo. Y, sin duda, no me ha traído hasta Sly.

Así que, en lugar de permitir que los guardias de seguridad me lleven a toda prisa lejos de aquí, clavo los talones en el suelo. Dedico a los paparazzis mi sonrisa más malvada a lo Viuda Negra. Y digo:

—Gracias, pero planeo dejar a Sly con vida mucho tiempo. Ya sabéis que me gusta jugar con la comida.

Para darle el toque final, le lanzo al muy cabrón un beso a lo *femme fatale*. Solo entonces dejo que Marco y los demás me alejen de allí.

Espero que Marco me eche la bronca por haberme puesto en peligro a mí misma, pero se limita a dedicarme una mirada de aprobación. Al igual que G y Jaime.

Eso más que nada en el mundo es lo que me da la fuerza para hacer como si esta interacción no tan agradable no hubiera ocurrido, y nos detenemos unos cuantos metros después, delante de la cuarta puerta del pasillo.

—Este es tu palco —comenta el guardia que lleva la delantera con voz ronca. Creo que Marco ha dicho que se llamaba Vince.

—Gracias, Vince. —Les sonrío a él y a los otros y, como este es el lugar de trabajo de Sly, le tiendo una mano.

A mi espalda, siento que Marco se tensa de la sorpresa, pero me obligo a llevar a cabo el apretón de manos y otros cinco con todos los demás guardias de seguridad.

Al igual que ha pasado antes con los amigos de Sly, no es tan malo como esperaba. No me resulta agradable, pero no es ni de lejos tan horrible como de costumbre. Quizá porque sé que no me van a hacer daño. O quizá sea que estoy volviendo a aprender a confiar en la gente. No solo en Sly, sino en Marco, G, Bianca y Jace. Gente que me ha guardado las espaldas durante años, incluso mientras yo no podía ver a cuánta gente de la que me importa le importo yo también.

—Tendré a dos de mis chicos montando guardia delante de esta puerta —nos comenta Vince a Marco y a mí—. Si la señorita Walker desea abandonar el palco por cualquier razón, podemos pedir refuerzos. Si no, volveré en el descanso con varios guardias de seguridad y otra vez al final del partido. —Me sonríe—. Que disfrute.

Yo le sonrío en señal de agradecimiento antes de poner mi mejor cara de póker cuando uno de los otros guardias del estadio abre la puerta al palco. Mi atención se centra de inmediato en la gente que ya hay dentro.

La familia de Sly.

Durante un instante, me miran perplejas, como si no se creyeran que estoy ahí de verdad. Pero entonces la abuela Ximena se levanta con dificultad.

—¡Sloane! ¡Has venido!

—Sí —contesto, y, para mi sorpresa, yo soy la que inicia el abrazo. Ella me da seguridad, igual que Sly, aunque de una forma distinta—. ¿Cómo estás?

—¡Ahora que tú estás aquí, genial! Llevo meses contándoles a las chicas lo mucho que disfruté al conocerte. Qué ganas tengo de que

puedas venir a cenar a casa.

—Y yo tengo muchas ganas de ir. —Sonrío a las hermanas de Sly mientras intento averiguar quién es quién según su descripción.

La alta que más se parece a él es la pequeña, Mariana. Todavía está en el instituto, quiere ir a la Universidad de Texas y es la que le pintó las uñas para practicar para la obra de teatro. La bajita de pelo castaño y piercing en la nariz es Camila. Está en el último año de carrera y quiere mudarse a Los Ángeles en cuanto se gradúe. Y la delgadita con una sonrisa enorme es Lucía.

Intercambiamos saludos y abrazos mucho más incómodos; aunque parecen tan amables como su hermano y su abuela, está claro que Camila tiene cierto punto cortante, cosa que me parece bien. Sobre todo porque su saludo es un gesto con la barbilla en vez de un abrazo.

Además, cualquier actitud desafiante suya no es nada comparada con la que rezuma la agente de Sly. Cosa que podría ser entendible si tenemos en cuenta lo que dijo la prensa de él después de nuestra cita en Los Ángeles, pero también me extraña que provenga de una mujer que se parece más a la Cenicienta que a un agente deportivo corpulento y malvado. El vestido azul cielo que lleva solo contribuye a esa imagen, al igual que su pelo rubio, recogido en un elegante moño en la nuca.

Por lo menos, hasta que me tiende una mano para que le dé un apretón y los músculos bien definidos de sus brazos se vuelven cada vez más visibles mientras aprieta mi mano con tanta fuerza que noto que los tendones se tocan entre ellos.

En circunstancias normales, me apartaría y le dedicaría un par de comentarios viperinos, pero hay un reto en esos ojos verde oscuro que hace que me quede donde estoy. Además, estamos hablando de

la agente de Sly. Supongo que tiene derecho a dedicarme un par de pullitas.

Por lo menos, hasta que me dedica una sonrisa tan dulce que se me doblan dos dedos de los pies del asco.

—Qué alegría conocer a la lianta que no deja de hacer que Sly siempre vaya con el agua al cuello.

51

Sloane

Me vienen a la cabeza como doce respuestas distintas, y todas ellas con una buena dosis de mordacidad. Pero se trata de una persona a la que Sly casi considera familia, y lo último que quiero es interponerme en esa relación, por su bien y por el bien de la nuestra.

Para ser sincera, no la culpo por estar cabreada conmigo por la mala publicidad que se ha estado llevando Sly. Yo también sigo enfadada por ello.

Además, si no puedo respetar a una mujer con semejante actitud, una que no se ve amedrentada por las formalidades sociales, ¿qué cojones estoy haciendo yo con mi vida?

Aun así, la abuela Ximena no debe de sentir lo mismo, porque mira con exasperación a Vivian.

—Fue solo una vez, Vivian. Déjalo estar.

—Pues ya fue una vez más de lo necesario —espeta en respuesta con un acento marcado de Nueva York que desde luego no vaticinaba para Cenicienta—. Sabes mejor que nadie que Sly no es la clase de chico que se mete en líos.

Me lanza una mirada hastiada que deja bien claro que piensa que yo soy exactamente la clase de mujer que sí que lo hace, antes de dejarse caer en una silla y centrar la atención en el campo, que sigue vacío.

—El partido está a punto de empezar.

Yo no lo tengo tan claro, pero tampoco voy a discutir con ella.

—Tú no le hagas ni caso a Vivian —me dice Mariana al tiempo que saca un refresco de la barra que hay en la esquina—. Colecciona vinilos, muñecas y estrellas del deporte, y siente un instinto de protección irracional hacia todos ellos. En especial los deportistas.

No sé cómo me sienta que Sly sea una pieza de colección, así que me conformo con sentarme lo más lejos de Vivian como me permite el palco. Puede que no quiera disgustarla, pero tampoco quiero ser su mejor amiga.

—Sloane, coge un poco de comida y siéntate a mi lado —me pide Mariana mientras da palmaditas a la silla que tiene al lado—. Podemos contarte historias de Sly para que luego te burles de él.

—Creo que de momento voy a servirme un poco de agua —comento, en parte porque tengo sed y en parte porque necesito un segundo para centrarme.

Pero, antes de que pueda dar un solo paso hacia la mesa de los refrigerios, Marco me entrega un vaso y desvía la mirada al asiento libre entre la hermana de Sly y su abuela.

—Lo sé, lo sé —le siseo al tiempo que me pregunto cómo he pasado de no tener a nadie más allá de mi círculo del trabajo a tener otro grupo entero. Parece ser que cuando Sly y su abuela entraron en escena.

«Empieza el juego, Sloane».

Respiro hondo un par de veces, me lleno un plato y vuelvo con las demás, asegurándome de poner tierra de por medio con Vivian. Respeto de una tía dura a otra.

Aun así, cuando echo una ojeada recelosa en su dirección, me doy cuenta de que se está metiendo una pastillita rosa en la boca y se la traga sin necesidad de beber agua.

Aparto la vista a toda prisa, pero Vivian entrecierra los ojos y dice:

—No necesitaría analgésicos si Sly dejara de darme dolores de cabeza.

No tengo ni idea de qué responder a eso, por lo menos si no dejo que la Viuda Negra tome las riendas, así que me decanto por ignorarla mientras me deslizo en el asiento entre la abuela Ximena y la hermana pequeña de Sly.

—¿Y bien? ¿Te gusta el fútbol? —pregunta Mariana cuando por fin me uno a ellas. Es joven y artística, pero sus ojos negros se parecen tanto a los de Sly que me relajo un poco sin quererlo.

—No sé mucho al respecto, la verdad. Es mi primer partido. —No les digo que me he pasado la última semana, desde el día en que Sly me invitó, estudiando el deporte en cada minuto libre que tenía.

—No te preocupes —me asegura, y pone los ojos en blanco en un gesto conspiratorio—. No es tan complicado... ni interesante.

Justo en ese momento, una voz anuncia por los altavoces que los Twisters están a punto de entrar en el campo. Como una forofa total, me doy la vuelta para contemplar la entrada del túnel para ver a Sly por primera vez.

—¿Puedes distinguirlo entre el resto de los jugadores? —pregunta Vivian. Su voz suena normal, pero advierto el leve sarcasmo en sus ojos.

—Sí que puedo —contesto.

Para demostrarlo, me desabrocho el abrigo que llevo puesto para revelar un vestido corto que es básicamente la versión de Lucinda de la camiseta con el número siete que viste Sly. No lo he mostrado abajo porque no quería parecer exagerada, pero, si Vivian va a retarme, pienso sacar todas mis armas.

Hace unos meses, nosotras (y, por nosotras, me refiero a mí), pedimos media docena de camisetas de Sly, que puede que haya

utilizado para dormir y para cuando estoy a solas en mi *suite* viéndolo jugar o puede que no. Lucinda me pilló un día y me dijo que podíamos currárnoslo más. Desde entonces, su misión ha pasado a ser convertir mis camisetas en obras de arte que puedo llevar puestas.

La de hoy lleva el logo de los Twisters, un tornado, cortado en el centro de la camiseta, por encima del número, de modo que cada pocos centímetros hay una línea fina de piel expuesta, otra razón por la que hoy necesitaba llevar ropa interior. Toda la parte azul de la camiseta se ha bordado con lentejuelas del mismo color y, en un guiño a nuestra relación, las rayas del cuello y de las mangas están adornadas con telas de araña chiquitinas.

—Em, perdona, pero ¿dónde te has comprado eso? —grita Mariana.

Enarco una ceja.

—¿Me he pasado?

—Ni de broma —interviene la abuela Ximena—. Es perfecto.

—Es increíble —me halaga Mariana sacando el móvil—. ¿Me dices de dónde es para que pueda comprarme una?

—Me la ha hecho mi diseñadora de vestuario y estilista. —Mariana parece tan decepcionada que me apresuro a añadir—: Puedo pedirle que te haga una, como esta o diferente. Ha hecho unas cinco o seis versiones.

—Un momento. —Mariana me mira de arriba abajo—. ¿Me estás diciendo que tienes seis versiones diferentes de vestidos brillosos hechos con la camiseta de Sly?

—Solo dos son vestidos. Uno es una chaqueta y los otros tres son camisetas también.

—Bueno, pues todas queremos una —me dice Lucía.

—Eso lo dirás tú —se queja la abuela Ximena—. Yo quiero dos. Chaqueta y camiseta.

Cuando lo dice, hasta Vivian se ríe, y siento que por fin se ha roto el hielo. Sobre todo cuando atisbo a Sly en el campo y grito con tanta emoción que todas las que están en el palco se parten de risa.

—¡Ah, está ahí!

Me inclino hacia delante para verlo mejor mientras el público ruge con aprobación. Resulta que Sly y Marquis están haciendo un poco el payaso para los admiradores mientras corren por los laterales. Y he de decir que, al ver la personalidad arrolladora de Marquis, empiezo a comprender cómo es que mi nombre acabó en la pantalla gigante.

—De verdad, este chico nunca puede tomarse las cosas en serio —murmura la abuela Ximena.

—No has visto las preguntas que tiene sobre la renovación de su contrato —le contesta Vivian con voz seca—. Créeme, Sly puede ponerse serio cuando quiere.

—Parece que lo de Sloane se lo toma muy en serio —añade Camila con los ojos entrecerrados, y se mete una patata en la boca. Sus ojos oscuros me analizan por encima de la cabeza de su hermana pequeña, esperando a mi reacción.

Pongo cara de vinagre por instinto, si quiere guerra, tendrá guerra, pero entonces me recuerdo que estoy intentando impresionar a esta gente, no mostrarles lo insensible que soy. Además, solo porque yo no tenga ninguna familia que proteger o que me proteja, no quiere decir que no comprenda que solo intenta cuidar a su hermano mayor.

Así que, en vez de copiar su actitud, esbozo lo que espero que sea una sonrisa serena mientras busco su mirada.

—Entonces ya tenemos algo en común.

No parece más impresionada que Vivian.

He de decir que, de momento, este pequeño experimento no parece muy prometedor para mí. Sé que es por mi personaje de la Viuda Negra, al igual que sé que, si quiero gustarle a la familia de Sly, tengo que mostrarles quién soy debajo de todo ese ruido.

Pero es muy fácil decirlo y no tanto hacerlo, sobre todo porque cada vistazo de Camila, cada mirada fulminante de Vivian, hace que me envuelva con su escudo cada vez con más fuerza.

Al menos hasta que Lucía se cambia de sitio para sentarse a mi lado y murmura:

—Lo estás haciendo genial.

—Creo que estás exagerando —susurro.

—Para nada. Camila ya ha abandonado el modo de protección. —Señala a su hermana con la cabeza, quien sigue zampando patatas fritas mientras contempla la acción del campo como si su vida dependiera de ello—. La abuela y Mariana ya te adoran. Así que, en general, yo diría que has salido victoriosa.

—¿Y tú qué tal? —pregunto, mitad bravucona, mitad curiosa. Porque si Lucía puede comportarse de forma normal después de todo con lo que tiene que lidiar hoy, entonces yo también puedo.

—De momento va como la seda.

A pesar de que la defensa de los Grizzlies se encuentra ahora mismo en el campo, la sonrisa con la que me ha contestado es confiada y tierna a partes iguales. Admiro eso de ella, sobre todo si tenemos en cuenta que es un equilibrio que yo jamás he conseguido.

Me tienta preguntarle cómo lo hace, pero entonces se mueve y la manga larga de su camiseta se levanta lo suficiente para revelar una cicatriz horrible y gruesa sobre su mano y su muñeca. Me recorre un escalofrío cuando recuerdo que Sly me contó cómo se la hizo.

Aparto la vista de inmediato, decidida a que no se entere de que la he visto... o lo que sé. Pero, en cuanto lo hago, nuestras miradas se encuentran y comprendo que ya se ha dado cuenta.

—Lo siento mucho... —empiezo a decir.

—No pasa nada —interrumpe con una voz tan baja que nadie más la oye—. Sly me ha dicho que lo sabes. Me alegro.

Al principio no la creo. ¿Cómo voy a alegrarme yo cuando me he pasado lo que parecen siglos enterrando mis traumas tan hondo que la mayoría de los días ni yo puedo encontrarlos?

Lucía debe de advertir la duda en mi rostro, porque alarga el brazo y coloca una mano amable sobre la mía. No estoy preparada, por lo que me sobresalto ante el contacto. Pero me obligo a no apartarme, por una parte porque no quiero que nadie se lo tome a mal, pero, sobre todo, porque no quiero que ella sienta que la estoy rechazando.

—Lo digo en serio —asegura—. Lo que pasó con Grant no fue solo cosa mía. Ni siquiera suya. Cuando mi familia se enteró... En cierto modo, ellos también lo vivieron. Por supuesto, estaban furiosos, pero también sufrían por mí. Y se culpaban por no haber visto lo que ocurría.

Se detiene para dar un sorbo a su agua antes de continuar.

—Sobre todo Sly. Creo que se sintió tan perdido como yo, aunque estaba demasiado ocupado siendo fuerte para dejar que yo lo viera a propósito. Sé que su culpa cambió nuestra relación. Pero creo que también lo cambió a él.

Pienso en sus palabras, pienso en toda la gente en mi vida que ha estado conmigo pase lo que pase. Bianca. Jace. Marco. Y ahora Pauline. Sé que les pago, sé que están en mi equipo porque es su trabajo. Pero también son mi familia, la única familia que tengo.

Cuando algo malo ocurre en sus vidas, me duele, me preocupo y me enfado. ¿Tanto cuesta imaginar que ellos sienten lo mismo por mí?

Incluso Sly, quien ha actualizado su sistema de seguridad en casa esta semana y ha incluido un montón de cámaras adicionales y un servicio de respuesta a las emergencias VIP, solo para que yo me sienta cómoda al quedarme con él. Y solo para que Marco se sienta cómodo al dejarme ir.

¿Los he dado a todos por sentado? ¿He permitido que Jarrod les hiciera daño a ellos también?

La idea me reconcome, pero la aparto de mi mente. Echarme culpas que no me corresponden no me beneficiará, y a ellos tampoco. Sobre todo cuando miro por encima de mi hombro y me percato de que Vivian sigue analizándome.

Cubro la mano de Lucía con la mía en una muestra silenciosa de solidaridad.

—Agradezco mucho que hayas sido tan sincera conmigo. Pero debo preguntar...

Me callo un momento mientras intento encontrar la forma de decir lo que estoy pensando sin sonar ofensiva.

—¿Por qué te estoy contando todo esto en nuestro primer y superpúblico encuentro? —Suelta una risita y el aspecto sombrío de sus ojos da pie a algo más ligero, más feliz.

—Tal vez —contesto.

—Porque no hace falta ir a un adivino para saber que Sly está perdidamente enamorado de ti. Si sientes lo mismo por él, supongo que deberías saber la responsabilidad que se impone a sí mismo sobre lo que le ocurre a la gente que le importa.

Da otro sorbo al agua antes de continuar.

—Que quede claro, no estoy diciendo que deberías permitir que se salga con la suya y sea tan sobreprotector. Solo te pido que tengas

un poco de paciencia con él y puede que incluso una conversación cuando lo intente. Porque, de verdad, todo viene del miedo y arrepentimiento que siente.

Pienso en sus puestas al día diarias con Marco sobre el acosador, pienso en la forma en la que controló la rueda de prensa la mañana en la que se saltó el toque de queda para intentar que no recayera ninguna culpa sobre mí.

En su momento, le llamé la atención por ello, porque lo último que quiero es que se lleve un golpe que iba dirigido a mí. Pero está claro que su instinto protector está más arraigado de lo que pensaba.

Me dispongo a agradecerle la información, pero, antes de poder hacerlo, la abuela Ximena, Camila y Vivian se levantan de un bote de sus asientos.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grita Camila con la cara prácticamente pegada al cristal.

Me giro hacia el campo justo a tiempo de ver a Sly corriendo hacia la zona de anotación con la pelota debajo del brazo, mientras los miembros del equipo contrario lo siguen de cerca.

Uno de los jugadores se abalanza sobre Sly, quien da un salto para evitar su placaje y a continuación gira en el aire para evitar otro. Sigue corriendo cuando aterriza en el suelo, y esta vez uno de sus compañeros evita que los Grizzlies lo plaquen. Segundos más tarde, hay un montón de Twisters sobre el atacante de Sly y ya no lo sigue ni un alma.

—Además, venir a los partidos de los Grizzlies siempre me permite ver cosas como esta. —Señala al defensa que sigue enterrado bajo un montón de jugadores de los Twisters—. Ver cómo apalean a Grant durante todo el partido es una terapia maravillosa.

—Ya te digo.

Levanto el agua para brindar, justo cuando Sly cruza la zona de anotación.

El público enloquece, al igual que yo, que aplaudo y vitoreo junto al resto de su familia. Esta vez, cuando miro a Vivian, hay algo en sus ojos que no consigo identificar. Hace que un escalofrío gélido me recorra la espalda, porque sé mejor que nadie lo difícil que puede ser la vida si estás en la órbita de una estrella y a su agente no le gustas ni un pelo.

Lo cual significa que tendré que encontrar la forma de ganármela pronto, porque no pienso irme a ninguna parte. Y algo me dice que Sly tampoco.

52

Sly

«Un paso más cerca». Eso es lo que me pasa por la cabeza mientras me dirijo al vestuario con los otros chicos.

Un paso más cerca de la Super Bowl. Un paso más cerca de la redención. Y eso sin mencionar el anillo que debo a este equipo y a toda la ciudad de Austin.

Que encima haya tenido la oportunidad de humillar al cabrón de Grant en plena marcha de los Twisters hacia la gloria solo hace que la venganza sea más dulce.

—¡Uno más! —grita Marquis al tiempo que pega un bote y da una palmada a uno de los numerosos carteles que cuelgan de la parte superior del túnel—. ¡Un partido más para llegar a la tierra prometida!

Los otros cantan victoria con él, aunque, en realidad, son dos partidos más: no solo queremos llegar a la Super Bowl, queremos ganarla.

Pero estoy demasiado ocupado sonriendo para llevarles la contraria.

La victoria siempre es increíble. Pero ganar con Sloane en casa es todavía mejor.

—¡Buen partido! —nos congratula Vince mientras camina hacia nosotros en el túnel.

Drew le da una palmada en la espalda al guardia de seguridad y cacarea:

—¡Gracias!

Después se gira hacia el vestuario junto al resto de la línea ofensiva.

Yo camino más lento. Es la primera vez que veo a Vince desde que se ha llevado a Sloane al palco que he reservado para ella y mi familia. Nos hemos mandado un mensaje en el descanso y me ha dicho que estaba yendo genial, pero quiero oír cómo han ido las cosas de parte de alguien que está entrenado en seguridad. El acosador me tiene en alerta roja a todas las putas horas.

—Menudo touchdown te has marcado, joder —me dice Vince cuando me detengo justo delante de él.

Sonrío.

—A veces vale la pena recordarles a los receptores y a los corredores que no son los únicos que pueden llegar a la línea de anotación.

—Muy cierto —coincide.

—Quería decirte lo mucho que aprecio que hayas trabajado con el equipo de Sloane para asegurarte de que esté a salvo.

—Pues claro. —Ahora le toca a él sonreír de oreja a oreja—. Has conseguido a una chica de las buenas.

—Y tanto —corroboro—. ¿Ha habido algún problema? ¿Alguien ha intentado entrar en el palco o...?

Se pasa una mano por la calva.

—No, todo ha ido como la seda. Uno de sus guardias ha estado en el interior todo el rato y, además, uno de los nuestros ha estado en el exterior del palco durante todo el partido. También he ido varias veces a echar un ojo personalmente. Excepto por el paparazzi que la

estaba esperando en el pasillo cuando hemos llegado al palco, nadie se ha acercado ni un pelo a ella.

—¿Había alguien en el pasillo? Pensaba que habíais comprobado que estuviera limpio...

—Y lo hemos hecho. Pero resulta que tuvo la gran idea de reservar uno de los palcos pequeños para el partido, con lo cual tenía todo el derecho a estar ahí dentro. Sin embargo, después del altercado le hemos sugerido que se quedara quietecito en su palco.

—¿El altercado? —Me pongo malo. ¿Cómo cojones se nos ha podido pasar algo así? Ese tío podría haber sido el acosador haciéndose pasar por reportero cabrón, joder—. ¿Tan malo ha sido?

—No, para nada, te lo prometo. Ha tomado algunas fotos, ha dicho algunas cosas. Pero no se ha llegado a acercar a ella. Y tampoco lo ha hecho nadie más. Ella se ha pasado todo el partido en el palco. —Alarga la mano y me da una fuerte palmada en la espalda —. Disfruta del momento. Nosotros nos encargamos del resto.

—Vale, gracias. Te lo agradezco.

—No hay de qué. Es mi trabajo. Por cierto, ¿podrías dar las gracias a Sloane por las entradas para mis nietas de mi parte? Resulta que le he mencionado a su guardaespaldas, G, que son admiradoras suyas. Se lo habrá contado a Sloane, porque media hora después me han entregado unas entradas para ellas del concierto de Chicago, el de la semana que viene. —Niega con la cabeza, maravillado—. No la dejes escapar, Sly.

—No pienso hacerlo —respondo al tiempo que le devuelvo la palmada en la espalda—. Gracias de nuevo. Que tengas una buena noche, ¿vale?

Vuelvo a sonreír de oreja a oreja mientras recorro los túneles casi vacíos hacia el vestuario. Cómo no, Sloane les ha conseguido entradas a sus nietas. Puede hacerse la gruñona, pero tiene un

corazón más grande y dulce de lo que le gustaría que la gente supiera.

Pero yo lo veo. La veo a ella. Y, desde luego, planeo seguir el consejo de Vince. Pienso estar al lado de Sloane todo el tiempo que ella me lo permita. De hecho...

Alguien me empuja por detrás, con tanta fuerza que salgo disparado y me estampo contra la puerta del vestuario. Lo único que impide que me golpee la cara con el acero frío es una mano bien colocada.

—¿Qué coño? —Me doy la vuelta a toda prisa, con los pensamientos del acosador de Sloane vívidos en mi mente, pero me topo cara a cara con el mismísimo capullo de Grant Darron.

—¿Cuándo vas a pasar página, Sly? —inquiere al tiempo que se cierne sobre mí como si creyera que va a intimidarme en lugar de cabrearme—. Fue hace años...

—Cuatro años —corrijo mientras la ira que siempre arde a fuego lento al pensar en él ruge y se convierte en el puto infierno—. Y aún tiene las cicatrices, así que me parece que esto no se ha acabado.

—¡No puedes seguir haciéndome esto! —brama, y su cara se torna de un tono de rojo que me preocuparía si este cabrón me importara una mierda—. Me estás arruinando la carrera, joder.

—Yo no te he hecho nada, imbécil —respondo—. Si no recuerdo mal, eres tú el que ha intentado dejarme fuera de fuego tres veces hoy. Y seguramente habrían sido más, de no ser porque eres un puto pelele y le has suplicado a tu entrenador que te sacara del partido.

—Yo no soy ningún pelele. Me han sacado porque tu línea ofensiva no dejaba de intentar convertirme en una calcomanía.

—Porque intentabas dejarme fuera de juego —le recuerdo. Mantengo mi voz y todo mi ser frío, a pesar de la furia que me corre

por dentro—. A mis chicos esas cosas suelen molestarles. Si no puedes soportar un placaje, quizá estás jugando al deporte equivocado.

—No es justo que sigas haciéndome estas cosas —vocifera. Cómo no, me hace responsable a mí. Este tío no ha cambiado nada—. Te voy a poner una orden de alejamiento. Voy a hacer que te arresten. Haré que...

—No vas a hacer nada —gruño, y ahora me toca a mí devolverle el empujón. No lo bastante fuerte para que se caiga de culo, pero sí lo suficiente para detener sus lloriqueos de rata sarnosa antes de que por fin pierda el autocontrol que mantengo por los pelos.

Oírlo echarme la culpa de la misma forma en que solía culpar a mi hermana por cualquier gilipollez que le saliera mal está tocándome mucho las narices. Lo único que impide que lo lance al suelo ahora mismo es saber que solo le complicaré más las cosas a Sloane si lo hago.

Porque ya casi puedo ver la nueva ola de titulares, distintas variantes de: «La influencia de la Viuda Negra hace que el Chico de Oro del fútbol se ponga violento». Por eso, dejo los puños apretados a los costados, por muchas ganas que tenga de clavarle uno en esa cara de engreído.

—No vas a hacer nada —repito—, porque los cobardes como tú solo se meten con gente que no puede defenderse. Ahora que te has topado con alguien que no te tiene ni un poquito de miedo, empiezas a lloriquear porque las cosas no son justas. Espabila.

»O no —continúo al tiempo que me encojo de hombros—. Personalmente, ver cómo te vapulean de un lado a otro en mi campo siempre que nos enfrentamos es el mayor entretenimiento que existe para mí. Así que, si quieres seguir comportándote como un puto quejica y un mierda, adelante. Más diversión para mí.

—Te crees que vas a salirte con la tuya, ¿verdad? —inquiere al tiempo que da un paso amenazador hacia delante.

—¿Con jugar al fútbol? —Ignoro a propósito la amenaza física y enarco una ceja—. ¿Ganar el partido? Siento ser yo el que te lo diga, pero ya lo he hecho.

—¡Que te den por culo, Sly! —Alza un puño—. Veamos qué más ganas con mi puño en la garganta.

—Por mí encantando, si quieres intentarlo.

Levanto la barbilla, le reto con la mirada tanto como con las palabras.

Pero, como siempre, Grant se niega a asestarle un puñetazo a alguien que puede devolvérselo con creces. En lugar de eso, me escupe en las botas y suelta:

—Esto no ha terminado.

Una parte de mí quiere hacer que se coma ese escupitajo, y la bota, ya que estamos. Pero otra parte, más grande, sabe que este tipo no vale las repercusiones. Grant es patético. Siempre ha sido patético y siempre será patético. Es demasiado imbécil para llegar a ser nada más. Yo, por otra parte, no soy el mismo chico temerario de veintitrés años que le dio una paliza de la hostia hace cuatro. Ahora mismo, tengo muchas cosas en mi vida que no pienso arriesgar por alguien como él.

Así que, en lugar de hacer que se trague mi zapato como una parte de mí se muere de ganas por hacer, me conformo con decirle:

—Me ha encantado la charla. Ojalá la repitamos cuando vuelvas por aquí.

Después abro la puerta del vestuario y Marquis asoma la cabeza por el umbral.

—Oye, Sly. ¿Qué...?

Se calla de golpe cuando ve a Grant.

—¿Hay algún problema por aquí? —Pasa la mirada de uno a otro con los ojos entrecerrados mientras aprieta los puños.

—Ya no —contesto al tiempo que lo agarro del hombro para hacerle girar hacia la puerta del vestuario.

Mi chica me está esperando arriba, no quiero malgastar ni un segundo de nuestro tiempo juntos.

53

Sloane

Después del partido, Sly nos lleva a Vivian, a su familia, a mi equipo de seguridad y a mí a cenar en un salón privado de un famoso restaurante de barbacoas de Austin. Normalmente, me decanto más por verdura o pasta, pero ahora mismo estoy dispuesta a lo que sea para encajar en el mundo de Sly. Además, la comida está deliciosa y la compañía es incluso mejor.

Ahora que nos hemos pasado una tarde entera conociéndonos, incluso Camila y Vivian se han ablandado un poco. Aunque, para ser sincera, estoy casi segura de que el buen humor de Vivian tiene más que ver con el pase que ha hecho Sly a última hora del cuarto tiempo, el cual ha ganado el encuentro y ha dejado a los Twisters a un partido menos de la Super Bowl, que con el hecho de que igual estoy empezando a caerle bien. Pero me conformo con lo que sea.

Sobre todo cuando resulta que Vivian echa más sal y vinagre a las heridas de Sly que a las mías. Quizá el sarcasmo sea su forma de transmitir cariño, porque verlos a los dos es desternillante.

—Ya te he dicho que no era solo contigo —me susurra la abuela Ximena, que mueve las cejas y alza su margarita.

—Es cierto —coincido, y hago entrechocar mi vaso con el suyo. Que sea mi segunda copa cuando rara vez me permito tomar una primera dice mucho de lo bien que me lo estoy pasando. Y de lo segura que me siento.

Después de comer lo que a mi parecer ha sido nuestro peso en falda de ternera, macarrones con queso y ensalada de patata casera, y de que oiga una barbaridad de historias de la juventud salvaje de Sly, nos vamos cada uno por nuestro camino. La abuela Ximena y las hermanas de Sly se van juntas a casa, mientras que Vivian insiste en coger un Uber de vuelta a su hotel. Eso nos deja a Sly, a Marco, a G y a mí de vuelta a su casa: Sly y yo en la camioneta, y mis guardias siguiéndonos de cerca en el coche.

Pero, cuando enfilamos el camino de entrada de una preciosa villa de estilo mediterráneo, se me cae el alma a los pies, pues me doy cuenta de que está atestada de periodistas de deportes y del corazón.

—Lo siento mucho —me disculpo. Me pongo mala. ¿Cuánto tiempo tardará en hartarse de todo este lío? ¿Y del hecho de que lo atraigo allá donde vaya?

—¿Por qué? —Parece verdaderamente perplejo mientras se detiene para darles a los reporteros que se apelotonan en su entrada la oportunidad de apartarse del camino—. Quiero que veas mi casa. Espero que no tengas planeado que un puñado de reporteros te asuste.

—Son bastante más que un puñado... —Empiezo a decir, pero me callo en cuanto Sly busca en la guantera y saca una bolsita de pralinés de nuez pecana.

—¿Te importa que...? —Señala la ventana.

Me doy cuenta de que está pidiendo permiso para dejar que nos hagan unas cuantas fotos juntos, y asiento, más porque me interesa saber qué se trae entre manos que porque me muera de ganas de que me hagan fotos.

Unos segundos después, baja la ventanilla de la camioneta.

—Oye, Rita —llama a una de las reporteras que están más cerca del coche—. Compré esto para tu hija cuando estuve el finde pasado en Nueva Orleans. Felicítala por su cumpleaños de mi parte.

No sé quién parece más sorprendido cuando tiende la bolsita por la ventanilla abierta, los reporteros, incluida Rita, o yo.

Es la única toma íntegra que van a tener de los dos juntos, pues las ventanas están muy tintadas, así que las cámaras se vuelven locas incluso mientras la mujer se inclina y acepta los dulces que le tiende.

—No me puedo creer que te hayas acordado —dice ella con una sonrisa—. Gracias, Sly. Seguro que le encantan.

Él le dedica una sonrisa y levanta dos dedos para aceptar su gratitud; después sube la ventanilla y sigue conduciendo mientras lo contemplo con los ojos de par en par.

—¿Qué? —pregunta cuando por fin recorremos el camino de entrada sin que ninguno de los paparazzis nos pise los talones.

—¿Compras dulces para los hijos de los reporteros que montan guardia en tu casa? —comento con una ceja enarcada.

Sly me dedica una de sus sonrisas, esa de lado que hace que doble los dedos de los pies y que florezca todo mi interior.

—Te compraré dulces si quieres.

—Sabes que no me refiero a eso. —Aunque mentiría si dijera que esos pralinés no me suenan a gloria ahora mismo—. ¿Es que la abuela Ximena no te enseñó a no dar de comer a las plagas? Si no, nunca conseguirás deshacerte de ellas.

—También me enseñó que las moscas se cazan con miel.

Aparca la camioneta en un garaje de cuatro plazas, junto a un coche negro estilizado y deportivo y un Mustang Mach-E de color rojo intenso, y aprieta el botón de inmediato para volver a cerrar la puerta.

—¿Y los pralinés son la miel? —pregunto. Me gano una mirada de reproche cuando salgo de la camioneta antes de que pueda dar la vuelta y abrirme la puerta.

—Las fotos de nosotros dos juntos son la miel —asegura cuando cierra la puerta del coche a mi espalda—. Los dulces solo eran un poco de azúcar para decorar. En cuanto entremos, mira al exterior. Seguro que se están marchando ahora que han conseguido la foto de oro.

Coge la bolsa que me he traído para pasar la noche y la funda de la guitarra en una mano; después me rodea la cintura con el brazo libre y me guía hacia la puerta que supongo que lleva a su casa.

—¿Crees que los dos dentro de un coche es la foto de oro? —inquiero con un tono que indica lo ingenuo que me parece—. Y yo que pensaba que seríamos nosotros con los pantalones bajados.

—Ya, bueno, eso no va a pasar y ellos lo saben. Ahora que tienen algo que pueden vender, se irán a casa.

En cuanto entramos en el pasillo estrecho que hay junto a la cocina y la puerta del garaje se cierra a nuestra espalda, Sly conecta la alarma y me envuelve entre sus brazos.

—Aunque yo encantado de ayudarte a bajarte esos pantalones cuando quieras.

—¿En serio? —pregunto con los ojos bien abiertos, toda inocente —. Qué amable por tu parte.

—¿Qué quieres que te diga? —Me dedica una sonrisa de lado traviesa—. Soy un buen chico.

—¿Así lo llaman ahora? —me quejo con un resoplido.

—Así lo llamo yo.

Empiezo a formular otra respuesta de listilla, pero, antes de que consiga pronunciar nada, saca el móvil y llama a Marco para avisarlo

de que estamos en casa, a salvo y con las alarmas para pasar la noche y que puede marcharse a casa.

Mientras los dos planean una estrategia de seguridad para mañana, me viene un nuevo acorde a la cabeza, y este viene con letra. «Un acorde mayor que retumbó por el silencio en el que había habitado».

La emoción me recorre como un calambre mientras saco a toda prisa el diario de mi bolso para apuntar las palabras antes de que desaparezcan. Sly me contempla, incluso intenta echar un vistazo a mi libreta, pero la cierro de golpe antes de que pueda ver algo.

Que pueda volver a escribir, a oír la música una vez más, es algo tan reciente que no estoy preparada para compartirlo con nadie, ni siquiera con él. Incluso aunque me tiente romper todas las normas que me he autoimpuesto. E incluso aunque quizá, y solo quizá, esta canción trate sobre nosotros.

Guardo el diario a buen recaudo en el bolso y me giro justo a tiempo para ver a Sly colgar el teléfono.

Me busca, y de buena gana me abandono a sus brazos mientras baja la boca hacia la mía. Y cualquier pensamiento que no sea «sí, por favor» me abandona la mente a toda prisa.

Al contrario que todos nuestros besos hasta la fecha, este no es apresurado, frenético ni desesperado, y no nos limitamos a conformarnos con lo que tengamos. Aunque llevamos semanas separados, parece que Sly está decidido a tomarse las cosas con calma.

Y, madre mía, sí que se lo toma con calma mientras me besa, me mordisquea y lame para explorar con dulzura e inexorabilidad mi boca.

Mis labios se abren para él como si se lo hubieran ordenado, pero eso no es nada nuevo con este hombre. Cada parte de su cuerpo

llama a cada célula del mío, y por poco no me pongo a suplicar en cuanto su lengua se desliza contra la mía.

Aun así, este no es mi primer rodeo con Sly, así que ni de coña voy a ser la primera que dé el brazo a torcer. Esta vez no. No cuando la última que me tocó me hizo correrme hasta quedarme sin sentido en el camerino y después se largó antes de que pudiera siquiera plantearme devolverle el favor.

Así que, en lugar de suplicarle que me haga suya, me conformo con enredar los dedos en la fresca seda de su pelo, de color ébano, y presiono mi cuerpo contra el suyo.

—Sloane —susurra mi nombre en una exhalación larga y lenta; parece una maldición y una plegaria, la desesperación y la salvación combinadas en una palabra pronunciada a duras penas.

Vuelve a decir mi nombre mientras tiro de su cabeza hacia atrás y dejo expuesta su yugular para mis labios, lengua y dientes. Solo que esta vez suena esperanzado.

Y es esa esperanza lo que me hace cambiar de idea.

Hundo los dientes en la suave piel por encima de su clavícula y doy un mordisco con la fuerza suficiente para hacer que su cuerpo convulsione contra el mío y que sus preciosos y gloriosos ojos se abran a medias.

Ahí está. Aquí estamos. Puedo ver mi reflejo en la oscuridad, la tumultuosa tormenta de su mirada, y en mi vida nada me ha parecido mejor ni más hermoso.

—Vas a acabar conmigo —gruñe.

—Pues agárrate —susurro con sensualidad y mi mejor voz de la Viuda Negra—. Porque no he hecho más que empezar.

Me aparto lo suficiente para sacarme con prisas el vestido por encima de la cabeza. Luego vuelvo a ponerle las manos en el pelo y

tiro hacia abajo para colocar su boca sobre mi pecho, cubierto de encaje y cuero.

—No me habías dicho que llevabas esto puesto —añade justo antes de meterse un pezón en la boca.

—No quería que te distrajer...

Me interrumpo para soltar un gemido cuando me pasa la lengua por encima una vez, dos veces, y una y otra más. Mi cuerpo se arquea y tiembla contra el suyo cuando el placer asoma su ya tan conocida cabeza. La sensación es distinta ahora que el cuero y el encaje hacen de barrera entre su boca y mi cuerpo: es más tensa, más apremiante, más salvaje. Pero cuesta quejarse.

—Llevo distraído desde el día en que te conocí —asegura mientras mete los brazos entre los dos y me arranca el sujetador con sus propias manos—. Pero esta vez me lo iba a tomar con calma. Quería asegurarme de que se había pasado el efecto de los margaritas...

Dejo escapar un gemido al tiempo que me arqueo por entero cuando él hunde la cara en mi delicada carne.

—Hace ya mucho que se pasó —consigo jadear—. Esta soy yo, sin más.

—Menos mal, joder.

Vuelve a hacerse con mi pezón en la boca y lo chupa y succiona; su barba de tres días me roza la piel.

Me flaquean las rodillas, amenazan con doblarse, así que me agarro a sus hombros y me aferro con fuerza mientras se abre paso a besos y lametones de un pecho al otro.

—Iba a tener mucho cuidado —dice a duras penas.

—No necesito que me trates con cuidado —jadeo con el corazón martilleándome en el pecho—. Solo te necesito a ti.

—Y me tienes —susurra; los dientes rozan en tierno bajo mi pecho cuando sus dedos se cierran sobre mis caderas—. Todo el tiempo

que me quieras.

«Para siempre. Te quiero para siempre».

Las palabras me penden de los labios, suplicando que las pronuncie. Suplicando que las deje salir en vez de enredarse en mi interior, donde rompen con todo. Pero no puedo hacerlo, todavía no. Y, entonces, Sly vuelve a estar sobre mi boca; sus labios y sus dientes arrasan con todo lo que tocan y la oportunidad pasa.

—Te necesito —dice deslizando las manos hacia abajo.

—Sí —resoplo, y le rodeo la cabeza con los brazos y lo pego a mí al tiempo que mete los dedos por el elástico de mis bragas y baja todo de golpe y me lo arrebata.

Y así, sin más, me olvido de ser yo la que lleve la voz cantante, y me olvido de todo, excepto de Sly y de mí y del deseo abrasador que arde con fuerza entre nosotros.

Sin embargo, cuando vuelve a buscarme, lo aparto.

—¿Te he hecho daño? —Se retira de golpe, los ojos ebrios de deseo, pero decidido a centrarse—. ¿Te he...?

—Tú jamás me harías daño —aseguro mientras la melodía, la de Sly, me invade la mente. Y entonces me toca a mí desabrocharle los pantalones. Me toca a mí bajárselos de un tirón mientras desciendo por cada centímetro del cuerpo de este hombre, que es demasiado hermoso para ser cierto.

54

Sly

Cada parte de mi cuerpo entra en alerta roja cuando Sloane se arrodilla frente a mí.

—Joder, corazón, no hace falta que...

Intento detenerla, pero las palabras se desmoronan en alguna parte de mi garganta, que se seca por la forma en la que me mira. Poderosa. Impávida. Como si estuviera haciendo una elección y yo fuera la persona a la que elige.

Cuando me desliza las manos por las caderas y se inclina hacia delante, cada nervio de mi cuerpo cobra vida. No con urgencia, sino con asombro.

Me agarro a los armaritos que tengo detrás, apenas respiro mientras empieza a moverse. Toda ella es lentitud deliberada y devastadora. Su tacto, su calor, la suavidad de sus labios... Es demasiado y, a la vez, no es suficiente. Siento que me está memorizando. Reescribiendo. Componiendo.

Y, cuando me mira a través de las pestañas, con los ojos bien abiertos y brillantes, hay algo en mi interior que se sobrecoge y no se calma.

Porque esto no es un juego. La cosa no va de ganar o perder, de dominar o controlar. Va de rendirse; yo, no ella. Haría cualquier cosa por esta mujer y ella lo sabe.

Enredo los dedos con delicadeza en su pelo, no para sujetarla, sino para sostenerme en pie. Para centrarme en lo único que importa. Sloane.

—Joder, Sloane... —jadeo con la voz rasgada por una estimulante combinación de amor y anhelo—. ¿Qué estás haciendo conmigo?

Se aparta lo justo para responder, con un tono ronco, pícaro y precioso.

—Lo que quiero.

Y, no sé por qué, pero solo consigue que quiera darle más.

Pero la presión aumenta con gran rapidez. Demasiada. El deseo que me embarga es como una ola de la que no puedo escapar. Y ya estoy mayor para intentarlo.

—Sloane —repito, apenas consigo que no se me quiebre la voz. Bajo las manos, la levanto en mis brazos y la beso como si estuviera famélico. Porque lo estoy.

Le coloco las manos en la cintura, la giro hacia la cajonera y me saco un condón del bolsillo. Me muevo despacio, no porque no quiera hacer el mundo añicos para acercarme a ella, sino porque quiero que se sienta segura. Comprendida. Adorada. No porque sea la Viuda Negra, porque es Sloane. Y lo es todo.

—Te quiero —susurro contra su piel mientras me hundo en ella—. Te quiero, Sloane.

No me responde. No tiene que hacerlo. No cuando todo su cuerpo canta con el mío, no cuando se deshace en mis brazos susurrando mi nombre como si fuera lo único que la mantiene de una pieza.

Es más de lo que jamás pensé que tendríamos. Y es suficiente.

—Te quiero —repito mientras nos movemos juntos, despacio, ansiosos e infinitos—. Te quiero muchísimo...

Las palabras cesan cuando me desato en su interior y ella jadea, sin voz.

Y, entonces, me sigue por el precipicio y sé que jamás dejaré de caer.

Ni por ella.

Ni por nosotros.

55

Sloane

Me despierto poco a poco, con suaves besos en la frente, las mejillas y los labios. Me gusta la sensación, me gusta Sly, así que enredo los brazos alrededor de su cuello aunque mantengo la boca cerrada a cal y canto.

El aliento mañanero no es para tomárselo a broma, y mi cepillo de dientes (que ni canta ni es de la Viuda Negra) está en mi bolsa, que recuerdo vagamente que dejó en la cocina anoche, cuando teníamos cosas más urgentes en mente.

—Abre la boca —susurra Sly mientras me recorre a besos la garganta y baja hacia el cuello, antes de volver a la barbilla y de nuevo a mis labios.

Por supuesto, él huele de maravilla: una combinación de pasta de dientes y un aroma cálido y masculino que hace que todo mi cuerpo entre en calor pese a la noche que acabamos de pasar.

Niego con la cabeza y mantengo la boca cerrada con firmeza. Pero entonces me arqueo contra él y le agarro las caderas con las manos para dejarle saber que no es a él a quien estoy objetando.

Se ríe, cálido y pícaro, y se conforma con darme un fuerte mordisco en el labio antes de meter las manos entre nosotros y darme la vuelta para tumbarme bocabajo.

Apenas tengo un segundo para asimilar lo que está pasando antes de que se coloque encima de mí, enrede sus piernas con las mías y

deslice una mano caliente y callosa entre mi abdomen y la cama.

—¿Te parece bien? —susurra, con los dedos quietos mientras espera a mi respuesta.

—Más que bien —contesto, un tanto irritada, al tiempo que presiono las caderas contra el colchón, contra su mano, en un intento de colocar sus dedos justo donde los quiero.

Él se ríe en voz baja ante mi reproche, pero me da justo lo que quiero, mueve la mano con una confianza que me roba el aliento. Me recorre con los dedos en círculos lentos y caricias provocadoras, hasta que siento que podría derretirme bajo él.

Él me recoloca las caderas con cuidado y siento su calidez presionando mi espalda: sólida, segura, anhelante y decidida. Yo busco el contacto, mi cuerpo entero se licua bajo su tacto, bajo su peso, bajo él.

—Esa es mi chica —susurra en mi oreja, y juro que algo recibe la chispa de la vida en mi interior.

La electricidad danza por mi piel, tenue y lenta, imposible de calmar y hacer que se quede quieta.

Apenas me ha tocado y ya me estoy desmoronando. Ya siento la tensión cocerse en mi vientre, volverse más fuerte con cada respiración, cada palabra, cada delicado movimiento de sus dedos.

Mi cuerpo lo recuerda de anoche. Conoce su ritmo. Lo anhela. Nos movemos como si siempre hubiéramos sabido encontrar ese espacio en el que uno de nosotros acaba y el otro empieza.

Y en otro tiempo, con otro hombre, esa sensación me habría aterrado. Pero ¿aquí, ahora y con él?

Solo me hace querer más.

—Por favor —susurro mientras me pego al colchón, a su tacto. Porque estar con Sly no es desear y que te deseen. Es que te vean. Sentirse a salvo.

Y, cuando presiona un beso en la curva de mi columna y murmura lo mucho que me quiere, lo noto en cada centímetro de mi cuerpo. En mi respiración. En mi corazón. En mi alma.

Lo susurra sin parar, entre besos a lo largo de mis hombros, la parte superior de mi espalda y la columna.

No es la primera vez que pronuncia esas palabras. Ni siquiera es la primera vez que me permito creerlas. Las pronunció muchísimas veces anoche mientras veneraba mi cuerpo. Mientras me hacía derretirme entre sus brazos una y otra y otra vez. Mientras me hacía promesas que nadie me había hecho antes.

Sin embargo, es la primera vez que me siento lo bastante segura para devolver el sentimiento. Anoche, lo obligué a esconderse, me lo tragué. Me negué a permitirme ser tan vulnerable con nadie, ni siquiera con Sly.

Pero esta mañana todas esas inhibiciones, todos esos miedos basados en que durante años me utilizaran, me hicieran daño y me rompieran, se desvanecen ante su amabilidad y su preocupación, ante el hecho de que siga queriéndome por mucho que yo no le diga esas palabras. Por primera vez en mucho tiempo, me permito creer en lo que me dice un hombre. Porque no es un hombre cualquiera. Es mío. Y, desde el momento en que nos conocimos, no ha hecho más que demostrarme lo que vale una y otra vez.

Por eso mismo, no intento ocultarlo. No me escondo en lo más profundo de mi interior. En lugar de eso, giro la cabeza para mirarlo a esos ojos que adoro, para ver su preciosa cara y su alma, más hermosa todavía, y las palabras surgen de mi interior con tanta fuerza, energía y seguridad que no hay manera de seguir conteniéndolas.

—Yo también te quiero, Sly.

Las palabras salen temblorosas, suaves y jadeantes, pero cargan con todo aquello que he estado reprimiendo. Todo lo que soy.

—Te quiero muchísimo.

Como lo estoy mirando directamente, capto el momento exacto en el que las asimila.

Y el momento siguiente, cuando lo cree.

Su mirada cambia de castaño oscuro a miel cálida, y su cuerpo entero se queda quieto, como si intentara memorizar este sentimiento. Una sonrisa aflora poco a poco y bien amplia, lo bastante brillante para iluminar un estadio. Lo bastante reluciente para iluminar mi oscuridad.

—Sabes que no puedes retirar lo que has dicho, ¿verdad? —tantea con la voz a rebosar de emoción mientras sus manos vuelven a encontrarme.

—¿El qué? —jadeo; ya me cuesta sonar coherente con la calidez abriéndose paso por mi cuerpo, lenta, lánguida y envolvente.

—Tus palabras, Sloane. —Me acuna el rostro con las manos—. Cuando esto termine, cuando vuelvan a encenderse las luces y tus muros se alcen de nuevo, no vas a poder retirarlas. Esta vez no.

—Yo...

Se me queda la frase atascada en la garganta cuando él encuentra lugares en mi interior que jamás le he permitido tocar a nadie..., ni física ni emocionalmente.

—Dilo —murmura—. Prométeme que no lo retirarás. Ni cuando estés asustada, ni cuando las cosas se pongan difíciles, ni cuando el mundo intente apartarte de mí.

—Te lo prometo —susurro y, con esa promesa, dejo de fingir. Dejo de protegerme a mí misma—. No pienso retirarlo. Te quiero, Mateo. Te quiero. Te quiero.

Esta vez, cuando lo digo, no tengo miedo. Ni un poquito. Porque Sly me sostiene. Sostiene cada pieza rota, hecha añicos y hecha mierda de mí, y sé que no va a dejarlas caer.

Y dejo que suceda, porque Sly estará ahí para agarrarme. Para abrazarme.

Para amarme pase lo que pase.

56

Sloane

Me lleva unos minutos volver a la tierra, pero, cuando lo hago, es para encontrarme con que Sly me ha envuelto entre sus brazos.

Ha colocado un bíceps debajo de mi cabeza para hacerme de almohada y me ha rodeado con el otro brazo mientras juguetea con las puntas de mi pelo.

—Eres preciosa —susurra estudiando mis facciones con reverencia.

—No sé yo si puedo atribuirme el mérito por mi cara —contesto—. Pero gracias.

—Tampoco puedes no atribuirte el mérito. —Me da un beso casto en la frente—. Está pegada a tu cuerpo.

—Ya sabes a qué me refiero.

Me tomo un instante para apartarle el pelo de la frente. Siempre se le cae hacia delante el mismo mechón y, aunque es sexi de la hostia, también me gusta mirarlo a los ojos cuando le hablo.

—Sí, claro —coincide en voz baja—. Pero nunca mencionas a las personas que son responsables de haberte dado esa cara. Y esta melena tan bonita.

—No me importaría hablarte de mi peluquero cuando te apetezca. Créeme, Marty se peleará a muerte con cualquier persona que ose intentar llevarse el mérito por este pelo.

—Ya sabes que no me refería a eso. —Suspira—. Nunca mencionas a tus padres.

—Y no voy a hacerlo ahora. —Ruedo para apartarme de él y me dispongo a levantarme, pero me rodea la cintura con el brazo y tira de mí hacia su cuerpo, como si todavía no estuviera listo para soltarme—. No hay razón para arruinar una mañana perfecta.

—¿Tan mal iban las cosas con tu madre y tu padre? —pregunta, preocupado.

—No mal. Es más... que no es tan importante.

—No me lo puedo ni imaginar. —Suena perplejo, y lo entiendo. Pero no todo el mundo tiene una abuela Ximena o tres hermanas en su vida—. Es tu familia.

—No hace falta que pongas la voz de «intentemos que Sloane no pierda los papeles». Aquí no hay ningún gran trauma. Mis padres se divorciaron cuando era pequeña, y a mi padre no le interesó seguir en mi vida. Apenas lo conocí, así que nunca he llegado a echarlo de menos.

»En cuanto a mi madre... —Me encojo de hombros—. Ella me metió en este mundillo cuando solo era una niña. Dijo que no quería que mi futuro dependiese de los caprichos de un hombre. Quería que pudiera cuidar de mí misma sin tener que currar en dos trabajos. Ahora tiene un piso en Florida. Le mando dinero todos los meses y no tiene que hacer nada que no quiera hacer.

—¿Incluido ver a su hija? —inquiere, y prácticamente oigo cómo enarca las cejas.

—Nos parece bien a las dos. Lo juro.

Aun así, no parece convencido, pero no quiero dedicar más tiempo a esta tragedia griega inexistente, así que me giro hacia él.

—Ahora me toca a mí hacerte una pregunta.

Sigo teniendo muy presente mi conversación de ayer con Lucía, y eso me lleva a hacerme preguntas...

Me dedica esa sonrisa lenta que me ha estado haciendo sentir demasiadas cosas desde el primer momento en que la vi.

—Dispara, corazón.

Ante la forma en la que me miran sus ojos, un escalofrío de deseo me baja por la espalda, y una parte de mí se muere por dejarse llevar. Por rendirse a él.

Pero, si lo hago, jamás recibiré la respuesta que busco. Así que decido mandarlo todo a la mierda y escupir lo que me ha estado carcomiendo, o más bien lo que me ha estado preocupando.

—Hace un rato, me has preguntado si estaba bien.

—Así es. —Se apoya en un codo y la diversión se le borra de los ojos—. ¿No lo estás? ¿Es que yo...?

—¡No! Estoy de maravilla, perfecta. Siempre eres cuidadoso conmigo y te lo agradezco mucho. De verdad que sí. Sé que cuesta con mi pasado. Solo quiero asegurarme de que... Sabes que te quiero, ¿verdad? En plan, más que físicamente. Te quiero a ti, Sly. Por si no estaba claro o pensabas que...

Estoy a un paso de ponerme a divagar, así que me obligo a callarme. Me obligo a cerrar la boca y esperar a que Sly diga algo, haga algo más que mirarme con unos ojos que destilan afecto puro.

Los largos segundos pasan y su escrutinio me pone cada vez más nerviosa, cosa que resulta irónica si tenemos en cuenta que así es como me gano la vida. Pero hay una gran diferencia en que analicen a tu personaje público, que luce sus defectos como si fueran medallas de honor, y examinar a la Sloane privada, quien se esconde en cuanto tiene la oportunidad.

Aunque tampoco es que haya tenido la ocasión de esconderme de Sly. Desde el principio, ha oído lo que nadie más ha oído: las

armonías en mi silencio, la verdad en cada letra que me daba demasiado miedo cantar en voz alta. Solo necesito asegurarme de que también comprenda esto.

Por fin, habla.

—Hay algo que quiero decir, pero no sé cómo hablar del tema sin disgustarte.

Se me cierra el estómago ante sus palabras; el corazón me late a mil por hora. Pero el miedo no basta para acallarme.

—Ah, venga ya, disgústame, vamos —pido a toda prisa—. Necesito saber qué te pasa por la cabeza.

—No quiero hacerte daño —espeta, y aprieta las manos y la mandíbula con furia—. No quiero que conmigo te sientas como te sentiste con... Quiero que sepas que yo jamás...

Su voz se apaga, como si le diera miedo que me derrumbe si llega a pronunciar la palabra siquiera.

O quizá teme derrumbarse él. Ahora lo veo, esa rabia y el dolor que me ha estado ocultando aunque se lo comía por dentro.

Joder. ¿Alguna vez me liberaré de Jarrod y de lo que me hizo? ¿O va a perseguirme, a mí y cada relación que tenga, para siempre?

Esa idea me golpea como una bola de demolición, hace que me encierre en mí misma mientras esos antiguos sentimientos fluyen por mi interior. Dolor, ira, desesperación, debilidad. Me abruman, amenazan con romperme en tantos pedazos que jamás encontraré la forma de volver a juntarlos.

Y casi dejo que ocurra. Porque es fácil. Me resulta familiar. Me ayuda a distanciarme de todo lo que ha pasado: entonces, ahora y en todos los momentos entretanto.

Pero entonces miro a los ojos de Sly, indulgentes, hermosos y llenos de amor. Aspiro su cálido aroma a sándalo. Recuerdo la primera vez que me hizo reír cuando estaba segura de que ya se me

había olvidado cómo hacerlo. Y, en ese instante, me doy cuenta de que el único poder que Jarrod tiene sobre mí, sobre nosotros, es el que yo le permita tener.

—Todo lo que pasó con Jarrod me dejó hecha polvo y decidí lidiar con ello encerrándome en lo más profundo de la Viuda Negra, tanto que apenas recordaba quién era sin ella. Y allí me quedé hasta que te conocí y me diste una razón para abrirme paso hasta el exterior.

—Me mata saber que no puedo protegerte de lo que te hizo —asegura con voz áspera—. No puedo retroceder en el tiempo y evitar que te haga daño. Lo único que puedo hacer es asegurarme de que conmigo jamás te sientas como lo hiciste con él, ni por un minuto.

—Necesito que comprendas una cosa, Sly. —Me acerco a él para apoyarle una mano en el pecho y sostener su mandíbula perfecta en mi palma—. No es tu trabajo protegerme, al igual que no es tu trabajo curarme. Eso es cosa mía. Tu trabajo, aunque no sé si llamarlo así, es quererme...

—Y te quiero, Sloane. —Gira un poco la cabeza y me da leves besos en la palma—. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero. Y te anhelo de todas las formas en las que una persona puede anhelar a otra. —Sostengo la mirada a esos ojos castaños insondables—. Y necesito que eso sea suficiente para ti, Sly. Necesito que desees este momento más de lo que deseas solucionar todos los errores que han venido antes. Este momento y los que vendrán, los que elegimos crear juntos, son los que importan. El pasado puede quedarse donde debe estar.

Espero su respuesta mientras contengo la respiración y me tiemblan las manos.

No tarda mucho.

Me levanta en brazos y nos hace girar hasta que estoy sentada encima de él con las piernas rodeándole la cintura y el pelo cayendo

como una cortina a nuestro alrededor.

—Que le den al pasado. Quiero nuestro futuro y cada momento aburrido, fantástico, aterrador y alucinante que venga con él. —Enarca una ceja y sube la mano para acunarme la nuca—. ¿Te parece bien?

—Me parece más que bien —contesto al tiempo que tira de mí hacia abajo, hasta que mis labios se encuentran a apenas un centímetro de los suyos—. Es perfecto.

—Igual que tú.

Para demostrarlo, salva la distancia que nos separa y me besa hasta que no recuerdo mi nombre. Presiono sus caderas con las rodillas para anclarme a este momento en el que lo he elegido a él. Nos he elegido a nosotros.

No estoy en medio de un escenario. Estoy en casa. Y es más que suficiente.

57

Sloane

Una hora o así después, intento volver a salir de la cama. Esta vez Sly me lo permite.

—Voy a darme una ducha, ¿luego preparamos el desayuno? —propongo—. Me muero de hambre.

—Me parece buen plan. —Sonríe—. ¿Cuál es tu desayuno favorito?

—Salchicha de jalapeño y un zumo de naranja recién exprimido. —Cuando su expresión se queda en blanco, me inclino hacia abajo para darle un beso—. Me has preguntado por mi favorito. Pero me vale cualquier cosa excepto gachas de avena. Las odio casi tanto como odio esperar detrás del escenario.

—Tampoco sabía que odiaras eso. —Parece medio sorprendido, medio impresionado.

—Uy, sí, con la fuerza de mil bailarines de reserva sin gira a la vista. No hay nada peor para un artista que mentalizarte para salir y después tener que quedarte esperando porque ha habido algún problema. Se carga la magia de toda la noche.

—Como cuando hay un retraso en un partido y tengo que mantener la calma por mucho que mi estómago se vaya cerrando cada vez más. —Asiente.

—Exacto.

—En realidad, a mí me encantan las gachas de avena —añade con una sonrisa triste—, pero estoy dispuesto a sacrificarlas siempre que

eso me excluya de la lista de las cosas que odias.

Le lanzo una mirada que quiere decir «ya veremos» mientras pongo rumbo al baño, pero, antes de poder dar un paso siquiera, él alarga el brazo y me coge la mano. Sin darme cuenta, vuelvo a estar en la cama. O, para ser concretos, vuelvo a estar en los brazos de Sly, a horcajadas en sus caderas.

—Interponerse entre la ducha y yo no es forma de caerme en gracia —informo intentando alejarme.

—Te quiero —susurra; me atrae hacia sí y me da besos ardientes en los labios, las mejillas y los lagrimales del ojo.

—Yo también te quiero. —Río, y me retuerzo bajo sus generosas muestras de afecto.

Un amor así es algo nuevo para mí y nunca tengo suficiente. No tengo suficiente de Sly. No me despoja de todo, me envuelve en luz y me reta a soñar más allá de la supervivencia.

Tiro de él para besarle de verdad, pero al hacerlo nos rugen las tripas al mismo tiempo.

Sly se parte de risa; después se gira y me deja en pie.

—Ve a ducharte mientras hago el desayuno.

Saco el labio inferior de forma involuntaria en lo que casi podría considerarse el primer puchero que he sentido de verdad en toda mi vida.

—¿No vas a venir conmigo?

Se inclina hacia delante y me da un mordisquito en el labio inferior que acaba en un beso que hace que tense los dedos de los pies y vuelvan a temblarme las rodillas.

—Si lo hago, no comeremos nunca. Y tienes hambre. ¡Venga! —exclama mientras me lleva con delicadeza hacia la puerta del baño. Se lo permito porque estoy famélica de verdad.

Una vez que estoy dentro del baño y lejos de cualquier abotargamiento amoroso en el que me haya sumido, decido que voy a tomarme mi tiempo, cosa que no suelo hacer en los hoteles. Ayuda que tenga uno de los baños más lujosos que he visto en mi vida. Múltiples alcachofas de ducha, productos nuevos para hombre y mujer, y lociones con mi aroma favorito, suelo aclimatado, albornoces mullidos y un cepillo de dientes por estrenar junto al lavabo.

Cuando por fin salgo del baño, envuelta en un albornoz y con el pelo enrollado en una toalla, descubro que Sly me ha dejado. Según la nota que encuentro junto a mi móvil, no es para siempre. Solo el tiempo que tarda en ir a por unas cosas a la tienda. Además, también me ha puesto el código de la alarma en la nota, pero, como no tengo pensado apagarla pronto, lo dejo donde está.

No hace falta ser un genio para adivinar lo que está comprando, es decir, zumo de naranja recién exprimido y salchicha de jalapeño. Así es Sly. También es el chico que ha cogido mi maleta de la cocina y la ha llevado junto a la mesita de noche en mi lado de la cama.

Después de todo lo que he sufrido, no se me habría ocurrido ni en mis sueños más descabellados que acabaría así. No puedo decir que lo sienta, no cuando amarlo y que me ame es mejor que nada, mejor que todo lo que ha venido antes.

Rebusco en mi bolsa antes de sacar unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Después le mando un mensaje a Marco para avisarlo de que estoy bien y de que planeo quedarme en casa con Sly un par de días más, así que puede tomarse el día libre de verdad, a pesar de sus objeciones previas.

Responde al instante con un «ni de broma», pero tenía que intentarlo. No me parece bien que mi equipo de seguridad esté ahí

fuera pasando calor mientras yo estoy aquí disfrutando de un descanso. Y de mucho sexo.

Mientras espero a que vuelva mi chico, cojo la guitarra, que también me ha traído a su habitación, y me dirijo a la cocina. Espero con todas mis fuerzas que Sly no sea una de esas personas que no necesitan café para vivir. Según los que me conocen y me toleran, soy una persona menos agradable en los días que intento fingir que pertenezco a ese club.

Resulta que Sly ya ha puesto una cafetera al fuego (una prueba más de que de verdad es el chico de mis sueños), así que dedico unos minutos a hacer lo que estaba demasiado distraída para hacer anoche.

Cotillear por su casa.

No fisgoneo en los armarios ni abro cajones al azar, porque entiendo mejor que nadie lo importante que es tener un mínimo de privacidad cuando no tienes mucha. Pero sí que echo un vistazo a las zonas principales, incluida una de las paredes llenas de libros más impresionantes que he visto.

La casa entera está decorada en tonos negros y grises, con madera de arce de un color cálido y unos cuantos y sutiles acentos blancos. El enorme sofá negro de la zona de entretenimiento principal es una de mis cosas favoritas; y de las suyas, a juzgar por los almohadones decorativos que hay apilados en el suelo justo al lado. También los enormes y mullidos sillones del estudio, que casi me suplican que me acurruque en ellos con un buen libro.

Me paso un buen rato en esa estancia, fascinada por la mezcla ecléctica de los títulos que hay en sus estanterías. Hay de todo, de política a novela negra, de novelas de terror a ficción literaria, todo organizado en montones y filas. Incluso hay algún que otro libro de fantasía, sobre todo de vampiros, y algunos romances

contemporáneos gastados que pienso que pertenecerán a alguna de sus hermanas.

Me planteo coger uno y leer mientras espero, pero la melodía de mi cabeza es demasiado fuerte. Vuelvo a la cocina para servirme una taza de café y coger la guitarra. Después me acomodo en uno de los grandes y cómodos sillones que tiene en el estudio. Al poco rato estoy sumida en la melodía. En el hotel, después del parque, hace ya tantas semanas, dejé terminado el estribillo. Y aquí, ahora, en la silenciosa paz de la casa de Sly, es la música lo que mana de mí.

Los versos, la parte anterior al estribillo, el puente... Me viene tan rápido a la cabeza que apenas consigo tomar nota. La letra sigue siendo humo y sombras, pero no pasa nada. Porque ya es más música de la que he tenido en casi dieciocho meses. Puedo vivir con ello un tiempo.

«Te quiero, Sloane. Te quiero muchísimo».

Las palabras que Sly me dijo anoche me vuelven a la cabeza mientras intento pulir el puente, y me embarga la gratitud. Unas lágrimas de felicidad me llenan los ojos. Me olvido del acosador, de la prensa e incluso de las advertencias de Pauline. Porque no importa cómo avance mi relación con Sly, da igual si dura seis meses o sesenta años, siempre le estaré agradecida por ayudarme a que la música volviera a encontrar el camino hasta mí. Por demostrarme que, sin importar lo feas que se pongan las cosas, siempre tendré mi arte y siempre me tendré a mí.

Es más de lo que esperaba encontrar.

Respiro hondo y saboreo el momento. Y, entonces, por primera vez en más tiempo del que recuerdo, dejo que la música me lleve adonde necesito ir.

58

Sly

En cuanto entro en la casa, oigo a Sloane tocando la guitarra. Lo último que quiero es molestarla si está componiendo, así que le mando un mensaje rapidito para avisarla de que voy a empezar con el desayuno. Veinte minutos después, entra en la cocina con aspecto de estar más feliz de lo que nunca la he visto. Y ya es decir. Tiene el pelo enmarañado y los dedos manchados de tinta, y parece que ha atravesado la misma tormenta que me ha pillado a mí y que ha robado el trueno al salir.

Tengo la sensación de que estoy viendo a Sloane la compositora por primera vez, y he de decir que le sienta de maravilla. Aunque todo le sienta bien.

—Si hubiera sabido que un par de huevos te sentarían tan bien, habría cocinado para ti hace mucho tiempo —anuncio con una sonrisa.

Ella me la devuelve.

—Te prometo que son más que los huevos, pero tampoco les voy a hacer un feo. O a esos cruasanes con tan buena pinta de ahí. ¿Dónde los has comprado?

—¿Te crees que te lo voy a decir? —replico—. Son los mejores cruasanes a este lado de Francia, y si los quieres, vas a tener que seguir viniendo. Son mi arma secreta.

Espero que me mande a tomar por saco, pero, en cambio, me mira fijamente a los ojos y dice:

—No necesitas un arma secreta para que vuelva a tu lado. No hay otro sitio en el que preferiría estar.

El optimismo cauto que he estado sintiendo toda la mañana estalla hasta convertirse en algo más grande e imita la felicidad que irradia de Sloane. No son solo sus palabras lo que me brindan alegría, es la manera en la que las dice, sin dudar ni temer. Como si de verdad hubiera dejado de esconderse.

Desde el momento en que me dijo que me quería, he estado esperando a que el árbitro pitara falta, porque de alguna forma he roto las reglas solo por ser así de feliz.

He estado esperando que se asuste o lo retire o decida que en realidad no hablaba en serio. Pero la expresión que tiene en la cara ahora mismo me dice sin lugar a dudas que es en mi casa y en mis brazos donde quiere estar, y eso hace que se me quiten todos los miedos. Me deja sintiéndome pleno de una forma que no me he sentido desde hace mucho. Quizá en la vida, si soy sincero.

Los siguientes días son los más felices de mi vida. Aunque tengo que trabajar, pues hay muchísimo que preparar para el campeonato, nada supera a volver a casa con Sloane.

Por las tardes, nadamos, preparamos la cena juntos, leemos, vemos la tele y hacemos el amor. Estamos enamorados. Por primera vez desde que entró en mi vida como un huracán, puedo hacer algo más que limitarme a imaginar un futuro con Sloane. Me lo creo.

La noche del jueves llega demasiado deprisa y, con ella, la intrusión de la realidad. Estoy a punto de tener que compartir a Sloane con el resto del mundo otra vez y, por mucho que me guste verla brillar, solo quiero unos días más antes de que los deberes de nuestros mundos reales la aparten de mi lado.

—¿Estás segura de que quieres ir? —pregunto mientras se viste con el sexi vestido de cóctel negro que le ha mandado Lucinda esta mañana—. Podríamos quedarnos en casa...

—Es una fiesta del equipo y una recaudación de fondos para celebrar la última ronda clasificatoria del año —contesta, y se mueve para pasarse el vestido corto y ajustado por encima de las caderas —. Estoy segura de que la asistencia del quarterback estrella es obligatoria.

Resto importancia al comentario mientras me pongo una camisa de vestir negra para ir a juego con Sloane.

—Y yo estoy casi seguro de que esta noche todo el mundo viene a verte a ti, no a mí. Los peces gordos estaban MUY emocionados cuando confirmaste tu asistencia.

—Bueno, pues más razón para ir, ¿no? —Me lanza una mirada pícara mientras se sube un par de medias por sus largas largas piernas—. No podemos decepcionar a tus jefes.

—Quizá no. —Le engancho la cintura con un brazo y la acerco a mí—. Aunque podríamos llegar tarde...

Deslizo las manos hacia abajo para sostenerla de las caderas.

—Como empecemos, llegaremos tarde a la fiesta —advierte, aunque me doy cuenta de que no hace amago de apartarse.

—A eso me refiero. —Inclino el cuello para bajar a besos por la columna que es su garganta—. Es nuestra última noche juntos...

—Solo hasta el domingo, después del partido —me corrige, aunque echa un poco hacia atrás el cuello para darme mayor acceso —. Puedes aguantar dos noches sin mí.

—La verdad es que no lo creo —refunfuño.

Pero Sloane se limita a reírse y me da un leve beso en la boca antes de volverse en mis brazos para dirigirse al armario.

—Le he pedido a Lucinda que me mande una cosita muy especial junto al vestido —anuncia.

—Ah, ¿sí? —La sigo, interesado por mucho que no quiera—. ¿Qué te ha...?

Me callo cuando Sloane apoya el pie en la silla del vestidor que el diseñador de interiores insistió en que necesitaba y que no he tocado ni una vez desde que vivo aquí. Entonces, muy lentamente, sube la cremallera de una de las botas negras, hasta los muslos, que llevaba la noche que nos conocimos.

—A tomar por culo la fiesta. Tú, yo y esas botas deberíamos irnos directos a la cama.

—Sabía que te gustaría —contesta al tiempo que cambia de pierna.

Y, sin duda, debo una disculpa al diseñador de interiores, porque nunca he visto nada igual a Sloane Walker con el pie en mi silla mientras se sube la cremallera de una segunda bota de cuero suave y maleable.

—Y tanto.

Espero hasta que ha acabado de ponerse las botas, pues no quiero que pierda el equilibrio, y después la cojo de la mano y la hago girar hasta que tiene la espalda pegada a la pared más cercana.

—¡Sly! —Pero se aferra a mí, me acerca más y arquea el cuerpo contra el mío mientras yo meto la mano por debajo de la falda ajustada y me aferro a una de las tiras de las bragas de encaje que acaba de ponerse. Señor, gracias por las medias a la altura de los muslos.

—¿Bien? —pregunto. Pero ya está enredándome los dedos en el pelo y acercándome a su cuerpo.

—Sí —jadea. Luego añade—: El coche llegará dentro de quince minutos.

—Como si necesitara tanto tiempo —comento antes de desplomarme de rodillas delante de ella.

Resulta que solo necesito cinco minutos, y dedico los cinco siguientes a repetirlo todo desde cero. Solo me aparto cuando empieza a fallarle la pierna con la que se mantiene en pie.

Sloane alarga la mano y me sostiene la mejilla con la mano mientras me pasa el pulgar por los labios húmedos.

—Para ser el chico de oro, puedes ser muy pero que muy malo.

—Pues menos mal que así es como te gusto —le digo, y le doy un mordisquito en los dedos antes de coger otras bragas y ayudarla a subírselas por las caderas.

Después me pongo de pie y la miro de arriba abajo, lo cual no es la mejor de las ideas cuando intento mantener mi cuerpo bajo control.

—¿Qué te parece? —pregunta, todavía un poco jadeante por nuestro calentamiento antes del partido—. ¿Estoy presentable?

—Estás preciosa —contesto—. Como siempre. Pero sí que te falta algo.

Pone los ojos como platos.

—¿Perdona?

Está claro que el temblor de su voz ha desaparecido y se ha visto reemplazado por más que un deje de ofensa.

—No te preocupes, podemos arreglarlo —aseguro mientras entro en el baño para lavarme.

Ella me sigue con los ojos entrecerrados y peligrosos, fulminándome a través del espejo del baño.

—¿Arreglarlo? Igual si no me hubieras tocado con esas manazas...

Ahora me toca a mí ofenderme.

—Creo que te refieres a hacer que te corras. Y tú has participado con mucho entusiasmo —añado con las cejas enarcadas—. Dos veces, si no me equivoco. Pero no, ese no es el problema.

—Entonces ¿se puede saber cuál es el problema?

Ha puesto los brazos en jarras y parece un poco alterada, cosa que encuentro divertida, pero significa que seguramente ya va siendo hora de poner fin al juego.

Busco en el bolsillo de mis pantalones de traje para sacar una caja plana, que le entrego.

—Creo que te falta esto.

Abre mucho los ojos.

—¿Qué...? ¿Qué hay ahí?

—¿Por qué no lo abres y lo descubres?

Tiende la mano con vacilación y después la aparta, como si temiera que el regalo fuera a desaparecer si lo toca. Verla dudar de sí misma me rompe el corazón de una forma que no me esperaba. No vacila porque no lo quiera. Vacila porque nadie le ha hecho sentir que valga la pena.

—¿Quieres que lo abra yo por ti? —pregunto.

—No. —Se humedece los labios y tensa los hombros—. Puedo hacerlo.

Esta vez coge la caja con la misma determinación que muestra cuando recorre el escenario en pleno concierto, como si desafiara a cualquiera a interponerse en su camino.

59

Sloane

No tengo ni idea de qué esperarme cuando cojo la caja, y me tiemblan un poco las manos cuando levanto la tapa y me encuentro con los pendientes más hermosos que he visto en mi vida.

Una parte de mí se esperaba arañas, algo que tuviera que ver con el alias de la Viuda Negra que controla gran parte de mi vida. Pero debería haber sabido que Sly jamás haría algo así, pues ya ha sido capaz de ver a través de todo el humo y llegar a la mujer que hay debajo.

—La canción —musito al alzar uno de los ornamentados pendientes largos para mirarlo de cerca. Es de diamantes, de color blanco y amarillo canario, y, aunque el diseño es abstracto, hay suficiente estructura para adivinar tres pájaros que alzan el vuelo—. Te has acordado de la canción.

—Es lo primero que me cantaste. Recordaré ese momento hasta que me muera.

Y así, sin más, vuelvo a estar en la habitación del hotel, abrazando a Sly mientras me cuenta lo de su hermana. Es el momento en el que me di cuenta de que teníamos más en común de lo que había imaginado.

—Me encanta —murmuro; me tiemblan tanto las manos que no puedo quitarle la rosca—. Gracias.

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunta señalando con la cabeza mis manos, que siguen toqueteando con torpeza.

—Sí, por favor.

Sus ojos, sus hermosos ojos castaños, demasiado perspicaces, no se apartan de los míos mientras retira poco a poco la rosca del pendiente y da un paso adelante para ponérmelo. Cuando lo hace, aspiro su aroma y me siento como en casa.

Él es mi hogar: cálido, cómodo y lleno de canciones que no sabía que recordara.

Por primera vez desde que lo conocí, ese sentimiento no me da miedo. Me reconforta. Tanto que me descubro cantando Bob Marley de nuevo y, en esta ocasión, me lo creo de verdad. Ahora sé que todo va a ir bien.

A Sly se le saltan las lágrimas cuando acabo y me atrae hacia sí al tiempo que murmura:

—Te tengo, Sloane. Siempre estaré aquí.

—Ya lo sé —susurro, porque lo creo. De verdad que lo creo.

Me llevo esa creencia conmigo a la fiesta de los Twisters. Poso con él en la alfombra roja antes de acceder al recinto, donde la gente nos mira fijamente o se las ingenia para intentar conocerme.

—Te he dicho que tendríamos que habernos quedado en casa —murmura Sly después de una conversación especialmente tediosa con el dueño del equipo y su esposa.

—Pero de ser así no habría podido lucir mis pendientes —le contesto entre susurros mientras muevo la cabeza con cuidado para sentir cómo me acarician las mejillas.

—Podrías haberlos llevado en la cama —rebate, y se me escapa una risita.

El sonido hace que a Sly se le ilumine la cara, y se inclina para besarme justo cuando alguien habla a nuestra espalda.

—Vaya, vaya, mira qué tenemos por aquí.

—Mira, no empieces —comenta Sly al tiempo que se gira.

—¿Que no empiece el qué? —responde Marquis con una sonrisa felina. Como Sly, luce un traje negro precioso. Pero, en vez de llevar una camisa negra, la suya es de un turquesa intenso que le realza esa piel oscura y los vivos ojos castaños—. Solo vengo a saludar a la bonita pareja que se ha formado gracias a mí.

—No vas a dejar de echarte flores, ¿verdad? —se queja Sly, y Marquis asiente con empatía.

—¿Y ya está? ¿Ese es el punto álgido de tu carrera? ¿Vas a pasar a llamarte «el tío de la pantalla gigante»? —pregunto, toda inocencia fingida y sonrisas de oreja a oreja.

—Yo iba a sugerir Cupido —contesta Marquis con una sonrisa encantadora—. Pero «el tío de la pantalla gigante» también me vale.

—Eso es porque la pantalla esa es lo único que hay en el estadio que es tan grande como tu ego —comenta otro chico cuando pasa por delante de nosotros con una mujer que supongo que es su esposa, a juzgar por las alianzas a juego, y cuya larga melena rubia es casi del mismo color que su vestido dorado.

—Le dijo la sartén al cazo, Tyson —exclama Marquis—. No estás tú para hablar.

Me echo a reír porque Marquis es tan personaje como me lo había descrito Sly, pero de la forma más adorable posible. Entiendo perfectamente por qué es su mejor amigo.

Antes de que pueda decir nada más, muchos de los jugadores, algunos con sus parejas y otros solos, nos rodean. Parece ser que Marquis ha roto el hielo y ahora todos quieren conocerme.

—Cuéntamelo todo —me pide una mujer de melena larga oscura y un impresionante vestido rojo de Versace—. Yo soy del equipo Sloaney desde lo de la pantalla.

—Esta es María —me comenta su pareja—. Y no exagera. Lleva haciendo que acribille a preguntas a Sly todos los días desde vuestra cita en Los Ángeles.

—¿Ese beso fuera del Willow? —me dice ella mientras se abanica con la mano—. Muuuuuuy caliente.

—Y que lo digas —corrobora otra mujer—. Casi me abalanzo sobre Drew después de verlo.

—¿Perdón por la ayuda? —le dice Sly con voz seca a su compañero.

—Ah, venga ya. —La luz se refleja en las uñas doradas y negras de la mujer cuando hace un gesto con la mano—. A Drew no le importa lo que ponga a tope los motores siempre que sea él quien conduzca.

Eso me saca una risa, pero Drew se limita a encogerse de hombros.

—Es verdad, cariño.

Las pullitas continúan durante varios minutos; cada uno de los chicos intenta quedar por encima del otro. Me descubro relajándome e incluso uniéndome a alguna broma que otra, porque estas personas son divertidas. A ver, sí, todos tienen su ego, pero la mayor parte del tiempo no se toman demasiado en serio a sí mismos ni a los demás. Resulta un descanso agradable de las fiestas del mundillo de la música y de Hollywood a las que estoy acostumbrada, donde todos suelen estar más preocupados por que los vean que por pasárselo bien.

Estoy tomándome mi segunda copa de la noche cuando aparece Vivian. Viene directa hacia nosotros y coloca una mano en el brazo de Sly al tiempo que se mete en la conversación.

Él apenas se da cuenta, pues está demasiado centrado en uno de los entrenadores de la línea ofensiva y su mujer. Cuando empiezan a

hablar de la estrategia para el próximo partido de las rondas eliminatorias, le entrego a Sly mi copa para que me la cuide y salgo corriendo al baño.

Cuando vuelvo un par de minutos después, me encuentro con Sly y con Vivian absortos en una conversación con los hijos del dueño del equipo, a quienes he conocido nada más llegar. Analizo la estancia rápidamente, pues no quiero interrumpir sus asuntos, pero resulta que Sly ha estado pendiente de mí, porque, en cuanto me acerco, me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia sí.

—Te he echado de menos —me susurra al oído.

—No digas tonterías —le contesto yo también en un susurro.

Vivian contempla nuestra conversación y algo en sus ojos me pone nerviosa o, como mínimo, me hace sentir cautelosa. Pero entonces, cuando la conversación se estanca, alza su copa para hacer un brindis.

—¡Por la Super Bowl! —exclama—. ¡Y por conseguir otro anillo para la ciudad de Austin!

Todos brindamos por ello. Me termino mi margarita de un sorbo largo. Si tengo que aguantar a Vivian toda la noche, no me vendrá mal un poquito de lubricante social. Por desgracia, no sabe tan bien a temperatura ambiente como cuando estaba frío.

Sly se inclina para preguntarme algo, pero, antes de que pueda hacerlo, uno de los hijos del dueño del equipo (creo que Bradley) sube de un salto al escenario y coge el micrófono.

—¡Hola, familia de los Twisters! —exclama arrastrando las palabras.

Al parecer, no se impone el mismo límite de dos copas que yo.

—Quiero dar paso a la parte de entretenimiento de nuestra noche recalcando lo agradecidos que estamos mi familia y yo por cada persona presente en esta sala. Juntos, hacéis que este equipo sea la

increíble potencia que es. Como agradecimiento, hemos organizado un concierto íntimo para esta noche.

A nuestro alrededor, la gente empieza a mirarme. Incluso Sly baja la vista con una ceja enarcada, pero yo me limito a negar con la cabeza. Habría cantado si me lo hubieran pedido, pero nadie lo ha hecho.

—Por favor, tomad asiento. —Señala las mesas con mantelería negra de la estancia—. Y acompañadnos a ver a la maravillosa, increíble, única e inigualable... Pauline Vargus.

La sala estalla en vítores cuando se abre el telón y revela a Pauline y su banda en toda su gloria. La banda va toda de negro, mientras que el color del día de Pauline es un carmesí brillante y atrevido. Peluca roja, labios rojos, uñas rojas y un vestido largo de lentejuelas rojas. Está impresionante y sexi de la hostia, un hecho que el público no pasa por alto a juzgar por la cantidad de silbidos que acompañan a los aplausos.

Pauline saluda al público y, aunque parece que quiere decir algo, los aplausos son tan sonoros que ni siquiera puede intentarlo. Así que hace una señal a la banda y comienzan a tocar uno de sus mayores éxitos, *Me and You*, «tú y yo».

—¿Tú sabías algo? —pregunta Sly sin apartar los ojos de Pauline ni un segundo.

—Qué va —le digo—. Habrá querido darme una sorpresa.

Ella empieza a cantar y, con solo tres palabras, ya tiene a toda la sala en la palma de la mano. Le echo una ojeada a Sly y veo que él también acompaña a todos los demás, y el hecho de que esté tan embelesado con ella me llena de alegría.

No sé cómo ha pasado, pero, después de todo este tiempo, parece que por fin he conseguido escoger a un chico maravilloso.

Después de *Me and You*, Pauline canta dos canciones más antes de hacer una pausa para charlar con el público.

—Bueno, bueno, hola a los Twisters de Austin. He de decir que sois el público más acogedor para el que he tocado desde..., no sé, ayer.

La sala se llena de risas.

—Aunque no me importaría cambiar de opinión a vuestro favor si uno de los chicos grandotes y fuertes de la sala quiere tener un encuentro individual conmigo más tarde.

Pone una expresión deliberadamente coqueta mientras lo dice y el público ruge con aprobación.

Excepto Marquis, que grita:

—¡Dime adónde tengo que ir!

—¡Ay, madre! —Pauline exagera y se agarra los diamantes.

«Las perlas son para las chicas débiles, Sloane. Los diamantes son para las chicas a las que nadie va a romper».

—Mira, ¿sabes qué? Coge una botella de champán rosado y encuéntrate conmigo entre bastidores. Ya veremos quién viene y quién fluye.

Mientras el público se ríe y aplaude, la banda toca las primeras notas de *Come and Flow*, «ven y fluye», una de mis canciones favoritas de Pauline.

—Se va a presentar entre bastidores seguro —me susurra Sly al oído.

—Y tú no lo harías, ¿no? —Me río y me lanza una mirada que significa *«touché»*.

Mi mentora está que se sale esta noche; su voz intensa y oscura llena cada recoveco de la sala. Ha pasado mucho tiempo desde que he estado en este lado del espectáculo, y la energía me resulta

vertiginosa. Me apoyo en Sly, quien se mueve para pegar su pecho a mi espalda y me envuelve con sus brazos.

Las siguientes canciones me las paso flotando, el mareo se convierte en un estupor dulce que hace que parezca que todo a mi alrededor se mueva como si fuera un denso sirope.

Pauline termina dos canciones más; después vuelve a centrar su atención en el público.

—Aguanta las burbujas un ratito más, ¿te parece? —le pide a Marquis—. Porque puede que yo tenga mi propia sorpresa para vosotros esta noche, mi encantador público. Como muchos sabréis, mi queridísima Sloane Walker está aquí esta noche, del brazo de vuestro encantador y talentoso Mateo Sylvester. ¿Dónde estás, Sloane, mi vida?

Me siento demasiado relajada para saludar, así que Sly lo hace por mí.

—Ella es la razón por la que he aceptado la generosa invitación de vuestro presidente para venir a la fiesta, y me alegro mucho de haberlo hecho. Pero, mientras estaba aquí de pie, me he dado cuenta de que han pasado casi dos años desde que las dos compartimos escenario y me encantaría ponerle remedio esta noche.

Bate las pestañas, largas y rojas, hacia el público.

—¿Qué os parece? ¿Queréis que Sloane suba al escenario y cante un par de canciones conmigo?

Pensaba que el público estaba emocionado antes, pero los vítores y los pisotones que se producen en este momento hacen que tiemblen las paredes y que las lámparas de araña que tenemos por encima de la cabeza empiecen a sacudirse peligrosamente.

—Lo tomaré como un sí —afirma Pauline, y me tiende una mano —. Sube aquí, cielo, vamos a darle al público lo que quiere.

—¡Toma ya! —exclama Sly mientras baja la mirada para contemplarme con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Te apetece?

—¡Por supuesto! —Jamás rechazaría a Pauline, me encanta actuar con ella. Y lo sabe.

Sly me guía a través del público entusiasmado, con una de sus grandes manos apoyada en mi lumbar. Me tambaleo un poco en el primer escalón hacia el escenario, pero él está ahí conmigo para equilibrarme.

—¿Estás bien? —Parece un poco preocupado.

—Estoy bien —contesto, aunque la sala me da un poco de vueltas. Desde luego, debería haberme tomado con calma ese segundo margarita—. Es solo que estoy emocionada.

—¡Venga, Sloane! Mételes el turbo a esos tacones tuyos de quince centímetros, ¿quieres? —me grita Pauline.

—¡Ya voy! —exclamo. Las palabras me pesan en la boca, pero, antes de que pueda entender por qué, estoy en el escenario y Pauline me pone un micrófono en la mano.

—¿Qué te parece que cantemos *Shame*? —pregunta; es la canción que grabamos juntas hace dos años y que habla de la vergüenza.

—Sí, claro —le digo agarrando el micrófono.

Me lanza una mirada desconcertada al tiempo que el público anima a nuestro alrededor, pero entonces la música empieza y las dos nos centramos.

Las luces brillan demasiado y me cuesta concentrarme, ya sea en la voz de Pauline mientras empieza a cantar, en Sly, que sigue de pie junto a las escaleras, o en la gente que se apelotona delante del escenario. Todo me parece raro, como si estuviera desenfocado. ¿O soy yo?

Pauline canta la última frase de su verso y sé que tengo que unirme a ella en el estribillo. Pero ahora la sala gira más deprisa y

me cuesta recobrar el aliento. Aun así, el espectáculo debe continuar, aunque me tiemblen las piernas y sienta que mi telaraña se está deshaciendo. Así que respiro hondo y me lanzo a mi primera frase del estribillo.

—*La vergüenza nos rode*...

60

Sly

Contemplo horrorizado cómo Sloane se desmaya en el escenario.

Pauline grita alarmada al tiempo que se lanza para sujetarla, pero Sloane cae demasiado rápido y se estampa de morros con el suelo.

Tengo el cuerpo entumecido cuando subo corriendo las escaleras, y mi mente no deja de gritar «no, no, no» mientras me apresuro a llegar hasta ella.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —grita Pauline por el micrófono arrodillándose junto a Sloane.

Yo doy un salto por el escenario, aterrizo a su otro lado y agarro a Sloane de inmediato. Es un peso muerto, la giro para ponerla bocarriba y tiene los ojos cerrados y los labios y la piel teñidos de un terrorífico azul claro.

Durante un instante interminable y aterrador, no puedo hacer nada. No puedo pensar, no puedo respirar. Solo puedo quedarme ahí de rodillas, asustado, al darme cuenta de que no respira. Su pecho está tan quieto como el resto de su cuerpo.

—¡Joder, no! ¡No, no, no! ¡Sloane, corazón, por favor, no me hagas esto! No me hagas esto —repito, y mi mundo se pone del revés mientras coloco la mano en su cuello en busca de pulso.

Me lleva varios segundos encontrarlo, todos de pura agonía. Es leve, muy leve, pero está ahí.

—¿Qué cojones le has hecho? —espeta Pauline mientras se inclina hacia delante y le da varias palmadas en las mejillas.

Sloane vuelve en sí un momento, abre los ojos y mueve los labios, como si intentara hablar. Pero entonces se le ponen los ojos en blanco y vuelve a quedarse completamente inmóvil.

—¡Sloane Walker! —Pauline vuelve a darle una palmada—. ¡Venga, cielo! Despierta, hazlo por mí. —Cuando eso no funciona, la agarra de los hombros y la sacude como a una muñeca de trapo—. ¡Joder, que te despiertes, Sloane!

Esta vez no hay respuesta alguna, ni siquiera un parpadeo.

—¿Qué le has dado? —insiste Pauline.

Pero estoy demasiado ocupado intentando recordar los primeros auxilios que aprendí en la universidad para contestar.

Echar para atrás la cabeza.

Apretar la nariz.

Cubrir la boca y soplar.

—¿Ha llamado alguien a la ambulancia? —vocifera Pauline al público.

—Yo. —Marco se sube al escenario con el teléfono en la mano—. Ahí fuera solo hay caos, así que Jaime y G están en la puerta esperando a que lleguen. ¿Qué puedo hacer?

—No respira —informo mientras le echo la cabeza hacia atrás para intentar abrirle las vías respiratorias y ver si así puede respirar por su cuenta.

Como no funciona, le aprieto la nariz, me inclino hacia delante y le insuflo aire por la boca. Contemplo el subir y bajar de su pecho cuando sus pulmones se hinchan con mi respiración. Lo hago dos veces; después le coloco la mano en el pecho.

«Por favor, por favor, por favor». No puedo perderla. Joder, acabo de encontrarla. Me acabo de permitir creer en un futuro. Y ahora el

universo ha decidido que se ha acabado la partida antes de que llegáramos a alcanzar la zona de anotación.

—Por favor, Sloane. Respira, nena. Por favor.

Pero sigue sin haber respuesta.

—La ambulancia está a cinco minutos —comenta Marco, que pone el teléfono en altavoz.

—¡No va a durar cinco minutos más sin oxígeno!

«Echar para atrás la cabeza. Apretar la nariz. Cubrir la boca y soplar».

Aunque el protocolo de reanimación me corre por la mente en un bucle continuo, no me puedo creer que esto esté pasando. Estaba perfectamente hace diez minutos, se reía y hablaba y...

Me inclino hacia delante y soplo dos veces más. Acto seguido vuelvo a comprobar su pulso. Ahora es incluso más débil. Joder.

Mierda, mierda, mierda.

—¡Marquis, Drew! —bramo—. ¡Mirad si hay un desfibrilador!

—Creía que habías dicho que tenía pulso —lloriquea Pauline.

—Solo quiero estar preparado —anuncio, y me inclino para soplar dos veces más asegurándome de que el pecho le suba y le baje.

Marco se encarga de comprobarle el pulso mientras yo respiro en lugar de Sloane una y otra y otra vez hasta que llegue la ambulancia. En algún punto intermedio, Marquis salta al escenario.

—No hay desfibrilador, tío.

—No pasa nada. Todavía tiene pulso, ¿verdad, Marco?

Vuelve a comprobarlo.

—Sigue ahí, pero cuesta mucho encontrarlo.

Joder, joder, joder.

—¿Estás segura de que no necesitamos empezar con la reanimación cardiopulmonar? —le pregunto a la operadora del número de emergencias.

—No si hay pulso —responde—. Sigue ayudándola a respirar. La ambulancia está cerca.

—¿Cómo de cerca? —chilla Pauline.

Justo entonces, a lo lejos, oigo unas sirenas que no me queda otra que esperar que sean para Sloane.

—Venga, mi amor —murmuro—. Vuelve conmigo. Por favor, por favor, vuelve conmigo.

Soplo un par de veces más justo cuando los paramédicos entran a toda prisa por las puertas del recinto y suben corriendo al escenario.

—¿Qué ha pasado? —pregunta la paramédica, que me aparta de un empujón y comprueba las constantes vitales.

—No lo sé. Se ha desmayado en el escenario, cuando he llegado a ella ya no respiraba. Tiene pulso, pero es muy débil.

—No responde —anuncia el paramédico por su teléfono mientras la mujer empieza con las compresiones—. Pupilas dilatadas, pulso débil, no hay respiración.

No para de sacar cosas de la bolsa mientras habla.

—¿Qué drogas ha tomado? —pregunta su compañera. La forma en la que mira a Sloane, como si fuera un problema y no una persona, hace que una sensación ardiente y asquerosa se me arremoline en el estómago, aunque sé que es su trabajo.

—Ninguna —le digo—. No toma drogas.

—No se va a meter en ningún lío —me asegura—. Solo necesitamos saber qué se ha tomado para...

—Eso intento deciros. Que no creo que se haya tomado nada. Creo que aquí está pasando otra cosa.

Incluso a medida que las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de lo ingenuo que sueno, y eso antes de que los dos paramédicos intercambien una mirada.

—¿Cómo se llama? —pregunta su compañero.

—Sloane.

Veo el instante en que cae en la cuenta. Mira a Sloane bruscamente, después a mí, luego a Pauline y otra vez a mí.

—Es Sloane Walker —le dice a su compañera.

Y así, sin más, cualquier oportunidad que tuviera de convencerlos de que no es una sobredosis se desvanece.

Así es como empiezan las cosas. Los susurros, los titulares, las conjeturas. La Viuda Negra se ha quedado atrapada en su propia telaraña y esta acaba por estrangularla.

—Vamos a darle naloxona, a ver si eso consigue que respire —me indica.

—¿Y si lo hace? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—Si lo hace, entonces ha tomado opiáceos —contesta la paramédica—. Si no, tenemos problemas más graves.

—Esto no tiene sentido —le digo a Pauline, pero no me hace caso. Está mirando a Sloane fijamente, como si solo con eso pudiera revivirla.

—Allá vamos —le anuncia el paramédico a su compañera mientras inserta lo que parece un bote de espray nasal en la nariz de Sloane y aprieta la botella.

«Por favor, por favor, que funcione».

Incluso mientras suplico a Dios, al universo y al destino que la naloxona funcione, dudo que vaya a hacerlo. Porque nada de lo que sé sobre Sloane, nada de lo que la he visto hacer estos meses que llevamos juntos, me ha dado pie a sospechar que se drogara. Sé que no hemos estado juntos en persona mucho tiempo y que la adicción puede ser una enfermedad silenciosa. Pero hemos hablado todos y cada uno de los días, varias veces al día, desde nuestra primera cita, y siempre ha sonado plenamente sobria y consciente. Y tampoco

bebe. No como esperaría que lo hiciera una persona con problemas de abuso de sustancias.

—¿Cuándo sabremos...? —empiezo.

Antes de que el paramédico pueda contestar, Sloane jadea en busca de aire y todo su cuerpo se levanta del suelo por la intensidad del movimiento.

61

Sly

Los veinte minutos siguientes son una pesadilla.

Los paramédicos se marchan con Sloane y Marco los acompaña en la ambulancia por su seguridad, mientras que Marquis, Pauline y yo los seguimos. Los perdemos en la autopista, pero Marco nos manda un mensaje para asegurarse de que sepamos que nos está esperando en las puertas de la entrada para ambulancias. Cuando Marquis para allí para dejarnos, veo que la entrada de las urgencias está a rebosar de paparazzis.

No es la primera vez desde que he empezado a salir con Sloane que me pregunto cuántos reporteros hay en realidad en Austin. Porque parece que salen hasta de debajo de las piedras cada vez que ella anda por aquí.

Localizo a Marco en cuanto llegamos a la curva de entrada. La seguridad del hospital está trabajando al máximo para alejar a los reporteros de la zona. Se dirigen a nosotros y le hacen un gesto a Marquis para que baje la ventanilla tintada.

—No podéis estar aquí... —empieza a decir la guardia. Pero, en cuanto mira al interior del coche y nos ve, se aparta—. Adelante —le indica a Marquis. Después, nos mira a Pauline y a mí—. Espero que Sloane esté bien. Siempre he pensado que es increíble.

—Más increíble de lo que crees —asegura Pauline, y yo tengo que aguantarme un sollozo.

Después avanzamos hasta la zona de las ambulancias, hacia Marco. Con solo un vistazo a su cara, ya sé que algo va mal. El terror me corre por la columna y abro la puerta de par en par antes de que Marquis haya parado el coche del todo.

—¿Cómo está? —inquiero con urgencia mientras él nos guía al interior, lejos de ojos curiosos..., o todo lo lejos que podemos estarlo dentro de un hospital público.

Marco se pasa una mano temblorosa por el pelo.

—Ha entrado en parada en la camilla, Sly. Los médicos están con ella ahora mismo, pero...

—¿Cómo que ha entrado en parada? —pregunta Pauline a varios metros de distancia. Al echarle un vistazo, me doy cuenta de que esta noche, por primera vez, aparenta la edad que tiene. Sus mejillas están demacradas, los ojos hundidos y la espalda encorvada, como si los eventos ocurridos esta última hora fueran un peso físico en sus hombros.

—La naloxona ha revertido los efectos de lo que quiera que tuviera en el sistema...

—¡Sloane no se droga! —chilla Pauline—. Todos lo sabemos.

—Pues claro que lo sabemos. Pero la naloxona no habría funcionado si no hubiera tenido algo en el organismo —explica Marco con calma—. Ya le he pedido a G que intente hacerse con todas las grabaciones del recinto. Estábamos allí, pero podríamos haber pasado algo por alto.

—¿Que habéis pasado algo por alto? —pregunto mientras sus palabras me calan y el mundo como lo conozco cambia en su eje—. ¿O habéis pasado a alguien por alto? ¿Crees que el acosador estaba en la fiesta? ¿Crees que es cosa suya?

—No lo sé —declara al tiempo que sacude la cabeza—. Pero sí sé que solo he perdido de vista a Sloane cinco minutos esta noche,

cuando se ha ido al baño. Y sí, es el sitio más evidente donde podría haberse tomado algo, pero estoy con Pauline. En los diez años que he trabajado con Sloane, incluyendo durante y justo después de lo de Jarrod, jamás se ha drogado. No pienso aceptar que de repente haya decidido tomarse un puñado de pastillitas rosas en la fiesta de tu equipo. No tiene sentido.

—Un momento —interrumpo, pues sus palabras me han hecho saltar las alarmas. Todavía no sé por qué o la razón por la que considero que es importante, pero así es—. ¿Cómo sabes que son pastillas rosas?

—Ah, no lo sé. —Le resta importancia—. Solo he supuesto que se trataba de oxicodona, porque es la forma más sencilla de administrar una dosis grande en poco tiempo, y las hay de todos los colores. Blancas, azules, verdes... Pero las rosas son la dosis de veinte miligramos, que es de las más populares. Es eso o le han colado un sedante o alguna otra droga mezclada con fentanilo. Solo intento resolver el rompecabezas, pero no creo que vayamos a saberlo seguro hasta que tengan los resultados de los análisis de sangre.

No quiero resolver ningún rompecabezas ni esperar a los análisis de sangre. Quiero que el médico venga ahora mismo y me diga que Sloane está bien. Y, después, quiero preguntarle a ella lo que ha pasado. Además, quiero que alguno de los que están en el recinto de la fiesta encuentre la prueba del delito en el vídeo para poder darle una paliza de la hostia a quien sea responsable de esto.

—¿Cuándo vamos a saber algo? —pregunto mientras empiezo a caminar de un lado a otro.

Teniendo en cuenta que estamos escondidos en un pasillito enano, el movimiento no sirve de mucho para calmar la ansiedad. Aunque tampoco creo que haya nada en el mundo que pueda hacerlo. Por lo

menos, no hasta que vea a Sloane despierta y sonriéndome de nuevo.

Marco se encoge de hombros.

—Supongo que cuando los médicos terminen de trabajar con ella.

No es lo que yo llamaría una respuesta reconfortante, pues cada segundo pasa como si fuera una cuenta atrás para algo que no quiero nombrar.

Al final, después de observar el reloj negro y blanco que tengo justo delante durante veintisiete minutos y doce segundos, una doctora entra en nuestro pequeño escondrijo.

Un vistazo a su rostro sombrío me dice que no va a reconfortarme. Ni ahora ni puede que nunca.

—¿Cómo está? —pregunta Marco antes de que yo consiga averiguar cómo me funciona la boca.

—Está aguantando. La naloxona ha revertido lo que tuviera en el sistema, pronto recibiremos los análisis para confirmar de qué se trata. Pero el TAC mostraba un hematoma cerca del cerebro, eso es lo que le ha llevado a perder la consciencia.

—¿Un hematoma cerebral? —Se me cae el alma a los putos pies —. ¿Le sangra el cerebro? ¿Por las drogas?

—Más bien diría que por la caída —explica—. Hemos conseguido drenarlo y el nuevo escaneo cerebral muestra que el hematoma subdural ha desaparecido. Aun así, todavía no se ha despertado, así que no nos queda más que esperar.

—¿Esperar? —Pauline alarga el brazo y me da la mano; después aprieta con tanta fuerza que noto sus uñas clavándose en mi piel—. ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que Sloane ha sufrido un trauma físico muy grave y ahora mismo su cuerpo está decidiendo cuándo y cómo emerger de él. Lo que pase ahora depende totalmente de ella.

—¿Es lo único que puede decirnos? —espeto.

Su mirada tranquila se encuentra con la mía y puedo ver la respuesta antes de que la ponga en palabras.

Aun así, rezo por estar equivocándome. Rezo para que esté demasiado asustado para tener la mente despejada, hasta el momento en el que vuelve a hablar la doctora.

—A veces la gente despierta; a veces no. Por ahora, vamos a asegurarnos de que esté tan cómoda como nos sea posible, pero solo nos queda esperar y ver qué pasa.

Solo dejan que haya una persona dentro de la habitación, así que Pauline y yo hacemos turnos para sentarnos con Sloane o caminar de un lado a otro de la sala de espera mientras el personal de urgencias está atento a cualquier señal que indique que va a despertarse.

Pero no encuentran ninguna. Y, doce horas después, seguimos esperando.

A cada minuto que pasa, las buenas noticias parecen más y más improbables, por lo menos en mi cabeza. Los inocentes trabajadores del hospital a los que no dejo de importunar me dicen que tengo que esperar, que está cómoda y que eso es todo lo que pueden hacer por ella. Pero está tan pálida, tan callada y distinta a su personalidad desbordante que no puedo librarme de mis miedos.

Una hora después, la mueven a la unidad de cuidados intensivos, donde Pauline y yo nos sentamos hombro con hombro y escuchamos a los monitores hacer su trabajo. Cada pitido hace que levante la cabeza, cada pausa en su respiración hace que el terror me arañe las entrañas hasta dejármelas en carne viva.

Quiero volver a la sala de urgencias o a una habitación normal, estar donde sea menos en la unidad de cuidados intensivos esperando a que Sloane se despierte o se muera, joder.

Ya es casi mediodía del viernes y debería estar de camino al aeropuerto para subirme al vuelo de las doce y media a San Diego. El campeonato de la NFC se jugará en el estadio de los Lightning, pues son los cabezas de serie de la liga. Debo estar ahí si deseamos llegar a la Super Bowl.

Pero, como no voy a irme a ninguna parte hasta que Sloane se despierte y me diga que la deje en paz, ni de coña pienso subirme a ese avión. O jugar ese partido.

Puede que la ciudad de Austin se merezca un anillo, pero Sloane se merece muchísimo más. He llamado a Vivian sobre las siete de la mañana y le he dicho que le haga llegar el mensaje al entrenador de que no voy a ir. A ninguno le ha hecho ilusión, pero me importa una mierda. Y tampoco es que parecieran sorprendidos.

No hay nada en mi vida, nada que haya deseado, que sea más importante que estar aquí para Sloane ahora mismo. Me la sudan las eliminatorias, me la suda la Super Bowl y me la suda mi carrera. Ninguna de esas cosas significa nada sin ella.

Marco está en el local de la fiesta revisando las cámaras, hace dos horas por fin ha conseguido que el gerente acceda a entregárselas. G y Jaime están plantados en la puerta para asegurarse de que los únicos que entren a la habitación de Sloane sean personal médico, y Pauline está en una esquina leyéndole una novela romántica que parece ser que le encanta. Lleva horas haciéndolo, su famosa voz llena la estancia mientras le cuenta las vicisitudes de la historia de amor de los protagonistas. Ya hemos pasado el punto álgido de la historia y el héroe y la heroína se dirigen hacia su «felices para siempre», y no hay nada que quiera más que ser uno de ellos.

Es absurdo sentir envidia de un personaje de ficción, pero la siento. Porque ese tío siempre consigue a la chica. Siempre consigue

el final feliz. Y yo ni siquiera sé si tendré la oportunidad de despedirme.

¿Y si se queda así y se va apagando más con cada hora que pase? ¿Y si lo más cerca que volveremos a estar es conmigo aquí sentado junto a su cama, deseando que despierte?

La idea hace que quiera arrancarme la piel. Me hace querer tirarme de rodillas al suelo y suplicarle a quien sea necesario que haga que Sloane mejore, o por lo menos encontrar a quien le haya hecho esto y eliminarlo de la faz de la tierra (aunque la abuela Ximena jamás me lo perdonaría).

Sé que Sloane no se haría esto a sí misma. Lo cual quiere decir que ha sido otra de las personas presentes en el local. Alguien invitado a la fiesta de mi equipo, que quizá hasta tuviera conexión con el equipo o incluso conmigo, es el responsable de envenenar a la mujer a la que amo. Y yo ni siquiera lo he visto venir.

Había prometido protegerla, mantenerla a salvo. En lugar de eso, la he llevado directa al infierno.

No estoy seguro de si podré perdonármelo alguna vez.

Me vibra el móvil y bajo la vista al mensaje, solo por si acaso es de Marco. Es mi abuela, diciéndome que ella y Lucía están en la sala de espera con comida para todos.

Se me revuelve el estómago ante la idea de comer nada, pero también tienen café y me vendría bien espabilarme.

—Oye —llamo a Pauline en voz baja e interrumpo la escena del gran reencuentro—, mi familia ha traído café y comida. Voy a buscarlo y vuelvo enseguida.

Asiente, pero no parece particularmente interesada en comer ni en nada más.

—¿Cómo estás? —pregunta Lucía en cuanto llego a la salita de espera que hay más allá de los ascensores. Me rodea con los brazos

y me estrecha con fuerza.

Niego con la cabeza y la abrazo con la misma intensidad.

—No hay cambios. —Se me quiebra la voz, así que carraspeo y vuelvo a intentarlo—. De momento, la resonancia tiene buen aspecto, al igual que los análisis de sangre. Pero todavía no se ha despertado, así que...

—Toma. —Mi abuela señala un par de bandejas con bebidas—. Hemos traído café, batidos y sándwiches. ¿Qué crees que puedes digerir ahora mismo?

Sacudo la cabeza deprisa, aunque aprecio la forma en la que ha formulado la pregunta. No estoy seguro de poder digerir nada ahora mismo, y mucho menos de que se me quede en el estómago.

—Prueba esto —indica Lucía mientras me coloca un vaso de batido en la mano—. Es lo único que yo podía tolerar después de...

Se calla, incómoda; centra la mirada en la mía como un rayo y después la aparta. Otra capa de culpa me aplasta mientras completo la frase en mi mente. «Lo único que podía tolerar después de que dejaras que Grant me diera una paliza de muerte».

Sé que jamás diría eso, pero la insinuación siempre ha estado ahí, rondándome la cabeza.

Me vibra el móvil por una ristra de mensajes y me apresuro a leerlos por si se trata de Pauline avisándome de que Sloane ha despertado. O Marco diciéndome que han averiguado quién es el culpable.

Pero no, es un hilo de mensajes que ha creado Vivian junto a su equipo de publicidad para emergencias.

Vivian:
Tienes que subirte a ese avión
Número desconocido:
Tiene razón. El país entero está pendiente de tu paradero. Todo el mundo quiere saber si vas a

elegir a la Viuda
Negra por encima de tu equipo

Otro número desconocido:

No es una elección que puedas tomar a estas
alturas de tu carrera. Todo el mundo habla de la
sobredosis de Sloane y dicen que el resto del
país no debería sufrir
por culpa de sus malas decisiones

Vivian:

TIENES que subirte a ese avión,
Sly. Tu carrera depende de ello

A tomar por culo mi carrera. Me dispongo a escribirlo en el chat, pero, antes de poder hacerlo, Marco sale como una bala de un ascensor con rostro sombrío y listo para luchar.

—Lo hemos descubierto —ruge mientras camina a grandes zancadas hacia mí con ojos asesinos—. Hemos descubierto quién le ha hecho esto.

62

Sly

—¿Quién? —inquiero cuando me encuentro con él a medio camino —. Dame un nombre.

—Voy a hacer algo mejor. Te voy a enseñar una puta foto. —Saca el móvil y abre una captura de pantalla de un vídeo. Uno que muestra claramente el puño cerrado de mi agente colocado con desenvoltura encima de la copa de Sloane. La copa que yo sostengo en mis propias manos.

Estoy saludando con un abrazo de lado a la esposa de Bradley, Brandi, y en la foto no puedo ver la bebida porque estoy girado hacia ella.

—¿Qué cojones? —rujo, y la ira y la culpa me atraviesan como un rayo a partes iguales—. ¿Ha sido Vivian?

Él pasa a la izquierda y empieza a reproducirse un vídeo. Comienza con Brandi, Bradley y Colt acercándose para hablar conmigo. Brandi se adelanta para darme un abrazo de esos demasiado pegados que siempre me da. En el vídeo, le hago una finta, como siempre; giro el cuerpo un poco para convertirlo en un abrazo de lado en vez de uno con pleno contacto corporal.

Entretanto, Vivian aprovecha la oportunidad para soltar un puñado de lo que sea en la copa de Sloane.

No aparto la vista cuando se pone a charlar con nosotros como si no acabara de verter suficiente oxicodona en el margarita de mi

novia como para asesinarla. Entonces, cuando Sloane regresa, Vivian propone un brindis, que ahora me percato de que era para asegurarse de que diera un sorbo.

Contemplo horrorizado que mi chica se bebe el cóctel de un trago. El vídeo se corta justo después, pero la escena no deja de repetirse en mi cabeza.

Sloane dejando el vaso vacío en una mesa cercana.

Sloane agarrándose a mi brazo para mantener el equilibrio mientras caminábamos hacia el escenario para ver a Pauline.

Sloane apoyada contra mi cuerpo con los ojos cerrados.

Sloane tropezando cuando intentaba subir los escalones al escenario.

Desde el principio, había señales de que algo no andaba bien, pero la verdad es que no se me ocurrió en ningún momento que la hubieran drogado en la fiesta de mi puto equipo. Incluso cuando le pregunté si se encontraba bien, pensaba que solo estaba un poquito achispada por la bebida. Hasta me había hecho ilusión que hubiera bajado un poco la guardia, por mucho que ahora me entren náuseas de pensarlo.

No se me ocurrió ni por un instante que pudiera estar muriéndose delante de mis propios ojos.

Me vibra el teléfono en la mano, más mensajes en el maldito hilo para crisis que ha empezado Vivian. Ver su nombre ahí, junto a un mensaje que dice «Sly, sé razonable» hace que salga de golpe de mi estupor y que entre en un estado de rabia cegadora.

—¿Y ahora qué? —pregunto al tiempo que ignoro su mensaje.

—Hemos llamado a su despacho para ver dónde se aloja. La policía está de camino a su hotel ahora mismo —contesta—. Estamos intentando dar con el paradero de las pastillas...

—Son suyas —afirmo con voz aburrida, pues ahora me doy cuenta de por qué me ha impactado tanto que Marco mencionara antes las pastillas rosas, aunque sea demasiado tarde. Porque he visto a Vivian tomárselas durante años. Pensaba que eran para sus dolores de cabeza, pero jamás le pregunté de qué se trataban, pues me parecía un tanto intrusivo.

Menuda chorrada. «Intrusivo» es intentar asesinar a mi novia y después hacer como si fueras la heroína que se está esforzando al máximo para salvar mi carrera de su sobredosis. O igual es solo pura locura.

Tiene que serlo, ¿no? Porque ninguna persona normal haría algo así.

Nadie que esté bien de la cabeza echaría un montón de oxicodona en la copa de una de las estrellas del pop más famosas del mundo y seguiría con su vida como si nada. ¿No?

—¿Por qué? —pregunto, aunque sé que Marco no tiene la respuesta. Ni siquiera yo la tengo, y soy el único que podría tenerla. Por la forma en la que Vivian me está petando el móvil, supongo que la policía todavía no ha ido a por ella.

—No lo sé. Pero estamos intentando averiguarlo —me asegura—. Voy a ir a la comisaría ahora mismo, quiero estar allí cuando la lleven. En cuanto tengamos respuestas, el equipo de publicistas de Sloane se las comunicará a la prensa.

Es un aviso de que las cosas están a punto de ponerse feas, pero no puede importarme menos. Vivian se ha metido en este lío ella solita. Ahora puede afrontar las consecuencias.

—Vale.

—¿Se te ocurre alguna razón por la que podría haberlo hecho? ¿Algún comentario que no te llamara la atención en su momento, pero...?

—Muñecas —suelto mientras todas las piezas desconcertantes de los últimos meses empiezan a encajar en mi cabeza.

Marco aguza la mirada.

—¿Qué tienen que ver?

—Vivian colecciona muñecas. No hablamos del tema, pero sé que su marido, mi antiguo agente, solía comprarle muñecas varias veces al año. Según tengo entendido, tiene una colección muy amplia.

—¿Y crees que podría haberle mandado esas muñecas a Sloane?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. No se me había pasado por la cabeza antes, pero ahora...

«La respuesta está más clara que el agua, joder».

—Lo investigaremos —me promete con seriedad.

—Mantenme informado —le pido. No porque tenga pensado ayudar a Vivian a salir de este lío, sino porque quiero saber por qué. Yo me quedé al lado de Vivian cuando murió Joe, la mantuve como agente porque me prometió que haría todo lo mejor para mí.

Si esto es lo mejor que puede hacer, no tengo fuerzas ni para imaginarme lo peor. Tampoco quiero pensar en qué más habrá hecho durante los años que ha estado trabajando para mí. Porque alguien que puede hacer algo así no conoce límites. A saber a quién más ha herido.

Y yo nunca he sospechado una puta mierda. Le entregué mi confianza y ella la ha blandido como un arma.

Mientras contemplo a Marco alejarse, la culpa me golpea con tal intensidad que amenaza con hacer que mis piernas cedan bajo mi peso. Pero parece ser que Lucía y la abuela Ximena han estado a mi lado todo este tiempo. Me agarran de ambos brazos y me llevan a una silla antes de que me estampe contra el suelo.

¿Qué cojones? ¿Qué coño está pasando? ¿Cómo he podido ser tan ingenuo? ¿Otra vez? Ya confié en Grant con Lucía, y confié en Vivian

con Sloane.

Y, ambas veces, la gente a la que amo ha pagado el precio.

Le prometí a Sloane que la protegería, me prometí a mí mismo que la mantendría a salvo fuera como fuese. Y, en lugar de eso, he invitado a su acosadora, a su futura asesina, a su círculo más cercano.

—Todo va a ir bien, Sly —me asegura mi abuela una y otra vez mientras me da palmaditas en la rodilla con su rosario favorito colgándole de los dedos—. Todo se solucionará.

—¿Cómo? —pregunto, y mi voz suena como si todo lo que he gritado para mis adentros me hubiera dejado la garganta en carne viva—. ¿Cómo va a solucionarse?

Pausa la mano en el aire.

—Todavía no lo sé —susurra—. Pero, si de algo me he dado cuenta, es de que en la vida las cosas siempre salen como deben, aunque no podamos verlo.

—¿Y si Sloane se muere? —consigo articular a duras penas—. ¿Cómo encaja eso en la teoría de que «las cosas siempre salen como deben»?

—No lo sé, mijito. —Niega con la cabeza y alza una mano para acariciarme el pelo, como hacía cuando tenía miedo de niño—. Solo podemos seguir teniendo fe, seguir creyendo que Sloane va a estar bien.

Me levanto, porque, como me quede sentado sin hacer nada un instante más, explotaré.

—Todo esto es culpa mía —le aseguro a mi familia—. Yo le he hecho esto.

—No, eso no es cierto —rebate mi abuela—. Es Vivian quien le ha hecho esto.

Pero son minucias. Yo soy el que se enamoró de Sloane. Yo soy el que intentó conquistarla. Yo soy el que hizo que Vivian entrara en su vida. Y yo soy el que sostenía su puta copa mientras mi agente la envenenaba.

Sloane me pidió que se la aguantara para cuidársela y, en vez de eso, se la puse a Vivian en una puta bandeja de plata. Y después se la devolví a Sloane.

—Ha intentado matarla —susurro, y la culpa y la ira se fusionan en algo distinto en mi interior, algo ardiente, fundido e inapropiado, como lava que me burbujea a través de las costillas y sepulta mis entrañas en cenizas y vergüenza—. Yo la dejé entrar, y ella...

—Se aprovechó de ti y de la confianza que habías depositado en ella —interrumpe mi abuela con firmeza—. Eso la convierte a ella en la mala, Mateo, no a ti. Esto no es culpa tuya.

Pero sí que parece culpa mía, y no puedo quedarme aquí ni un segundo más escuchando a mi abuela Ximena decirme lo contrario. Es imposible. No cuando en estos momentos estoy reviviendo mi mayor fracaso.

Me dispongo a regresar a la UCI, a la habitación de Sloane, pero, antes de llegar a la puerta, oigo que vuelve a sonar el ascensor de las narices.

Me giro justo a tiempo para ver al equipo de Sloane, a su familia, entrar en tropel en la sala de espera.

63

Sly

Cuando la mirada del coordinador de su gira se encuentra con la mía, veo en la cara de Jace que Marco ya le ha contado lo de Vivian.

—¿Dónde está? —insta la mujer que tiene al lado. Es menuda, con la piel marrón clara, el pelo negro y la clase de lustre que solo se ve en las altas esferas del mundillo del espectáculo.

Si a eso se le añaden el traje verde azulado y las ojeras, me atrevo a hacer una suposición.

—¿Bianca?

Entrecierra los ojos.

—Sly.

—No se ha despertado —informo mientras, de alguna manera, la culpa arde con todavía más brío e intensidad en mi interior—. Pero te llevo a la habitación. Ahora mismo solo dejan que haya dos personas al mismo tiempo en la estancia, y Pauline sigue con ella.

—No pasa nada —comenta un hombre al que no reconozco—. Iremos por turnos. Pero vamos a instalarnos aquí. ¿Sabes la contraseña del wifi?

—No —niego. La verdad es que navegar por las redes no ha sido mi prioridad estas doce horas.

—No te preocupes, la averiguaremos. —Me tiende la mano—. Bryan. El publicista interno de Sloane. Supongo, por lo que

acabamos de descubrir de tu equipo, que no tienes a nadie con el que necesites que nos coordinemos.

—¿Coordinaros? —pregunto, perplejo, mientras le doy un apretón de manos por instinto.

—Los mensajes. Ahora mismo se están diciendo muchas cosas en la prensa y nosotros hemos estado haciendo tiempo hasta saber a ciencia cierta lo que ha ocurrido. Ahora que lo sabemos, vamos a sacar la verdad a la luz. Sloane no va a hundirse por los errores de tu agente. —Prácticamente me escupe las palabras. Me lo merezco de sobra.

—Por supuesto que no. —Vuelvo a mirar a la agente de Sloane—. ¿Quieres que te lleve ya?

Ella echa a andar.

—Puedo encontrarla sola, gracias.

—Una cosa más. —Bryan suspira, y en sus ojos aprecio una sinceridad que me pilla desprevenido—. Deberías tener a alguien en quien confíes trabajando en este asunto ahora mismo. La gente está entrando en pánico porque no has subido a ese avión a San Diego.

—La mujer a la que amo está inconsciente en la UCI. Alguien en quien confiaba le ha hecho esto. —Se me quiebra la voz, pero no me importa lo más mínimo—. Te prometo, Bryan, que lo que la gente piense de mí en la puta internet no me preocupa en absoluto ahora mismo.

Me giro hacia Bianca y me sorprende ver un respeto reticente en sus ojos que, desde luego, no estaba ahí antes.

—¿Estás segura de que no quieres que te lleve hasta la habitación?

—En realidad, te lo agradecería. Gracias.

—Espera. —Olivia, la mujer que me presentó a Sloane hace ya tantos meses, da un paso adelante con la funda de la guitarra en la

mano—. Hemos traído una de las guitarras favoritas de Sloane. ¿Puedes llevártela a la habitación?

—Claro, pero no creo que se entere de que está ahí.

—Ya, pero has dicho que Pauline está dentro, ¿no? —pregunta Jace.

—Así es.

Asiente.

—Puede que la medicina no alcance a Sloane dondequiera que esté, pero quizá la música sí. Durante la mayor parte de su vida, es lo único a lo que ha podido aferrarse. Quizá le sea útil una vez más.

Se me cierra tanto la garganta ante sus palabras que no me veo con ánimos de hablar. Sin embargo, sí que me llevo la guitarra, porque quizá Jace tenga razón. Y, en estos momentos, estoy dispuesto a probar lo que sea.

Camino en silencio mientras guío a Bianca por el laberinto de pasillos que constituye la unidad de cuidados intensivos. Pero, a medio camino de la habitación de Sloane, habla.

—Tienes pinta de haber perdido el último asalto de una pelea de boxeo en jaula contra la prensa del corazón.

—Así me siento.

Asiente apretando los labios, como si quisiera decirme algo pero no estuviera segura de hacerlo. Quiero asegurarle que cualquier cosa que me diga no será nada comparado con la que ya me estoy diciendo a mí mismo. Pero me abstengo, porque ella quiere a Sloane y si echarme la bronca le va a hacer sentirse mejor, se merece la oportunidad de intentarlo.

—Venía preparada para que me cayeras mal —declara por fin mientras doblamos la última esquina.

—No te culparía —contesto. Ahora mismo, yo tampoco me caigo muy bien.

—Pero parece que has estado sufriendo a su lado. Y, aunque tengo un cabreo de la hostia con tu agente, creo que deberías ser más clemente contigo mismo. Yo soy representante y, por mucho que sea totalmente transparente con Sloane, hay muchas cosas que ella no sabe. No porque se las esté ocultando, sino porque no necesita saberlas.

Respira hondo y nos detenemos justo delante de la puerta de Sloane. Entonces lo deja escapar poco a poco mientras agarra el pomo de la puerta.

—A lo que me refiero es que, si tu agente estaba intentando esconder cualquier puta *vendetta* que tuviera en contra de Sloane a propósito, jamás te habrías dado cuenta. A menos que ella quisiera.

No tengo ni idea de qué decir al respecto, así que no digo nada. Me limito a respirar hondo yo también mientras Bianca abre la puerta.

Apenas me animo a mirar al interior. Apenas me animo a enfrentarme a ella sabiendo que soy la razón de que todo esto esté pasando. Sabiendo que soy la razón por la que su vida pende de un hilo. Lo único que me empuja a franquear el umbral es que llevo la guitarra, eso y que casi ha pasado media hora desde que he comprobado cómo estaba por última vez. Tengo que ver con mis propios ojos que sigue respirando. Que sigue viva.

Me destroza una vez más verla tal cual la he dejado al marcharme. Pálida. El rojo intenso de su pelo es lo único que resalta contra las sábanas blancas del hospital. Parece que está dormida, pero ese sueño no es de los que proporciona descanso. Es de los que te roban el tiempo.

—No se ha movido —indica Pauline, que deja el libro para abrazar a Bianca.

—Jace le ha enviado su guitarra. —La saco de la funda y la apoyo en la pared que hay entre la cama y la silla de Pauline. Justo a su alcance cuando se despierte, no si se despierta—. Creo que tenía la esperanza de que le tocaras algo.

Pauline asiente, pero no pronuncia palabra. Sé que no es porque no quiera, sino porque está igual de emocionada que yo.

Así que, en vez de intentar decirle algo más, coloco una mano sobre el pie de Sloane y le doy un apretoncito para que sepa que estoy aquí. Después digo con la garganta constreñida:

—Lo siento.

A continuación, me dirijo a la puerta con el leve pensamiento de largarme de aquí antes de poder hacerle más daño.

Solo que me encuentro cara a cara con Camila.

—¿Cuándo has llegado? —pregunto, confuso.

—Llevo aquí todo el rato —contesta—. Estaba aparcando el coche, pero Lucía me ha llamado para decirme que sigues llevando el traje de anoche, así que me he vuelto y te he traído una muda. De nada.

—Gracias. No sabes las ganas que tengo de quitarme la camisa de las narices. —Bajo la vista a sus manos vacías—. ¿Y la bolsa?

—No te adelantes. —Entrelaza el brazo con el mío y empieza a tirar de mí hacia el otro lado del pasillo—. Te la daré cuando comas.

—No tengo hambre... —discuto.

—Ya, eso me han dicho. Pero la abuela Ximena está preocupadísima por ti, así que, como mínimo, le vas a dar unos cuantos mordiscos a algo.

—Me siento como una mierda —le cuento, aunque permito que me arrastre hasta la sala de espera—. ¿De verdad crees que la manipulación es la mejor forma de proceder?

—Mientras funcione... —contesta. Pero, en vez de girar a la izquierda, hacia la sala de espera, me arrastra a la derecha.

—Por aquí no...

—¿No puedes dejar que nadie más esté al mando ni un segundo? —resopla mientras me lleva hasta la mitad del pasillo, hasta una puerta de cristal en la que se lee PATIO EXTERIOR.

Con solo una ojeada a través de los ventanales veo que Lucía y la abuela Ximena ya están fuera, esperándome.

Cuando le lanzo una mirada dudosa a Camila, ella se encoge de hombros.

—A mí la sala de espera me parecía estupenda, pero la abuela ha pensado que no querrías que todo el equipo de Sloane estuviera poniendo la oreja en la conversación que estamos a punto de tener.

Y, tras esas palabras ominosas, abre la puerta y sale al exterior.

64

Sly

No creo que diga nada de mi valentía admitir que casi me doy la vuelta y salgo huyendo. Cuando la abuela Ximena quiere tener una conversación privada, nunca sale bien. Y, ahora mismo, no estoy seguro de cuánto más puedo aguantar antes de derrumbarme.

Pero si veintisiete años como su nieto me han enseñado algo es que, sea como sea, va a salirse con la suya. Teniendo en cuenta que ya no puedo sentirme peor de lo que me siento ahora mismo, ya que estamos, puedo quitarme esto de encima.

—Después de dar de comer al equipo de Sloane, solo me queda pavo o rosbif —comenta mi abuela en cuanto me acerco a la mesa de la que se han adueñado ella y mis hermanas.

—Pavo mismo —contesto, porque la verdad es que me importa una mierda.

La abuela Ximena me lanza un sándwich de pavo y después me indica con un gesto que me siente. Cosa que hago, aunque reticente.

Lucía me entrega una botella de agua que no me interesa en lo más mínimo y una bolsa de papas que no quiero, pero por mi propio bien acepto ambas cosas.

Solo quiero terminar con lo que quiera que sea esto cuanto antes, así podré regresar con Sloane. Sin duda, quince minutos bastarán

para que su equipo se turne para verla. Si no, Pauline puede ir a dar una vuelta o algo, porque no pienso volver a marcharme.

—Cómete el sándwich —me ordena la abuela Ximena.

Empiezo a decirle que no tengo hambre, pero me está lanzando esa mirada suya, así que hago lo que me pide y me arrepiento al instante, pues la comida se convierte en serrín en mi boca.

Me lleva un minuto y varios tragos de agua, pero por fin consigo que el mordisco de sándwich me baje por la garganta. En cuanto lo hago, Lucía pone su mano encima de la mía.

—Sabes que esto no es culpa tuya, ¿verdad?

—Pues claro que es culpa mía. Pensaba que tú lo entenderías mejor que nadie.

—¿Yo? —pregunta ella con las cejas enarcadas—. ¿Y por qué piensas eso, si puede saberse?

Me dispongo a contestar, pero me muerdo la lengua. Hay cosas que no hace falta decir.

Al parecer, Camila no opina lo mismo, porque pone los ojos en blanco e interviene.

—Se cree responsable de todo. No solo de nosotras, también del comportamiento de todo aquel que nos conozca, incluido el puto parásito de mierda que era el maltratador de tu exnovio. Mi profesor de psicología lo llamaría «complejo de salvador».

—Yo no tengo complejo de salvador —farfullo entre dientes, por mucho que las palabras me golpeen como la parte más dolorosa de un tanque. He demostrado una y otra vez que no he salvado a nadie.

Lucía casi se muere por culpa mía, porque fui tan ingenuo con respecto a quién era Grant en realidad que se pasó años maltratándola y yo no tuve ni puta idea hasta que casi fue demasiado tarde. Y ahora Sloane casi ha muerto a manos de Vivian,

porque parece ser que no he aprendido una puta mierda. Por no decir que no hay nadie a quien se le dé peor juzgar a las personas en la puta faz de la tierra.

Si no puedo confiar en mi mejor amigo y en mi agente, ¿cómo voy a confiar en mí mismo?

Ni siquiera he podido mantener a Sloane a salvo, cuando no había nada que me importara más en el mundo.

—Bien. ¿Prefieres llamarlo «complejo de dios»? —Camila coge una zanahoria de una ensaladera y se la mete en la boca—. Es más o menos lo mismo.

—¿Cómo hemos pasado de «conseguir que Sly coma algo» a «decirle a Sly lo imbécil que es»? —inquiero mientras lanzo una mirada asesina a mis hermanas.

Lucía se encoge de hombros.

—Quizá sea uno de esos momentos en los que recibes lo que necesitas en vez de lo que quieres.

Entrecierro los ojos en señal de advertencia, pero ella me devuelve la mirada con el mismo desdén. Entonces me giro hacia mi abuela en busca de apoyo, pero de repente está demasiado ocupada abriendo una bolsa de patatas fritas con sabor a pepinillos y a eneldo.

—¿En serio? —pregunto, y de golpe entiendo a la perfección cómo se sintió Julio César. *«Et tu, Ximena?»*.

—Entonces ¿cómo lo llamarías tú? —Camila se cruza de brazos a la altura del pecho y me dedica su mejor mirada en plan «no te vas a librar de esta». La reconozco porque se la enseñó la abuela.

—Papá me pidió que cuidara de vosotras antes de morir —declaro —. Es...

—¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza que tu padre no tenía por qué pedirle algo así a un niño de diez años? —interrumpe

la abuela Ximena.

—¿Eh? —Me sentiría menos perplejo si sacara una cuchara de madera de su bolso y me atizara con ella—. No, es mi trabajo asegurarme de que estéis bien.

—Sabes que eso es imposible, ¿no? —pregunta Lucía aprovechando que la abuela está centrada en mí para robarle una de sus patatas.

—No debería. Si yo fuera...

—¿Qué? —interviene la abuela—. ¿Más rápido? ¿Más avispado? ¿Más entrometido? ¿Qué crees que necesitas exactamente para poder hacer bien tu trabajo? Sobre todo si tenemos en cuenta que tengo planeado morirme mucho antes que tú. ¿O eso también pretendes prevenirlo?

—Lo haría si pudiera —respondo.

—¿Lo ves? —Camila sonríe—. Complejo de dios, como yo decía.

—No me refería a eso...

—Entonces ¿a qué? —insta Lucía.

—Me refiero a que os quiero y no quiero que os pase nada malo —exclamo mientras me paso una mano por el pelo con exasperación —. ¿Tan malo es eso?

—Por supuesto que no —me tranquiliza mi abuela—. Pero se convierte en un problema si piensas que no podemos sobrevivir sin ti. O que nuestros errores son tuyos.

Me esfuerzo al máximo por ignorar la sensación de inquietud que se asienta en las profundidades de mi estómago.

—Yo no he dicho nada de eso.

—No ha hecho falta. —La voz de Lucía es más suave que antes y, desde luego, más tranquila que la de Camila, para sorpresa de nadie —. Todas sabemos qué opinas de lo de Grant, aunque lo que pasó entre nosotros no tenga nada que ver contigo.

—Yo os presenté. Os organicé vuestra primera cita...

—¡Porque yo te lo pedí, Sly! —interrumpe—. Lo vi cuando me pasé por tu entrenamiento un día y te pedí que nos presentaras. ¿Es que de eso no te acuerdas? ¿O te has vuelto tan experto en machacarte por mis decisiones que te has olvidado de esa parte de la historia?

—No lo he olvidado —afirmo, aunque no lo recordaba del todo—. Pero yo actué en su favor. Te dije lo buen chico que era...

—Y yo te dije que el ojo morado era porque me había chocado con la rama de un árbol y que me rompí el brazo cuando me tropecé corriendo. Me hiciste las preguntas adecuadas, Sly. Solo que yo te di las respuestas incorrectas —relata, y se le humedecen los ojos—. Sabía que, si te enterabas de lo que Grant me estaba haciendo, no descansarías hasta que estuviera lejos de él. Y, durante mucho tiempo, no estuve preparada, porque entonces habría tenido que admitir que era yo la que había cometido un error. Que escogí fatal. Tú no, fui yo.

—Debería haber visto...

—¡Nadie lo vio! —estalla Camila—. Lucía no es solo mi hermana, es mi mejor amiga en el puto mundo y no tenía ni idea. —A mi hermana mediana se le quiebra la voz, al igual que lo hace mi corazón—. ¿Qué te hace tan especial para pensar que deberías haber sido tú quien la salvara?

No tengo nada que decir al respecto, sobre todo porque no sé qué narices decir. Sigo pensando que debería haberlo sabido. Puede que Camila conozca bien a Lucía, pero yo conocía a Grant y no tenía ni idea del puto cabrón maltratador que era.

Lo mismo puedo decir de Vivian. Aparte de mi familia y los chicos del equipo, habría dicho que me conoce mejor que nadie... y creía que era algo recíproco. El hecho de que estuviera tan equivocado me carcome por dentro. Ese error podría matar a Sloane.

—Para que te quede claro —interviene Lucía mientras se desliza en el banco de piedra para acercarse más a mí y poder apoyarme una mano en el hombro—: me salvaste. Y lo mismo digo de Sloane. Estás haciendo todo lo que puedes para apoyarla. Pero no eres responsable de esto por lo que está luchando, que lo sepas.

—No estoy haciendo nada... —Empiezo a decir, pero me interrumpe con una mirada.

—Puede que no lo parezca, pero, cuando llegó el momento en el que ya no podía ocultar más el marrón en el que estaba metida, tú fuiste el primero que estuvo allí. Me llevaste al hospital y te quedaste conmigo todo el tiempo, e impediste que Grant se acercara a mí. Luego me ayudaste a volver a levantarme, me ayudaste a pedir plaza en facultades de Derecho y a construirme la vida que tengo ahora. Sí que me salvaste, Sly. —Me abraza y después me apoya la cabeza en el hombro, como solía hacerlo cuando era..., es decir, cuando éramos pequeños—. Pero no eres responsable de aquello de lo que tuviste que salvarme. Eso es cosa de Grant, no tuya.

—Y lo mismo puede decirse de Sloane —añade la abuela mientras busca mi mano y la estruja—. No eres responsable de los actos de Vivian. Pero eres el que le hizo la reanimación cardiovascular. Eres la persona que ha estado sentada junto a su lecho durante las últimas doce horas. Y eres el que está rezando para que se despierte con cada ápice de fuerza que tienes. Concéntrate en eso. Sigue haciéndolo. Porque la realidad es que no puedes controlar lo que vayan a hacer otras personas en este mundo. Solo puedes controlar cómo reaccionas a ello.

Sus palabras tienen sentido, y si estuviera hablando de cualquier otro tema y no de este, me lo creería. Pero está hablando de este tema. Está hablando de la mujer a la que amo, a quien han drogado

delante de mis narices mientras yo sujetaba la puta copa. La misma mujer que sigue luchando por su vida por mi error.

¿Cómo cojones voy a hacer la vista gorda?

No me doy cuenta de que he dicho esta última frase en alto hasta que la abuela Ximena me da un manotazo en el brazo.

—Déjate de autocompasión y escucha lo que te estamos diciendo, mijo. Es cierto, puede que hayas fracasado en esta situación, pero no de la forma que crees. No tiene nada que ver con Vivian y lo que ha hecho. Tiene que ver con lo que estás haciendo ahora mismo. Estás dejando que la vergüenza y tus valores retorcidos...

—Y el complejo de dios —interrumpe Camila con un resoplido.

La abuela le dedica una mirada asesina antes de volver a centrarse en mí.

—Estás dejando que esa creencia de que tienes la habilidad de controlar lo que les pase a tus seres queridos...

—Es decir, la definición de complejo de dios. —Lucía le da la razón a nuestra hermana mediana.

—¡Vale, ya lo pillo! —gruño a ambas.

—¿En serio? —pregunta mi abuela—. Porque a mí lo que me parece es que estás tan ocupado planeando cómo castigarte por la muerte de Sloane que estás olvidando que tienes que ayudarla a vivir.

—No he hecho nada más que desear que viva durante las últimas doce horas...

—No —me acalla mi abuela—. No has hecho más que pensar en su muerte. Y eso no está ayudando a nadie. Ni a ti ni, desde luego, a Sloane. La amas, pero estás tan ocupado odiándote que no le estás proporcionando nada a lo que aferrarse, ninguna razón por la que volver.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Está inconsciente, no responde. No puede oírme, no puede contestarme. Está...

Se me quiebra la voz y, esta vez, ni siquiera intento hablar como si nada. Me limito a negar con la cabeza y a rogar para que se acabe esta pesadilla. «Ella solo está ahí tumbada».

—No digo que pueda oírte. —La voz de la abuela Ximena ahora resulta mucho más dulce, igual que la mano reconfortante que coloca sobre la mía—. Ni siquiera digo que sepa que estás ahí. Pero Sloane te quiere y no querría que te fustigaras por algo que ha hecho Vivian. Y, si hay una pequeña parte de ella que se da cuenta de que la estás cuidando, ¿no crees que le debes tanto a ella como a ti la oportunidad de mostrarle algo más que ese odio que sientes por ti mismo y que no tiene sentido?

Las palabras de la abuela Ximena hacen que se desaten avalanchas en mi interior: recuerdos, conversaciones y verdades que he estado intentando no sentir se abren paso con violencia por el silencio que ella ha dejado. Recuerdos de Sloane burlándose de mí por teléfono la primera vez que hablamos.

De Sloane comiendo tacos en el parque mientras el viento le mecía el pelo.

De los dos compartiendo un sándwich en la cama y sus ojos castaños brillando por la empatía cuando escuchaba la historia de Lucía..., mi historia.

De Sloane diciéndome que me quería. Prometiéndome que no iba a retirarlo aunque se asustara.

Pero eso es justo lo que he estado haciendo yo. Me he pasado las últimas doce horas escondiéndome detrás de mi miedo, mi culpa y mi vergüenza, tan temeroso de cometer otro error que estoy encerrándome en mí mismo en lugar de intentar traerla de vuelta conmigo como pueda.

Y eso termina aquí.

65

Sly

El equipo de Sloane no ha dejado de entrar y salir en toda la tarde, y Pauline ha pasado gran parte del tiempo tocando la guitarra y cantando sus canciones favoritas. El personal del hospital lo ha estado disfrutando, la mayoría de los médicos y enfermeros se ha pasado por la habitación para escuchar durante unos minutos con la excusa de ver cómo está Sloane, incluso aquellos que no tienen asignado su caso.

Pero la música no le ha sacado ni un leve parpadeo, aunque tampoco ninguna otra cosa que hayamos intentado. Pauline se ha rendido hace una hora y se ha marchado al hotel que le ha reservado Bianca. Como yo, ha estado despierta más de cuarenta horas, pero, a los setenta años, desde luego lo llevará peor.

No me cabe duda de que volverá en cuanto le sea posible, pero por ahora, por primera vez desde que empezó esta pesadilla, estoy a solas con Sloane.

Y planeo aprovecharme de la oportunidad.

Empiezo con la crema corporal con aroma a fresa que ha comprado Camila cuando ha ido a buscarme ropa. Me pongo un poco en las manos, levanto uno de los pies de Sloane y empiezo a untársela con delicadeza, de la misma forma que la he visto hacerlo tantas veces estos últimos meses por FaceTime.

Lleva las uñas de los pies pintadas de negro, como siempre. Excepto una en cada pie, que lleva pintada de azul eléctrico, el mismo color que mi camiseta y con unos sietes diminutos dibujadas en ellas, como una carta de amor.

Me dijo que era su manera de mostrar el espíritu de las rondas eliminatorias.

—¿Crees que podré convencerte de que te pintes todas las uñas azules cuando lleguemos a la Super Bowl? —pregunto cuando paso al otro pie—. ¿O eso violaría el código de vestimenta de la Viuda Negra?

Paso a sus tobillos y gemelos, esparzo la crema en círculos mientras espero una respuesta que nunca llega.

No pasa nada. Solo tengo que creer en que llegará.

Cuando le he cubierto hasta las rodillas de crema, le deslizo por los pies los calcetines azul eléctricos que ha traído antes la enfermera y luego vuelvo a bajar la sábana. A continuación paso a sus manos.

Tengo cuidado con la vía y el medidor de oxígeno en sangre que lleva enganchado en el dedo mientras esparzo la crema primero en una mano y luego en la otra, al tiempo que intento no pensar en lo pequeñas y delicadas que parecen. En vez de eso, me concentro en los callos que tiene en las yemas de tocar la guitarra. Son pequeñitos y redondos, algunos de ellos marcados por las cuerdas, muy diferentes de los que tengo yo en las palmas por levantar peso.

Aun así, no son menos signo de fuerza. No en Sloane, que es la mujer más fuerte que he conocido. Y ya es decir, pues menudas hermanas tengo.

El dulce aroma a fresa de la crema favorita de Sloane, cortesía de la chuleta de mi abuela, seguro, llena la estancia y me recuerda a un millón de momentos robados junto a ella. Me tiemblan las manos

ante los recuerdos, ante las imágenes fugaces de su sonrisa, de sus ojos medio cerrados y la cabeza echada hacia atrás mientras pega su cuerpo al mío.

«Volverá a pasar», me prometo mientras paso a sus muñecas y antebrazos. Todos esos momentos y muchos más.

Cierro los ojos un instante con las manos de ella entre las mías y me permito imaginar más.

Sloane en el escenario, cantándome.

Sloane vitoreando en un partido en el futuro.

Sloane riéndose y mirándome, sin nada más que mis anillos de la Super Bowl puestos.

Sloane con un vestido largo y negro, con un ramo de peonías blancas y calas moradas en las manos.

Tantas imágenes. Tantos recuerdos por venir. He de creer que todavía hay tiempo para cada uno de ellos, aunque ese momento no sea ahora.

Me obligo a soltarle las manos, a volver al presente mientras vierto más crema y se la deslizo por los antebrazos, los codos y los bíceps. A medida que lo hago, le paso los dedos con delicadeza por los tatuajes con aspecto de ramas que le cubren los brazos.

—¿Sabes? No tenía ni idea de lo que eran cuando te conocí. Pensaba que eran una especie de árbol raro o algo así. Pero después me informé al respecto y resulta que no son ramas, ¿a que no? Son relámpagos. Una pista que lleva a tu yo verdadero, a la vista de todo el mundo: el rayo que no destruye, sino que marca dónde sobreviviste.

Cojo una manopla de la pila de toallas que ha traído la enfermera y la paso por debajo del agua caliente antes de regresar a la cama para lavarle esa cara que vale millones de dólares.

—Sé que no es justo que te lo pida —susurro mientras le paso la manopla por la frente y la bajo hacia sus mejillas—. Pero necesito que lo hagas de nuevo, corazón. Necesito que vuelvas una vez más. Por favor. Una vez más. Por mí. Por nosotros.

No se mueve mientras le deslizo la manopla por la barbilla y las comisuras en carne viva de su boca perfecta.

—Si alguien puede hacerlo, eres tú, Sloane. Eres muy fuerte. Muy fuerte, inteligente, apasionada y maravillosa, joder.

»Pero eso no te sorprende, ¿no? Y, aunque adoro cada hermoso y poderoso centímetro de tus miles de virtudes, no me enamoré de ti por ninguna de ellas.

Con cuidado de no hacerle daño, paso la manopla alrededor de la cánula para el oxígeno y paro para ponerle un poquito de vaselina bajo las fosas nasales con el fin de evitar que el plástico le roce la delicada piel. Es un truco que no olvidé de cuando ayudaba a la abuela Ximena a cuidar de mi padre hace ya tantos años.

Cuando termino, dejo la manopla en la mesa que hay al lado de la cama y busco el cepillo del pelo que Camila también ha incluido en el paquete de cuidados. Mientras lo hago, contemplo la cara de Sloane con atención, esperando cualquier señal de que me oye. De que me siente.

Pero sigue sin haber señal alguna cuando le cepillo el pelo con delicadeza, con cuidado con la venda que lleva en la parte izquierda de la cabeza, por donde le han drenado el hematoma.

—¿Quieres saber por qué me enamoré de ti? —susurro al deslizarle el cepillo por los largos mechones pelirrojos, moviéndome hacia las puntas y desenredando poco a poco siempre que me encuentro con un nudo—. Empecé a enamorarme en cuanto intentaste abrazar a mi abuela. Y digo en serio lo de intentar. —Sonrío ante el recuerdo de su primer e incómodo contacto—.

Empezó entonces, y no se detuvo nunca. Me enamoré todavía más cuando llamaste para echarme la bronca por lo de la pantalla gigante y más si cabe cuando me besaste fuera de ese maldito restaurante para proteger mi reputación. Pero ¿sabes en qué momento supe que estaba metido en un buen lío? ¿El instante en el que supe que tenías el poder de abrirme el corazón en canal?

Le paso una mano llena de dulzura por la mejilla demasiado pálida.

—Fue la primera vez que me cantaste en el hotel. Eras como un ángel, sonabas a mi salvación. Por eso encargué que crearan esos pendientes para ti. Y, por eso mismo, *Three Little Birds* es la primera canción que escucho todas las mañanas que me despierto sin ti.

Tiene un nudito en el pelo. Agarro el rizo justo por encima del nudo y lo cepillo con cuidado hasta que se deshace.

—Antes de aquella noche no creo que hubiera podido llegar a imaginarme que ese remolino que había en mi interior podría disiparse. Pero tú no te anduviste con rodeos, como siempre, y me hiciste cambiar de opinión. Lo cambiaste todo.

Se me humedecen los ojos. En lugar de luchar contra las lágrimas, esta vez dejo que me resbalen por las mejillas mientras canto los primeros versos de la canción *Three Little Birds* para ella. Pero soy jugador de fútbol, no cantante, así que la voz se me quiebra cada pocas palabras.

—Lo siento —susurro al tiempo que suelto el cepillo—. No sueno ni la mitad de bien que tú, pero, aun así, creo en cada palabra.

Reemplazo el cepillo por mis dedos, le aparto con ternura el pelo de las mejillas mientras continúo cantando la letra hasta llegar al final de la canción.

Mantengo los ojos pegados a su rostro, a las sombras que le proyectan las pestañas en los pómulos y las pequitas que se

esparcen como estrellas por encima de su nariz. Me encanta besarle las pecas que le recorren los hombros y la espalda como cometas, pero estas siempre serán mis favoritas. Espero que parpadee, que trague, que me muestre con el más mínimo de los movimientos que me oye. Que me siente.

Pero no hay ni rastro.

Se me rompe el corazón, el dolor irradia por mi pecho y casi me lanza al suelo. Me vuelvo de hierro para enfrentarme a él, para enfrentarme a la decepción que me presiona por todos lados. Cojo la mano de Sloane con la mía.

Le doy besos en la palma y en la cara interna de la muñeca, me detengo un instante para notar el latido de su corazón bajo mis labios. Ya es mucho más fuerte de lo que era cuando la trajimos aquí. Me aferro a esa idea con cada fibra de mi ser, con cada gota de esperanza que me queda dentro. Y susurro:

—Todo va a salir bien, Sloane. Pase lo que pase después, todo va a salir bien. Es mi promesa para ti.

Entonces dejo caer la frente sobre la barandilla de la cama y permito que las lágrimas corran hasta que ya no me queda nada.

66

Sly

Las siguientes veinticuatro horas transcurren como un borrón, pues me niego a apartarme del lado de Sloane. El mundo sigue su curso a mi alrededor: Pauline regresa por la mañana, el equipo de Sloane entra y sale para ver cómo está, al igual que los enfermeros y los médicos.

No dejan de repetir que no saben si se va a despertar. Yo les digo que no conocen a Sloane. No pienso rendirme.

El entrenador llama para ver si puedo llegar al partido de mañana.

Mi abuela y mis hermanas se pasan con otra muda para mí y comida para todos.

Marco se acerca cada cierto tiempo para ponerme al día. Resulta que Vivian se ha rodeado de abogados y no ha dicho ni pío, pero tienen órdenes para entrar en la habitación del hotel, en su casa, su despacho y su coche. No dejo de preguntarle por qué ha hecho esto, pero él no lo sabe. Me promete que lo descubrirá.

Pauline vuelve a marcharse a medianoche y, en algún momento cerca de las dos de la mañana, por fin me quedo dormido de agotamiento, encorvado en una silla junto a la cama de Sloane, cogiéndole la mano.

Me despierto sobresaltado unas horas después, cuando un Marco con aspecto de estar exhausto entra en la habitación.

—Hola —saluda en voz baja—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Tardo unos segundos en asimilar sus palabras, pues tengo la cabeza abotargada, pero, en cuanto lo hago, me levanto de un salto. Una mirada rápida a Sloane me dice que no ha cambiado nada, pero eso no impide que le susurre:

—Enseguida vuelvo.

Le doy un beso en la frente antes de seguir a Marco al pasillo.

—¿Qué ocurre? —pregunto analizando sus ojos cansados en busca de la respuesta a un millón de preguntas al mismo tiempo.

—Parece que tu corazonada con las muñecas era cierta —explica mientras niega con la cabeza con desdén—. Al parecer, está detrás de todo. Las muñecas, los mensajes, las cartas perturbadoras... El FBI y el fiscal del distrito van a pasárselo pipa con los montones de pruebas que hemos encontrado en la habitación de su hotel y en el despacho de Nueva York.

—¿En la habitación de su hotel? —pregunto, incrédulo—. ¿Qué coño tenía planeado?

Al principio, Marco parece reticente, como si no quisiera contarme lo que ha descubierto. Pero debe de ver que voy completamente en serio y que quiero saberlo todo, porque, al final, no se anda con rodeos en su respuesta.

—Tenía otra muñeca. Se parecía a Sloane, pero le había arrancado el pelo, había dibujado unas equis negras gigantes sobre sus ojos. Los genitales estaban mutilados y llevaba una camiseta en la que había bordado «canto de cisne».

—Joder. —Me paso una mano por el pelo mientras intento asimilar todo lo que me ha dicho. El canto de cisne se asocia con la última actuación de alguien antes de su muerte—. Siento haber preguntado.

—Había más cartas... Esta vez estaban dirigidas a ti.

—¿Qué...? —empiezo, pero me callo cuando él sacude la cabeza.

—Eran obscenas, Sly. Asquerosas y perturbadoras. He estado hablando con el fiscal del distrito, no tiene claro que esa mujer esté en condiciones de someterse a juicio.

—Si está tan mal, ¿cómo es posible que no me diera cuenta? ¿Cómo no se ha dado cuenta nadie? Ni su familia, ni sus otros clientes.

Joder, y sus pobres hijas. Primero Joe, ahora esto... Me pregunto si debería hacer algo por ellas.

—No lo sé. Ya han entrevistado a varias personas cercanas a ella, y al parecer estaban tan sorprendidos como tú. No sé cómo, pero consiguió mantenerlo en secreto.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué Sloane?

—Da la impresión de que pensó que te estaba protegiendo de la Viuda Negra. —Por primera vez, su voz cansada se llena de rabia—. No quería que fueras su tercera víctima.

—Mierda —suelto, y toda la culpa olvidada vuelve a abrirse paso. Pero entonces recuerdo lo que me dijo Lucía, lo que me dijo la abuela. E intento ser más comprensivo conmigo mismo. No es fácil, pero lo intento—. No me puedo creer que esto esté pasando.

—Pues está a punto de empeorar antes de que pueda mejorar. —Marco se calla un momento y me observa con seriedad—. Sé que no has querido hablar del tema y, según he oído, te has opuesto antes, pero de verdad creo que deberías contratar a una publicista que se encargue de crisis como esta.

—Marco...

Levanta una mano para hacerme callar.

—Sé que ahora mismo no te preocupa tu imagen, y lo agradezco más de lo que puedes imaginar. Pero el departamento policial de

Austin va a dar una rueda de prensa hoy a las diez de la mañana y van a revelar todos los detalles del caso, incluido a quién han arrestado. Las redes sociales ya están que echan fuego con todo el asunto, y las cosas solo van a empeorar cuando las pruebas señalen a tu agente.

—Mi agente se merece que todas las miradas se fijen en ella... —comento, pero me interrumpe.

—Por supuesto. Solo queremos asegurarnos de que la gente no te señale a ti.

—No me importa...

—Ya sé que no —interviene—. Pero Sloane se va a despertar y a ella sí que le importará. —Empiezo a negar con la cabeza, pero él sigue insistiendo—. Tú piénsate lo de hablar con Bryan, ¿te parece?

—Me lo pensaré —confirmo, más para que se calle que porque me importe algo. Marquis me ha dicho que los publicistas del equipo ya están manos a la obra y con eso me vale—. Si es todo, voy a volver dentro.

—¿Cómo está? —pregunta.

Me dispongo a decirle que ahí va, pues es lo único que he estado diciéndole a la gente que me ha contactado por mensaje para preguntarme por ella. Pero entonces mi mirada se encuentra con la suya y veo que, como yo, necesita la respuesta sin rodeos.

—No ha habido cambios. Nada. La enfermera se ha pasado a medianoche y me ha dicho que sus constantes vitales son fuertes, pero, cuando la he presionado un poco, ha admitido que cuanto más tiempo pase así menos probable es que se despierte... o que sea la misma cuando lo haga.

Los ojos de Marco se llenan de lágrimas y, por un instante, parece destrozado. Como ahora mismo yo estoy viviendo con ese sentimiento, le concedo un momento para recuperar la compostura.

—No conocen a Sloane —comenta varios segundos después—. No saben de lo que es capaz.

—Ya —afirmo—. Estoy de acuerdo.

—Si no necesitas nada más, me voy a marchar. Quiero darme una ducha antes de la rueda de prensa.

—Pues claro, tío. Puedes irte.

—Intenta dormir un poco más, ¿vale? —me pide, y empieza a darse la vuelta. Pero entonces se detiene de forma abrupta y me tiende la bolsa que justo ahora me acabo de percatar de que carga —. Oye, ¿puedes quedarte esto para cuando Sloane se despierte?

—¿Qué es?

Sonríe y, esta vez, es la primera sonrisa verdadera que le he visto esbozar, a él o a cualquiera, en más de cuarenta y ocho horas. Busca en el interior de la bolsa y saca una viuda negra gigante. Es más grande que la cabeza de Sloane, y a lo largo de todo el cuerpo y las patas interminables y blanditas tiene escritos decenas de mensajes, quizá cientos, con rotulador metálico deseándole que se recupere. Y, justo en el centro del reloj de arena rojo que tiene en el cuerpo, hay un *hashtag*: #ÁnimoViudaNegra.

Lo agarro como si fuera un salvavidas.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunto, y se me quiebra la voz en la última palabra.

—De sus admiradores. Deberías mirar por la ventana de vez en cuando. Debe de haber unos mil ahí abajo, llevan yendo y viniendo horas y traen regalos, flores, tarjetas... —Señala el peluche con la cabeza—. Arañas. Y todas tienen una historia, una forma en la que ella ha cambiado sus vidas o incluso las ha salvado. Nunca había visto nada igual. Me encantaría que Sloane pudiera...

Se le quiebra la voz, niega con la cabeza y aparta la mirada.

Le apoyo una mano reconfortante en el hombro. El silencio, al igual que el miedo, pende entre nosotros como un manto pesado. Y entonces lo oigo.

—¿Qué es eso? —inquiero.

—Suena como una guitarra —contesta con los ojos abiertos de par en par.

El aliento se me escapa de los pulmones cuando me giro y veo a través de las cortinas, a medio echar en la puerta de cristal de la habitación de Sloane, que está sentada en la cama.

Con la guitarra en el regazo.

Con los dedos en las cuerdas.

Tocando como si nunca hubiera dejado de hacerlo.

67

Sloane

«Sucedió un domingo...».

Me despierto poco a poco con la letra de la canción en la cabeza y rodeada por pitidos de máquinas.

«Las primeras tres notas llegaron...».

Levanto la cabeza e intento orientarme. Busco en mi memoria una pista que me indique dónde estoy y lo que está pasando.

«Un acorde mayor que retumbó...».

Parece un hospital, pero eso no tiene sentido. Lo último que recuerdo es estar en la fiesta de los Twisters con Sly. Pauline estaba allí y yo iba a cantar con ella. Me hacía mucha ilusión.

«Por el silencio en el que había habitado...».

Intento incorporarme, y algo me tira de la mano. Bajo la mirada para encontrarme con una vía en el dorso. Cosa que significa que de verdad estoy en el hospital, aunque no sé por qué.

—¿Sly? —lo llamo, intento encontrarlo. No responde.

Pero nada me cuadra. No recuerdo haber llegado aquí, no recuerdo qué me pasó para acabar aquí, pero sí lo recuerdo a él. Acariciándome la cara, dándome la mano, cantando una versión muy desafinada de... Intento capturar la canción, pero está a oscuras, es un espejismo. No consigo encontrar las palabras.

«Sucedió un domingo...».

Eso sí, recuerdo oírlo llorar. ¿He oído bien? ¿Sly estaba llorando? La idea hace que me incorpore en la cama con el corazón latiéndome a mil por hora y la boca seca como un desierto.

No cabe duda, estoy en el hospital. Me saltan todas las alarmas al percatarme. ¿Qué me pasa? A excepción de un leve dolor de cabeza y la maldita boca seca, me encuentro bien. Hambrienta y un poco débil, pero bien.

«Esas tres notas en mi cabeza...».

Hay una botella medio vacía en la mesita de al lado de mi cama. La cojo y, aunque pensaba darle solo un sorbito para mojarme la boca, acabo bebiéndomela entera de un trago. No sé si debo, pero no me importa. Me muero de sed.

«Una carrera salvaje, un beso robado...».

En la mesa también hay loción corporal de fresa, junto a un botecito de bálsamo labial y un teléfono. No es mi móvil, la funda es de los Twisters en vez de negra. Cosa que quiere decir que es de Sly. Entonces sí que está aquí.

Me planteo apretar el botón para llamar a la enfermera, pero no tengo ni idea de dónde está. Además, intuyo que si Sly se ha dejado el móvil aquí dentro es porque va a volver pronto. Preferiría enterarme de lo que está pasando por él y no por una persona desconocida.

«Largas horas a salvo en la cama...».

Respiro hondo, suelto el aire poco a poco e intento buscar sentido a la cacofonía que hay en mi cabeza.

Tengo miles de pensamientos a los que intento buscar respuesta, pero también escucho una letra. ¿Es la de la canción que llevo meses intentando escribir? ¿O es otra cosa?

«Dejaste entrar la luz un domingo...».

No, sin lugar a dudas es la canción del domingo en la que he estado trabajando.

Me incorporo un poco más, me pregunto dónde narices está el mando que controla la cama. Parece ser que si estás muy grave no se preocupan por cosas como esas. Pero ¿qué se supone que debes hacer cuando te despiertas? Sobre todo si tienes las barandillas puestas a ambos lados de la cama.

«Dejaste que el amor me anegara...».

Algo se mueve fuera de mi habitación y me inclino hacia la derecha para ver más allá de la cortina. Es entonces cuando atisbo a los dos hombres que se encuentran de pie delante de mi puerta y me doy cuenta de que son Sly y Marco.

Un recuerdo de la fiesta intenta abrirse paso: me cuesta hacer que me funcionen las piernas mientras subo al escenario para cantar con Pauline. Trato de recordar lo que pasó después. ¿Me dio un infarto? ¿Me caí y me golpeé en la cabeza? Pero no hay nada. Solo un hueco, en blanco.

Que no da miedo, qué va.

—¡Sly! —vuelvo a llamarlo, pero sigue sin oírme. ¿De qué están hablando tan seriamente él y Marco que ni siquiera pueden mirar en esta dirección? ¿No podrían estar hablando aquí dentro?

«Un domingo, un domingo...».

A tomar por saco. Levanto las piernas y empujo hacia delante, estoy decidida a encontrar el botón de llamada o salir de esta puta cama. Pero, cuando procuro moverme hacia el borde del colchón, todos los cacharros a los que estoy enchufada tiran de mí al mismo tiempo. Casi me decapito con el cachivache del oxígeno que llevo en la nariz, cosa que estoy casi segura de que no necesito.

Intento quitármelo, pero llegados a este punto me he enredado tanto que es más complicado de lo que debería. Por fin consigo

quitármelo, aunque estoy agotada.

¿Qué cojones? Doy conciertos de dos horas varios días de la semana. Un tubo de oxígeno no va a derrotarme, eso seguro.

En fin, da igual. Vuelvo a acomodarme en la cama. Seguramente Marco y Sly pondrán punto y final a su conversación pronto. O vendrá alguien de enfermería a comprobar cómo estoy... Al fin y al cabo, estoy en la UCI. ¿No se supone que deberían estar en esta planta a todas horas?

«Sucedió un domingo...».

Busco algo que no pese mucho para lanzarlo a la puerta y llamar la atención de Sly. En lugar de eso, veo mi guitarra favorita apoyada en la pared. Teniendo en cuenta que dejé la Gibson Hummingbird azul con los de la gira, me sorprende más de lo normal verla aquí.

¿Eso significa que me la ha traído Jace?

Me vuelven a saltar todas las alarmas. ¿Tan enferma estoy que Sly ha estado llorando junto a mi cama y el coordinador de mi gira ha venido en avión cuando debería estar organizando el concierto de Chicago del martes?

Alargo la mano para tocar la guitarra y asegurarme de que no estoy alucinando, pero, en cuanto la tengo en las manos, sé que es la mía. El arañazo del lado izquierdo de la cintura, las decoraciones de madreperla en el cuello y la forma en que encaja conmigo como un guante. Todas esas cosas y muchas más me dicen que no cabe duda de que esta es mi Roberta.

Mis manos la recuerdan antes que mi cerebro. El peso, el equilibrio, la promesa de música incluso en medio del caos. No quiero soltarla... Ni ahora ni nunca.

«Sucedió un domingo...».

Me revuelvo con ella para que el gotero y el cable que se conecta al trasto que llevo en el dedo no interfieran. Después me pongo a

tocar.

No es perfecto, ni de lejos, pues mi índice está inservible, pero tampoco estoy tocando acordes importantes. Utilizo el dedo corazón en su lugar y me sirve.

Toco unos segundos, intento dar exactamente con el tono que busco. En cuanto lo encuentro, empiezo a tocar la melodía que he oído cientos de veces en mi mente durante los últimos meses.

«Dejaste entrar la luz un domingo,

»Dejaste que el amor me anegara.

»Dejaste entrar la luz un domingo,

»Dejaste que el amor me anegara».

Repito lo que creo que es el estribillo varias veces, solo para pillarle el tranquillo. A continuación paso al primer verso; no lo tengo estructurado perfectamente, pero la idea está ahí.

Tengo la voz ronca, aunque, como estoy casi segura de que me he bebido el agua que quedaba en la habitación, no puedo hacer nada al respecto, así que lo ignoro como puedo. Total, solo estoy tocando.

«Sucedió un domingo,

»Las tres primeras notas llegaron...».

El pelo me cae sobre los ojos. Por eso nunca lo llevo suelto cuando compongo, así que echo la cabeza hacia atrás para apartármelo de la cara. Al hacerlo, mis ojos se dirigen a la puerta de cristal justo en el momento en el que Sly levanta la mirada.

Pone los ojos como platos cuando se encuentra con los míos y se le desencaja la mandíbula. Como no sé qué más hacer, le dedico una sonrisa y lo saludo con la mano. Después vuelvo a centrarme en las palabras que me han perseguido desde que lo conocí. Palabras sobre Sly y yo, sobre todo lo que ha logrado florecer entre nosotros a pesar de que todo estaba en nuestra contra.

Sucedió un domingo,

las tres primeras notas llegaron.
Un acorde mayor retumbó
por el silencio en el que había habitado.
Sucedió un domingo,
esas tres notas en mi cabeza.
Una carrera salvaje, un beso robado,
largas horas a salvo en la cama.
Dejaste entrar la luz un domingo,
dejaste que el amor me anegara.
Dejaste entrar el amor un domingo,
dejaste que la luz me anegara.
Un domingo, un domingo, un domingo.

La puerta se abre de par en par antes de que termine el estribillo y, entonces, Sly, Marco y una mujer con uniforme de enfermera entran y se me quedan mirando como si tuviera tres cabezas. Y quizá las tenga. A estas alturas, nada me sorprendería.

—¡Estás despierta! —Sly solloza mientras corre hacia la cama—. ¡Madre mía, estás despierta!

Intenta agarrarme, abrazarme, pero la enfermera se interpone entre nosotros.

—Deja que le eche un vistazo, después llamaré al médico y podréis hablar.

—¿Qué me ha pasado? —pregunto; paseo la mirada entre Sly y Marco—. ¿Por qué estoy aquí?

—Sufriste una sobredosis por oxicodona. Te caíste, cosa que llevó a un hematoma subdural —me indica la enfermera mientras me apunta con una linterna a los ojos—. Por cierto, soy Lena. Encantada de conocerte, señorita Walker. Nos alegramos de que hayas vuelto.

—¿Encantada de conocerte a ti también? —Me sale más como una pregunta que como una afirmación.

—Mira a la izquierda, por favor —me pide con una sonrisa tranquilizadora—. Ahora a la derecha.

—¿Oxicodona? —repito. Siento como si hubiera aterrizado en medio de un examen del que me he perdido toda la información importante—. Yo no tomo oxicodo...

—Ocurrió en la fiesta —me informa Marco—. Alguien te echó droga en la bebida.

—¿Alguien me echó droga en la bebida? —repito con la mente a mil por hora. Casi nunca dejo la bebida sin supervisar cuando estoy en algún sitio, solo para evitar que pasen cosas así, pero quizá...

—Vivian —indica Sly con una voz sin sentimiento alguno—. Mi agente te echó bastante oxicodona como para matarte.

—¿Qué dices? ¿Vivian?

Parece que sí que hay cosas que pueden sorprenderme.

Solo que, en realidad, ni siquiera sé si estoy sorprendida. Dejó más que claro que me odiaba desde que nos conocimos. No en plan «te odio tanto que quiero asesinarte», pero tampoco andaba desencaminada. Pues vaya. Mi vida no deja de volverse más y más rara.

—¿Estás bien? —pregunta Sly.

—No lo sé. ¿Lo estoy? —le pregunto a Lena señalando con un gesto el gotero y todos los monitores—. Bueno, yo me encuentro bien.

—Tus respuestas son favorables —me asegura Lena—. Pero voy a ir a buscar al doctor para que te haga una revisión. Seguro que podrá contestar a todas tus preguntas.

—Voy a mandar un mensaje al resto para avisar de que se ha despertado —comenta Marco, y sus dedos vuelan por la pantalla de su móvil—. ¿Quieres que le mande un mensaje a tu familia también, Sly?

—Estaría genial —contesta.

—¿Al resto? —pregunto a la vez.

—La mayor parte de tu equipo está aquí —indica Sly—. Pauline y los demás se van a un hotel por la noche, pero el resto del tiempo han establecido la sede de Sloane Walker en una sala de conferencias de la segunda planta. Van rotando por turnos para comprobar cómo estás cada dos horas o así.

Tardo unos instantes en asimilar sus palabras.

—¿Por la noche? ¿Cada dos horas? ¿Cuánto llevo aquí?

—Llegaste el jueves por la noche. Es domingo por la mañana, temprano.

Sly alarga una mano para acariciarme el pelo, como si no pudiera creerse que me he despertado... o incluso que estoy viva.

—¿Domingo por la mañana? —grazno—. ¿Llevo inconsciente tres días enteros?

—Dos y medio, pero sí. —Asiente—. Casi tres días.

Por primera vez, me doy cuenta del aspecto desaliñado de Sly. Tiene el pelo alborotado, unas ojeras enormes y toda la ropa arrugada, y su barba ya ha dejado de ser esa sombra de tres días que tanto conozco y adoro.

—¿Has estado aquí todo ese tiempo? —pregunto, anonadada.

—¿Y dónde iba a estar, si no, Sloane? No iba a dejarte sola. No mientras cupiera la posibilidad de que...

No termina la frase, pero no tiene que hacerlo.

—¿Tan malo ha sido? —pregunto alternando la mirada entre ellos —. ¿Podría haber muerto?

—Casi te mueres —me aclara Sly—. Por la oxicodona y luego por el hematoma.

—Joder. —El horror me corroe, no por el hecho de que casi me muero, al fin y al cabo sigo aquí, sino porque no puedo ni

imaginarme lo que habrá sufrido Sly—. Lo siento mucho.

—¿Que lo sientes? —repite, incrédulo—. ¿Mi agente te drogó con suficiente oxicodona para que la palmase un caballo de carreras y tú me pides perdón?

—Yo...

—No. —Niega con la cabeza—. No vuelvas a decirme esas palabras. Nunca.

—¿Nunca? —Miro a Marco, quien me lanza una mirada que dice «¿de qué te quejas?»—. ¿Y si nos peleamos y es culpa mía? ¿Y si escribo una canción mezquina y hago que la gente te acose por TikTok?

—No me importa. —Sly sacude la cabeza con vehemencia—. Después de lo que ha hecho Vivian, tengo inmunidad para toda la vida.

—¿Para toda la vida?

Empiezo a sonar como un loro, pero ¿acaso mi novio acaba de decir que planea estar conmigo toda la vida? ¿La oxicodona afecta al oído? ¿A la razón? ¿Estoy alucinando? ¿O de verdad está pasando?

El hecho de que no me parece una mala idea me indica que estoy enamorada hasta las trancas de Sly.

—Para toda la vida —repite, esta vez con más obstinación.

—Voy a buscar a Bryan.

Marco se dirige a la puerta.

—¿Bryan? —Tan solo la mención de mi publicista hace que me incorpore de golpe mientras intento limpiar las telarañas de mi cerebro—. Pero ¿cuánta gente sabe que estoy aquí?

68

Sloane

El médico entra antes de que ninguno llegue a contestar.

—Señorita Walker, soy el doctor Bhargava. Me alegro de verla despierta.

—Y yo me alegro de estar despierta. ¿Estoy bien? —pregunto, porque todo el mundo parece muy serio.

—¿Está bien? —interpela Sly justo al mismo tiempo. Con apenas una mirada, sé que no solo está asustado. Está destrozado.

Le tiendo una mano y me sorprende lo fríos que noto sus dedos contra los míos, teniendo en cuenta que suele ser él quien desprende más calor de los dos. Aunque también es cierto que, si Sly hubiera estado a punto de morir delante de mí, seguramente yo misma sería un bulto helado en el suelo.

El doctor se toma su tiempo examinándome, cosa que no me estresa, qué va. Sobre todo porque: uno, me muero de ganas de hablar con Sly a solas unos minutos, y dos, estoy desesperada por descubrir cuál es la situación con la prensa. La gente ya piensa que no traigo más que malas noticias. A saber lo que va a suponer una sobredosis para mi reputación cubierta de lodo.

Después de lo que debe de ser el reconocimiento más largo del mundo (sí, sé qué año es y el título de mi último disco, muchas gracias), el médico dice que va a solicitar unos cuantos análisis más.

Si todo sale bien, puedo irme a casa mañana. Y, por casa, me refiero a Chicago para el siguiente concierto de la gira.

No son las noticias que me esperaba, estoy más que lista para largarme ahora mismo, pero sí que me han prometido que podría comer antes de que me sacaran sangre o me hicieran más fotos al cerebro, así que tendré que conformarme con esa pequeña victoria.

Cuando el doctor se marcha, Bryan aparece por la puerta con su fiel tableta en las manos.

—¿Cómo es de grave? —pregunto.

—Nada grave —contesta justo antes de hacer algo que nos deja perplejos a ambos. Se abalanza sobre la cama y me da un abrazo de oso—. ¡No vuelvas a darme estos sustos! —suplica con una voz sorprendentemente densa.

—¿Estás llorando? —pregunto, entre emocionada y horrorizada.

—Son lágrimas de alivio —espeta al tiempo que coge un pañuelo para secarse las lágrimas con unos toquecitos—. Me daba miedo que te murieras y me tocara empezar de cero con una nueva celebridad.

—Venga ya —resoplo—. Como si fuera a soportarte alguien más.

En respuesta, levanta la tableta y me hace una foto con el efecto de sonido del obturador a todo volumen.

—Pórtate bien o subo esto a internet.

Sus palabras hacen que suelte un gran suspiro de alivio. Por lo menos, una persona ha vuelto a la normalidad. Sly, por otra parte, sigue mirándome como si pudiera abandonar el plano vital en cualquier momento.

—Dime la verdad. ¿Es grave?

—En manos de un publicista de menos renombre... —comenta, y se calla para crear misterio. Por desgracia para él, mi paciencia ya está bajo cero.

—Bryan...

Sonríe.

—Seguiría sin ser el fin del mundo. En mis manos, es una puta maravilla. Y eso antes de que tenga lugar la rueda de prensa, dentro de un par de horas.

—¿Vamos a dar una rueda de prensa? —Ahora casi desearía que volvieran las lágrimas—. Que voy con una puta bata de hospital puesta, Bryan.

—Créeme, lo último que tengo pensado es hacer que los reporteros desfilen hasta tu habitación. —Finge que le da un escalofrío ante la mera sugerencia—. Sin embargo, el departamento de la policía de Austin, con ayuda de tu equipo de seguridad y del FBI, ha recabado suficientes pruebas contra la señorita Calavera para encerrarla bastante tiempo. Van a acusarla de intento de asesinato, agresión, acoso y a saber qué más.

—¿Acoso? —Me giro hacia Sly, quien se va quedando más quieto con cada palabra que pronuncia Bryan.

—Vivian es la que está detrás de las muñecas y los mensajes perturbadores, Sloane. —Sus ojos castaños, normalmente brillantes, parecen apagados y brumosos cuando se encuentran con los míos—. Lo siento mucho...

—Para. Pensaba que habíamos puesto esa palabra en tiempo muerto.

—El tiempo muerto era para ti, no para mí —replica.

Ni me molesto en dedicarle una respuesta a tal absurdez. En lugar de eso, me centro en Bryan.

—¿Qué tenemos que hacer para el control de daños?

—Es lo que intento decirte, Sloane. No hay que hacer nada. A menos que cuentes desmantelar el santuario que hay abajo. Ahora mismo ha crecido tanto que bloquea la mitad de la entrada principal.

Y eso sin contar los fans que están de vigilia en la calle, esperando noticias sobre tu estado.

—¿Fans? —Mis ojos vuelan a la ventana—. ¿De qué estás hablando?

—Hablo de que el hecho de que hayas estado al borde de la muerte ha petado internet..., en el buen sentido, claro —se apresura a asegurarme antes de volverse hacia Sly—. ¿Le has enseñado la araña?

—No he tenido tiempo.

—Bueno, pues no me extraña que esté tan preocupada. Aunque no hay por qué. Esto se ha agotado en casi todas las tiendas físicas y online del país. —Cruza la estancia y vuelve con un peluche gigante y suave de una Viuda Negra que me deja en el regazo—. El *hashtag* número uno del mundo ahora mismo es #ÁnimoViudaNegra. Por cierto, de nada.

—¿Gracias...? —Contemplo la araña gigante y los muchísimos mensajes escritos en ella con diferentes bolis, diferentes letras e incluso diferentes idiomas. Dicen cosas como «Te queremos, Reina» o «Tú puedes, Sloane». Incluso hay algunos que rezan «Gracias por salvarme la vida» o «No estaría aquí de no ser por ti».

—Yo no... No puedo... Yo... —Mi voz no para de quebrarse y tengo que carraspear varias veces antes de poder intentar siquiera pronunciar otra palabra—. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? ¡Te adoran! Ahora mismo hay unas cincuenta arañas más de estas abajo y se las están pasando. Vamos a crear una estantería a medida para ellas en el estudio. Y no olvidemos las cartas, las flores y las firmas. Pero, bueno, mejor compruébalo tú misma.

Hace una foto rápida de mis manos sosteniendo a la araña y después escribe algo muy deprisa. Al cabo de unos segundos,

literalmente, nos llega una ola de gritos desde abajo. Es tan fuerte que parece que viene de la habitación de al lado y, momentos después, la sigue una ola aún más sonora de vítores.

—¿Qué has hecho? —inquiero.

—Acabo de subir a tu Instagram que estás despierta y que todo va bien. Esa es su respuesta.

—Yo no...

Se me vuelve a quebrar la voz, el cuerpo entero se me hiela mientras el mundo que conozco se pone patas arriba. Porque, en mi mundo, todos los que están aquí solo han venido para divertirse. La gente va a los conciertos para ver a la Viuda Negra, para oír la música y subir a sus redes que han sobrevivido al mordisco. En realidad, a nadie le importo yo, la mujer detrás de la reputación.

O, al menos, así es como siempre me he sentido.

—No pasa nada —murmura Sly y, de nuevo, su mano está ahí justo cuando la necesito—. Sé que es demasiado.

—No entiendo lo que está pasando.

—Lo que está pasando es que tus fans te aman —me dice Bryan —. Te quieren de verdad y han estado casi tan preocupados por ti como nosotros.

Todavía los oigo gritar, oigo los vítores y los llantos de alivio. Pero me cuesta creerlo, aceptarlo, después de pasarme tantos años preparándome para enfrentarme a los abucheos y las burlas.

—Venga —me indica Sly mientras baja las barreras de la cama, algo que resulta que solo puede hacerse desde fuera—. ¿Por qué no vas a verlo por ti misma?

Porque me aterra que, si lo hago, todo desaparezca.

Aun así, dejo las piernas colgando por el lado de la cama, aunque después no hago ni el mínimo intento de levantarme de verdad.

Sly no me presiona, no intenta llevarme a rastras hasta la ventana. Se limita a esperar a mi lado, listo para hacer cualquier cosa que yo quiera. Es esa paciencia y el amor que tan evidentemente irradian sus ojos lo que hace que por fin me ponga en pie.

—¿Podemos verlos desde aquí? —pregunto solo para asegurarme de que no lo he entendido mal. Me da miedo tener esperanzas, porque, como resulte que son equivocadas, me haré añicos.

—Como la multitud crezca un poco más, podremos verla desde el espacio —replica Bryan.

Sly se ríe, pero no le contradice. Eso y su fuerza silenciosa me dan el coraje para averiguarlo por mí misma.

Cuando llego a la ventana, cuando miro abajo y veo al gentío que cubre las aceras y se extiende más allá de la hierba hacia el aparcamiento, Sly pregunta si podemos disponer de unos minutos a solas.

No me gusta llorar delante de la gente, seguramente podría contar con los dedos de una mano la cantidad de veces que lo he hecho en toda mi vida adulta, pero, en cuanto Bryan y el doctor Bhargava salen de la sala, me desmorono.

—Ya está, corazón —me tranquiliza Sly, que me alza en sus brazos y nos acomoda a ambos en un sillón que hay junto a la ventana—. Suéltalo todo.

Y eso hago. En los brazos del hombre al que amo, lloro por todas las veces que no me he permitido llorar.

Lloro por la chica traumatizada a la que le colgaron la etiqueta de «mala» después de perder al primer chico al que amó.

Lloro por la joven a quien trataron con brutalidad en aquella piscina, quien huyó para salvar la vida y, aun así, cargó con el

estigma de la muerte de su maltratador en entrevistas y ceremonias de premios, en encuentros con fans e intentos de homicidio.

Pero, sobre todo, lloro por la mujer que soy ahora, por la que ha sobrevivido a todo eso y ha llegado al otro lado, no sola, sino con una comunidad entera de gente que la ensalza. A quien le importa si vive o muere. Que la quiere por quien es, no a pesar de ello.

—Lo siento, Sloane —me susurra Sly en la oreja—. Lo siento mucho.

—No digas eso. —Le acuno las mejillas en las manos y espero a que esos ojos hermosos y amables se encuentren por fin con los míos antes de decir nada más—. He construido una carrera entera fingiendo que nadie podría amarme. Tú me has demostrado que me equivocaba. Así que ni se te ocurra disculparte por ello.

—Si te hubiera dejado en paz, no estarías aquí...

—Es cierto. Si me hubieras dejado en paz, no estaría aquí. Seguiría encerrada en mí misma, aislada del mundo. —Me llevo su mano a los labios—. Da igual lo que pase a partir de ahora, siempre te estaré agradecida por encontrarme. Por verme. Por quererme.

»Los haters que se las apañen, Sly. Porque ya no voy a esconderme más, no pienso perderte. Ambos hemos caminado entre las llamas para llegar hasta aquí, así que a tomar por culo cualquiera que piense que nos lo pueden arrebatar.

69

Sloane

Llaman a la puerta con suavidad, por lo que me enjugo las lágrimas con las manos mientras Sly me escuda con su pecho. Solo porque me sienta cómoda dejando que él me vea llorar no significa que quiera que lo haga nadie más. Sobre todo Bryan, quien seguramente se mofaría de mí y diría que me estoy derritiendo.

Resulta que es mi enfermera con una bandeja de desayuno de lo más sospechosa.

—He hecho que añadan un sándwich para ti, Sly —me informa Lena mientras deja la bandeja junto a mi cama—. Por cierto, para que lo sepas, vendrán a buscarte a las once para llevarte a la resonancia, Sloane. Si todos los resultados son normales, el doctor Bhargava ha firmado las órdenes para que te cambiemos a una habitación en planta para dejarte en observación esta noche. Si allí no se tuerce nada, te darán el alta a primera hora de la mañana del lunes.

No sé si es lo que ha dicho o la forma en la que lo ha dicho, pero detona algo en mi cerebro.

—¿Has dicho a las once en punto? —inquiero.

—Sí... La prueba es dentro de una hora o así. —Lena parece confundida—. ¿Es que hay algún problema?

—Entonces ¿ahora son las diez en punto? —Me giro con los ojos bien abiertos hacia Sly.

—Más o menos, sí. —Parece tan confundido como Lena, como si no comprendiera adónde quiero llegar con esto. Cosa que no tiene ningún sentido.

—¿Son las diez en punto del domingo? —reitero, solo para asegurarme de que no he calculado mal los días. Al fin y al cabo, me he pasado dormida dos de ellos.

Lena asiente.

Hostia. Me levanto de un salto del regazo de Sly.

—¿Se puede saber qué haces aquí todavía?

Veo el momento en el que se da cuenta de lo que estoy diciendo y lanza ambas manos al aire a modo de defensa.

—Ya avisé al entrenador hace dos días de que no iba a ir al partido.

—¿Cómo que no vas a ir al partido? —exclamo, incrédula—. ¿Qué hay de lo que decías de ganar el partido para llegar a la Super Bowl? ¿Y lo de que le debías un anillo a Austin? ¿Y qué hay de tu sueño de devolver el trofeo Lombardi a Texas? ¡Has estado trabajando para llegar a este partido toda la temporada!

Sly se encoge de hombros. El tío se encoge de hombros, en serio, y encima sube las comisuras de los labios para esbozar un atisbo de sonrisa.

—Resulta que nada de eso importa sin ti.

—¡De eso nada! —advierto mientras le doy un palmetazo en la mano cuando me busca con los brazos extendidos—. A mí no me vengas con esas gilipolleces de Príncipe Azul.

Se le ensancha la sonrisa.

—¿Crees que soy un príncipe azul?

—Lo que creo es que tienes que subirte a ese avión ahora mismo, ¿me oyes? ¿A qué hora es el partido?

—Creo que voy a dejar que solucionéis esto solitos —dice Lena, pero ni Sly ni yo le prestamos atención cuando sale con sigilo de la estancia. Estamos demasiado ocupados en no dar nuestro brazo a torcer.

—Estuviste a punto de morir hace dos días —gruñe con los brazos cruzados a la altura del pecho—. Ni de puta coña pienso dejarte ahora mismo.

—Ya, pues no me he muerto. Y ni de puta coña pienso dejar que te quedes —rebato—. La prensa te va a masacrar por esto.

—¿Crees que me importa una mierda lo que la prensa tenga que decir de mí por haberme perdido un solo partido? —insta—. No, pero sí que me importa mucho estar aquí por si te pasa algo y...

—¡Un partido importante! Y no me va a pasar nada. Ya has oído a Lena. Estoy bien.

—En realidad, lo que ha dicho es que «parece que estás bien» y que el médico quiere hacerte unas pruebas para confirmarlo. No es lo mismo.

Ahora me toca a mí encogerme de hombros.

—Bueno, casi.

—No pienso irme, Sloane. Podría hacerlo si quisiera, pero no quiero.

—Uy, sí que te vas a ir, sí —rujo—. Aunque tenga que escaparme de este sitio y llevarte a rastras de la oreja hasta el aeropuerto yo misma. No me hagas llamar a Marco.

—Es demasiado tarde —replica—. El equipo ya está en San Diego. Tendría que encontrar un vuelo sin escalas que despegue en la próxima hora para tener siquiera la oportunidad de llegar al partido, y eso no va a pasar. Ni siquiera llegaría a tiempo al aeropuerto y mucho menos a pasar el control de seguridad.

—¿Quién ha dicho nada de la seguridad? —reprocho—. ¿De qué te sirve tener a una estrella del pop como novia si no puedes usar su avión privado de vez en cuando?

—Yo...

Se calla y se queda mirándome fijamente, como si lo hubiera desconcertado por completo. Cosa que me parece adorable, aunque no pienso decírselo.

—Si todo mi equipo está aquí, incluida Roberta, a quien Jace nunca mandaría por correo, voy a suponer que es porque han volado desde Chicago con el avión. Lo cual quiere decir que es probable que esté aparcado en el hangar del aeropuerto de Austin ahora mismo. —Le tiendo una mano—. Dame tu móvil. Quiero mandarle un mensaje a Marco y a Jace para ver cuánto tardarían en ponerle gasolina y prepararlo para salir.

—No pienso darte mi móvil.

—Pues vale.

Camino hacia la puerta tirando del gotero.

—Jaime sigue ahí fuera, ¿verdad? Haré que él le mande el mensaje...

—Esto es ridículo —protesta Sly, aunque se saca el móvil del bolsillo y me lo entrega—. Ni siquiera tengo el equipo aquí.

Lo miro como si quisiera decir «venga ya».

—Pues ve a buscarlo. Te aseguro que el avión no se va a marchar sin ti.

—Escúchame, Sloane.

—Te escucho —aseguro mientras le envío un mensaje a Marco.

—No, no me escuchas. —Coloca una mano sobre la mía para asegurarse de bloquear la pantalla del móvil—. El partido no me importa. Me importas tú.

—Y a mí me importas tú, Sly. Y eso quiere decir que tu participación en este partido me importa. Así que deja de discutir y ponte en marcha. Te prometo que, cuando vuelvas, estaré sana, robusta y esperándote en la cama.

El móvil suena y yo bajo la vista al mensaje de mi jefe de seguridad.

—Marco dice que el avión y el piloto pueden estar listos para las once. Ahora dame un beso y vete corriendo al aeropuerto para que pueda verte darles una paliza de narices a los Lightning en ese campo. Recuerda que me perdí el partido inaugural de la temporada, así que no pude disfrutarlo la primera vez.

Parece que quiere discutir, pero al final deja escapar un largo suspiro.

—Vale, bien.

Entrecierro los ojos con sospecha.

—¿Vale, bien, que vas a ir o...?

—Vale, voy a ir —afirma. Después tira de mí para darme un largo y persistente beso.

Enarco una ceja.

—¿En serio?

—Sí. —Me lanza una mirada de lo más resignada y loca de amor —. No tiene sentido llevarle la contraria a la reina.

—Me alegra saber que por fin estamos de acuerdo.

70

Sloane

Seis horas después, veo que Sly aterriza en el aeropuerto de San Diego, y por ver me refiero a que sigo el puntito que representa a mi avión en la aplicación que me permite rastrearlo.

Ha sido una tarde horrorosa. Debería haber aterrizado hace una hora y media, pero había una tormenta aquí en Austin que ha impedido que los aviones despegaran durante más de media hora. Después, según el pronóstico del tiempo de Marco a media tarde, el avión se ha encontrado con un fuerte viento de cara en El Paso, por lo que ha tenido que forcejear con él todo el camino hasta el Pacífico.

Pero ya está allí, y tiene cuarenta minutos para llegar al campo. Yo mantengo cruzados los dedos de las manos, los de los pies y todo lo que haga falta para que llegue a tiempo, y no solo porque me he pasado media hora al teléfono con uno de sus compañeros de equipo para organizar una sorpresa.

La parte positiva es que mis resonancias y los análisis de sangre han salido perfectos, y ahora estoy en una habitación nueva que no solo indica que tengo menos probabilidades de morirme, sino que además permite a dos visitantes más. Eso también quiere decir que seguro que estaré en casa para darle la bienvenida a Sly mañana.

—¡Oye, Sloane! ¡Mira esto! —Bryan me llama desde su lugar en el rincón, donde tiene dos ordenadores, un monitor gigantesco, su

tableta y el móvil, todo arreglado para comprobar el progreso de Sly hacia el estadio.

Porque, según parece, que Sly llegue o no al partido tiene a toda la nación cautivada.

—¡Hay novedades por parte de #Slywatch! —me cuenta emocionado—. Su *hashtag* ha desbancado al tuyo, que ha pasado al segundo puesto.

—Yo me andaría con ojo con ese chico —advierte Pauline—. Parece que podría ser más diva que tú.

—Estás gruñona porque ahora mismo es más diva que tú —contesto al tiempo que pongo los ojos en blanco.

—Venga ya. Aunque la mona se vista de seda... —comenta alargando las palabras mientras levanta la mano para atusarse la peluca, justo antes de acordarse de que no lleva ninguna.

De hecho, ahora mismo parece lo menos Pauline posible, pues va ataviada con unos vaqueros oscuros y una camiseta básica blanca. Sigue estando estupenda, pero se halla fuera de su zona de confort, sin duda. Sobre todo porque la abuela Ximena está sentada a su lado con un modelito parecido.

—¡Déjanos ver a los demás! —pide Bianca, que se abre camino a través del complicado laberinto de sillas que ahora mismo ocupa casi todo el espacio de mi habitación del hospital.

La familia de Sly ha venido a ver el partido conmigo, al igual que todo mi equipo, a excepción de G, quien ahora mismo está sentado delante de la puerta, que hemos dejado entreabierta para que pueda enterarse de las novedades.

Bryan gira el monitor y atisbo un vídeo de Sly, vestido para la ocasión con todo el equipo de quarterback y bajando como una exhalación el tramo de escaleras que lo separa del coche que ha reservado Marco para que lo esté esperando.

—¿Quién está grabando eso? —pregunta Marco, que suena molesto.

—¿Y quién no? —contesta Bryan despreocupado.

Segundos después, en el monitor aparece una ristra de fotos de Sly metiéndose a toda prisa en el coche y este arrancando.

—¿Cuánto queda para que empiece el partido? —pregunta Lucinda desde su sitio, cerca de la puerta, donde está llenando una nevera portátil de bebidas. A su lado hay una mesa repleta de platos con sándwiches, patatas fritas y fruta.

Sí, estamos saltándonos un par de normas al celebrar esta fiestecilla, pero la enfermera a cargo se ha mostrado de acuerdo. Ninguno de los presentes quería perderse el partido y nos parecía mucho más divertido verlo juntos. Además, una hora después de mi TAC me estaba subiendo por las paredes del aburrimiento. Aunque alguien ha encontrado por fin mi móvil para que me entretuviera, lo de perder el tiempo en las redes sociales no es lo mío. Nunca tardo demasiado en ver mi cara en la pantalla.

Estoy extremadamente preocupada porque Sly vaya a cargarse su carrera. Yo ya lo he hecho antes y no recomiendo la experiencia.

El coche empieza a moverse y supongo que las actualizaciones cesan, porque Bryan vuelve a girar la pantalla. Aun así, al mismo tiempo, la tele en la que estamos viendo la cobertura de la previa al partido desliza un rótulo de «noticia de última hora» en la parte inferior de la pantalla mientras cambian a un plano tomado con el helicóptero del coche de Sly saliendo a toda prisa del aeropuerto.

—¿En serio? —Mariana echa un vistazo por encima de su novela romántica—. ¿Ahora es noticia de última hora?

—Debe de ser un día flojo para las noticias —contesta Camila con una mueca—. Esto solo va a avivar su complejo.

El resto estamos demasiado concentrados en contemplar cómo el coche de Sly entra y sale del tráfico mientras los minutos pasan en la cuenta atrás de la pantalla. Si tenemos en cuenta que el de San Diego es uno de los partidos más importantes del año hasta ahora, la cosa está yendo bastante fluida. O así era hasta que llegan a unos tres kilómetros del estadio. El tráfico se ralentiza hasta quedarse parado y Sly se queda atascado detrás de una larga cola de coches que espera a salir de la autopista.

—¿Cuánto tiempo le queda? —pregunta la abuela Ximena, quien agarra la mano a Pauline, y mi mentora le devuelve el apretón. Está claro que las dos se han caído bien.

—Doce minutos hasta el primer saque —grita Bryan desde su rincón—. ¡Esto es increíble, Sloane! Esta clase de publicidad no se compra.

—Yo no quiero comprar nada —replico mientras me inclino hacia la televisión y me obligo a no morderme las uñas, un hábito que dejé cuando tenía catorce años—. ¡Solo quiero que llegue! ¿Está muy lejos?

Como si todo Estados Unidos estuviera haciéndose la misma pregunta, el helicóptero coge altura y amplía el ángulo de la cámara para mostrar lo cerca y, al mismo tiempo, lo lejos que se encuentra Sly del estadio. Las dos salidas que llevan al estadio están a reventar. La gente de la calle lleva pancartas en las que pone CORRE, SLY, CORRE, y la zona entera es un puto caos de tráfico, ya sea de vehículos o de cualquier otra clase.

—No va a llegar —anuncia Lucía, que se mueve con nerviosismo en la silla.

—Sí que va a llegar —le digo, porque me niego a plantearme cualquier otra posibilidad.

Un par de minutos después, la programación de la tele cambia al himno nacional y otras noticas previas al partido, por lo que la habitación entera se queja.

Y, en algún momento entre las pancartas y los gritos, el helicóptero y las manos alzadas, empiezo a pensar que Sly no solo está corriendo para llegar a un partido. Está corriendo hacia la vida que casi no conseguimos.

—No pasa nada —exclama Bryan—. ¡Lo tengo aquí!

Gira el monitor y nos muestra que alguien que va en el coche detrás del de Sly está emitiendo su progreso en un directo de Instagram.

El corazón se me aloja en la garganta mientras el coche de Sly se mueve unos treinta metros en los siguientes cinco minutos. Justo cuando la abuela Ximena decide que tal vez Lucía tenía razón, la tele vuelve a centrarse en el coche de Sly. Contemplamos con la mandíbula desencajada que prácticamente sale haciendo una pirueta de él, ya ataviado con el uniforme y las hombreras, y se pone a correr.

—¿A qué distancia está, Bryan?

—A ochocientos metros del estadio, pero tiene que atravesar el aparcamiento hasta la entrada de los jugadores. No creo que llegue al saque.

—Llegará —aseguro mientras Sly avanza como una flecha por las calles atestadas de gente, como si se dirigiera a la zona de anotación.

—Tiene que estar hecho polvo —dice Pauline con evidente respeto —. No se ha apartado de tu lado en días.

—Ya dormirá cuando esté muerto. —Le guiño el ojo—. ¿No es eso lo que solías decirme?

—Chúpate esa, princesa —coincide con una sonrisa.

—¡Mirad! ¡Ya casi está en el aparcamiento! —Parece que Bianca se va a poner a dar botes en cualquier momento. Entonces, cuando el cámara del helicóptero abre el plano, añade—: Joder, menudo pedazo de aparcamiento.

Es un aparcamiento grande de narices e incluso yo empiezo a flaquear y perder la fe. Pero, en cuanto veo a Sly poner rumbo hacia el estadio, uno de los carritos de golf de los Lightning aparece de la nada y frena delante de él.

—¡Qué locura! —exclama Bryan—. Incluso los guardias de seguridad de los Lightning lo apoyan. Esta es la mejor publicidad de la historia.

—Nos comentan que el mismísimo Hunter Browning ha enviado el carrito para Mateo Sylvester —anuncia uno de los comentaristas deportivos de la televisión—. Teniendo en cuenta que hoy se encuentran en bandos opuestos en el campo, es un acto de lo más elegante.

—Hunter es un tío de lo más elegante —coincide el otro comentarista—. Y los mejores normalmente quieren enfrentarse a los mejores, no a los reservas.

—Bueno, Browning y Sylvester son dos de nuestros mejores jugadores, sin duda —responde el primer comentarista—. Dos quarterbacks que se encuentran en fases muy diferentes de sus carreras. Sly está empezando, mientras que Hunter está solo a un par de años de jubilarse. Aun así, eso hoy no tiene importancia, porque ambos están que se salen. Nos espera un partidazo.

—Si Sly llega, claro —le indica el segundo comentarista.

—¡Va a llegar!

Esta vez no soy solo yo. La habitación entera está de acuerdo con el primer comentarista.

Segundos después, el carrito llega a la entrada de los jugadores. Sly se baja de un salto y, tras hacerle un gesto de agradecimiento al conductor, entra corriendo en el estadio.

El reloj que hay en la esquina de la televisión indica que quedan cuatro minutos para el saque. En cuanto Sly entra en el edificio, cambian al plano del campo, donde Marquis y un chico al que no reconozco están lanzando la moneda junto a otros dos miembros de los Lightning.

Los Twisters ganan en el lanzamiento de la moneda, están a punto de escoger si reciben el saque cuando la canción *You're Still the One*, «sigues siendo el único», de Shania Twain empieza a sonar y todo el estadio se gira para ver cómo Sly Sylvester sale como un rayo del túnel y entra en el campo. Parece que Marquis ha vuelto a hacer de las suyas.

Los vítores estallan desde todas las partes del estadio mientras la cámara vuelve a Marquis, quien luce una sonrisa gigantesca y elige recibir el saque.

Que empiece el puto juego, y, esta vez, los dos estamos preparados.

71

Sly

Dos semanas después
La Super Bowl

En cuanto llegamos al vestuario en el medio tiempo, busco el móvil para mandarle un mensaje a Sloane. Sé que está bien. La última vez que he hablado con ella estaba en un palco, bien contenta viendo el partido con toda mi familia. Eso no quiere decir que no siga preocupado por ella. Solo han pasado dos semanas desde que se vio al borde de la muerte y, aunque parecía encontrarse bien esta mañana (puede que un poco agitada, supongo que porque es un día importante), yo todavía no he superado el trauma de pensar que no lo estaría.

Doy varios tragos largos al agua mientras espero con impaciencia su respuesta. Pero no me llega nada.

Me recorre una nueva ola de inquietud, aunque me digo que tampoco es para tanto. Sí, puede que haya una barbaridad de gente hoy aquí, pero Sloane tiene a todo un equipo de seguridad con ella, sin olvidarme de mi abuela y mis hermanas. Si le pasara algo, ya tendría el móvil echando humo.

Ese pensamiento es el que más me calma, y muy oportunamente, pues los entrenadores entran para la charla de medio tiempo. Aparto el móvil y me siento para escuchar lo que tienen que decir. Ahora

mismo estamos empatados catorce a catorce, así que estoy abierto a cualquier idea que tengan para penetrar la defensa de nuestros contrincantes.

La charla termina justo cuando comienza el espectáculo de medio tiempo. Sé que ha empezado porque el vestuario entero late con el ritmo de uno de los éxitos de Shaken Dirty, la banda de este año.

En realidad, son de mis artistas favoritos, pero hago caso omiso de la música cuando Branson viene a hablar conmigo de algunos ajustes que quiere que implementemos para el siguiente tiempo. Tomo nota y añado una idea propia antes de volver a sentarme en el banco para comprobar el móvil.

Nada todavía.

El silencio de Sloane resulta más sonoro que la música que retumba en las paredes. Trato de ignorarlo mientras mando un mensaje por el grupo de la familia, un «¿va todo bien?» rapidito. De verdad que no quiero ser pesado, es solo que cada vez que cierro los ojos veo a Sloane perdiendo el conocimiento en ese escenario y, durante un instante, mi corazón intenta imaginarse un mundo sin ella. Y menuda pesadilla sería.

Shaken Dirty empieza la tercera canción, esta vez una balada, y Marquis enciende la televisión enorme que hay en la esquina. Mientras su actuación llena la estancia, pienso que Branson se va a quejar, pero al final vuelve a ponerse a hablar con la defensa como si nada. Supongo que sí que puede contagiarse del espíritu festivo.

—¡Oye! Venid a ver esto —pide Marquis al resto de la línea ofensiva.

Yo me quedo en mi taquilla, contemplando el móvil, pero me llega un mensaje de Mariana diciendo que están todas bien, solo que están viendo el espectáculo. El alivio me invade, así que me meto el móvil en el bolsillo trasero mientras me dirijo adonde están Drew,

Marquis y algunos de los otros chicos, arremolinados alrededor de la tele. Hace años que no veo a Shaken Dirty en concierto y, aunque esto no es lo mismo, sigue siendo un espectáculo de la hostia.

Es entonces cuando la música cambia, pasa a ser lenta, evocadora y, en resumen, lo menos parecido al estilo de Shaken Dirty. Y allí está ella. Sloane. Mi Sloane. En el escenario, iluminada como un sueño y con un aspecto que no se parece nada a su personaje de Viuda Negra.

—Oye, ¿esa no es tu novia? —pregunta Drew, que se acerca a la tele.

—Joder, y tanto que sí —contesta Marquis subiendo el volumen.

De repente la mitad del equipo se apelotona delante de la televisión y contempla a mi chica, que avanza con confianza por el humo y los focos, como si fuera la dueña del estadio. En lugar de su ropa negra habitual, Sloane lleva un vestido blanco, largo y elegante, y el pelo recogido para lucir los pendientes que le regalé la noche de la fiesta. Incluso se ha puesto un par de botas nuevas, unas blancas hasta el muslo, que le quedan tan bien como las negras.

—No sabía que iba a actuar —interviene Drew al tiempo que me lanza una mirada—. ¿Por qué no nos has dicho nada?

No le contesto porque, en estos momentos, Sloane reluce, brilla, su cuerpo entero se ilumina desde dentro mientras mira directamente a las cámaras y empieza a balancearse al ritmo de la misma melodía que oí salir de su habitación en el hospital la mañana que se despertó.

Es suave y dulce, más ligera que muchas de sus otras canciones, y me emociona antes de que empiece a cantar. Pero en cuanto lo hace... En cuanto lo hace, su voz grave y sexi embelesa a todo el estadio, yo incluido.

Sucedió un domingo,

las tres primeras notas llegaron.
Un acorde mayor retumbó
por el silencio en el que había habitado.

Sus enormes ojos castaños parecen atravesar la cámara y mirar directamente a los míos con tanto amor que necesito todo mi autocontrol para no largarme del vestuario y plantarme en el campo solo para estar cerca de ella.

Pero, si lo hago, causará una gran conmoción y es lo último que quiero. No cuando Sloane se encuentra ante cien millones de espectadores y cantando sobre mí. Sobre ella, su yo verdadero. Sobre nosotros.

Sucedió un domingo,
esas tres notas en mi cabeza.
Una carrera salvaje, un beso robado,
largas horas a salvo en la cama.

Ahora sonríe, parece que se lo está pasando pipa mientras la banda comienza a tocar un ritmo más rápido, más complicado, para dar paso al estribillo.

Dejaste entrar la luz un domingo,
dejaste que el amor me anegara.
Dejaste entrar el amor un domingo,
dejaste que la luz me anegara.
Un domingo.
Un domingo.

No sé si el público es consciente de lo que está pasando, si responde a sus palabras o solo a la electricidad que hay en el aire.

Pero, cuando Sloane termina el primer estribillo y empieza el segundo verso, parece que todo el estadio está en pie.

Y es evidente que Sloane está disfrutando de cada momento.

Sucedió un domingo,
palabras plasmadas en una pantalla.
El mundo apareció para mirarnos,
entre helados y flores.
Sucedió un domingo,
una cita, un beso, un sueño.
Largas conversaciones a medianoche
y promesas solo para mí.
Dejaste entrar la luz un domingo,
dejaste que el amor me anegara.
Dejaste entrar el amor un domingo,
dejaste que la luz me anegara.
Un domingo.
Un domingo.

—¡Vaya tela! —exclama Drew—. ¡Está hablando de ti!

Yo no respondo, estoy demasiado ocupado intentando recuperar el aliento mientras Sloane se acerca al puente de la canción.

Tú eres todo para mí, la canción entera,
puentes, codas y trinos.
Tus sonrisas, tu amor, nuestra vida
son el mejor de los desatinos.
Jamás pensé que podría ser así,
jamás soñé con mi último primer beso.
Pero aquí estás, mi amor,
y eres todo mío, no dudo eso,

y todo lo que quiero eres tú... y nuestros domingos.

Se me abre el corazón en canal cuando canta la última estrofa solo para mí.

No sé cómo, sucedió un domingo,
entre risas y lágrimas.
Una melodía nocturna ante la que me rendí
a pesar de mis plegarias.
Sucedió un domingo,
a pesar del veneno y el odio.
Jamás te apartaste de mi lado
durante el hacer del destino.

El público enloquece, no hay otra manera de describir los vítores, los silbidos y los pisotones. Pero Sloane no se da cuenta. Está demasiado metida en la canción para percatarse. Y yo estoy demasiado centrado en ella y en el amor que le refulge en los ojos para prestarles atención.

No obstante, cuando se lanza al estribillo final y el público se esfuerza por cantarlo con ella, me fascina verla darse cuenta de lo que está pasando.

Pone los ojos como platos, los dedos le tiemblan un poquito en el micrófono y juro que veo que todo su interior centellea por la forma en la que el público la acepta en sus corazones, a ella sin artificios, sin la Viuda Negra ni ninguna máscara que ponga distancia entre ella y los demás.

Dejamos entrar la luz un domingo,
dejamos que el amor nos anegara.
Dejamos entrar el amor un domingo,
dejamos que la luz nos anegara.

Un domingo.
Un domingo.

—Hostia. —Levi jadea mientras la música sigue sonando—. La Viuda Negra te quiere un huevo, tío.

—Sí, es verdad —coincide James justo cuando Sloane empieza el final de la canción, que casi hace que me caiga de rodillas.

—Puede que incluso tanto como la quieres tú —me chincha Marquis, pero juro por Dios que veo que se le humedecen los ojos.

Y cuando el sol entra por mi ventana,
sé que ya no estoy sola,
porque tú ocurriste un domingo
y el domingo llegué a mi hogar,
un domingo,
un domingo,
un domingo.

Al tiempo que termina la canción, busco mi móvil. Entonces me quedo helado, porque, de repente, el estadio entero se llena de color y una pregunta ilumina todas las pantallas: MATEO SYLVESTER, ¿QUIERES CASARTE CONMIGO?

El vestuario estalla en vítores al mismo tiempo que el estadio entero. Me tiemblan las rodillas y tengo que agarrarme a Marquis para no caerme de bruces.

Incluso antes de que el cantante de Shaken Dirty grite en su micrófono:

—¡Venga, Sly! ¡No hagas esperar a la chica!

Sloane saca el móvil y a mí casi se me cae tres veces mientras intento mandarle un mensaje. Por fin consigo escribir:

SÍ. TE QUIERO. SE SUPONÍA
QUE ESTO ERA COSA MÍA

Sloane se ríe y gira el móvil hacia la cámara para que puedan verlo.

—¡Ha dicho que sí!

Marquis me da una palmada tan fuerte en la espalda que casi me hace perder el equilibrio. Me dedica la sonrisa más amplia y tontorrona del mundo, y dice:

—No hay de puto qué.

Shaken Dirty empieza una última canción y, antes de que pueda dar las gracias a mi mejor amigo por haberme cambiado toda la puta vida, Branson apaga la tele.

—Enhorabuena, hijo. Que no se te suba a la cabeza. Todavía tienes una Super Bowl que ganar.

Cuando el hombre tiene razón, la tiene, así que hago justo lo que me pide. Marcamos veintiún puntos a cero en la segunda mitad.

Y, cuando por fin termina todo, cuando el tiempo se acaba y nos han entregado el trofeo, Sloane entra corriendo en el campo con las novias y las mujeres del resto del equipo.

La levanto en mis brazos y la hago girar sin parar, y la sonrisa que me dedica es toda felicidad, nada de dolor y, de lejos, lo más hermoso que he visto en mi vida.

Por lo menos hasta que se inclina para besarme y susurra:

—Seguro que esto no puedes superarlo.

—Puede que no —contesto entre risas—. Pero me muero de ganas de pasarme el resto de nuestras vidas intentándolo. Te quiero más que a nada, Sloane Walker.

—Y yo te quiero más que a nada, Mateo Sylvester.

Entonces la beso, la beso de verdad, y no ha habido touchdown en mi vida que haya sido más especial.

Agradecimientos

Como la mayor parte del planeta, me vi cautivada por la épica magia de Taylor y Travis, cosa que me hizo darme cuenta de lo mucho que echaba de menos escribir romances contemporáneos sobre estrellas del rock y deportistas. Así que eso he hecho. Esta no es su historia, pero está llena de amor y caos, de encontrar el amor bajo los focos y contra todo pronóstico. Espero que hayáis disfrutado leyéndola tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

He recibido ayuda de muchas personas para que este libro llegue a vuestras estanterías, y se lo agradezco a todas y cada una de ellas.

Antes que nada, gracias a todo el equipo de Entangled por vuestra ayuda para que este libro llegara a la zona de anotación. Sois una maravilla, y estoy muy pero que muy agradecida por todo vuestro apoyo y entusiasmo por este libro y por Sloane y Sly.

Gracias a Madison Pelletier y a Hannah Lindsey por ser las mejores.

Gracias a Emily Sylvan Kim por ser la mejor agente que una podría pedir. Tengo mucha suerte de tenerte a mi lado.

Gracias, como siempre, a mis chicos. Sé que a veces las fechas de entrega son muy intensas, así que os agradezco vuestra ayuda y entusiasmo cuando las cosas se ponen frenéticas.

Gracias a Stephanie, por todo. Tu amor, tu apoyo y entusiasmo por este proyecto (y por todos mis proyectos) lo mejora todo.

Y, cómo no, a la gente que me lee. Mi primer libro fue un romance contemporáneo y, aunque he escrito muchos tipos de libros diferentes a lo largo de mi carrera, es una pasada volver a estar aquí. Como siempre, gracias de todo corazón por vuestro entusiasmo por las historias, los personajes y los mundos que creo. Sois adorables y siempre os estaré agradecida por vuestro apoyo.

Sucedió un domingo
Tracy Wolff

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Ilustración de la cubierta: © LJ Anderson y © Johnwoodcock / Getty Images
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño, basado en un diseño original de LJ Anderson

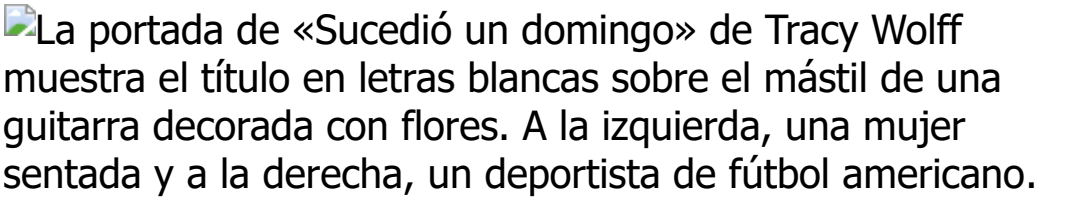
Título original: *It Happened on a Sunday*

© Tracy Wolff, 2025
Edición publicada por acuerdo con Alliance Rights Agency
© por la traducción, Pura Lisart (Prisma Media Proyectos S. L.), 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-08-31748-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


La portada de «Sucedió un domingo» de Tracy Wolff muestra el título en letras blancas sobre el mástil de una guitarra decorada con flores. A la izquierda, una mujer sentada y a la derecha, un deportista de fútbol americano.